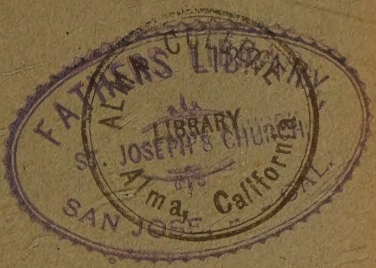
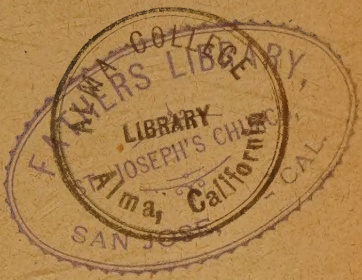
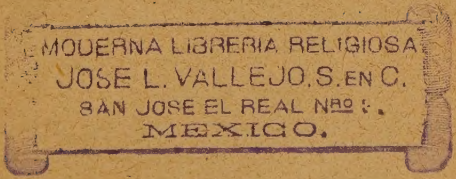
P. Garzón

Meditaciones Espirituales


FATHERS' LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH
LIBRARY
Alma, California
SAN JOSE



MEDITACIONES ESPIRITUALES



MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN PARTE DE LAS DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO SEXTO

Contiene los meses de Noviembre y Diciembre.

ALMA COLLEGE
246.71
LIBRARY
G199
Alma, California

ALMA COLLEGE LIBRARY
Alma, CAL. California

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14—Plaza de Santo Domingo—14

1905

44975

Imprimatur

Matriti 1 Januarii 1905.

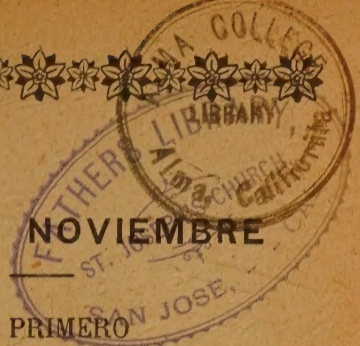
JOSEPHUS MARIA PAGASARTUNDUA

Praepositus Provinciae Toletanae.

ES PROPIEDAD

Con licencia eclesiástica.

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54



MES DE NOVIEMBRE

DÍA PRIMERO

Festividad de todos los Santos.

Preludios.—Imagínate ver la gloria de los Santos en el cielo, y pide ser algún día de los que gocen de aquel conjunto de todas las eternas dichas que se pueden pensar.

Punto I

De la gloria eterna del paraíso de los santos.

Considera que la gloria de que gozan los santos es un lugar exento de todos los males y lleno de todos los bienes imaginables, en donde los bienaventurados gozarán para siempre de una paz y descanso inalterables, y de una dicha eterna é infinita. Discurre cuanto quieras en goces y en venturas purísimas; imagina cuanto puedas en maravillas y grandezas, todo eso es nada, pues dice San Pablo, que ni el ojo jamás vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano pudo jamás concebir lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman. Pondera, en efecto, que allí es donde Dios quiere hacer brillar y resplandecer toda su grandeza y magnificencia para honrar, premiar y enaltecer á sus amigos. Deduce, pues, la hermosura de la ciudad de los santos de la hermosura de este mundo; porque si Dios da una habitación tan hermosa y tan no-

ble á las bestias y á los hombres malvados y enemigos suyos, ¿qué no reservará para sus escogidos y sus amigos? Mira cómo la estimaron y apreciaron los santos, que algo entrevieron de aquella felicidad sin término ni medida. No se pueden leer sin espanto los tormentos de los mártires, y, con todo, ahora tienen por nada cuanto han sufrido por lograr esta tierra de vivientes. Para conocer el cielo en su justo valor, es necesario saber cuánto vale la sangre de un Dios, porque El la derramó hasta la última gota para merecérnoslo. ¿Qué será, pues, el paraíso cuando costó la sangre de un Dios, que no pensó daba mucho á trueque de comprarnos el cielo aun á costa de su vida? Pondera luego, para poder de algún modo darte cuenta de la eterna dicha de los santos, que Dios, que es la suma bondad, no es menos liberal en sus recompensas que justiciero en sus castigos. Infiere, pues, de lo terrible de los tormentos del infierno cuál y cuán grande será la felicidad de los bienaventurados. Embriagados de un torrente de deleites celestiales, serán llenos de alegría purísima y de contento que sobrepuje á todo goce de la tierra; tendrán cuanto pueden desear, y no tendrán nada que temer. Su bien será sin mezcla alguna de mal, su placer sin dolor, su abundancia sin defecto, su reposo sin inquietud, su vida sin muerte, y su felicidad sin fin. ¡Oh paraíso de eterna y sin igual bienandanza! ¡Oh patria de los que viven de la vida y de la dicha de Dios! ¡Si yo no te puedo comprender, te puedo y te deseo merecer aun á costa de mi sangre y de mi vida! ¡Dichosos, Señor, aquellos que moran en vues-

tra casa! Ellos os alabarán por los siglos de los siglos.

Deduce, además, la hermosura del cielo y su dicha, del objeto infinito que allí hace la felicidad de los santos. Porque el objeto de nuestra bienaventuranza será Dios, que en sí encierra todo lo bello, todo lo bueno y todo lo deleitable. Dios llenará nuestro entendimiento con la plenitud de sus luces y de su verdad; nuestra voluntad, con la abundancia de su paz y de su amor; nuestra memoria, con la extensión de su eternidad; nuestra substancia toda, con la plenitud de su sér; todos nuestros sentidos y todas nuestras potencias, con la inmensidad de sus bienes. Nosotros veremos y amaremos: veremos la primera hermosura, y su vista arrebatará nuestro espíritu; amaremos la primera bondad, y su posesión y goce saciará nuestro corazón. ¡Qué ocupación tan dulce! ¡Oh inestimable felicidad! Alma mía, ¿qué haces tú en la tierra? ¿Qué buscas entre las criaturas? ¿Acaso son capaces de llenar tu corazón? ¿Crees, por ventura, que los deleites brutales podrán contentar y saciar un espíritu inmortal? Dios mío, jamás se saciará mi corazón hasta que Vos me manifestéis vuestra gloria, y me saciéis con el infinito torrente de vuestras celestiales delicias.

Punto II

De la posesión de Dios, gloria esencial de los santos.

Considera que la felicidad substancial de los santos consiste en la posesión de Dios que es nuestro último fin, y por consiguiente, la completa y cabal satisfacción de todas nues-

tras aspiraciones y deseos. Porque gozaremos de Dios poseyéndole pacíficamente como á una herencia que jamás nos será disputada, uniéndonos estrechamente á El como á dulcísimo esposo de nuestra alma, sin temor de ser jamás separados de El; y por esta unión seremos, dice San Juan, semejantes á Dios, esto es, puros, santos, poderosos, sabios y felices como Dios. Nos transformará en El, no destruyendo nuestro sér, mas uniéndolo Dios al suyo sin confundirnos jamás. Nos comunicará, por medio de la visión beatífica que nos hará semejantes á El, cierta participación de su misma naturaleza y de sus atributos, de su grandeza, de su poder, de su conocimiento, de su santidad, de sus riquezas y de su felicidad. A la manera que el hierro puesto al fuego, parece fuego, y un globo de cristal puesto al sol, semeja otro sol, así nosotros una vez que por la lumbre de la gloria y la visión beatífica, estemos unidos á Dios sin perder nuestra naturaleza y las propiedades esenciales de nuestro sér, vendremos á transformarnos en imágenes perfectísimas de Dios. Entonces sí que podremos decir mejor que San Pedro: ¡Oh, Señor, qué bueno es que nos estemos aquí! ¿Quién podrá jamás explicar la alegría de un alma que entra en el paraíso y que descubre al soberano y sumo bien? ¡Oh, qué éxtasis y qué arrebatos de amor! ¡Qué alabanzas y qué acciones de gracias por toda la eternidad!

Considera, después, cómo el cuerpo también tendrá su felicidad, que consistirá en cuatro cosas: La primera, en la belleza del lugar donde habitaremos, que es la casa de Dios; la segunda, en la compañía de los san-

tos, quienes estarán todos unidos por la mutua é inviolable caridad, y por el comercio de amor que hará sus bienes, su alegría y su felicidad comunes á todos; la tercera, en los dotes del cuerpo glorioso, que son la inmortalidad, claridad, agilidad y sutileza; la cuarta, finalmente, en los placeres limpísimos de los sentidos, que tendrán todos satisfacciones muy puras sin disgusto ni fastidio. Todo esto nos está preparado para que neguemos á nuestro cuerpo los deleites vedados de la tierra, y le aflijamos con ayunos y penitencia, porque es imposible que tenga sus consuelos en esta vida y también en la otra.

Mas lo que formará el complemento de nuestra bienaventuranza, es la certeza de que jamás se ha de acabar. La eternidad es una duración sin término que no tiene ni pasado ni futuro, mas todo lo tiene presente. De aquí es que los santos gustarán en cada momento todos los gozos de la eternidad, aunque no totalmente, porque encontrarán siempre en Dios nuevos motivos de placer y de alegría. ¡Oh Sión santa, donde todo permanece, y nada pasa; donde todo se encuentra y nada falta; donde todo es dulce y nada amargo; donde todo es quietud y no hay agitación. ¡Oh tierra dichosa donde las rosas no tienen espinas; los gustos son sin dolor; la paz sin guerra, y sin fin la vida! ¡Oh santo monte Tabor! ¡Oh palacio de Dios vivo! ¡Oh celestial Jerusalén, donde entonaremos eternamente los armoniosos cánticos de Sión! ¿Quién tendrá dificultad en trabajar sabiendo que Vos, oh bellísima ciudad de Dios, sois la recompensa de nuestras fatigas? ¿Quién rehusará el combate viendo

las ricas coronas que nos preparáis? ¡Ay de mí! Y yo estoy acá abajo sobre las riberas del río de Babilonia, donde mezclo mis lágrimas con la corriente de sus aguas. Me encuentro en una infeliz esclavitud, donde gimo bajo la tiranía de mis pasiones. Los señores á quienes sirvo me tratan con un rigor desapiadado. Por más que hago para contentarlos, no los contento jamás. Cuanto más les doy, más me piden. ¡Oh! ¿y cuándo, Dios mío, vendréis á librarme de esta esclavitud? ¿Cuándo me sacaréis de este destierro? ¿Cuándo romperéis las cadenas que me tienen atado á esta tierra? ¡Muera yo presto, oh Dios mío, para veros, pues que no puedo veros sin morir! Bienaventurados, oh Señor, los que habitan en vuestra casa, porque os alabarán por toda la eternidad.

Punto III

El ejemplo de los santos.

Considera que el ejemplo de todos los santos, nos debe animar á ser santos como ellos, porque si hoy son bienaventurados, es porque fueron santos; mas piensa que no podemos participar de su gloria, sino imitando su santidad. Pero no nos imaginemos que su santidad sea efecto de su dicha, y no de su trabajo, de su mortificación y de sus lágrimas y penas; porque á todos les ha costado mucho el ser santos. Todos ellos tuvieron los mismos obstáculos que nosotros tenemos que vencer si queremos ser santos, y en cambio, nosotros tenemos sus mismos medios para vencerlos. Si pretendemos el mismo premio, puesto que tuvieron los

mismos obstáculos que allanar y los vencieron, no podemos disculparnos con la imposibilidad de conseguir la santidad que ellos alcanzaron. Si tenemos los mismos medios para santificarnos que ellos, tampoco podemos alegar la dificultad; pero aun cuando las dificultades fueran mucho mayores, ya que deseamos la misma recompensa, debemos tener el mismo valor y constancia que tuvieron los santos para vencerlos ó renunciar el premio.

Recuerda que dice la Escritura para consolarnos, que Elías era un hombre sujeto á las mismas flaquezas que nosotros. Los Santos, en efecto, no fueron impecables; tuvieron flaquezas, defectos y pasiones como nosotros, mas todo ello ha contribuído á su santidad; porque, si tuvieron flaquezas, supieron elevarse sobre ellas venciéndolas; si tuvieron pasiones, pelearon contra ellas y las superaron, y si incurrieron en defectos, se supieron corregir y enmendar. Pues siendo esto así, ¿qué es lo que podrás alegar para eximirte de trabajar en tu santificación? ¿Por ventura tu temperamento? ¿Será, acaso, más pronto que el de San Pedro, ni más violento que el de San Pablo? Pues mira cómo ambos hicieron servir la energía y viveza de su temperamento para la santidad. ¿Acaso será lo tierno y sensible de tu corazón? ¿Quién le tuvo, jamás, más tierno é inclinado hacia las criaturas que la Magdalena? ¿La fuerza de tus malos hábitos? ¿Quién los tuvo más fuertes, ni más arraigados que San Agustín? Y, no obstante, los venció y sujetó con el socorro de la gracia. ¿La multitud y duración de tus pecados? El buen ladrón no dejó jamás de pecar hasta la cruz, y en un instante fué santo y

bienaventurado. ¿Es, por último, tu calidad, tu estado, tu empleo, tu edad ó tu sexo lo que te impide llegar á aquel grado de santidad á que te llama Dios N. S.? El cielo está lleno de muchos santos de tu misma calidad, de tu mismo estado, de tu mismo empleo, de tu misma edad y de tu mismo sexo; ¿por qué no harás tú lo que ellos hicieron? ¿Por qué no trabajas para ser santo, como ellos trabajaron? Pero puede ser que no hayas tenido los mismos medios para tu santificación que tuvieron los santos. ¿Te atreverías á decirlo así, desmintiendo al testimonio de tu conciencia? ¿No sirves al mismo Señor? ¿Es éste, por ventura, menos bueno para contigo, menos poderoso ó menos liberal que era entonces? ¿Debemos, acaso, tener menos confianza en los socorros del cielo, ó servir á Dios con menos fervor? ¿No tenemos al mismo Salvador? ¿Merece menos nuestro amor que el amor de los santos? ¿No tenemos el mismo Evangelio? ¿No es éste también nuestra regla? ¿Tiene menos luces para alumbrarnos que las que tuvo para ser la antorcha que dirigió á los justos todos por los senderos de la virtud? ¿No tenemos los mismos Sacramentos que ellos? La virtud de la sangre de Jesucristo, que está en ellos, ¿tiene menos fuerza para santificarnos? Las gracias, que son el fruto de su sangre, ¿son menos eficaces para movernos ó convertirnos? ¿De qué procede, pues, que los mismos medios no produzcan en nosotros los mismos efectos que produjeron en los santos? Sólo depende de que no tenemos las mismas disposiciones que ellos tuvieron, de que abusamos de las gracias del Señor y de que los medios que habían de servir para nuestra salva-

ción, los convertimos en obstáculos contra ella, por lo mal que de ellos usamos.

Coloquio.—No permitáis, Señor, que me suceda esto, antes os suplico, que la misma bondad vuestra, que me concede tantos medios para mi santificación, os obligue á concederme la gracia que necesito para aprovecharme de ellos. Haced, Señor, que la vista de vuestra gloria y el ejemplo de los santos me estimulen y animen á luchar conmigo mismo, y á no perder ocasión ni momento para ganar y asegurarme aquella dicha sin fin, ante la cual son nada los trabajos y tribulaciones del mundo.

Propósitos.—Pues no puedes ser bienaventurado sin ser santo, ni ser santo sin violentarte, propón hacer guerra sin cuartel á cuanto te podría impedir el conseguir tu eterna felicidad.

2 DE NOVIEMBRE

(Novena en honor de las almas del purgatorio.)

Meditación para el día de difuntos [1].

Preludios—Imagínate oir el lastimero clamor de las campanas, que tocan á muerto sin cesar. Mira el templo de Dios cubierto con paños negros, y al pueblo silencioso y recogido que llena la Iglesia ó camina triste hacia el cementerio. Escucha por todas partes el tremendo *Dies irae*, y pide al Señor que todo esto te haga pensar en el día de la eternidad y en la vanidad y locura de las cosas humanas.

Punto I

Visita al cementerio.

Considera cómo hoy el mundo todo se pone en camino para el cementerio, como si una fuerza extraña y sobrenatural arrastrase hacia él, lo mismo á los que creen y rezan, que

1 Muchas de las ideas de esta meditación están tomadas del Dr. Sardá y Salvany en su precioso *Año Sacro*.

á los mundanos y á los incrédulos. La ciudad de los vivos se traslada á la ciudad de los muertos, ó mejor dicho, una vez al año nos trasladamos á nuestra propia casa, que es el cementerio. Las demás no lo son, ó lo son, á lo más, alquiladas y como de paso, porque aquí vivimos nada más que en fondas ú hospederías, no tenemos ciudad permanente y caminamos «á la casa de nuestra eternidad». Ese paseo al cementerio no es más que recuerdo y como símbolo del viaje forzoso que hacemos durante la vida, pues continuamente, y sea cualquiera la dirección en que vayamos, siempre caminamos hacia esa casa ó región de la muerte. Velando ó durmiendo, sentados ó paseando, enfermos ó sanos, siempre avanzamos hacia el cementerio, y cada momento que pasa nos encontramos más cerca de él. Y es el único viaje del cual nunca se vuelve, la única casa cuya posesión nadie nos disputará. Entremos, pues, hoy en el cementerio á orar por los muertos, y á visitar á los que fueron y serán nuestros conciudadanos y compañeros. Allí, en aquel silencio, aprenderemos más que en el bullicio del mundo; allí está la cátedra de la verdad, la biblioteca en donde se aprende á conocer la vanidad de las cosas humanas, el gran libro de meditaciones, la idea madre de las grandes virtudes, la que ha poblado los claustros y los desiertos; para el incrédulo el fin de la vida, para el cristiano el principio de la eternidad.

El cementerio es, además, como el templo, lugar de oración. Es recinto sagrado, y es sacrílega profanación cuanto en él se haga opuesto á este su elevado carácter. No deben

llevarte, pues, al recinto de los muertos otras ideas que la de reflexionar lo que muy en breve serás, y la de rogar por los que, como tú, han sido y no han hecho más que precederte algunos pasos. No debes, pues, llevar á él, como hacen los mundanos, ni la ostentación de una loca vanidad, que va más allá de la muerte, ni demostraciones paganas de coronas y de flores que la Iglesia condena, ni un lujo escandaloso que sólo sirve para profanar la santidad del cementerio y la seriedad de la muerte. Lleva allí tus sufragios por las almas de tus difuntos, y ve á buscar desengaños y lecciones para bien vivir en ese lugar en donde está el término de todas las locuras y vanidades. Pero el término final no se halla aquí; no se termina aquí tu existencia definitiva: el desenlace definitivo de ella se encuentra en la eternidad; en la eternidad, que no terminará jamás. Para tu dicha, si mueres en gracia; para tu desdicha, si mueres en pecado mortal.

Por los que murieron en gracia, pero con deudas que satisfacer aún al divino Juez, se te pide un sufragio. Sufragios son la oración, la Misa bien oída, los santos Sacramentos, la limosna dada al pobre por amor de Dios, la mortificación practicada, la tribulación resignadamente sufrida, el buen ejemplo, y toda clase de obras satisfactorias. Mucho bien se les puede hacer á las almas del purgatorio, con sólo obrar bien y aplicarles toda clase de buenas obras.

Con estos fines debes ir al cementerio, con otros no. ¡Feliz quien, dócil, escuche y con fidelidad practique las elocuentes lecciones que allí se dan al cristiano!

Punto II

En el cementerio.

Estamos en la región de la muerte y de la verdad. Se quedan en sus umbrales todas las ilusiones, se queda todo, menos las buenas ó las malas obras. ¡Qué silencio tan imponente, qué igualdad tan absoluta, qué humillación tan profunda para la soberbia humana! Ningún tema más sublime de meditación para la reforma de tu vida, que esas calaveras, esos huesos áridos y secos que todos pisan sin saber si fueron de un rey ó de un mendigo...

¡Cuántos hermanos nuestros descansan aquí! ¡Como nosotros vivieron ellos, y gozaron y sufrieron unos breves momentos en este lugar de tránsito y peregrinación! ¡Como á ellos nos arrebatará á nosotros la mano inexorable de la muerte, para sumirnos dentro de poco ¡dentro de muy poco! en los obscuros abismos de la eternidad! Nada aquí de vana teoría ó de hueca exageración. Si algo hay seguro y cierto y fuera de toda duda, es esto: murieron los que conmigo vivían ayer; moriré mañana, yo que tal vez me siento hoy día lleno de vida y de esperanzas y de juventud. ¡Hemos de morir, hemos de morir, y muy pronto!

Como se suceden y se renuevan en el campo las cosechas, y caída una bajo la hoz del segador, nace y crece otra, á la cual aguarda inmediatamente el mismo destino, así se cambian y se renuevan en el mundo las humanas generaciones, bajo la afilada guadaña de la muerte. Otros recorrieron tiempo atrás estas plazas y calles, otros habitaron estas casas,

otros llenaron estos templos, otros ejercieron estas artes y oficios, otros cometieron tus mismos pecados. ¿Dónde están? Con sus buenas ó malas obras, con sus vicios ó virtudes, recibieron la señal de partir, y desaparecieron de la escena del mundo como si bajo sus pies se hubiese abierto la tierra. Ocupamos hoy nosotros su lugar, vivimos como ellos vivieron, hacemos lo que ellos hicieron; como ellos nos juzgamos tal vez dueños de la salud, de la vida y de lo porvenir; como ellos quizá tenemos olvidado á Dios, y somos bastante temerarios para desafiar su justicia.

Pues considera que mañana se dirá de nosotros lo que decimos de ellos hoy: ¡Murieron! Y de nuestro fausto, de nuestra vanidad, de tu hermosura, ¡oh mujer mundana! de tus millones, ¡oh rico sin Dios! de tu ostentoso renombre, ¡oh sabio sin fe! de tus envidias y rencores, ¡oh pobre sin resignación! no quedarán otro rastro ni huella que los que deja en el aire el ave fugaz que cruza por él un momento y desaparece para siempre á nuestros ojos.

Pero eso que morirá y se pudrirá y desaparecerá de la comedia del mundo, es tu cuerpo no más, la vil corteza que te cubre, no tu alma, no tu espíritu inmortal, que ese para siempre ha de vivir; ¡para siempre feliz, si mueres en gracia de Dios! ¡Para siempre, y horriblemente desventurado, si mueres en pecado mortal! Eso quisiera el incrédulo sin juicio, morir del todo un día para poder hoy embrutecerse del todo, sin temor al Juez que lo ha de condenar; sin la negra pesadilla del remordimiento, que amarga su vida escandalosa ó descuidada. Eso quisieran los impíos, poder

morir como mueren el perro y el caballo, para escapar así de las manos del Dios vengador á quien blasfeman y maldicen. Eso quisieran, pero no lo lograrán. Queramos ó no, somos inmortales, nos aguarda la eternidad y en los umbrales de la eternidad nos espera Dios para pedirnos estrecha cuenta de nuestras buenas ó malas obras.

El fúnebre clamor de las campanas te recuerda hoy estas tremendas verdades. Y te pide para los que murieron un piadoso recuerdodo, una devota plegaria; para ti, que como ellos vas caminando á morir, enmienda formal de vida, reconciliación con Dios. Reza por ellos, oye la Misa, frecuenta la santa Comunión, ofrece al pobre una limosna. Pero no olvides ¡infeliz! tu alma propia, y haz desde hoy por ella lo que mañana tal vez vas á necesitar. Haz las paces con tu Dios y con tu conciencia. Te convida su voz por medio de esto mismo que lees, quizá, indiferente; es su mano bondadosa la que está ahora mismo dando aldabadas á tu corazón; te aguardan sus brazos llenos de misericordia.

Punto III

Consideraciones y propósitos.

Ayer se festejó á todos los santos: no le bastaba á la Iglesia dedicar cada uno de los días del año á algunos héroes de la fe y de la virtud cristiana. Millares y millares de hijos suyos, cuyos nombres sólo Dios conoce, no habían de pasar inadvertidos para la Religión, así como pasaron desconocidos para el mundo. Para todos ellos fué la fiesta de ayer el home-

naje debido á sus merecimientos. Ni uno solo, por desconocido ó por olvidado, quiere la Iglesia que quede sin alabanza pública, así como ni uno solo, por desconocido ó por olvidado, queda delante de Dios sin recompensa y sin corona. Por esto se llamó la fiesta de ayer la de *Todos los Santos*.

Pues bien. Por la misma razón es hoy el día de *todos* los difuntos. Cada día se ruega por el amigo, por la madre ó por los hermanos; cada día se alza ante el trono de Dios, por seres queridos, la Hostia inmaculada, precio y satisfacción de su vida pecadora. La ley de la caridad exige, empero, que sea hoy un día de oración por todos, así como ayer fué un día de alabanzas por todos. Ayer, para los que en el seno de Dios reinan. Hoy, para los que en poder de su justicia expían. ¡Cuán cariñosa madre es nuestra madre la Iglesia católica! Madre es de todos, y por esto nos convida hoy á que oremos por todos como hermanos. ¡Rogad por ellos! ¡Rogad por todos! No le fijeis límite al alcance poderoso de vuestra oración. ¡Rogad por todos, que este es el día de todos! Por los que yacen sin epitafio en la profundidad de los mares, por los que cayeron sin nombre en el horror de los campos de batalla, por el salvaje infeliz cuyo cadáver insepulto devoraron las fieras del desierto, por las mil y mil víctimas obscuras que arrebata cada día el brazo airado de la muerte sin que les cierre los ojos una mano amiga, ni rece á sus pies una voz llorosa.

¡Nadie se acuerda de ellos! habéis exclamado tal vez en un momento de irreflexiva compasión. Y felizmente os equivocabais, porque

de ellos se acuerda la Iglesia. Y se acuerda y nos los recuerda. ¡Qué hermoso es el día de hoy en medio de su lúgubre aspecto! ¡Qué grandiosa es hoy nuestra augusta Religión! Henchidos los templos y postrada en sus enlutadas naves muchedumbre inmensa; un pueblo entero poseído de una sola idea, movido por una sola inspiración, la de la fe en la otra vida, la de la esperanza en la divina misericordia, la de la caridad por sus pasados. Las campanas rasgando los aires con el incesante clamoreo, que ora parece remedar el quejumbroso grito de auxilio de los que sufren en la otra vida, ora el fervoroso himno de súplica que por ellos elevamos al cielo los que vivimos en la presente. El ministro de Dios, multiplicando al pie del ara santa sus ofrendas y sacrificios, y el murmurio suave del rezo popular no cesando un momento de acompañar en torno de él la oblación incruenta del Cuerpo y Sangre preciosísimos. ¡Con qué fe reza en ese día el pueblo cristiano! El susurro de la colmena no es tan agradable al labrador, como debe de serlo al Padre celestial el susurro incesante del *Padrenuestro* y el *Avemaría* con que se mueven durante el Sacrificio todos los labios.

Bendita seas, ¡oh cruz! que en medio del camposanto te levantas humilde y silenciosa, mudo centinela de la ciudad de los que fueron. Con mucha mayor elocuencia hablas tú que esos cien y cien letreros que en sencillas tumbas ó en lujosos mausoleos vienen, tal vez, á halagar el orgullo del hombre aun en el sitio que debiera ser de su mayor humillación y vergüenza. Todo es mentira, ¡oh cruz! todo

esto es mentira. Mienten las alabanzas, aun después de la tumba; miente el oro, miente el mármol, miente el cincel del escultor, miente la profana corona de flores, frívolo obsequio, más que del afecto, de la vanidad. Tú sola ¡oh cruz! no mientes ni adulas. Tú sola dices la verdad. Quiero sentarme junto á tu rústico pedestal, que encubre la hierba y tapiza el musgo; quiero, á tu sombra, recoger las elocuentes lecciones que severa y majestuosa, pero á la vez dulce y consoladora, comunicas á todo el que te quiere oir. Tu tronco firme y enhiesto le veo clavado en tierra, y le rodea la podredumbre y horror de este osario; pero tus brazos se extienden en dirección á todo el mundo, y tu frente mira serena al cielo, que extiende sobre ti su inmenso pabellón.

¡Oh cruz! Eres el emblema de todo hombre, eres el jeroglífico inmortal que aclara y explica todo el misterio de mi sér. Mi pasado, mi presente, mi porvenir están descifrados en ti. Estás clavada, ¡oh cruz! en el lodo de la tierra, y te rodean malezas, gusanos y corrupción. Así me ha criado á mí la providencia de mi Dios. En la tierra vil ha colocado mis pies, y me ha rodeado mientras vivo en ella de espinas y dolores, de miseria y de debilidad. Soy, por lo que mira á mi parte inferior, barro que vive en el barro; pero conozco que soy algo más, porque el barro que piso... este barro... no me acaba de contentar. Dios no me ha criado para cosa que tan poco vale. Este mundo, que es mi suelo, sólo lo ha criado Dios para que durante unos breves momentos lo huellen mis pies. Me insulta quien me diga que no soy sino un gusano más perfecto destinado

á revolcarme y ensuciarme en más ancho lodazal. Por vasto que sea el mundo, ¿qué es al fin sino un gran charco de lodo para quien, ciego, no acierte á divisar algo más allá?

¡Tú me lo dices también, ¡oh cruz! con esa tu frente erguida, que mira constantemente al cielo! ¡Tú me lo señalas día y noche, y me muestras mi verdadero destino final! En vano te azotan lluvias y te sacuden vientos y te envuelven nieblas y rugen en torno de ti deshechas tempestades. Impávida, y sin vacilar, sigues mirando á lo alto, y no se dobla tu gloriosa frente ni cambia tu dirección. Así soy yo, pobre y deleznable mortal, pero con un alma hija del cielo, y que mi fe y mis obras, por la divina gracia, han de conducir allá. Clavados mis pies en tierra, busco anhelante el cielo, siento hambre y sed de lo infinito, tengo ambición inmortal, juzgo indigno de mí todo lo que no es Dios, porque me reconozco de la estirpe de Dios. ¡Animo, corazón mío, que pronto ha de llegar tu suspirado ideal! Muéstramelo siempre, ¡oh cruz bendita! Señálame siempre como faro luminoso estos rumbos, dirígeme siempre á ellos como certero timón.

Me aterra la enormidad de mis culpas, y temo hallar cerrado con cerrojos de bronce el cielo, á causa de la muchedumbre de mis iniquidades. Imagen de Dios soy, que nací para el cielo, pero pecador me he hecho, y como tal me hice reo de condenación. Contemplo, empero, tus brazos de par en par abiertos, y ellos me hablan también ¡oh cruz! palabras de aliento y de amor. Imagen son de los de mi divino Redentor, que en ti extendió los suyos para abrazar á todos los arrepentidos.

Así tu tronco me advierte mi vileza, tu frente me recuerda mi dignidad, tus extendidos brazos me resuelven el enigma de estos dos extremos con esta sublime palabra: perdón. Gusano soy de lodo, pero la misericordia de Dios me devolverá limpias mis alas para hacerme ángel del paraíso. Por ti, ¡oh cruz! y en tus brazos, me logró Cristo la redención. Por ti, y apoyado en ellos, subirá mi alma del fondo de su actual miseria á la cumbre de su eterna felicidad.

Eso me dices, ¡oh cruz! y eso me estás á todas horas predicando, y eso sólo es la verdad. Y miente el mundo, y miente el oro, y miente el placer, y miente el humano orgullo. ¡Sólo no mientes tú!

Coloquio.—Señor, abridme los ojos del alma para que, en la visita al cementerio, aprenda y vea lo deleznable de mi sér, lo ridículo de mis vanidades y lo fugaz de mi existencia. Que aprenda á no amar al mundo, sus pompas y miserias, sino sólo á Ti, que eres el único Señor que nunca mueres.

Propósitos.—Despreciar y mortificar cada día más una carne que ha de ser pasto de gusanos.

3 DE NOVIEMBRE

Sobre la devoción á las almas del purgatorio.

Preludios.—Imagínate ver la cárcel del purgatorio y allí penando con increíbles penas de toda suerte y linaje á las benditas almas Pide al Señor compasión para con ellas y para ti, que las llamas de tan terrible cárcel te iluminen para que evites las faltas é imperfecciones que son el pábulo de tan terrible fuego.

Punto I

Las almas del purgatorio son dignísimas de nuestra compasión.

Considera para avivar en ti esta hermosa devoción, en primer lugar, lo que son las al-

mas benditas del purgatorio: lo que sufren en aquella espantosa morada y su impotencia absoluta para proporcionarse por sí mismas algún alivio en sus penas y dolores. Pondera, por qué la Iglesia viene hoy, especialmente, á excitar nuestra conmiseración hacia ellas despertando nuestra fe y nuestros recuerdos. Viene á solicitar nuestro auxilio en favor de almas santas y que son dichosas en medio de sus dolores, de almas cuya herencia es el reino de los cielos y del que nadie puede desposeerlas. Pacientes y resignadísimas en sus penas, bendicen á Dios como al más tierno de los padres, aunque las trata como Juez inexorable, pues reconocen que harto merecido tienen aquel castigo. Esas almas tienen, además, con nosotros relaciones de naturaleza y de gracia que no nos permiten ser insensibles á sus sufrimientos. De gracia, porque pertenecen á la misma Iglesia, tienen el mismo Padre y están salvadas y redimidas con la misma sangre. De naturaleza, porque ¿no habrá en aquellas tristes mansiones del purgatorio personas de nuestra familia, amigos ó bienhechores nuestros? ¿No estarán allí nuestros padres, nuestros hermanos, los seres más queridos de nuestro corazón? ¡Quién sabe si de mil maneras no hemos contribuído á sus penas! ¿Quién puede asegurar que con sus malos ejemplos ó consejos ó con su falta de celo, por la salvación de sus prójimos, no ha sido causa de que hayan aumentado sus faltas y pecados, las infidelidades á la gracia divina, que esas almas expían ahora en el fuego del purgatorio?

Pero lo que hace todavía á las almas del

purgatorio más dignas de compasión, es que en su extrema aflicción no tienen, por decirlo así, otra esperanza más que la que fundan en nosotros. Un pobre remedia con el trabajo su indigencia; si no puede trabajar, mendiga, y la pintura que hace de sus desgracias conmueve los corazones. Aun á los más miserables les queda siempre algún recurso, y el más seguro es invocar al cielo, que jamás es sordo á la oración del pobre. Pero á las almas del purgatorio todo les falta, si les falta nuestra caridad. ¿A quién pueden recurrir? ¿A la misericordia del Señor? El plazo de la misericordia ha expirado, y ahora sólo reina la justicia á la que hay que pagar toda la deuda. ¿A nuevos méritos? Ya no hay más tiempo, y no se puede sembrar en el otro mundo. ¿A las almas compañeras de infortunio? Todas están igualmente imposibilitadas para socorrerse. Sólo nosotros podemos aliviar sus males; y si no oímos sus gemidos ni vemos correr sus lágrimas, ahí está la Iglesia para recordarnos esas penas; escuchemos su voz, y no seamos, por nuestro olvido é indiferencia, tan severos para con esas almas como Dios ha sido justo al castigarlas. Acuérdate de aquella conmovedora palabra que nos dirigen: «Tened compasión de mí, al menos vosotros mis amigos, porque la mano de Dios me ha herido».

Punto II

La devoción á las almas del purgatorio es muy agradable á Dios N. S.

Considera que esta devoción agrada muchísimo á Dios, no sólo por la caridad que nos

une con las almas benditas, esposas suyas queridísimas y de la que esta devoción es un excelente ejercicio, sino por la gloria que le procura al mismo Dios. Pondera, en efecto, cómo esta devoción glorifica á su Providencia, que por el hermosísimo dogma de la comunión de los santos ha provisto de esta manera al bien de todos sus hijos; de los muertos por los vivos y de los vivos por los muertos, convertidos éstos en nuestros más celosos intercesores. Glorifica su santidad, de que el purgatorio nos da tan grande idea; su justicia, que recibe de este modo entera satisfacción por la aplicación de los méritos del Redentor; pero, sobre todo, glorifica su misericordia y su amor que se muestran así por manera admirable, y que son de todos sus infinitos atributos los que más quiere Dios manifestar á los mortales.

Medita á este propósito cómo descuidarte en socorrer á las almas del purgatorio y no fomentar tú la devoción hacia ellas, es no tener ningún celo por Dios, que, hallando su gloria extrínseca en la libertad de aquellas almas justas, quiere procurársela por medio de nosotros y tiene derecho á reconvenirnos si se ve frustrado ese designio de su misericordia. Porque si mucho admiramos á los hombres apostólicos que atraviesan los mares y van á países bárbaros á ganar para Dios almas de infieles, debemos saber y creer que la devoción á las almas del purgatorio es un celo purísimo de la gloria de Dios, que, con relación á su objeto, en nada cede al de la conversión de los paganos y lo sobrepuja en cierto modo, porque se trata de almas santas, predestina-

das por Dios, confirmadas en gracia, de almas muy queridas por Dios y que están en un estado más propio para glorificarle que las de todos los hombres que pudiéramos convertir.

El más leve alivio que llevemos á los sufrimientos de las almas del purgatorio es, además, un aumento de gloria extrínseca para la santa humanidad de Jesucristo, por el honor que se tributa á su preciosa sangre, pues en vista de sus méritos se otorga á las almas benditísimas ese alivio en sus penas. Y mientras más pronto salen de su triste morada, más pronto recoge el Salvador el fruto de todo lo que ha hecho y sufrido por su salvación. María, madre de misericordia, los ángeles y los santos, que se regocijan tanto por la conversión de un pecador, muestran mayor júbilo aún cuando un alma del purgatorio hace su entrada triunfal en el reino de los cielos. Practica, pues, con espíritu y fervor una devoción tan agradable á Dios y á todos los amigos de Dios, y que tanto contribuye á su gloria, poblando el cielo de almas que lo conozcan y amen.

Punto III

La devoción á las almas del purgatorio es muy ventajosa para nosotros.

Considera que esta devoción, bien entendida, es un ejercicio perfecto de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Nos ejercitamos en la fe, porque esta devoción nos hace entrar en la inteligencia de altísimos misterios, incomprensibles á la humana razón y en un mundo invisible á los sentidos, y trabajar para el cielo con tanta firmeza y convic-

ción como si lo tuviéramos delante de los ojos. Nos ejercitamos en la esperanza, porque con la mayor firmeza y el mayor desinterés esperamos para esas almas tan penosamente probadas por la justicia de Dios los frutos de la sangre divina de Jesucristo, que cambiará sus gemidos en cánticos de júbilo. Por último, ejercitamos la caridad, no solamente hacia ellas, sino para con Dios N. S., amándolas porque El las ama, y apresurándonos á abreviar sus sufrimientos para aumentar la gloria de Dios y el júbilo de María, de los ángeles y de los santos.

San Francisco de Sales advierte que en esta devoción están reunidas todas las obras de misericordia tan recomendadas en la Sagrada Escritura. Porque, efectivamente, con nuestra piedad hacia los muertos saciamos el hambre y apagamos la sed infinita de esas almas, santamente impacientes por poseer á Dios. Pagando su rescate las redimimos de la cautividad en que yacen, y acogemos á esos peregrinos dándoles hospitalidad en el mismo cielo. ¿Puede darse mayor ejercicio de virtudes?

Piensa también en la fuente de gracias que nos abre esta consoladora devoción. Porque Dios ha prometido medir su misericordia por la nuestra, y derramar sus dones con abundancia sobre aquel que socorra á su hermano indigente. Ahora bien, si por imposible, pudiera Dios olvidar esa promesa, se la recordarían en el cielo esos cautivos cuyas cadenas hemos roto, y cuya gratitud será para nosotros, en la vida, en la muerte, en cualquiera situación en que nos hallemos, un recurso poderoso y seguro.

Aquellas almas bienaventuradas pedirán y obtendrán para nosotros cuanto nos sea útil y necesario. Así estuviésemos en el último trance de la vida, y aun en peligro inminente de perdernos, ellas rogarán con tanta instancia por nosotros, que Dios se dejará ablandar. Las almas á quienes has librado del purgatorio se interpondrán entre ti y la justicia divina, diciendo al Señor, si es necesario: «¡Oh Dios mío! ¿Permitiréis la pérdida de quien nos ha consolado con sus sufragios en nuestra profunda aflicción? ¿Rehusaréis vuestra misericordia á ese bienhechor generoso que ha practicado por nosotros tantas obras buenas?»

Haciendo bien á los fieles difuntos y pensando en sus penas, aprendemos también á temer la justicia divina, más, quizá, que meditando en el infierno. Porque en el infierno Dios se muestra terrible; ¿pero sobre quién cae su cólera? Sobre pecadores endurecidos cuyas bocas sólo se abren y se abrirán para la maldad y la blasfemia. Pero en el purgatorio se ve á justos que se han dormido en la paz del Señor, elegidos á quienes el cielo espera, almas que, lejos de murmurar, bendicen y adoran á Dios. Ahora bien: si obedezco á la inspiración de la gracia, huiré del mal y hasta de la sombra del mal; abrazaré el camino de la penitencia persuadido de que Dios ha de castigar en el hombre aun las faltas más ligeras y todo aquello que no haya sido castigado, mediante la penitencia, por el hombre.

Coloquio.—¡Oh Jesús! Sea vuestro nombre bendito porque habéis querido confiarnos el alivio y la libertad de esas almas santas que tantos derechos tienen á nuestra compasión y á nuestros sufragios.

¡Cuán dulce nos es poder enjugar sus lágrimas y convertirnos en sus bienhechores, con la dulce esperanza de que ellas, en el cielo, serán luego nuestros más poderosos intercesores! Desde este momento os ofrezco por ellas todo lo que yo haga y sufra hasta el fin de mis días. Hoy, sobre todo, derramad los méritos infinitos de vuestra sangre á torrentes sobre las llamas que las consumen, y escuchad el grito de la plegaria que en todos los templos resuena.

Propósitos.—Hacer alguna oración ó sufragio por el alma del purgatorio más olvidada y desamparada.

4 DE NOVIEMBRE

Sobre el dogma del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Existencia del purgatorio.

Considera que el purgatorio es un lugar de pena y tormento, en donde las almas de los que han salido de esta vida en amistad y gracia de Dios, pero sin haber enteramente satisfecho á la divina justicia por la pena temporal que sus pecados, cualesquiera que hayan sido, mereciera, acaban de purificarse, pagando esa deuda antes de poder entrar en el cielo, en donde, como dice la Sagrada Escritura, nada impuro y manchado puede entrar. El dogma del purgatorio está claramente fundado en la Sagrada Escritura. Recuerda si no como el Antiguo Testamento nos presenta á Judas Macabeo recogiendo doce mil dracmas, botín y despojo de una señalada victoria contra los enemigos del pueblo de Dios, y en-

viándolas á Jerusalén, para que en el templo se ofreciesen al Señor sacrificios expiatorios por las almas de los soldados muertos en el campo de batalla, añadiendo estas palabras: «Santo y saludable pensamiento es el orar por los muertos, para que sean libres de sus pecados». También el Nuevo Testamento nos refiere estas palabras tan claras y tan precisas, salidas de los labios de Jesucristo: «Hay pecados que jamás serán perdonados, ni en este mundo ni en el otro». De donde se sigue evidentemente, que habrá pecados que serán perdonados en la otra vida; y aquellas otras, en la parábola del acreedor: «Hay una cárcel de la cual no se saldrá hasta que se haya pagado el último denario».

Además, San Pablo, en su epístola á los corintios, enseña «que en el último día habrá y arderá un fuego que destruirá las obras de algunas almas, que entonces solamente serán salvadas». La segunda fuente de pruebas en favor de la existencia del purgatorio, nos la franquea toda la tradición, fortalecida de una manera infalible por el santo Concilio de Trento con estas palabras: «Si alguno pretende que todo pecador penitente, cuando recibe la gracia de la justificación, obtiene la remisión de la culpa y de la pena eterna, de tal manera que no queda deudor de ninguna pena temporal que debe sufrir, ó en el siglo presente ó en la vida futura, en el purgatorio, antes de poder entrar en el reino de los cielos, sea anatema».

Considera además, cómo la misma razón apoya este dogma tan combatido por la herejía y la impiedad. Medita las razones con que

lo defiende un santo padre: La primera es, como lo nota San Agustín, que hay tres clases de hombres. Los hay enteramente malos, á los cuales de nada sirven los sufragios de la Iglesia. Hay otros que son enteramente justos, y éstos no necesitan de ellos, y, por último, hay otros, que ni son del todo malos ni tampoco del todo buenos. A éstos están reservadas las penas temporales del purgatorio, porque sus pecados son veniales. La consideración de la justicia misma de Dios, es la segunda prueba; y, en efecto, si la bondad soberana no sufre que el bien y la virtud queden sin galardón ni recompensa, ¿cómo ha de permitir la justicia suprema de Dios que el mal y el pecado queden impunes? La tercera razón puede tomarse de la sublime y santísima dignidad de la luz divina, la cual sólo pueden contemplar ojos enteramente limpios y puros. Atendida esta santidad altísima de Dios, es necesario volver á la pureza é inocencia del bautismo antes de poder aparecer delante de los divinos ojos. Todo pecado, y esta es una cuarta razón, todo pecado es una ofensa á la majestad divina. Es un perjuicio y daño contra la Iglesia, y una mancha que afea en nosotros la imagen de Dios.

Ahora bien: si toda ofensa exige un castigo, todo daño una satisfacción, y toda mancha que afea, una reparación que limpie, ¿quién no ve claro, como la luz del día, que al pecado correspondan en esta vida ó en la otra estas tres cosas: castigo, satisfacción y reparación? Además, ordinariamente, en las enfermedades, los contrarios se curan con sus contrarios, y como el pecado nace del placer, la pena, que es su

contrario, viene á ser como su remedio natural. Nadie debe sacar provecho del descuido y de la negligencia, que es un defecto; ahora bien, si este defecto no se castigase, parecería ventajoso para la vida futura el haber sido descuidado y negligente en hacer penitencia durante la vida mortal. Aviva, pues, tu fe en este dogma, defiéndelo contra todos sus enemigos y persuádete que el modo de adelantar en virtud es que lo traigas siempre ante los ojos, porque así evitarás aun las faltas más ligeras é insignificantes.

Punto II

El dogma del purgatorio es sumamente consolador.

Considera que es sumamente consolador el dogma católico del purgatorio, cuya existencia, sacada de la divina Escritura, confiesa la Iglesia universal, declaran los Concilios, predican los santos Padres y abraza la misma razón natural como verdad indubitable, conforme á los fueros de la justicia y á las entrañas de la divina misericordia. Y á la verdad, como has meditado en el primer punto, todos sabemos que, cuando muere el hombre, ha de presentarse el alma ante el Juez y oir la sentencia de su futura suerte. Ahora bien: esta alma puede, quizá, ser el alma de un apóstol como San Pablo, ó de un mártir como San Esteban, que haya cruzado el erial del mundo hollando espinas de trabajos y sembrando flores de virtudes hasta sellar con su sangre la fe que predicaba; y es justo y puesto en razón que al presentarse á Jesucristo con las vestiduras salpicadas con su sangre y el alma enjoyada

con las ricas preseas de todas las virtudes, la reciba El con los brazos abiertos y el semblante amoroso, y la introduzca sin detención en el cielo.

Pero puede suceder también que el alma, cuyo cadáver yace aún insepulto y horroroso, haya volado desde el lecho del crimen ó estrépito de la orgía al tribunal inexorable de Dios, y se presente, sin haberse arrepentido, á dar cuentas allí de la sangre injustamente derramada, del despilfarro en la hacienda, de los escándalos no reparados, de las almas enviadas al infierno. Y el alma que aparece ante la presencia del Juez desposeída de la vestidura de la gracia, ¿qué otra sentencia puede oir sino la sentencia de los réprobos, que sea entregada á Satanás para ser eternamente afligida con suplicios infinitos? ¿No pide esto la justicia? ¿No dicta esto la razón? ¿Había de caber la misma suerte á Nerón y á San Pedro, á Herodes y al Bautista, al rico Epulón y á Lázaro el mendigo? No puede ser.

Pero entre estas dos suertes diametralmente opuestas, la de los justos que nada tienen que expiar y la de los réprobos que, por haber muerto en pecado mortal, carecen de toda esperanza de salvación, hay un intervalo y distancia muy grandes donde caben infinidad de almas; todas aquellas que salen de este mundo en gracia de Dios, pero con alguna culpa venial ó resto de pena merecida y aún no satisfecha.

Ahora bien: ¿qué hará Dios de estas almas? ¿Las arrojará al infierno y confundirá con los espíritus infernales? Esto repugna á la divina bondad y justicia. ¿Las introducirá en el cie-

lo? Esto se opone igualmente á la santidad y pureza infinita del Criador, pues sólo aquel cuyas manos sean inocentes y cuyo corazón esté limpio, subirá al monte del Señor. Nada manchado puede entrar en el reino de los cielos.

Y he aquí por qué el dogma del purgatorio es un dogma consolador. Dime: si todos los que en acabándose esta vida hubiesen de estar limpios de toda mancha, so pena de ir al infierno, ¿qué suerte podríamos esperar la mayoría de los hombres quienes, por desgracia con tanta frecuencia, y ya que no por malicia, por fragilidad al menos, faltamos en muchas cosas?

Imagínate, además, que un hombre que ha llevado una vida disipada y sale de este mundo con una confesión buena, pero sin tiempo bastante para hacer penitencia, si no hubiese purgatorio, ¿qué consuelo tendrían su esposa y sus hijos sabiendo que en el cielo no entra nada impuro y que su marido ó padre no ha hecho penitencia de sus extravíos? ¿Pensarían que bastaban esas señales de arrepentimiento para creerle ya en el cielo, junto á San Hilarión, ó á San Antonio Abad, ó á los Padres del yermo?

Mas ahora pueden esperar que Dios le habrá acogido en el seno de su Misericordia, si como es de suponer y aquí suponemos, se dolió de sus pecados con contrito corazón.

Sucede con frecuencia, dice Santo Tomás, que los justos mueren antes de haber hecho por sus culpas suficiente penitencia: sin embargo, no por esto puede negárseles la vida eterna que tienen merecida; mas porque sus faltas no deben quedar impunes, pues la justi-

cia exige que el pecado se repare y ordene con la pena, es absoluntamente necesario que, si no han satisfecho del todo, padezcan alguna pena temporal antes que obtengan el premio de la vida eterna. Y con razón; porque de esta manera, tanto el pecador que ha pasado una vida afeada con culpas y se arrepiente á la hora de la muerte, como el justo que no ha cuidado bastante de evitar los pecados veniales, encuentran debida y correspondiente sanción en el purgatorio, lo cual manifiesta la justicia, santidad y misericordia de Dios, y nos da una idea muy alta de la limpieza que se necesita para entrar en los palacios de la gloria.

Punto III

Del lugar destinado por Dios para purgatorio de las almas.

El lugar destinado á la expiación de las culpas veniales y de la pena temporal no satisfecha aún, de que eran deudores por los pecados ya confesados, llámase purgatorio, porque en él «como en crisol se purifican y afinan las almas, hasta que abrasada con el fuego de su tormento la escoria de sus culpas, esto es, pagadas las penas á que por ellas quedaron obligadas, cobran entero lustre y hermosura con que se hacen dignas de parecer en la presencia de Dios, agradables á sus divinos ojos, participantes de los goces eternos, compañeras de los ángeles y hermanas de todos los espíritus celestiales».

Este lugar, según la opinión común y recibida, ya que con certeza no consta ni la Igle-

sia lo ha definido, es un lugar fijo, tenebroso, profundo, desierto, situado en las entrañas y concavidades de la tierra. Conceden los teólogos, y los hechos lo atestiguan, que alguna vez, por divina dispensación, y ocultos designios de Dios, visitan las benditas almas del purgatorio la mansión terrena, recorren varios lugares ó se detienen en uno determinado; pero fuera de estos casos excepcionales y de suyo poco frecuentes, lo ordinario es que estén encarceladas en aquella cárcel tenebrosa, próxima al infierno y encima de él, privadas de la vista del firmamento estrellado, y en noche perpetua.

No hacen diferencia entre el día y la noche; porque ni hay sol, ni aparece la luna que distingan los tiempos: continuamente en vela, sin dar tregua á sus tormentos ni un instante de reposo á su penar, ignorarían la sucesión de los días, semanas, meses y años, si no fuera por la llegada de otras almas que han de expiar en aquella cárcel sus culpas, y por las frecuentes y consoladoras visitas de los ángeles custodios y de la soberana Madre de Dios, que es también la reina de aquellas tristes moradas, y á la que principalmente deben el alivio que reciben en sus grandes solemnidades.

Millones y millones habitan las silenciosas cárceles del purgatorio, y no es improbable decir que el número de los que expían en él sus faltas puede compararse, si no excede, al número de los que componen la Iglesia militante. Tan grande es el pueblo de esos justos, amantísimos todos de Dios y de María inmaculada, ciudadanos de un imperio que puede

llamarse «el imperio de la perfecta resignación».

En ninguna parte como allí se verifica la palabra del Salmista: «La justicia y la paz se dieron ósculo cariñoso». Mientras en el cielo, entre dichas sin fin, bendicen los bienaventurados el triunfo de la misericordia, y en el infierno, entre indecibles tormentos, rinden los condenados homenaje al rigor de la justicia divina, en el purgatorio aman, adoran y bendicen las almas la misericordia y bondad de Dios, que, por la sangre de Jesucristo, les perdonó las culpas y les dió derechos al cielo, y su justicia inexorable, que les cierra las puertas del paraíso de la gloria y las detiene en el reino de la expiación hasta que se hayan purificado del todo y pagado el último maravedí de la pena contraída. Y con tanto amor y gusto aceptan este fallo de la divina justicia y sentencia del soberano Juez, que ellas mismas, sin ser para ello forzadas, al reconocerse impuras se van al purgatorio, al lugar de la purificación, como palomas que en la aspereza del monte vuelan ansiosas en busca de su nido. Porque viendo en sí la herrumbre del pecado, que es el impedimento para ver á Dios, impedimento que sólo el purgatorio puede quitar, lánzanse á él las almas por voluntad propia; y entre ir de repente al cielo conservando tal impedimento, ó dirigirse al purgatorio, es tal el amor que tienen á la pureza y santidad de Dios, que escogieran sin vacilar arrojarse al lago y crisol donde se purifica la herrumbre de la culpa.

Por esto en los abismos de aquel reino misterioso no se oye propiamente una queja, ni se

descubre acción alguna que revele impaciencia, ira ó enojo contra los decretos de Dios ó las penas horribles que padecen. Cuando oímos, pues, que se lamentan de su suerte y nos compelen á que las socorramos, al representarnos la viveza de sus tormentos y las ansias insoportables que tienen de volar al seno de su Amado, no quieren significarnos que se agota su paciencia, que desfallecen sus fuerzas para padecer, que se acaba su resignación. Quieren, sí, excitar nuestra compasión, mover nuestra piedad, enfervorizar nuestro celo en la práctica de la virtud, y, puesto que estos son los deseos de Dios, obligarnos á contribuir con nuestras obras y sufragios á su pronto rescate y libertad. Por lo demás, ellas están perfectamente resignadas y conformes con la divina voluntad en medio de los más exquisitos suplicios y torturas inauditas á que la justicia eterna é inflexible de Dios las ha sometido.

Coloquio.—¡Qué grandes y maravillosas son tus obras, oh Dios mío, y cómo nos atraes con las esperanzas del premio y nos atemorizas con el miedo de tus castigos! ¡Oh purgatorio! Tú nos llenas de compasión por tus penas, pero nos inspiras confianza en la misericordia divina. Oid, ¡oh Dios mío! nuestras súplicas; cerrad para todos los fieles la puerta del horroroso abismo del infierno; abrid para ellos las de la eterna gloria, y librad ¡oh Señor! de sus penas á cuantas almas se encuentran en el purgatorio, llevándolas á gozar con Vos de la inmortal corona de la bienaventuranza.

Propósitos.—Servirte de la memoria del purgatorio como estímulo para el trabajo, como esfuerzo para el desfallecimiento y como freno contra tus pasiones.

5 DE NOVIEMBRE

Sobre las terribles penas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Pena de daño.

Considera que la perfectísima resignación en que viven las almas del purgatorio no impide que sus penas sean intensísimas, sobre toda humana comprensión. Como las de los réprobos, se reducen á la pena de *daño* y á la de *sentido*. Son las del infierno eternas: las del purgatorio temporales: carecen los moradores del infierno de toda esperanza de poseer á Dios: tiénenla las almas en el purgatorio, y ciertísima, de que han de ver un día su divino rostro: lo contemplaron ya amoroso cuando fueron de él juzgadas: conservan impresa en sí mismas su imagen hermosísima: le pertenecen: le aman como nunca le amaron: son esposas suyas queridísimas, pero están separadas de él: las murallas de aquella cárcel tenebrosa se levantan hasta tocar con el cielo y les impiden atravesar los umbrales del palacio glorioso de su Amado. Esta separación es su mayor martirio: constituye la pena de *daño*. Tormento es éste que nosotros, mientras estamos en esta vida, no podemos apreciar, pero cuyo suplicio excede á los padecimientos imaginables de este mundo. Cabe afirmar que la intensidad de esta pena se mide con rasero divino, pues la causa de su padecer es cabalmente el amor que tienen á Dios: amor tanto

más encendido y vehemente cuanto conocen mejor la incomparable hermosura é infinita bondad de su dueño y señor. ¡Oh! ¡qué ansias, qué arremetidas, qué llamaradas de deseos las suyas de verle, de poseerle, de gozarle eternamente! Nada habremos dicho con llamarlas hambre, ni sed, ni fiebre: estas palabras significan cierto padecimiento limitado; y las almas tienden con ímpetu, propio de los espíritus separados y con violencia necesaria, á un objeto de infinita bondad, á quien no pueden ya dejar de amar, para quien únicamente viven, como que es el término único y exclusivo de todos los pensamientos de su mente y de los ardores de su voluntad.

Puedes formarte alguna idea de este tormento, por el de una madre que, llamada por su hijo, á quien va á devorar una fiera, se sintiese detenida por una fuerza invencible, en el momento mismo en que se lanzaba á socorrerle, y esto no una vez sola, sino diez y cien veces más.

Hay en este suplicio, dicen los santos, una angustia, en cierto modo más sensible que la misma angustia del infierno. Los infelices condenados no aman á Dios; su deseo insaciable y siempre renaciente, es de ver á Dios aniquilado y destruído; pero las almas santas del purgatorio aman á Dios, y le aman tanto más cuanto más le conocen; le han visto, han comprendido el amor que las tiene, han experimentado su bondad, y saben cómo cerca de El y unidas á El serán dichosas: y sin embargo, son detenidas lejos de El, en la cárcel del purgatorio. Este tormento es una sed que nada puede apagar, es un hambre que nada puede

aplacar, es un peso enorme que ahoga, y del cual no se pueden desembarazar.

Algo experimentó Santa Teresa de estas misteriosas angustias. En vano, dice, me esforzaría en hacer entender y conocer la naturaleza de esta pena inexplicable: algunas veces el alma siente un deseo irresistible de Dios, deseo que le lanza á un profundo desierto, en el cual no ve cosa alguna en que reposar. No saborea las delicias del consuelo del cielo, porque todavía no está en él, ni las de la tierra, á la cual no pertenece. Está realmente entre los confines del cielo y de la tierra, presa de un terrible tormento, sin alivio de ninguna especie; he aquí las angustias de la muerte. ¡Oh Jesús mío! exclamaba esta Santa. ¿Quién podrá pintar exactamente este estado del alma? Es un martirio que la naturaleza apenas puede soportar, quedan como dislocados todos mis huesos, no puedo unir mis manos rígidas, y hasta el día siguiente me queda un dolor vehementísimo en todo mi cuerpo, como si todo él estuviera dislocado. Un solo deseo me abrasa y consume: el deseo de morir, morir, ir á gozar de la vista de Dios. Este es el estado, añade la Santa, este es el estado en que se hallan las almas del purgatorio.

Mira lo que pasa en los corazones que han amado mucho en la tierra, cómo quedan despedazados y afligidos por la pérdida de los objetos de su cariño. No es nada esa pena porque no hay amor comparable al que las almas tienen á su Dios, que es el centro de sus deseos, ni hay torrente ni río contenido y represado que así tienda á la mar, como aquellos

espíritus purísimos tienden hacia su último fin y dicha.

Tiende tú á Dios siempre y en todas las cosas; míralo en todas partes; que sea El el fin y norte de todas tus acciones, y así conseguirás salir purificado de esta vida miserable y poseer muy pronto la eterna felicidad por la que suspiran las almas en el purgatorio.

Punto II

Pena de sentido.

Considera que á la pena de daño se junta la de sentido. Fuego real y verdadero como el del infierno, obrando milagrosamente sobre las almas, es el instrumento que Dios ha tomado por ejecutor de su justicia. En su comparación, el fuego de este mundo parece pintado: como que éste fué criado por Dios para servicio y utilidad del hombre y aquél para castigo de sus culpas. Cuanto en este mundo se puede padecer, cuantos suplicios ha inventado la crueldad de los tiranos, cuantos la imaginación más exaltada puede reunir y amontonar, son como sombra y refrigerio, si se cotejan con la pena de sentido que padecen las pobrecitas almas del purgatorio. Recorre, si quieres, con la fantasía todos los hospitales esparcidos por el ámbito del mundo: penetra en esas moradas donde todo dolor tiene su trono y asiento, en donde los enfermos son muchos y las enfermedades no tienen número: cuantas tristezas, amarguras, dolores y crueldades te representes, no llegarán á la pena que sufre un alma en el purgatorio. Es más penoso aquel fuego que todo cuanto el hombre pue-

de padecer en esta vida, dice San Agustín: más duro y acerbo que cuantas penas se pueden ver, pensar ó sentir en este siglo. De iguales expresiones se valen para significar la acerbidad de aquellos tormentos San Gregorio Magno, el venerable Beda y otros santos Padres: San Anselmo, tratando de las penas del purgatorio, asegura que la pena menor que allí se padece excede á la mayor que en esta vida se puede pensar, y Santo Tomás, conformándose con la célebre frase de que uno mismo es el fuego que acrisola el oro y abrasa y devora la paja, dice terminantemente que unas mismas llamas atormentan á los condenados en el infierno y á los justos en el purgatorio.

«Juntad, dice Santa Catalina, juntad en una todas las penas que los hombres han sufrido, sufren y sufrirán, desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos. Unid á ellas todos los tormentos con que los tiranos y los verdugos afligieron á los mártires; todo esto no es más que una pálida imagen de los tormentos del purgatorio, tanto que, si se diera á escoger á las pobres almas allí detenidas, elegirían padecer todos esos tormentos, durante muchos años, antes que estar un día más en el purgatorio.» No me digas que el cuerpo no se halla en el purgatorio. «El dolor, dice Santo Tomás, no es el golpe que se recibe, sino la sensación dolorosa de ese golpe. Cuanto más delicada es esa sensación, más vehemente es el dolor, y el alma que está sola sin el cuerpo, acometida por ese fuego, experimenta el dolor que le haría padecer cada uno de los miembros del cuerpo, invadido, por separado, de ese mismo fuego».

Este fuego del purgatorio, cuya naturaleza nos es del todo desconocida, ha sido dotado por Dios con una especie de juicio é inteligencia, para investigar los senos del alma y consumir todo lo que en ella hay de herrumbre de pecado, y por eso obra al mismo tiempo en la imaginación, en la memoria, en el entendimiento y en la voluntad.

No pasemos más adelante; prestemos oídos atentos y oigamos esos gritos desgarradores que salen de aquel abismo de fuego: «*Crucior in hac flamma*». «Me abraso en estas llamas». «Compadeceos de mí, al menos vosotros mis amigos, porque me ha herido la mano del Señor».

Punto III

La pena del gusano de la conciencia, ó sea del remordimiento.

La tercera pena del purgatorio, más cruel si se quiere que el mismo fuego, es la del gusano de la conciencia, ó sea del remordimiento, que se siente por los defectos de la vida pasada. Tres dolorosas miradas echa el alma sobre sí misma: con la primera ve todo el mal que podía haber evitado, y no lo evitó. ¡Cuántos pensamientos consentidos, cuántos afectos desordenados no reprimidos! ¡Cuántas palabras ociosas, cuántos actos indecorosos, cuántas distracciones no desechadas! ¡De cuántas debilidades y de cuántos escándalos podía haber huído! Y no pudiendo menos de reconocerse reo, se entristece sumamente, no tanto por el daño ocasionado á sí misma, cuanto por la ofensa que ha hecho á Dios. ¡Oh, mil veces fe-

liz aquel á quien la conciencia no le arguye de algún delito!

Con una segunda y más penetrante mirada, conoce el alma en el purgatorio el bien que podía haber hecho en vida y que no hizo. ¿Qué más pudiera el Señor poner de su parte para que aquella viña suya produjera frutos de vida eterna? La hizo nacer en el seno de la fe, la adornó de entendimiento y de libertad, se dignó nutrirla con los Santos Sacramentos, fortalecerla con gracias celestiales, atraerla á Sí con el ejemplo de los buenos. Con tantos estímulos y auxilios debía, como gigante, haber corrido velozmente por el camino de la santidad y llegado á la cumbre de la perfección. Mas, á pesar de todo, muchas veces se paró en el camino; otras anduvo á paso lento, se enfrió en los ejercicios de piedad; dejó pasar muchas ocasiones de bien obrar é hizo, por culpa suya, ineficaces muchas gracias del Señor. En vista de tanta negligencia, llora y suspira por no tener ya tiempo de reparar lo perdido. Mas [redacted] puedes todavía repararlo con un fervor más íntimo y con una exactitud más constante en el servicio de Dios; ¿y por qué no lo haces así?

Con otra mirada más sublime dirigida hacia el cielo, divisa, por último, el alma desde el purgatorio el puesto que le está destinado en el reino eterno; pero de paso ve y conoce con dolor, que con evitar á su tiempo, como estaba en su mano, tantos defectos, y con haber obrado todo el bien que le fué posible, sería mucho más glorioso y resplandeciente su trono en el cielo. Porque es indudable que habiendo muchas moradas en aquella patria

feliz, cada grado de mérito aumenta á proporción los grados de gloria, y cuanto más se acerca á Dios el alma por la perfección de la caridad en esta vida, tanto más cerca de El estará en la otra. ¿Deseamos gozar de la más sublime gloria en el cielo? Esforcémonos en ser los más virtuosos y perfectos en la tierra.

Coloquio. — Dame gracias abundantísimas ¡oh Señor! para que me haga, cual Tú deseas, perfecto y semejante á Ti; para que huya de toda falta por pequeña que sea, para que crezca en toda clase de bienes y merezca un puesto distinguido á tu lado en el cielo. Las almas del purgatorio, porque faltaron á algunas de estas cosas, pagan rigurosamente la pena en aquella cárcel de dolores, entre los continuos remordimientos de su espíritu. Tranquiliza, Señor, su conciencia; aquiétalas con el perdón de sus pecados, con la remisión de la pena que deben por ellos, con llamarlas á la corona y á la gloria para que gozando de Ti en el cielo, cese finalmente el arrepentimiento y la aflicción, de que amargamente se alimentan en medio del fuego del purgatorio.

Propósitos.—Antes de cometer las faltas infinitas que constituyen tu vida, piensa que no haces más que hacinar leña con que alimentar el fuego del purgatorio.

6 DE NOVIEMBRE

Sobre otros tres motivos de pena de las benditas almas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La vista de sus pecados.

Considera cómo las almas del purgatorio ven las cosas de Dios de distinta manera que nosotros. Iluminadas con luz divina, cono-

cen cuán acreedor es Dios á nuestro amor, á nuestro respeto y obediencia, y todo lo que ha habido en ellas de flojedad, de ingratitud y de falta en los pecados que cometieron en la vida. Esta flojedad y tibieza, que tienen siempre delante de los ojos, las llena de tanta confusión y vergüenza, que buscan, aunque en vano, huir de las miradas de sus compañeras en las penas. Tienen siempre ante sus ojos su ingratitud para con Dios, y esta vista las remuerde tanto, que su corazón está á cada momento despedazado y herido, y hasta experimentan inmensa satisfacción en sufrir para expiar su falta de amor. Se parecen á un hombre que, en medio de un calor abrasador, está rodeado, apretado, oprimido con un manto ó capa, cuyo peso le abruma. Bajo ese manto se hallan encerrados, como en un nido, gusanos que se alimentan de la carne de ese hombre, y le atormentan con su mordedura, sin que él pueda librarse de ellos. Ese manto está desgarrado, sucio, y el que lo lleva se ve obligado á permanecer delante de una persona muy fina y delicada, que siente á su vista un sentimiento de profundísima aversión. ¡Oh, qué estado éste tan terrible, qué dolor para el cuerpo, qué vergüenza y qué confusión para el alma! Este es el estado constante, esta la pena continua, esta la confusión de las almas detenidas en el purgatorio, acordándose de sus faltas delante de Dios y de sus ángeles.

A esta vergüenza se junta el pensamiento de cuán fácilmente pudieron evitar los pecados, por los cuales ahora padecen. ¡Ah, repiten, si hubiera obedecido al mandato divino en tal ocasión, en que tan poco me costaba! ¡Si

no hubiera rehusado hacer aquel ligero sacrificio que Dios me pedía! ¡Si no hubiera proferido aquella palabra que mi conciencia decía que era contra la caridad! ¡Si hubiera ganado aquella indulgencia tan fácil de ganar, no me vería en el triste estado en que me veo, no sufriría lo que sufro!

¡Remordimientos tardíos é inútiles! Las lágrimas no tienen virtud de purificar cuando se ha dejado pasar el tiempo de la misericordia. ¡Oh almas queridas, que á lo menos vuestras penas sean para nosotros provechosísima lección!

Punto II

El olvido en que se las deja, segundo motivo de pena.

Considera que ser olvidado en la tierra, y olvidado de aquellos que nos han amado y á quienes nosotros hemos amado también, es un torcedor terrible para el corazón. ¡Pero ser olvidado cuando se está en el purgatorio, cuando el corazón se ha hecho más delicado y sensible, y nada puede apartarle de este pensamiento, debe ser un dolor mucho más agudo! ¡Oh! y ¡cuán justas son estas quejas que un religioso oyó á esas pobres almas abandonadas y olvidadas! ¡Oh hermanos! ¡Oh hermanas! ¡Oh amigos! ¿Es posible? Tanto tiempo ha que os esperamos, y no venís; os llamamos, y no nos respondéis. Padecemos tormentos, con los cuales ningunos se pueden comparar, ¿y no os compadecéis? lloramos, ¿y no nos consoláis? ¡Ah, todos aquellos á quienes en la tierra amábamos con todo nuestro corazón, nos han olvidado en esta noche sombría, lloramos y gemi-

mos, y no hay quien nos consuele! ¡Se acabó todo! ¡Se acabó para siempre! ¡Todos me han echado en olvido, ni un solo recuerdo me liga con la tierra! ¡Por todas partes el olvido; se olvida toda mi vida; se olvida mi nombre, que nadie pronuncia; se olvida mi sepulcro, que nadie visita para rezar en él; se olvida mi muerte, que nadie llora! ¡Olvido total en el mundo y por todas partes!

Las últimas palabras de despedida, al separarnos para venir á este mundo, estaban empapadas en tristeza, protestas tiernísimas, juramentos de un recuerdo eterno, lágrimas más ó menos sinceras, lápidas que al poco tiempo nadie lee, sufragios más de ostentación que de piedad; pero al poco tiempo nadie se acuerda del abandonado difunto, y se puede asegurar que hay en los vivos un olvido casi universal de los muertos. A los pocos días, á lo más, á los pocos meses nadie ora, nadie se acuerda de ellos. Pero no, que hay en la tierra un corazón que jamás olvida, un corazón dispuesto en todo tiempo á socorrer á las almas de los muertos olvidados. Este corazón es el corazón de la Iglesia, el corazón de una madre. Esta madre pide todos los días al Señor que les dé el reposo eterno, la libertad y la luz. Y nosotros, hijos de ella; nosotros, hermanos de los que sufren en las cárceles del purgatorio, que por mucho tiempo los tuvimos olvidados, debemos unirnos á las oraciones y buenas obras de la Iglesia, nuestra madre.

Considera luego otra causa de terrible sufrimiento para las benditas almas. La incertidumbre del tiempo que han de estar detenidas en el purgatorio. Si es espantosa la incerti-

dumbre para los que están encarcelados en la tierra, ¿qué será con los encarcelados de ese otro mundo invisible, obscuro y lleno de todo linaje de dolores? ¿Quién será capaz de explicar lo que es para las almas que padecen en el otro mundo, el tiempo y la duración? Porque, para nosotros, la duración no es el tiempo que pasa, es la sucesión de cosas que sentimos nosotros pasar, y la lentitud de ese paso crece en los que sufren, en proporción de su dolor. Esto es lo que hace que para las almas del purgatorio los minutos sean días, los días años muy largos, y los años siglos interminables.

Considera cómo los que están detenidos en el purgatorio, mucho más que los encerrados en las cárceles del mundo, contarán esas horas interminables, que irán pasando lentas, lentas, y que el tormento y el dolor las hará más que pesadas, eternas é interminables. ¡Y si á lo menos esas pobres almas pudiesen saber la hora en que se han de ver libres de aquella espantosa cárcel! Si pudiesen decir: Después de tantos años de padecimientos se acabarán mis dolores, y volaré al cielo. Pero no. Saben muy bien que ha de llegar la hora de su libertad, y esta esperanza y el amor de Dios que arde en su corazón, dicen los santos, que distingue el purgatorio del infierno; saben muy bien que ha de sonar esa hora; pero ¿cuándo sonará en el reloj divino? No lo saben. Y hasta el momento determinado por Dios, les parece oir una voz abrumadora que cada vez que ellos preguntan: ¿Cuándo será? les responde infaliblemente: «¡Todavía, todavía más dolores. Aún hay que expiar y puri-

ficarse más!» Este pensamiento nos debe mover á no dejar nunca de rogar y pedir á Dios por las almas del purgatorio.

«Temo mucho, dice San Francisco de Sales, temo la buena opinión que de mí han formado mis amigos. Creerán después de mi muerte que estoy en el cielo, y me van á dejar abandonado en el purgatorio.»

Punto III

Incapacidad de merecer en las almas del purgatorio.

Considera que si es duro el padecer en este mundo, no le faltan consuelos que lo hacen llevadero y aun apetecible á los santos y á las almas justas. Espántase la naturaleza á la sola idea de sufrir; pero la consideración de perfeccionarse uno á sí mismo en medio de los trabajos, y de recibir un eterno galardón en el cielo, hacía rebosar de júbilo á los mártires á la vista de los potros y cuchillos, y poblaba los desiertos de fervorosísimos penitentes. Mas el padecer del purgatorio es un padecer que no admite tales consuelos; es una pura satisfacción de deuda, y podría llamarse un puro padecer ¿Pues cuán digno no será de nuestra compasión y de nuestro socorro?

La virtud no nace con nosotros, sino que se adquiere; la naturaleza nos da la disposición para las virtudes; Dios nos da los hábitos de ellas, la gracia nos comunica estímulos y auxilios, mas con todo, la virtud no se adquiere sino con los actos, y, á proporción de lo que aquéllos se multipliquen, crecerá en nosotros la virtud y perfección. El empeño del cristiano consiste en perfeccionarse lo más que pue-

da con la práctica de las virtudes. Pero este ejercicio no dura sino cuanto dura la vida; en la muerte, se pone el sello á todo aumento de merecimientos, y no se pasa adelante de donde se llegó en vida. Sea mucho ó poco lo que se haya padecido; háyanse practicado ó no actos virtuosos, no se gana mayor mérito en la otra vida. Por muy grandes y terribles que sean las penas que sufran las almas del purgatorio; por muy heroicos que sean sus sentimientos, su virtud no crece, sus méritos no se aumentan. Apresurémonos, pues, á acumular merecimientos durante nuestra vida, y no dejemos pasar un solo día sin dar un paso más en la carrera de la virtud.

A proporción del progreso en la virtud y de los méritos que se adquieren en la vida, se sube más alto en el cielo y se obtienen mayores grados de gloria. Quien hubiera ganado más en la tierra, brillará allí con más bellos resplandores; y ninguna obra, ninguna palabra, ningún deseo quedará sin la correspondiente merced por parte de Dios, como El mismo lo ha prometido. Las almas del purgatorio no creciendo en méritos, no pueden tampoco prepararse un grado de gloria más subido del que ya les pertenece. Su estado es fijo; el puesto que han de ocupar les está ya destinado. Esta reflexión, que hace los padecimientos mucho mayores, muévanos, á lo menos, á ser más cautos y solícitos en procurarnos un lugar más elevado en el cielo.

Coloquio.—Señor, dadnos gracia y tiempo para acumular en esta vida copiosos frutos de buenas obras, para obtener junto á Vos un puesto más elevado en vuestra gloria; pero al mismo tiempo dig-

naos abrir las puertas á vuestras queridas esposas del purgatorio, para recibirlas en aquellos tronos que ganaron en vida con sus obras de virtud y de merecimientos. Quitad todo lo que sirva de obstáculo á su libertad; perdonad toda deuda que les quede aún por expiar entre las llamas del purgatorio, y haced que después de tantas penas sufridas en tan dura cárcel, lleguen, finalmente, á recibir de vuestras divinas manos aquella corona de justicia y de gloria que, en la celestial Sión, habéis preparado para su eterna recompensa.

Propósitos.—Haz hoy alguna mortificación extraordinaria en sufragio de las almas benditas.

7 DE NOVIEMBRE

De tres lecciones que nos dan desde el purgatorio las almas benditas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Primera lección: el amor á la pureza de conciencia.

Considera que son muchas las lecciones y enseñanzas que podemos sacar, para nuestro provecho, de la meditación del purgatorio. La primera lección, y la que más nos importa entre todas, es el amor de la pureza en general, y, como consecuencia, el temor de ofender á Dios, el huir de las ocasiones de pecar, el deseo de mortificarnos para expiar las faltas cometidas, el empeño en ganar indulgencias, en una palabra, tomar todos los medios conducentes para librarnos cuanto nos sea posible de las llamas del purgatorio.

Apenas se separa el alma del cuerpo se encuentra, sin darse cuenta de cómo, *delante de*

Dios, á quien ella ve y conoce, y por un ímpetu irresistible de su naturaleza se siente atraída á El como á su último fin y á su eterna felicidad, y eso con una fuerza á la cual en la tierra nada se puede comparar. Pero de repente aparece á sus ojos *la pureza de Dios,* esta pureza infinita y perfectísima, incapaz de explicarse con lengua humana; y entonces, al verse el alma manchada con la culpa, aunque sea muy ligeramente, se siente poseída de un horror tal, y al mismo tiempo de un deseo de purificarse para unirse á Dios, que se lanza impetuosamente á las llamas del purgatorio como al crisol en donde ha de purificarse el oro de su caridad.

Así lo explica Santa Catalina, la cual añade: «que si conociese el alma otro purgatorio más terrible en el cual pudiese ser purificada más pronto, á él se precipitaría con toda la fuerza del amor que tiene á Dios. Mil veces preferiría el alma despeñarse en el abismo del infierno, antes que comparecer ante la Majestad divina con la menor mancha de pecado». Porque en el purgatorio, esta alma justa y amante no ve más que dos cosas: «la pureza y santidad de Dios, á quien ama, y la necesidad de hacerse digna de esa pureza». Padece, sin embargo, mucho más, y es más vivo su dolor por no saber cuándo acabará para ella ese destierro que la tiene alejada de Dios.

Dice Santa Catalina «que esta pena es tan grande, que ni la lengua puede explicarla ni el entendimiento concebirla. Dios, con su bondad, me ha permitido entreverla un instante, y con todo eso mi lengua no acierta á darla á

entender; no obstante, si un alma sin acabar de purificarse fuese admitida á la vista de Dios, sufriría *diez veces más* que en el purgatorio, porque no podría en aquel estado soportar esta bondad excesiva y esta severísima justicia».

¿No es verdad que estas palabras nos hacen concebir un grande horror á toda falta, por pequeña que sea, y un deseo grande de conservar la pureza y limpieza de corazón? Pidamos á las almas del purgatorio que nos alcancen de Dios sumo horror á todo pecado.

Punto II

Segunda lección: la enmienda de las faltas ordinarias.

Considera cómo Santa Brígida vió un día delante del soberano Juez, á un alma del purgatorio, toda temblorosa y confusa. Le ordenó el Señor que declarase públicamente los pecados de los cuales no había dado á la divina justicia satisfacción suficiente, y por los que había merecido la pena que padecía; y esta alma clamaba con acento que desgarraba el corazón: ¡desventurada de mí, desventurada de mí! Y entre sollozos y suspiros iba enumerando todo lo que afeaba su alma y la retenía apartada lejos de Dios.

No es preciso reproducir aquí aquella visión. Haz únicamente una sencilla enumeración de las principales faltas que, como gusanos roedores, atormentarán á una pobre alma del purgatorio para que tú procures evitarlas. Figúrate que ves á un alma arder en las llamas del purgatorio, y le oyes exclamar con acento que debe herir tu corazón.

Estoy aquí porque no hice el caso que debía

de aprovechar el tiempo. ¡Cuánto perdí inútilmente! Ese tiempo tan precioso en que podía yo expiar mis pecados, ejercitarme en la virtud, merecer el cielo, lo perdí en conversaciones frívolas, en vanas ociosidades, en largas lecturas de libros curiosos y livianos, y por esta pérdida de tiempo estoy aquí padeciendo.

Olvidé descuidadamente las penitencias que me impuso el confesor; si las cumplí lo hice con ligereza; las acepté sin espíritu de fe, y por todo eso padezco lejos de Dios.

Dejé deslizar mi lengua en murmuraciones contra los superiores, contra mi director espiritual y contra mis padres; murmuraciones pequeñas, es verdad; pero hijas de mi amor propio, de falta de respeto ó de envidia, y de mil pasiones que me hicieron cometer infinidad de culpas y de faltas veniales.

Me dejé llevar de la complacencia y de la vanidad en el vestir, en el excesivo adorno de la casa y de la familia. Fuí orgullosa, amante exagerada de la moda, gastando en esto el dinero que pude y debí dar á los pobres de Cristo.

Busqué y procuré mi gusto con excesiva sensualidad en la comida y fuera de ella sin necesidad alguna. Fuí muelle y delicada en extremo en todo mi porte, en el andar y estar sentada, perezosa por la mañana al levantarme, y muy diligente en huir de todo aquello que podía contrariarme y más amiga del regalo que de la mortificación.

Si en algunas conversaciones hablé de cosas espirituales y santas, fué con la intención de ser por ello alabada, estimada y tenida en más que los otros, pero aunque sin incurrir en cul-

pas graves, mis palabras encerraban muy poco de gravedad, de caridad y de propia abnegación.

No favorecí á mi prójimo pudiendo hacerlo. No lo consolé, ni lo defendí, ni le hice bien alguno; voluntariamente conservé en mi corazón sentimientos de rencor y de envidia, que no procuré arrancar de raíz, pues luché poco con mis pasiones y con los afectos torcidos de mi corazón.

Por abandono y falta de cuidado omití muchas comuniones que mis directores me permitían hacer. En mis oraciones fuí indevota, poco amiga de rezar el Santo Rosario y de meditar seria, atenta y devotamente, y por estas y otras faltas análogas sufro hoy lo que no se puede comparar con aquellas penitencias que tanto me horrorizaban.

¡Oh Dios mío, cuánta luz derraman sobre mi alma estas confesiones! Haced que se graben profundamente en ella para la total enmienda de toda mi vida.

Punto III

Lección tercera: La gravedad del pecado venial.

Oye todavía una lección, pero de las más provechosas, que puede haber para nuestra alma.

Es la queja en que prorrumpen casi todas las almas del purgatorio, pues que casi todas padecen en esa cárcel penas terribles por no haber entendido prácticamente la gravedad del pecado venial.

«Esto no es más que un pecado venial», decíamos en el mundo, y nos dejábamos ir por la resbaladiza pendiente de los deseos de nuestro

corazón y de nuestros sentidos; pero ese engaño se deshizo cuando después de la muerte hemos visto á la luz de Dios los amarguísimos frutos de esas faltas. Y dichosas nosotras, porque no nos han acarreado males más terribles aún. ¿Y qué, puede haber cosa más terrible que ser devoradas por las llamas del purgatorio? Sí que la hay. Esos pecados veniales podían habernos despeñado en el infierno. Por los pecados veniales ninguno se condena, es cierto; pero cuando se cometen con conocimiento, con malicia y en gran número, y sin que se trate de borrarlos por medio de una sincera penitencia, poco á poco arrastran al alma por una pendiente suave é insensible, hasta el abismo del pecado mortal, que merece las penas del infierno.

Conducen á este término fatal, porque poco á poco se van gastando y debilitando todas las fuerzas del alma. Llevan á ese estado tristísimo de la culpa, porque con la repetición de esos pecados se va disminuyendo en el alma el horror á todo lo que es ofensa de Dios: conducen al pecado mortal, porque con ellos las pasiones crecen y se desarrollan más pujantes, porque Dios nos va sustrayendo ciertas gracias especiales de las cuales necesitamos; en fin, conducen á ese término por mil caminos, y cuando un alma familiarizada con el pecado venial no se convierte, la muerte tan sólo, llegando á tiempo, puede detenerla para que no ruede hasta el fondo del abismo; pero Dios N. S., en sus justos designios, no envía siempre á las que así viven esa muerte que les impediría caer en la última desgracia del pecado mortal.

Dios nos concedió esta gracia á nosotras mismas á tiempo, es verdad; pero ¡oh, qué terrible castigo el que sufrimos! A cada uno de nuestros pecados veniales corresponde una medida de penas. Pues si Dios ve en nosotros miles de esos pecados veniales, ¿cuál no será todavía el rigor y la duración de las penas que nos aguardan?

Y reparad, los que vivís aún en la tierra y pedís por nosotras, reparad que el purgatorio no es solamente para castigar los pecados veniales con que están manchados los hombres á la hora de la muerte, sino también todos los pecados cometidos, y de los cuales no se ha dado plena satisfacción á la Justicia divina. ¡Oh! Sed justos, sed santos y temerosos de Dios, y aprovechad los medios infinitos que ahora tenéis para libraros de venir á caer en estas cárceles, de donde no se sale hasta pagar á la divina Justicia hasta el último cuadrante.

Coloquio.—¡Oh, Señor! Grabad en mi corazón esas lecciones que me dan para provecho de mi alma aquellas esposas vuestras á las que purificáis en el fuego terrible del purgatorio. Que á la vista de lo que ellas padecen aprenda yo á vivir una vida fervorosa, limpia de esas manchas diarias que tanto os desagradan. Que sea yo fervoroso, mortificado, humilde, enemigo del mundo, callado, dominador de mis pasiones, para que, agradándoos mucho, merezca vuestra gracia y veros muy pronto en el cielo.

Propósitos.—No tener por faltas ligeras las que merecen penas tan graves como son las del purgatorio.

8 DE NOVIEMBRE

De tres medios eficacísimos para aliviar á las almas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del primer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el ayuno.

Recuerda las grandes alabanzas que han dicho los santos acerca del ayuno. Porque no cabe dudar, que el ayuno es una de las obras que más satisfacen á la justicia de Dios por las penas que debemos por nuestros pecados, principalmente si lo hacemos en unión del que N. S. Jesucristo ejercitó en el mundo. Dice el venerable Beda, enumerando los medios con que podemos aliviar y socorrer á las almas del purgatorio: «A muchos ayudan para alcanzar la libertad antes del día del juicio las preces de los vivos, las limosnas, los ayunos y principalmente el santo sacrificio de la misa». Esto sentado, hemos de tomar por regla general, que todas las obras que nos pueden servir á nosotros mismos, pueden servir también á la satisfacción de las penas, que los pecados de nuestros prójimos merecieron, si queremos aplicarlas por ellos, privándonos nosotros de este bien. Así obra la caridad, que teniendo á todos como miembros de un mismo cuerpo unidos entre sí, extiende y comunica á todos el medio de obrar y de sufrir los unos por los otros.

Un alma animada del Espíritu Santo y del

fuego de la caridad contribuye cuanto puede, con el bien que hace ó con el mal que sufre, al socorro de las almas de sus hermanos, y se daría á sí misma si pudiese, para abreviarles el tiempo de su pasión y ponerlas presto en estado de gozar de la presencia y bienaventuranza de Dios. Y ya que no puede darse á sí misma, da á lo menos sus penas; determina hacer algún ayuno cada semana y ofrece también por ellas los que le manda nuestra Madre la Iglesia católica.

Por esto los primeros cristianos ayunaban muchos días, después de la muerte de sus padres, confiando en la divina bondad que aceptaría esta pena para disminuir ó acabar del todo aquel arduo y penosísimo ayuno que padecen las almas del purgatorio, mientras se les dilata la admisión y entrada en el reino y banquete de la gloria.

Esta era la especial devoción de Santo Domingo de Guzmán, en cuya vida se lee que se atormentaba y afligía su carne con ayunos, disciplinas y todo género de austeridades, movido de tres fines: el primero, para hacer penitencia de sus pecados; el segundo, por la conversión de los herejes, en que trabajaba incansablemente; el tercero, por la liberación de las almas del purgatorio: y probablemente se cree que este ejercicio fué la causa por que le salían tan favorables las empresas, coronadas con éxito felicísimo.

Claro es que, según leyes de justicia, el mismo que cometió la culpa debiera padecer la pena, pero la misericordia templa sus rigores. Escrito está que cada uno llevará el peso de su carga. Mas también dice la Escritura en

otra parte: llevad los unos alternativamente el peso de los otros. Y los santos Doctores concilian ambos textos, diciendo que, si se mira á la culpa del pecado, cada uno lleva su peso; mas si se considera la pena, podemos y aun debemos llevar con caridad la carga de los otros. Ejemplo de esto nos da Cristo N. S., quien por el infinito exceso de su caridad, cargó sobre sus espaldas las penas debidas por nuestros pecados.

Podemos formar este pensamiento, y nos servirá no poco, que las almas del purgatorio siempre nos están alargando la mano, pidiéndonos limosnas, y que casi todas nuestras acciones en la vida cristiana son como unas pequeñas limosnas que les podremos dar. Pues ¿será posible que se las neguemos? Si bien lo consideramos, no tendremos corazón para ello. Al fin y al cabo, ¿qué nos cuesta ayunar? ¿Tan grande sacrificio será para nosotros pasar un poquito de hambre por aquellas almas santas y justas que esperan de nosotros esta obra de misericordia?

Pero advierte aquí, que bajo el nombre de ayuno, que es el primer medio de socorrerlas, no solamente se entiende la abstinencia del manjar, sino también todas las otras obras que afligen la carne, como la aspereza del vestido, el dormir sobre la tierra, el vestir cilicios, macerarse con disciplinas, sufrir el estar enfermo, ir en peregrinación, pasar las noches en vela, y asimismo todas las penalidades que atormentan el espíritu, como tristezas, tentaciones, malestar, persecuciones, desprecios que nos vienen del prójimo ó del demonio, siniestros sucesos en los negocios,

pérdidas de bienes, y, en una palabra, todas las cruces que la divina Providencia nos envía. De esta suerte incesantemente practicamos la caridad, sin que nos cueste nada más, ni perdamos en cosa alguna el mérito de nuestras buenas obras y padecimientos, antes al contrario, crece y se perfecciona más. Anímate, pues, á hacer algo en sufragio de las benditas almas, á mortificarte y á sufrir por ellas, ya que tan generosamente ellas te lo han de pagar cuando estén en el cielo, si tú las ayudas á conseguirlo con tus penitencias y ayunos.

Punto II

Del segundo medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la limosna.

Considera que la limosna, entre todas las obras buenas que se pueden hacer, es el remedio especialísimo que Dios nos ha dado para compensar las penas que debemos por nuestros pecados. Porque el Espíritu Santo expresamente en la Escritura nos dice que la limosna es un agua que apaga el fuego del pecado. Así que cuando uno da la limosna por las almas del purgatorio, echa agua sobre las llamas que las abrasan. Y si continúa este piadoso ejercicio, infaliblemente las acabará de apagar. Ahora bien: muy inhumano había de ser quien negase un poco de agua al que en su misma presencia se abrasase; y no muestra ser muy tierno de corazón el que, pudiendo arrojar el agua de la limosna sobre el fuego del purgatorio, no vierte siquiera una gota.

¡Oh! ¡si supiésemos las virtudes que se encie-

rran en una limosna hecha por amor de Dios en alivio de las almas del purgatorio! Cierto que si se conocieran, todos querrían socorrer á los pobres con ese fin. Porque primeramente, con la limosna dada con dicha intención, el pobre á quien se da, queda socorrido y remediado con ella, lo mismo que si se la diesen sin esa intención. Lo segundo, el mismo Cristo en la persona del pobre es honrado, y nosotros lo seremos algún día después, cuando El, lleno de gloria y majestad, venga en la consumación de los tiempos á juzgar á todos los hombres, y nos diga en su presencia con acento suave y rostro benigno: «Lo que hicisteis con uno de estos pobres, lo habéis hecho conmigo: venid á poseer el reino de mi Padre».

Estas y cuantas alabanzas se digan de la limosna en general convienen, como es claro, á la que se da al pobre con la intención de aliviar á las benditas almas del purgatorio. Es, por tanto, excelentísima obra de misericordia, con la cual nos hacemos semejantes á Dios en lo más glorioso que hay en El para con los hombres, que es la bondad difusiva, derramadora de sus bienes: por ella somos familiarmente amados de Dios, como personas más semejantes á El; por ella tenemos dispuesta y merecida la misericordia de Dios cuantos usamos de misericordia con los hombres; con ella se obtienen el perdón de los pecados, el acrecentamiento de méritos, un tesoro para la otra vida, socorro en las tribulaciones, eficacia en la oración, defensa para el día del juicio, salud y vida perdurable. A lo cual se junta la provisión de bienes tempora-

les que Dios promete al que partiere lo que tiene con los pobres.

Todo esto es común á cualquier limosna hecha á los pobres por amor de Dios. Pero hay una tercera cosa especial, cuando la limosna se hace al pobre con intención de librar de la cárcel del purgatorio á las benditas almas que en él penan, y es que, en hecho de verdad, ellas son aliviadas y socorridas, y según los juicios de Dios, libertadas de aquellos calabozos; y por tanto, quien la hace se hace acreedor á su reconocimiento, gratitud y valimiento con Dios. Y que esto sea así lo ha creído siempre la Iglesia, y por esto ha exhortado y exhorta á que en los días de luto se den vestidos á los pobres y pan á los hambrientos y dinero á los necesitados, para que éstos soliciten con mayor eficacia la misericordia divina á favor de las almas sentenciadas por la justicia de Dios á padecer en el purgatorio.

Porque considera que si Jesucristo dice expresamente en el Evangelio que el reino de los cielos pertenece á los pobres; si ellos lo tienen en las manos, y cuando nos las ofrecen abiertas para recibir la limosna, nos ofrecen más que piden; y si todo esto se verifica aun cuando por ventura tenga vicios el pobre y sea de condición áspera y de ánimo olvidadizo, ¿qué no podrá esperar el que dé la limosna con la intención de socorrer á almas justas, amadísimas de Dios, en las cuales ni cabe olvido ni ingratitud?

Además, si dice el Señor: «Granjead amigos con el dinero de la maldad, para que cuando se descubran vuestras quiebras é injusticias

os reciban en los tabernáculos sempiternos», ¿quién no ve que haciendo la limosna al pobre con el fin de aliviar á las almas del purgatorio, nos granjeamos la amistad no sólo de los pobres, á los cuales socorremos, sino también de las almas que por aquella limosna saldrán del purgatorio? ¡Oh maravillosa fecundidad la de estas limosnas, por las cuales las almas justísimas del purgatorio y los pobres de Cristo son amigos nuestros, y Dios mismo es nuestro deudor! Feliz quien en esta vida se ha sabido conquistar tales amigos, que tanto se aventajan á los mejores del mundo. ¡Ah! ¡cuánto menos cuesta dar una limosna á los pobres para ganar su amistad y la de las almas, y obligarles á rogar á Dios por nosotros y nuestros hijos, que hacer un espléndido convite y recibimiento á un personaje ó á un grande de la tierra para alcanzar su benevolencia, siendo así que de ordinario no hará caso de nuestra humildad y habremos de creer que le estamos muy obligados!

Medita cómo se duelen ahora las almas del purgatorio de haber gastado tanto en su vida para ganar falsos amigos, que ahora las desamparan en sus necesidades; de haber cuidado tan poco de obligar á estos verdaderos amigos que en la hora de la muerte los hubieran recibido en la gloria. Ya no se hallan en estado de poder suplir por sí mismas esta falta; mas podemos nosotros hacerlo por ellas. Pon, pues, en cuanto tus facultades te lo permitan, abundantes limosnas en las manos de los pobres, y será como si ellas mismas las pusiesen en las manos de Jesús, que quiere ser reconocido en la persona de los pobres.

Hazlo así, con intención de sacar del purgatorio á las benditas almas en él encarceladas, y habrás hecho una obra muy grata á Dios, muy útil para ellas y para los pobres y muy meritoria para ti.

Punto III

Del tercer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la oración.

Considera que es la oración el medio más ordinario que aplica la santa Iglesia, gobernada del Espíritu Santo, para obtener de Dios la liberación de las almas del purgatorio. Esta madre caritativa tiene un celo tan vivo, tan ardiente de procurar el alivio de las penas que sus hijos padecen en aquella cárcel, donde la justicia de Dios ejercita con ellos su severidad, que no termina oficio divino alguno sin que ruegue incesantemente por ellos, diciendo aquellas palabras: «*Et fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace*: Descansen en paz por la misericordia de Dios las almas de los fieles difuntos».

La Iglesia tiene, además, destinados sus días para hacer públicas rogativas por ellos. Reza un oficio sublime, todo él enderezado á ese único fin. No contenta con esto, admite fundaciones, en que se obliga á continuar para siempre sus sufragios; ha erigido en muchos lugagares cofradías, llenas de piadosa caridad, que se emplean con grandísimo celo en procurar por todos los medios posibles el alivio de las almas del purgatorio.

Fúndase esta piadosa práctica de la Iglesia en la palabra de Dios, porque puedes recordar

á este propósito cómo alaba la sagrada Escritura este ejercicio de la oración por los difuntos. Habían quedado muertos en el campo de batalla algunos soldados de Judá; y concluído el combate, Judas Macabeo, que conducía las tropas, fué con su gente á traer los cadáveres para darles honrosa sepultura. «Y como hallasen debajo de la ropa de los muertos algunas ofrendas de las consagradas á los ídolos, conocieron todos evidentemente, dice el texto sagrado, que esto había sido la causa de su muerte. Y en seguida, poniéndose en oración, rogaron á Dios que echase en olvido el delito que se había cometido. Y habiendo recogido en una colecta que se mandó hacer, doce mil dracmas de plata, las envió á Jerusalén, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo como tenía buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurreción; pues si no esperara que habían de resucitar, habría tenido por cosa superflua é inútil el rogar por los difuntos. Y porque consideraba que á los que habían muerto en una vida piadosa, les estaba reservada una grande misericordia». Y concluye con esta sentencia: «Es, pues, un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de las penas de sus pecados».

No hay para ello tiempo que no sea oportuno, y cualquiera oración puede servir para alivio de las almas. El *Padre nuestro* es la más común entre todas, y es también la más excelente, porque nos la enseñó el mismo Jesucristo. Y es al propio tiempo tan eficaz para socorrerlas, que reveló Dios á Santa Brígida que les sirve más que un gran peso de oro al más

necesitado. Pues ¿quién hay que no pueda rezar á menudo por ellas el *Padre nuestro* y el *Ave María?* Y la razón por la cual deba preferirse á cualquiera otra súplica, además de su excelencia y mérito, es porque siempre está en nuestra mano y es sobremanera fácil.

Las oraciones jaculatorias ó aspiraciones del alma á Dios, que salen como saetas del pecho de los justos, y vuelan al cielo sin tropezar, también son muy buenas y oportunas, mayormente si tienen concedidas indulgencias aplicables á las almas del purgatorio.

Notan los doctores católicos que las oraciones dirigidas á Dios en favor de las almas del purgatorio, son de ordinario más eficaces que las hechas en favor de los vivos: préstales Dios oídos con mayor facilidad y benevolencia. Y se comprenden sin dificultad las causas ó razones de esta preferencia. Cuando se ruega por los difuntos, generalmente hablando, hay más desinterés por parte del que ruega, y la gracia que se pide también es más espiritual sin mezcla de humanos y terrenos sentimientos.

Además, muchas veces quiere Dios despachar favorablemente las peticiones que se le dirigen en provecho de los vivos; pero con una condición, y es que la persona en cuyo favor se hacen ruegue también por sí. Y como no raras veces sucede que deja de cumplirse esta condición, nace de ahí que tampoco se obtiene siempre lo que se pide.

Ahora bien: las oraciones dirigidas á Dios en sufragio de las almas del purgatorio no tropiezan con estos impedimentos. El Corazón piadosísimo de Jesús conoce la imposibilidad

en que se hallan estas almas justas de ayudarse por sí mismas; y al inspirar á los que pueden socorrerlas que hagan oración por ellas, ve con agrado subir hasta el trono de su piedad el perfumado incienso de oraciones, y muéstrase inclinado á escuchar los ruegos puros y desinteresados de hijos suyos en favor de unas almas queridísimas, en las cuales ve ya logrado el precio y merecimientos infinitos de su preciosísima sangre.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Son para mí dignísimas de veneración vuestras palabras; son dignísimos de ser cumplidos vuestros deseos. Deseáis Vos y nos pedís que rescatemos del purgatorio á las almas que allí penan para que vuelen á ser dichosas en vuestro seno. Hénos, Señor, prontos á empeñarnos de todos modos en corresponder al anhelo de vuestro corazón. Nada dejaremos por hacer de cuanto pueda contribuir á tan santo objeto, y cuando veáis ¡oh Señor! que nuestra caridad va entibiándose, os pedimos que con vuestra gracia nos enfervoricéis de nuevo para que podamos llegar, finalmente, á romper aquellas abrasadas cadenas, y á conseguir con nuestros sufragios para vuestras esposas la eterna felicidad de los santos.

Propósitos.—Practicar alguna mortificación exterior ó dar alguna limosna en sufragio de tus difuntos.

9 DE NOVIEMBRE

De otros tres medios de ayudar á las almas benditas del purgatorio.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Cuarto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el santo sacrificio de la misa.

Considera que el sacrificio que se ofrece en la santa misa, es el mismo que se ofreció en el

altar de la cruz sobre el monte Calvario, con la misma aceptación y valor que allí tuvo. Tan fresca está hoy en el divino acatamiento, á los ojos del Eterno Padre la sangre de su Hijo en este sacrificio, como el día que se derramó; y con tanta suavidad sube desde nuestros altares la fragancia divina de esta víctima inmolada por el rescate del mundo, como subió en el Gólgota á serenar las iras de Dios y apaciguar su enojo contra el linaje de los hombres. El sacrificio es el mismo, pero la manera como se ofrece distinta: en el Calvario fué visible y cruento: en el altar es invisible, incruento, sacramental.

Este adorable sacrificio es á la vez *latréutico,* porque se ofrece á Dios como homenaje de suprema y rendida adoración en reconocimiento de absoluto y soberano dominio; *eucarístico,* para darle gracias por sus beneficios; *impetratorio,* para solicitar de su inagotable bondad mercedes y favores; y, finalmente, *propiciatorio,* para expiación de los pecados

Mas pondera que cuando ordenan á un sacerdote y le consagran para que pueda ejercer este divino ministerio, que en cierto modo le eleva sobre la alteza de los ángeles, á quienes no se concede la gloria y potestad de convertir el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo N. S., se le dicen estas solemnes y asombrosas palabras: «Recibid la facultad de ofrecer á Dios el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, tanto por los vivos como por los difuntos en el nombre del Señor». ¡Poder inmenso que deja atónitas á las jerarquías de los ángeles, estremece al infierno, libra á las almas de la esclavitud del pecado, reconcilia

la tierra con el cielo, y al hombre, miserable gusanillo de la tierra, da esperanzas de ser más honrado y feliz que si hubiese conquistado la diadema de cien imperios.

Ahora bien: teniendo el sacrificio de la misa el mismo valor que el sacrificio de la cruz, cuyo efecto fué abrir el cielo á los que lo tenían cerrado, y no estando nadie en tanta necesidad de que se le abran sus puertas como las ánimas detenidas á sus umbrales, que por esto padecen tanto, no se puede dudar que ha de tener la misa especial eficacia para ellas.

Pruébalo así una larga experiencia de hechos indubitables. Varias almas que con ningún sufragio habían podido salir del purgatorio, salieron con pocas misas que se celebraron para obtener su libertad.

¿Qué devoción no deben inspirarnos estos ejemplos? Si oyéramos á las almas clamando bajo el altar y viéramos legiones de santos, á quienes invoca el sacerdote, que unen sus preces á las del celebrante, y á los ángeles que recogen con cálices de oro la sangre de Jesucristo para derramarla gota á gota sobre las llamas del purgatorio con tanta mayor abundancia cuanta es mayor la devoción de los asistentes, ¿permaneceríamos fríos é insensibles sin procurar con nuestros ruegos alguna gota, para aliviar á la madre que nos dió el sér y al padre que nos ganó la vida? ¿Arden y se abrasan nuestros amigos, y teniendo toda la sangre del Señor para apagar aquellas llamas, no haremos uso de ella? ¡Oh! inspirémonos en las ideas y sentimientos de nuestra santa madre la Iglesia. Penetren hasta el fondo de nuestra alma aquellas notas severas y lú-

gubres al par que consoladoras, con las cuales pide á Dios en el oficio solemne de los difuntos el eterno descanso de las almas y la luz perpetua é indeficiente que ilumina á los moradores de la bienaventurada ciudad de Dios.

Punto II

Quinto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que son las indulgencias.

Considera cuán amable es Dios y cuán admirable en sus santos designios. ¡Cuán justo y recto en sus obras! Sin embargo, El se complace en hacernos probar en esta vida mayores efectos de su misericordia que de su justicia; pues no sólo cuanto á la culpa nos perdona nuestros pecados por el sacramento de la penitencia, mas nos remite frecuentemente también toda la pena por ellos debida, por medio de las indulgencias, no dejándole á la justicia divina algo que castigar en nuestra alma.

Llámase indulgencia la remisión de la pena temporal debida á los pecados actuales, perdonados ya en cuanto á la culpa y al castigo eterno, remisión hecha fuera del sacramento de la penitencia por los que tienen el poder legítimo de concederla. Es *plenaria* la indulgencia que remite toda la pena, y *parcial* la que sólo remite parte de ella.

Esta remisión ó condonación de la pena se verifica mediante la aplicación de las satisfacciones y merecimientos de Cristo N. S., de la Virgen santísima y de los santos: merecimientos y satisfacciones que constituyen lo que se llama el tesoro de la Iglesia, y del cual participamos por las indulgencias. Los teólogos ex-

plican así esta consoladora creencia católica; Jesucristo, en el solo hecho de rescatarnos, ha satisfecho por nuestros pecados de una manero superabundante, pues hubiera bastado una humillación suya ó una gota de su preciosísima sangre para redimir al género humano y á mil mundos que hubiese: por parte, pues, del divino Salvador ha habido exceso, superabundancia de satisfacción. Además, el continuado ejercicio de las virtudes y obras excelentísimas de la inmaculada siempre Virgen María, las mortificaciones y actos meritorios de un crecido número de santos, han adquirido satisfacciones que ciertamente no les exigía la justicia de Dios. Ahora bien: de estos merecimientos y satisfacciones superabundantes de nuestro Redentor Jesús, de su bienaventurada Madre y de la multitud innumerable de santos, se forma en la Iglesia católica un tesoro preciosísimo, al cual van llegando cada día nuevas riquezas espirituales, acrecentándose por consiguiente, sin cesar, con los merecimientos de los santos, que al correr de los tiempos florecen en el campo feracísimo de la Iglesia.

Pues considera que aunque la Iglesia no puede conceder sus gracias á las almas del purgatorio por el ejercicio directo de su jurisdicción, con todo, inspirada de su tierna é industriosa caridad concede indulgencias á los fieles vivos, y éstos las presentan á Dios en favor de los difuntos por *vía de sufragio*, suplicándole que las acepte para la remisión de la pena temporal debida por aquéllos, esperándolo confiadamente de la divina misericordia. Si la indulgencia se concede exclusivamente para que se aplique en favor de los muertos,

no podemos ganarla para nosotros mismos, y cuando se concede exclusivamente á los vivos, tampoco podemos aplicarla en sufragio de los difuntos. Frecuentemente la aplicación de la indulgencia se deja á la voluntad de los fieles, los cuales deben en este caso determinar bien su intención.

Para poder aprovecharnos de la gracia inmensa de las indulgencias, que Jesucristo ha dejado en su Iglesia, es preciso: Primero, hacer cuanto prescriba el superior eclesiástico que las concede. Segundo, hallarse en estado de gracia; pero esta última condición no se considera como esencial para el cumplimiento de todos los actos que se prescriban, pues se cree que basta hallarse en estado de gracia al terminar la última práctica ó acción exigida para la indulgencia, porque entonces es cuando se hace su aplicación. También se requiere la intención siquiera virtual, que aplique las obras á la indulgencia que se quiere ganar, dirigiéndolas á este objeto; para lo cual basta formar la intención al principio del día de ganar cuantas indulgencias se pueda.

En cuanto á la indulgencia en favor de los difuntos, es necesario ante todo que el superior eclesiástico la conceda con esta intención determinada, ó que deje á los fieles la libertad de aplicársela. No se considera esencial el estado de gracia, á menos que lo exija la naturaleza misma de los actos prescritos, como la comunión, que á veces viene comprendida entre sus condiciones. Aunque ¿quién no ve la suma importancia de ser amigos de Dios y estar en paz con El? ¿Y más cuando se trata de aliviar á unas almas que, si bien justas, están,

con todo, detenidas en el purgatorio por no haber satisfecho plenamente por sus culpas ya perdonadas?

Esta es la doctrina cristiana que profesamos acerca de las indulgencias. Ahora bien: enseñándonos nuestra santa Madre la Iglesia que las almas del purgatorio pueden ser ayudadas con los sufragios de los vivos, cumpliendo por ellas y en su nombre los requisitos para ganar las indulgencias, y siéndonos, por otra parte, tan fácil y hacedero poner unas condiciones de las que resultan á dichas almas bienes tan estupendos como los de la gloria, ¿quién, si tiene una centella de razón, no se determinará eficacísimamente á ganar cuantas indulgencias pueda en favor de los fieles difuntos? ¿Quién no querrá cooperar á su dicha y libertad?

¡Oh, qué jubilo para un alma que recibe este gran beneficio! ¡Cuán obligada quedará á quien la saca de las crueles penas que la atormentan y la pone en la eterna posesión del bien infinito á que tan ardientemente aspira!

¿Dónde, pues, está nuestro corazón, si pudiendo tan á poca costa socorrerlas no lo hacemos? ¿Dónde hay una chispa de aquel fuego de caridad, de que habíamos de estar todos abrasados? Sabemos que las almas de nuestros hermanos padecen espantosos suplicios en el purgatorio, y ¿ni una sola vez levantaremos á ellas el pensamiento? ¡Tenemos tantos medios fáciles para socorrerlas con ayunos, limosnas, oraciones y misas, y ninguno aplicaremos! Tenemos el poder admirable de las indulgencias, que tan frecuentemente podemos ganar, y querremos tal vez ganarlas veinte veces, si

es posible, para nosotros, y ¿no reinará en nuestro corazón una chispa de caridad para ganarlas una vez por las almas del purgatorio? ¿No sería esto tener el corazón de piedra y las entrañas de bronce, mostrándonos insensibles á la extrema miseria en que sabemos gimen las pobres almas, desterradas del cielo?

Punto III

De otro medio excelente para socorrer á las almas del purgatorio, muy fácil á todo el mundo.

Considera que dos grandes bienes ganan los justos por cada una de sus buenas obras; porque, lo primero, ganan un derecho á la posesión eterna de Dios, pero derecho que, no tanto se funda sobre el valor de ellas, cuanto sobre la promesa del mismo Dios, que nos asegura en el Evangelio que la mínima acción hecha por su amor, aunque no sea sino dar un vaso de agua fría á un pobre, no ha de quedar sin recompensa. El segundo bien que con la obra buena alcanzan, es el poder satisfacer, ó sea desobligarse de las penas que tenían merecidas por los pecados de su vida pasada. Cuanto con más amor se hace una acción, tanto es más meritoria; y cuanto es más fatigosa, tanto es de ordinario más satisfactoria. Pero siempre resulta que el *mérito* y la *satisfacción* son dos deliciosos frutos que cogemos en cada una de nuestras buenas acciones.

El primer fruto, ó sea el mérito, no hay que comunicarlo á ninguno. Pero el otro fruto, que es la satisfacción, bien puede cualquiera privarse de él y darlo por caridad á otro que sabemos necesita más que nosotros, como son las

almas del purgatorio, que actualmente padecen penas cruelísimas sin poderse remediar.

Y este es el ejercicio ó práctica que se te propone aquí. Cuando no te halles en estado de poder socorrer á las almas con alguno de los medios propuestos antes, ni con ayunos, limosnas, oración, misas ó indulgencias, aquí tienes uno que está en tus manos, que no te obliga á hacer ni más ni menos de lo que acostumbras hacer ó padecer, y, por consiguiente, que te será facilísimo en cualquier estado, con tal que tengas generosa y ardiente caridad.

¿No puedes, acaso, presentar á Dios cada día ó en muchos de la semana todos los frutos de tus buenas obras? ¿O decirle del fondo del corazón, desde el principio de la mañana, cuando haces el ofrecimiento del día, esta súplica? «¡Dios mío! yo os ofrezco toda la satisfacción infinita de la Pasión de vuestro Unigénito Hijo, y toda la de los santos, y deseo juntar á ella, en cuanto puedo, toda la satisfacción que habrá en todo el bien que hoy con vuestra gracia hiciere, y os la ofrezco con todo mi corazón por las almas del purgatorio. Recibidla, Dios mío, en satisfacción de las penas de las benditas almas del purgatorio».

¡Oh, qué riquísima mina se descubre aquí para los pobres, que pasan su vida trabajando en el campo ó en el taller! Con ofrecer diariamente al Señor por las almas del purgatorio nuestro trabajo y ocupaciones, podemos ser verdaderos apóstoles de esa porción escogida, libertadores de ese pueblo que gime.

Verdad es que, cediendo de esta suerte toda la satisfacción de tus buenas obras, te privas de ellas, y parece que sirves á las al-

mas que padecen, pero las sirves con tu daño. Te equivocas; antes bien, sobre que este es un acto heroico de caridad, pues quien eso hace ama á su prójimo más que á sí mismo, á ejemplo de Jesús, que nos amó más que á su vida, sucede aquí por un prodigioso secreto de aquel acendrado amor que, dándolo todo, te quedas más rico que si nada dieras. Porque, mira los bienes que sacas de eso:

Primero, el mérito de todas tus buenas acciones se acrecienta por el nuevo motivo de caridad que les das, haciendo de ellas otras tantas limosnas espirituales. Segundo, dando tus satisfacciones no las pierdes, sino que las cambias por otros tantos méritos por virtud de la caridad que practicas, que es de grandísimo mérito. Y esto es una admirable ganancia, cambiar de esta suerte una simple satisfacción en un mérito extraordinario. Pues un grado solo de merecimiento que te da derecho á la posesión de Dios, excede en valor á un gran número de satisfacciones. Tercero, aquellas almas del purgatorio á quienes socorriste á tu costa, ¿cuánto piensas que te quedan obligadas por gratitud y justicia, teniendo ellas estas virtudes en sumo grado? ¡Ah! No dejarán de ser poderosas intercesoras para favorecerte en la corte del cielo. Ellas ven siempre la cara de Dios, en quien descubren todas tus necesidades como en un espejo tersísimo. Ten por seguro que no dejarán pasar ocasión alguna, cuando te vean necesitado de una gracia extraordinaria, para procurarla con toda eficacia. Cuarto, si por tu desdicha caes en pecado y llegas á descuidarte de tu salvación, aquellas almas que has socorrido en su

extrema necesidad, viéndote en tan gran peligro, rogarán á la misericordia de Dios que se compadezca de tu miseria, y esto, sin que tú se lo pidas ni aun lo pienses. Y así, la devoción que habrás tenido de socorrerlas, será la ocasión de tu salud espiritual.

Coloquio. — Cuán grande es ¡oh Señor y Dios mío! vuestra dignación en proveernos de medios abundantísimos para aliviar las penas de vuestras esposas queridísimas las almas del purgatorio. El tesoro de vuestros merecimientos está siempre abierto, como está abierto vuestro corazón para que, en provecho nuestro y en provecho de los difuntos, participemos de sus riquezas infinitas. Pues he aquí, Señor, que yo hago intención de ganar cuantas indulgencias pueda, y por medio de ellas aliviar las almas que os son tan queridas. Vos, Señor, prevenidme, acompañadme, asistidme siempre con vuestra gracia para que, por mi fervor y pureza de corazón, merezca ser el medio de que os valgáis para que muchas almas vayan pronto á veros y gozaros.

Propósitos.—Hacer grande aprecio de las santas indulgencias, é intención de ganar cuantas puedas en provecho tuyo y en sufragio de los difuntos.

10 DE NOVIEMBRE

Del pecado venial como materia y pábulo del fuego del purgatorio.

Preludios.—Represéntate un hombre cubierto de úlceras que le desfiguran horriblemente y hacen penosa su vista hasta para sus mejores amigos, y pide á Dios que te haga conocer la malicia del pecado venial, sobre todo si aspiras á la perfección cristiana ó religiosa.

Punto I

Qué es el pecado venial según los principios de la fe.

Considera que el pecado venial es un desorden de pensamiento, de palabra ó de obra, ya por acción ó por omisión, contrario á la ley

divina, aunque no lo bastante grave para hacernos incurrir en desgracia de Dios, ni para colocarnos en el número de los réprobos. Pondera cómo en la esencia del pecado venial se encuentra todo lo que constituye la malicia del pecado. Una ley divina conculcada, un horrible abuso de la libertad, Dios que manda, y el hombre que se niega á obedecer. La única diferencia entre el pecado mortal y el venial, consiste en la materia más ó menos grave, en el consentimiento más ó menos completo, en la advertencia más ó menos formal, ó, finalmente, en que la ley violada obligue con mayor ó menor gravedad. Aparte de esto, por cualquier lado que se mire es una indigna preferencia dada á la voluntad del hombre sobre la voluntad de Dios, á quien sólo por esto se ofende. Y ¿por qué causa? Por una vil criatura ó por un vil motivo.

Hay, pues, en el pecado venial un verdadero menosprecio de Dios, una injuria real á todas sus perfecciones, leve, si se la compara con el pecado mortal, pero de gravedad infinita, en cierto modo, si se la considera en sí misma, puesto que ataca á la infinita majestad de Dios. Pues esto es lo que yo hago cuando me entrego á pasajeros accesos de cólera, á envidias secretas y á ligeras intemperancias, ó cuando me permito esas murmuraciones que, sin hacer grave daño á la fama del prójimo, hieren la caridad, ó esas mentiras más ó menos oficiosas, ó esos arranques de amor propio, esas disipaciones, esas curiosidades que me desvanecen y me destierran de mi propio corazón, y esos defectos de devoción en mis prácticas religiosas, que son otras tan-

tas faltas de respeto contra Cristo N. S., y otras tantas faltas de correspondencia á las inspiraciones de su gracia.

Deduce de todo esto, que siendo el pecado venial verdadera ofensa de Dios, le debes temer más que á todos los males temporales; porque lo que priva á Dios de su gloria, lo que es verdadero mal de Dios, es infinitamente mayor que cualquier otro mal que mire á las criaturas. No llames, pues, jamás cosa liviana y de poca monta lo que entraña tanta malicia; aprende, no del mundo, sino de los santos, á mirar como se debe lo que tanto daña á tu aprovechamiento espiritual, y pide al Señor luz para ver cómo estará tu alma de fea y de manchada cuando tan poco caso haces del pecado venial. Propón á los pies de Cristo crucificado, cuya sangre fué necesaria para borrar un solo pecado venial, cambiar en adelante de ideas y de conducta.

Punto II

Efectos del pecado venial.

Meditaré, si los pecados veniales no me alarman, que esta falta de sensibilidad, por sí sola, debe alarmarme, pues es prueba evidente de que los pecados veniales deliberadamente cometidos disminuyen la luz de mi entendimiento y hacen menos vivos los resplandores de la fe. Así es, efectivamente. Todo pecado venial es como una ligera nube que se levanta entre la inteligencia del hombre y el sol de la eterna verdad. Es, por tanto, evidente, que mientras más se multiplican los pecados veniales, más se espesa la nube, hasta que acaba por in-

terceptar los rayos de ese divino sol, dejándonos en las tinieblas de la frialdad y de la tibieza habitual. Esta es la causa de esa casi extinción de la fe con la que tratamos las cosas más santas, y de esas ilusiones engañosas con que solemos adormecernos y dormirnos en el camino de la virtud, sin dar jamás un paso adelante, sino muchos hacia atrás; sin sacar fruto alguno de nuestras confesiones y comuniones, viviendo una vida rutinaria sin méritos delante de Dios, sin fruto alguno de nuestros trabajos delante de los hombres.

Otro de los efectos del pecado venial, es el enflaquecimiento de la voluntad. Cada uno de estos pecados, por leve que sea, es un alimento que damos, ó una concesión que hacemos á alguna mala inclinación, y, por consiguiente, lo que concedemos al amor de las criaturas, lo quitamos al amor de Dios. Y como esos dos amores son como dos fuegos contrarios y enemigos, lo que uno gana en ardor necesariamente lo pierde el otro. La multiplicación de esas infidelidades multiplican las cadenas que nos ligan á nuestras pasiones, y de aquí ese estado de languidez y esa especie de inercia ó de impotencia para el bien y para la lucha de la virtud, pues aunque no nos falten buenos deseos, de nada nos sirven, porque no los realizamos jamás.

También desfigura y degrada el pecado venial una de las más hermosas obras del Creador, esto es, el alma, revestida de la justicia, y es, por tanto, el pecado venial una mancha hedionda sobre una túnica de resplandeciente blancura, ó una úlcera fea y asquerosa sobre un hermoso rostro. Priva igualmente el pecado

venial de un grado más de gracia, y del derecho, por consiguiente, á un grado más de gloria. Merecíamos uno y otro grado resistiendo á la tentación, y los hemos perdido sucumbiendo á ella. ¿Y en qué consiste esta pérdida? En un Dios eternamente menos conocido, menos amado y menos poseído en el cielo. He aquí las consecuencias de un solo pecado venial. Nos priva, además, de las gracias singularísimas que son la recompensa del fervor, y puesto que escatimamos á Dios nuestra fidelidad, nada más justo que El nos escatime sus beneficios.

El pecado venial turba la paz de nuestra conciencia y nos sume á veces en crueles angustias. ¿Estamos siempre seguros de no haber franqueado el límite que separa el pecado venial del mortal? ¿Acaso hay tanta distancia del uno al otro que nos permita en ciertas materias y ocasiones fácilmente discernirla?

Por último, el pecado venial conduce necesariamente y por el peso natural de las cosas al pecado mortal. La experiencia siempre ha confirmado estas palabras infalibles del Evangelio: «El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá en las grandes». Los grandes incendios empiezan por una chispa, las enfermedades mortales por achaques ligeros que se descuidan, los edificios no se arruinan de pronto. ¿Por dónde han comenzado los grandes crímenes, las horrorosas apostasías? ¿Por dónde comenzaron los atentados contra la Iglesia y contra la fe? Nada menos alarmante que sus principios. ¡Qué de ultrajes habría Lutero ahorrado á Dios, cuánta sangre á Europa, cuántas lágrimas á la Iglesia, si á

tiempo hubiese reprimido un leve movimiento de vanidad y de envidia! Un torrente que anega provincias enteras no es en el lugar de su nacimiento más que un hilo de agua; unas gotas de agua son causa de un naufragio. Acabas de meditarlo; cada pecado venial disminuye nuestras fuerzas para el bien, aumenta nuestra inclinación al mal y siempre Dios nos trata como nosotros le tratamos á El.

Punto III

Los castigos del pecado venial.

Considerémoslos en este mundo y en el otro. En la vida presente, Dios ha tomado, á veces, terribles venganzas de esas infidelidades que nosotros nos perdonamos tan fácilmente. Moisés y Aarón fueron excluídos de la tierra prometida por una falta de confianza que nosotros, quizá, habríamos tenido por un exceso de humildad. Un profeta, después de haber hecho milagros, después de haber derribado con su sola palabra el altar profano que Jeroboam había erigido á sus ídolos, fué extrangulado por un león porque creyó demasiado fácilmente á otro profeta que le invitó á comer en su casa contra la prohibición del Señor. Cuarenta y dos niños fueron despedazados por dos osos porque se burlaron del profeta Eliseo. Estos y otros ejemplos ¿no son más que suficientes para que conozcamos lo que Dios piensa acerca del pecado venial? Y no obstante, todos estos castigos son nada en comparación de aquellos con que el Señor castiga el pecado venial en la otra vida.

Trasladémonos en espíritu á las tristes pri-

siones del purgatorio, y veamos allí lo que la fe nos descubre. Almas justas, predestinadas y queridas por Dios, que esperan impacientes el momento de asociarse á su gloria. Y esas almas se hallan desterradas del cielo por un tiempo dado, á veces larguísimo, y condenadas á los rigores de un fuego, que, á juicio de Santo Tomás, es el mismo que el del infierno. ¿Y por qué una expiación tan rigurosa? Porque hay en esas almas algunos restos del pecado, y Dios que tiene al pecado una aversión infinita, no las admitirá á su gloria mientras no queden purificadas.

¡Cuánto, pues, no deberé yo temblar considerando el gran número de pecados veniales que he cometido y cometo diariamente por ignorancia voluntaria ó por negligencia, ó por la disipación de mis pensamientos, ó por la licencia de mi lengua; todo ello á causa de no ejercer sobre mí la vigilancia á que estoy obligado!

Coloquio.—¡Oh Dios mío! perdonadme mis innumerables pecados y dadme en lo sucesivo aquella delicadeza de conciencia que se turba ante la sola apariencia del mal. No ignoro que para marchar por este camino tengo necesidad de una continua vigilancia sobre mí mismo, y que debo privarme de gran número de satisfacciones de los sentidos, al parecer inocentes; ¿pero qué supone esto ¡oh Salvador mío! si puedo comprar á tan poco precio la doble ventaja de ofenderos menos y de librarme de las deplorables consecuencias de tantas infidelidades? Así os lo prometo, contando siempre con los auxilios divinos de vuestra gracia.

Propósitos.—Tomar una enérgica resolución de morir mil veces antes que decir una mentira, ó faltar á la caridad ó de cometer un solo pecado venial.

11 DE NOVIEMBRE

MEDITACIONES PARA EL SANTO TIEMPO DE ADVIENTO [1]

(Primera semana de adviento.)

Del fin para que fué criado el hombre, y las demás cosas que le sirven.

Preludios —Imagínate á Dios N. S. sentado en un trono de infinita majestad, como un mar inmenso de donde salen los ríos de las criaturas, volviéndose todas á El y trayéndolas El á sí como á su último fin y lugar de su perpetuo descanso, y pide luz para conocer tu último fin, y enderezar, según El, los pasos de tu vida

Punto I

Del fin del hombre.

Trae á la memoria el fin para que fué criado el hombre, que es para alabar, hacer reverencia y servir á su Dios, y mediante esto salvar su alma. Así lo dijo San Pablo á los romanos: «Tenéis por fruto la santificación, y por fin la vida eterna». Esto es: El blanco y fin de vuestras obras en esta vida es servir á Dios con pureza y santidad, y el fin último á que se ordenan ó deben ordenarse todas vuestras obras, es alcanzar la vida eterna. Sobre esta verdad ponderaré cómo la infinita majes-

1 Ponemos para el santo tiempo de adviento, que suele caer hacia fines de Noviembre, las meditaciones que San Ignacio llama de la primera semana de ejercicios, y que son las que reclama el espíritu de la Iglesia en esta época del año. Pero adviértase en esta y semejantes ocasiones que no siendo el plan del venerable P. La Puente, ni el nuestro, acomodarnos al de los santos ejercicios, cosa muy difícil en unas meditaciones para todo el año, ni en el método en general ni en el desarrollo de las meditaciones en particular, no podemos ajustarnos siempre, como lo desearíamos, al método y plan del divino libro de los ejercicios de N. S. Padre.

tad de Dios, que no tiene necesidad de sus criaturas, por sola su bondad, que quiso como salir de sí por la creación para hacer participantes de su misma bondad á todo cuanto existe, me crió á su imagen y semejanza, no para que viviese siguiendo mis antojos, ni para que buscase honras ó dignidades, riquezas ó regalos, fin indigno de Dios y de mí, sino para que le reverenciase y alabase, para que le amase y obedeciese en esta vida mortal y después alcanzase la vida eterna. Y aunque bastara darme por fin el que mi naturaleza pedía, no se contentó Dios con esto, sino por sola su misericordia me ordenó y levantó á otro fin más alto y soberano, que es verle claramente y gozarle y ser bienaventurado como lo son los ángeles y como lo es el mismo Dios. ¡Oh caridad inmensa de nuestro soberano Dios! ¿Qué es esto, Señor, que hacéis? ¿A una criatura tan miserable como el gusanillo del hombre levantáis á un fin tan alto como es veros claramente en vuestra gloria? ¿Por ventura no estaba yo obligado á serviros de balde como esclavo? Pues, ¿por qué me señaláis tan esclarecido galardón? Bendita sea vuestra infinita misericordia y os alaben los ángeles por esta soberana merced. ¿Qué os daré yo, Señor, por tan grande beneficio? Yo me ofrezco á serviros toda mi vida de balde, sin pretender otro interés más que serviros, porque servir á Dios es reinar. Y pues sois mi primer principio y mi último fin, dad luego principio á mi nueva vida, y ayudadme con vuestra gracia para que alcance el último fin de ella.

Después ponderaré cuán mal he buscado este fin en la vida pasada, viviendo como si

fuera criado, no para servir á Dios, sino para servir á mis gustos y buscar honras, regalos y riquezas, haciendo por esta causa innumerables pecados, como si el fin de mi vocación hubiera sido, no la «santidad, sino la inmundicia; no la libertad de espíritu, sino la libertad de carne». ¡Oh miserable de mí, cuán ciego y errado he andado en lo que más me importaba saber! ¡Oh, cuán ingrato he sido para con quien me crió para tan alto fin, y cuán mal he correspondido á quien tanto bien me hizo! ¡Oh Criador mío, quién nunca te hubiera ofendido! Perdona, Señor, mis yerros, por quien Tú eres, y ayúdame á salir de ellos para que enderece lo restante de mi vida conforme al fin para que me la has dado.

Consideraré los daños grandes que se me seguirán si pierdo este fin, pues perder mi último fin equivale á perder el alma, á perder la divina gracia, á perder la paz y alegría de la conciencia y perder la bienaventuranza, pues que la felicidad de toda criatura racional está en alcanzar su fin. Y como no puedo perder este fin último sin ser eternamente desgraciado, de esa pérdida vendría mi eterna condenación y la pérdida del mismo Dios. Y ¿qué me aprovechará ganar todo el mundo si pierdo mi alma y pierdo á Dios, que es y debe ser todo para mí? Al contrario, si alcanzo este fin, alcanzo la posesión del mismo Dios, salvaré mi alma, tendré paz y alegría de corazón y hallaré quietud y descanso perpetuo, como le hallan todas las cosas en su fin y centro. Pues siendo esto así, como es, anímate, ¡oh alma mía! á buscar el fin para que Dios te crió, y pon en esto todos tus cuidados, pues no hay

cosa que más te importe. Conviértete á Dios, que es tu descanso, porque fuera de El todo es tormento. Si sirves á Dios, ¿qué más quieres? Si tienes á Dios, ¿qué más buscas? Si Dios es tu posesión, ¿qué te falta? Dale gusto en buscarlo y confía alcanzarlo, porque Dios ama infinitamente á sus criaturas y gusta de que alcancen el fin para que las crió.

Punto II

Del fin de las criaturas.

Trae á la memoria el fin para que fueron criadas todas las demás cosas de la tierra; es á saber: para que ayuden al hombre á conseguir su fin último, tomándolas el hombre por medio para servir á Dios N. S. y salvarse. Ponderaré cuán liberal se ha mostrado Dios conmigo en criar tanta muchedumbre de criaturas tan bellas y maravillosas para mí, porque no solamente crió las necesarias para conservar mi vida, sino otras infinitas para mi regalo y entretenimiento, por lo cual tengo de darle gracias infinitas, pues el bien que hizo á estas criaturas, más le hizo á mí que á ellas, pues que las hizo para mí y para que con su uso, contemplación y abstinencia me ayudaran á la consecución de mi último fin. Luego ponderaré cuán bien cumplen las criaturas con el fin para que Dios las crió, sirviéndome y regalándome porque Dios se lo manda; y al contrario, cuán mal he cumplido y cumplo yo con mi fin, usando mal de ellas para ofender á Dios, poniendo en ellas mi último fin, como si fuera criado para gozar de ellas, haciendo fin de lo que era medio. Porque si discurro por

mis sentidos, hallaré que están tan apegados á las criaturas, que usan de ellas sólo por el deleite y no para glorificar á Dios que me las dió. Por lo cual justamente merecía que N. S. me las quitara y que ellas se volviesen contra mí ya que las saco de su fin natural, aprovechándome de ellas contra su inclinación, para ofender á su Criador. ¡Oh Criador justísimo! ¿cómo no has hecho justicia del que tal agravio hizo á tus criaturas, usando de ellas contra Ti? ¡Oh alma mía! ¿cómo no te confundes con semejante alevosía? ¿Y cómo no te avergüenzas de tan gran vileza como has hecho, apocándote á poner tu último fin en cosa tan vil, como es la criatura, con injuria del Criador? ¡Oh Dios mío, cuán ingrato he sido á tus soberanos beneficios, pues lo que me diste para servirte lo convertí en ocasión de ofenderte! Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame para que de aquí en adelante no use tan mal de lo que me diste para mi bien.

También puedo considerar cómo estas criaturas tan infinitas, tan bellas y magníficas, fueron criadas, como dice la divina Escritura, para que por ellas conociese yo las perfecciones y excelencias del Criador, y le amase de todo mi corazón; y así puedo imaginar, que cada una me está dando voces y diciendo: esta perfección que tengo, mejor está en Dios que en mí: El me la dió, conócele, ámale, y usa de ella por su servicio, y con esta consideración me provocaré á ver á Dios en todas las cosas y á subir de las criaturas visibles al Criador invisible, para unirme con él como con mi último fin.

Punto III

Conclusión práctica de los puntos anteriores.

Deduciré de todo lo que he meditado el modo cómo tengo de usar de aquí en adelante de las criaturas, y la indiferencia que ha de tener mi voluntad en el uso de ellas. Puesto que todas son medios para llevarme á Dios, y no me es posible valerme de todas al mismo tiempo, he de procurar hacerme indiferente á todas ellas, no queriendo tomar sino aquellas que me ayudaren para servir al Criador y alcanzar el fin para que fuí criado. Procuraré, pues, cuanto es de mi parte, no querer más riqueza, que pobreza; honra, que deshonra; salud, que enfermedad; vida larga, que corta, sino solamente lo que de esto más conviniere, según el beneplácito de Dios, para salvarme; pues en buena prudencia cae no tomar de los medios más de lo que conviniere para alcanzar el fin, como de la medicina no se toma más cantidad de la necesaria para la salud.

Con esta consideración tengo también de entrar dentro de mi corazón y hacer anatomía de las inclinaciones y aficiones desordenadas que tiene á las riquezas, honras y regalos; á los padres, deudos y amigos, á la propia salud y vida, procurando mover mi voluntad á que quiera mortificar la demasía en el amor de las criaturas; porque si me apego demasiado á ellas me aparto de Dios, y porque es ciertísimo que Cristo N. S. cumplirá la palabra que nos dió cuando dijo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura». Que fué decir: Bus-

cad en primer lugar el reino de Dios, que es vuestro último fin, y su justicia, que son los medios para alcanzarle; y si esto hiciereis, estad ciertos que la providencia de vuestro Padre celestial os proveerá de las cosas temporales necesarias para pasar la vida.

De los mismos principios se ha de sacar otra conclusión práctica como fundamento de la vía purgativa, conviene á saber: que tengo de aborrecer el pecado sobre todas las cosas aborrecibles del mundo, porque sólo el pecado mortal es contrario á mi último fin, y por sólo él se pierde. De suerte, que ni la pobreza, infamia, deshonra, dolor ó enfermedad, ni la vileza de linaje, ó rudeza de ingenio, ó falta de ciencia ó dotes naturales, ni todas las miserias del mundo son contrarias directamente á mi fin último, ni le perderé por ellas, sino sólo por el pecado mortal; por el cual, cuanto es de mi parte, destruyo el verdadero último fin, que es Dios, negándole, como dice San Pablo, *con las obras*, y finjo otro último fin para mí mismo, que es la criatura, á la cual tomo por Dios.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Porque yo no puedo por mis fuerzas alcanzar esta santa indiferencia á todo lo criado, tengo de acudir á Ti, que me la puedes dar, pidiéndotela muy de veras. Confieso, Dios mío, que mi corazón está muy apegado y asido á las criaturas con amor desordenado, y pues yo soy tan miserable y flaco, favorece con tu omnipotencia á mi flaqueza, destruyendo mis perversas inclinaciones y arrancando de mí este desordenado amor, para que te ame y sirva con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, pues eres mi fin y mi descanso, mi único bien y eterna felicidad.

Propósitos.—Ponte por completo en manos de Dios, dispuesto siempre y en todo á hacer únicamente su voluntad.

12 DE NOVIEMBRE

De la grandeza y excelencia del fin del hombre.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Que sólo Dios puede ser el fin del hombre.

La razón y la fe me dicen que un sér primero, universal y sapientísimo fué el autor de mi existencia, porque, si de esto dudo, no soy racional. Luego si Dios me crió, soy de Dios, ni pertenezco á otra criatura ni á mí mismo, y Dios tiene sobre mí tales derechos, tan eternos, tan absolutos, tan imprescriptibles, de criador sobre su criatura, que todo derecho humano, aun el de los padres, los dueños, los artífices, los señores, no son tales derechos en comparación de los de Dios, de quien todo derecho desciende. Pero si Dios me crió y en mí empleó todos sus atributos y me hizo la más noble de las criaturas, siendo El infinitamente sabio, algún fin me tuvo que dar, y ese fin tenía que ser digno de Dios y digno de mí. Repasa todo cuanto hay y existe en la tierra y en los cielos, repasa tu corazón, repasa la experiencia tuya y ajena, y verás que todo te dice que tu fin no puede ser más que Dios, conocido y amado, y que Dios no pudo criarte sino para su gloria.

Luego mi último fin es ver y poseer á Dios, ser feliz con la felicidad de Dios, y, en una palabra, salvarme para siempre jamás. Negocio para mí el único necesario, ante el cual todos me deben ser indiferentes; negocio per-

sonal, que me atañe á mí y que depende de mí; negocio importantísimo, porque en él se arriesga toda una eternidad. Para conseguir ese fin último, que es ver á Dios, tengo un fin próximo en esta vida, que es servir á Dios, y para eso sólo estoy en el mundo. Luego no estoy en el mundo para conseguir en él fortuna alguna temporal, ni para adquirir reputación y fama, ni para vivir entre delicias y á mi antojo. Todo esto ni es ni puede ser mi fin. Estoy en el mundo para buscar á Dios, para servir á Dios, y para cumplir la voluntad de Dios. «En esto, dice el Sabio, consiste el hombre, y todo hombre».

Verdad fundamental sobre la cual descansan todas las demás verdades en el orden moral, y no obstante, esta es la verdad que hasta ahora no he conocido, ó por lo menos, en la que jamás he pensado con la reflexión debida, viviendo casi como si no la conociera. Porque habiendo sido criado para Dios sólo, con enorme abuso de la razón y de mi libre albedrío, he vivido sólo para mí, no he pensado sino en mí, no he trabajado sino para mí, y todo lo he ordenado á mí. En una palabra me he portado como si yo fuera mi último fin. ¿Por ventura no me veo obligado á confesarlo? Esta es, pues, la horrenda ceguedad en que he pasado, ó toda mi vida, ó la mejor parte de ella. Si hubiera conocido bien, y tenido presente mi último fin, á él hubiera yo ordenado y dirigido cuanto soy. Pues del olvido de ese último fin mío han nacido mis errores todos, mi relajación y mis desórdenes. Han nacido de que he olvidado mi fin, de que mil veces, y en mil ocasiones

importantes he menospreciado el hacerme esta reflexión: mi fin es Dios, y sólo Dios. De que en los mayores negocios en que debía guiarme la prudencia cristiana, he perdido de vista que en el mundo no estaba sino para salvarme.

Y Dios, no solamente es el fin de mi creación y de mi sér en general, sino también de todas mis acciones en particular: pues no hay una sola que no dependa esencialmente de Dios, y que, por consiguiente, no deba mirar por fin al mismo Dios. San Pablo no exceptúa las acciones más indiferentes y más humildes. «Ora comáis, dice, ora bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios». ¿Qué se sigue de aquí? Que todo cuanto he hecho en mi vida por otro fin que por Dios, no ha sido de algún mérito delante de Dios. Y así, aun cuando hubiese ejecutado las más heroicas acciones, y hubiese obrado maravillas, no siendo Dios el fin de mis obras, todo sería vanidad, y vanidad de vanidades. «Se han apartado de su fin, dice el Profeta, y por esto se han hecho del todo inútiles», que es como decir, todo les ha sido inútil. ¿Por ventura, no es este el infeliz estado de mi alma? ¿Y podré llorarlo jamás bastantemente?

Punto II

De la excelencia y necesidad de ese fin.

Consideraré que lo que con más eficacia debe moverme á caminar incesantemente hacia mi fin, es que no hay otro ni más noble, ni más excelente. Aun el mismo Dios no tiene otro fin más sublime, pues El es fin de sí pro-

pio. Desde la eternidad se conoce, se ama, y cuantos designios forma en ella y los ejecuta en el tiempo, todos los dirige á su gloria, como á su último fin. Dios me ha criado á su imagen y semejanza, porque me ha dado un entendimiento para conocerle, una voluntad para amarle, un cuerpo y un alma para glorificarle. En virtud, pues, de mi creación, tengo un fin tan sublime como el mismo Dios. «¡Oh Señor! clamaba el santo patriarca Job, ¿quién es el hombre, para merecer que le hayáis exaltado de esta suerte?» Reconoce, alma mía, reconoce tu dignidad: no para ensoberbecerte, sino para rendir á Dios el homenaje de una profunda adoración, amor y reverencia, y para ofrecerle el justo tributo de tus alabanzas. Por el contrario, si por otro fin menos noble, menos soberano que éste, me abato y me humillo, renuncio á la excelsa dignidad de ser criado para Dios y para solo Dios. Cuando me busco á mí mismo, por un justo juicio de Dios, me hallo á mí mismo; pero hallándome, no encuentro más que la nada. El hombre que se ha olvidado de Dios, se desconoce á sí, y por eso viene á ser no sólo semejante á las bestias, sino aún de peor condición que ellas. Porque á lo menos las bestias, aun privadas de razón, obran conforme á su fin, y al contrario, Dios N. S. no es mi fin cuando, ciego é insensato, pongo mi corazón y mis sentidos en las criaturas que me alejan de Dios.

Consideraré luego, que ningún fin me es más necesario, ora sea en orden á Dios, ora sea en orden á mí. Necesario en orden á Dios, porque Dios no sería Dios si me fuese lícito obrar por otro fin distinto de El. Dejaría de ser Dios si

yo tuviera derecho para concebir el menor pensamiento, pronunciar la menor palabra, ejecutar la menor acción sin ordenarla á El como mi fin. No obstante, no basta que sea fin por la necesidad de su sér, es necesario que lo sea también por mi libre y voluntaria elección. El fin de todas las obras de Dios es su mayor gloria: ¿y querré yo disputársela á Dios cuando me busco á mí ó pongo mi fin último en las criaturas? Este fin me es necesario y lo único necesario, porque nada, absolutamente nada, fuera de Dios, puede hacerme bienaventurado, y por consiguiente sólo El puede ser mi fin. «Habéisme hecho para Vos, Señor, decía San Agustín, y mi corazón estará siempre inquieto y turbado hasta que descanse en Vos». Haga el mundo cuanto quisiere, busque yo mi dicha por todas partes, jamás se llenará mi corazón. Sobradas pruebas tengo para estar del todo convencido. Para satisfacer, pues, los anhelos de mi corazón, me es necesaria alguna cosa mayor que el mundo, y, por consiguiente, nada podrá contentarme sino la posesión de Dios. Luego Dios es únicamente mi último y necesario fin.

Punto III

De los medios infinitos para conseguir ese fin.

No hay cosa, fuera del pecado, que no pueda aprovecharme para conseguir mi fin. No hay en el mundo criatura alguna que no me pueda ayudar á conocer á Dios, que no me descubra alguna perfección de Dios, y no me pueda inspirar el amor del mismo Dios. No hay una sola que no pueda ser, y que actualmente no sea

medio para levantar mi corazón á Dios. Los mares, los campos, los cielos, los astros, los elementos, todas las cosas me predican y me retratan y llevan á Dios; de suerte, que soy insensato si considerándole en ellas, no correspondo á la estrecha obligación de glorificarle como á Dios. ¿Y es posible, Señor, que haya en el mundo personas tan sordas que no hayan oído, ó no hayan querido oir este grito sonoro de toda la naturaleza, que no nos habla sino de Vos? Pero no obstante, así lo enseña vuestro Apóstol, advirtiéndome, al mismo tiempo, que por vuestros ocultos juicios permitisteis que semejantes personas se abandonasen enteramente á sus pasiones. ¿Qué será de mí si por mi ingratitud me llegáis á abandonar de esta suerte á mí mismo?

Además, debo mirar en el orden de la providencia todo lo que me sucede, como medio de que Dios quiere me sirva para llegar al fin que me ha señalado: prosperidad y adversidad, salud y enfermedad, pobreza y riquezas, desprecios, honra, alegría y aflicción, todo lo que Dios me envíe, me lo envía como medio de salvación. «Porque sabemos, dice San Pablo, que todo esto contribuye para el mayor bien de los que aman á Dios». Es cierto que si soy fiel á la gracia todo esto me lleva á Dios, me une á Dios, me sujeta á Dios, me obliga á recurrir á Dios; y así Dios ha llevado á sus escogidos por todos estos diferentes caminos; y todos, según el uso que han hecho de ellos, les han servido igualmente para su predestinación. Por todas estas sendas, aunque diferentes, han llegado al reino de Dios, que era su fin.

Pero esto es, puntualmente, lo que yo aún

no he conocido bien: la utilidad y provecho que puedo sacar de todas las cosas y de todos los acontecimientos de mi vida, los altos designios de Dios en todos los sucesos; ó si lo he conocido con un conocimiento estéril y especulativo, lo he ignorado enteramente en la práctica, pues á pesar de los designios de Dios he abusado de todo: de la salud, para vivir según mis pasiones; de la enfermedad, para pasar una vida floja y ociosa; de las aflicciones, para murmurar de la providencia divina; de la alegría, para distraerme con exceso; de la prosperidad, para engreirme; de la adversidad, para acobardarme. ¡Oh, y qué inversión del orden providencial de Dios! ¡Qué infidelidad á su providencia! ¡Qué olvido de mis propios intereses! En adelante, pues, no debo usar de las criaturas sino en cuanto me lleven á mi fin, esto es, no debo estimarlas, desearlas, buscarlas, sino en tanto en cuanto pueden acercarme á Dios y mantenerme unido con Dios. Si uso de ellas de otra suerte, ellas mismas vengan en mí el agravio que hago á Dios, Criador de todas, pues en lugar de serme útiles y provechosas, vienen á serme perniciosas y nocivas. Dichosa balanza con que los santos lo pesaban todo, medida rectísima é infalible, camino seguro y único para llegar á Dios.

Coloquio.—¡Dios mío! Sola vuestra gracia puede sacarme de la deplorable ceguedad en que he vivido tantos años. Dadme á conocer lo que soy y para qué he sido criado. Infundidme un verdadero y vivo concepto del fin á que debo aspirar; pero concepto práctico, que me anime y me fortalezca. Sea toda mi vida una prueba sensible de que en la realidad estoy, no sólo persuadido, sino movido de este mismo fin; y sea también mi único deseo buscarte en todo y

por todo, renovando cada día esta intención y este deseo. Haced, Dios mío, que continuamente sienta en lo interior de mi alma aquella reprensión con que reconvinisteis amorosamente á Marta! «Te enredas y distraes en muchas cosas, y en realidad, una sola es necesaria». Esta sola cosa necesaria, es mi fin. Por lo que mira á los medios, yo os pido, Señor, aquella santa indiferencia con que Vos queréis esté para cuanto hay en el mundo, bienes ó males, grandezas ó abatimientos, placeres ó aflicciones. ¿Qué me importa ser rico ó pobre, estar sano ó enfermo, ser abatido ú honrado, con tal que yo sea vuestro y Vos seáis eternamente mío? ¿Qué importa llegue á mi fin por este ó aquel camino, con tal que llegue? Indiferencia santa que me libraría de todas las turbaciones, tristezas, inquietudes y temores que me ocasiona mi desordenada afición á las criaturas, que desterraría de mi corazón todas las pasiones de que está continuamente agitado, y que pondría en calma mi espíritu, y sería para mí una bienaventuranza anticipada. Añadid, Dios mío, á esta santa indiferencia otra disposición aún más santa, que es la resolución de preferir en todas las cosas del mundo que pueden aprovecharme para el logro de mi fin, las más útiles á las menos provechosas; pues aunque todas sean medios para caminar hacia Vos, hay algunas que me guían más segura y más infaliblemente; y no obstante el natural horror que puedo tener á ellas, debo preferirlas á las que, por menos difíciles, me serían más agradables, pero que por lo mismo pudiera serme más fácil su pernicioso abuso

Propósitos.—No hacer nunca criterio de tus obras el gusto ó el agrado, sino el que te sirva ó no para salvarte. El enfermo toma la medicina amarga, y el caminante la senda difícil si le lleva al fin.

13 DE NOVIEMBRE

Del fin del cristiano.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. que con el Evangelio en la mano nos dice: "he aquí tu fin como cristiano, la glorificación de Dios por medio de tu propia humillación„ y pídele gracia para buscar esta humillación para la gloria de Dios.

Punto I

El fin del cristiano es vivir según la ley y el espíritu de Cristo.

Consideraré que Dios pide justamente de mí, como cristiano, alguna cosa más de lo que pide en general á cualquier hombre que conozca y profese la fe de un solo Dios; y esto es que si todo hombre ha nacido para amar, hacer reverencia y servir á Dios, el cristiano debe hacerlo con mucha más perfección, puesto que Dios pide de mí que glorifique á Dios según las reglas particulares y el espíritu de la ley de Jesucristo. Dios quiere, en efecto, y para eso me ha traido á la fe de Cristo, que mi vida se conforme á estas reglas y no á otras: todo lo que no es conforme á ellas, no es según el corazón de Dios. Vino al mundo Jesucristo para darme á conocer á Dios y para enseñarme á honrar á Dios como Dios merece ser honrado. Por eso decía el mismo Jesús hablando con su eterno Padre: «Padre mío, yo he dado á conocer á los hombres vuestro santo nombre». Esto es: yo he venido para que mis discípulos os conozcan y os sirvan mejor que los demás hombres. Por algo Cristo N. S. nos dió una ley perfectísima y divina. Por algo nos predicó tal perfección, que bastaría la ley ge-

neral suya observada con verdadero espíritu para hacernos santos. Por algo nos dió medios infinitos de santificación y perfección. Por algo nos dictó aquellas máximas sublimes de virtud y aquellas bienaventuranzas que son el horror de la carne y de la sangre. Y Jesucristo no hablaba á religiosos ni á sacerdotes, hablaba á las turbas que estaban llamadas á constituir el pueblo cristiano. Luego si tú no quieres ser cristiano de nombre, sino de verdad, es preciso que te persuadas que Dios pide de ti que le ames, le sirvas y le glorifiques según el espíritu de la ley de Cristo, que es espíritu de abnegación y de mortificación. Mira si no lo que Cristo te enseña y te predica: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo. Amad á vuestros enemigos. Velad y orad para no caer en la tentación. No queráis atesorar en la tierra». Y otras mil sublimes máximas de perfección que el mundo aborrece. Pues llegar á esta perfección es el fin del cristiano, y en esto sólo puedo hacer á Dios el verdadero homenaje que le debo y si no lo hago asimismo, no soy cristiano más que de nombre, y este nombre de cristiano le tengo sólo para mi mayor confusión. Si no practico estos principios evangélicos, ó si me opongo á ellos y sigo los principios del mundo abiertamente enemigos de Cristo, obro como si no conociera á Jesucristo, como si no amara á Dios ó como si no supiera glorificarle y amarle como Cristo me ha enseñado. En esta renuncia y abnegación propia consiste, pues, mi perfección. Bien pudieron ignorar esta gran máxima los judíos sin que fuese muy culpable su ignorancia; pero yo no tengo disculpa des-

pués de la revelación que Dios ha hecho al mundo por medio de Jesucristo. Esta abnegación es dificultosa, pero necesaria. Desnudarse el hombre de sí mismo, despojarse de sí propio, verdaderamente es palabra dura, pero palabra de salvación, palabra de vida, y de vida eterna.

Punto II

La perfección del cristiano es vivir de la vida de Jesucristo.

Para ser perfecto cristiano debo parecerme á Jesucristo, porque con este carácter, dice San Pablo, ha predestinado Dios á sus escogidos, y me ha propuesto á Jesús como modelo. Si entre Jesucristo y yo hay esta semejanza, tengo derecho á esperar de Dios y su misericordia que estoy predestinado; mas si no hay en mí esta semejanza, aunque por otra parte tuviese todas las perfecciones de los ángeles, no me reconocería, ni me contaría Dios en el número de los suyos. Sea lo que fuere, este es mi fin, y en lo que debo trabajar como cristiano, en hacer de mí una viva copia de Jesucristo, en mirar á Jesucristo como excelentísimo original, á cuya imitación conforme todas mis acciones, diciéndome á mí mismo sin cesar lo que dijo Dios á Moisés: «Mira, y obra según el divino ejemplar que tienes delante de los ojos».

Para ser cristiano debo, además, vestirme de Jesucristo. Esta es la expresión de que se sirvió el Apóstol: «Todos los que habéis sido bautizados en Jesucristo, os habéis vestido de Jesús». ¡Qué honra para mí, que, despojándo-

me del hombre viejo, me haya vestido del nuevo! Mas ¿cuánta confusión si no estoy vestido de Jesús más que extériormente? ¿Y si haciendo profesión de cristiano no tengo interiormente este espíritu? ¡Qué contradicción, si teniendo el carácter del sacramento de Jesucristo, no tengo la santidad, y si en la práctica separo lo uno de lo otro! ¡Qué monstruosa hipocresía si soy cristiano sólo en la apariencia, y si delante de Dios tengo un espíritu y un corazón del todo pagano!

Para ser cristiano debo incorporarme con Jesucristo, como miembro suyo: debo estar unido con El como con mi cabeza. Esta es también doctrina del santo Apóstol: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo?» Mas entre la cabeza y los miembros debe haber proporción, y si no la hay entre Jesucristo y yo, no tengo con mi Redentor esta unión que, según Dios, es toda mi felicidad y mi gloria. ¡Miserable de mí si siendo como cristiano, miembro de Jesucristo, soy un miembro indigno, uno de aquellos miembros monstruosos que sólo sirven para deshonrar su cuerpo místico!

En fin, para ser cristiano debo vivir con la misma vida de Jesucristo, de suerte «que la vida de Jesucristo se descubra en toda mi vida». Si soy cristiano debo poder decir con San Pablo: «Vivo yo, ó por mejor decir, no soy yo quien vivo, sino Jesucristo quien vive en mí», y por consiguiente quien piensa en mí, quien habla y obra en mí. ¿Puedo yo en presencia de Dios, sin engañarme ni lisonjearme, dar de mi este testimonio? Pues esto es á lo que Dios me llama.

Punto III

Debemos adquirir la perfección cristiana por los medios que nos enseñó Jesucristo.

Para ser perfecto cristiano no me basta estar en una santa indiferencia con relación á todo lo que no es Dios; estar dispuestos á lanzar de nosotros cuanto de Dios nos separe y á admitir y buscar cuanto á Dios nos conduzca: si aspiro á la perfección de la vida cristiana y á ser perfecto como Jesucrito me lo enseñó y lo desea, es necesario que escoja los medios que Jesucristo me ha señalado como los más eficaces, infalibles y seguros para adquirir la perfección á que estoy obligado como cristiano, y en que se incluye mi fin. Siguiendo este principio, debo preferir la pobreza, al menos de espíritu, á las riquezas del mundo, esto es, debo tenerme por más feliz en estar desasido de las riquezas del mundo, que en poseerlas; más feliz en menospreciarlas, que en gozarlas; porque el desasimiento y menosprecio de las riquezas, es el primer medio que Jesucristo me ha propuesto para honrar á Dios.

Siguiendo este principio, debo preferir la vida austera y penitente á la deliciosa y cómoda, porque el mismo Jesucristo lo ha practicado y enseñado así. En vez de la felicidad que le era debida, tomó para sí la cruz, porque venía como Salvador á establecer una religión de hombres que, habiendo sido pecadores, debían hacer penitencia para aplacar la justicia divina. Venía, como reformador, á corregir los desórdenes del mundo, y sabía que la vida regalada era la fuente de toda corrupción, y

por el contrario, la vida austera su soberano remedio.

Siguiendo este principio, debo estar persuadido de aquellas máximas tan frecuentes en el Evangelio y tan familiares á los Apóstoles, que no basta llevar la cruz, sino que es necesario que yo mismo la tome y me la imponga. Que no basta someterme á ella, sino que es forzoso que la ame y me gloríe en ella. Que sin esto no puedo honrar á Dios como Jesucristo me ha dado á entender que Dios quiere ser honrado. Que si no crucifico mi carne no puedo pertenecer á Jesucristo, ni, por consiguiente, á Dios. En fin, que para vestirme de Jesucristo es necesario que me ciña, como dice el Apóstol, de la mortificación de Jesucristo.

Siguiendo este principio, debo estar tan lejos de huir la humillación, que debo aceptarla, desearla y pedirla más que todas las grandezas y todos los honores del mundo, pues este es el gran medio que Jesucristo puso en práctica para volver á Dios la gloria que se le había quitado. El orgullo había levantado al hombre contra Dios, y solamente la humildad podía reparar la injuria hecha á su Majestad divina. Medio excelente é indispensablemente necesario para hallar gracia delante de Dios.

Coloquio.—Señor y Dios mío: esta sublime perfección cristiana es lo que el mundo no conoce; gracias os doy porque me habéis revelado tan sublimes é importantes verdades. Por ellas me habéis enseñado la verdadera sabiduría; por ellas me habéis enseñado á honrar á vuestro Padre, á ofrecerle el culto más digno y el más capaz de santificarme. Seáis mil veces bendito, amable y adorable Maestro, por haberme dado á conocer de esta manera lo que es ser cristiano, por haberme instruído en el fin para que lo soy, por haberme señalado los medios que de-

ben llevarme á este fin, y por haberme hecho todo esto, no solamente inteligible, sino también sensible en vuestra sagrada Persona: haced, Señor, ahora, por vuestra gracia, que os imite, y la gracia será completa.

Propósitos.—Comparar tu conducta con la doctrina de esta meditación y hallarás materia abundantísima de confusión y de enmienda.

14 DE NOVIEMBRE

De la gravedad del pecado por ejemplos del pecado de los ángeles, de Adán y otros particulares [1].

Preludios.—Imagínate ver á Cristo N. S., como Juez sentado en su tribunal con semblante severo, y de cuyo trono sale un río de fuego para abrasar los pecadores. Mírate á ti delante de El como un reo muy culpado, atado con grillos y cadenas de innumerables pecados, temiendo y temblando, como quien merece ser condenado y abrasado con aquel terrible fuego, y pídele dolor, vergüenza y contrición por tus innumerables pecados.

Punto I

Del pecado de los ángeles.

Trae á la memoria el pecado de los ángeles. Habíalos criado Dios en el cielo empíreo, llenos de sabiduría y de poder; los había enriquecido de dones muy preciosos, de naturaleza y gracia, para que, sirviéndole por poco

1 El fin de esta meditación es conocer por ejemplos la gravedad del pecado para aborrecerle. Es ésta tanta y tan grande, que sólo el pecado, desorden y mal esencial, es el que nos puede privar de nuestro último fin y trastornar los planes amorosos de Dios respecto del hombre. Como su malicia es infinita, por ser injuria, desprecio y negación de Dios y disconformidad absoluta de la ley eterna, antes de meditar directamente en esa infinita perversión y maldad, la ponderaremos palpable é indirectamente, viendo los estragos que ha hecho en el mundo, de donde deduciremos lo horrible y corrosivo de tan fatal veneno. Al mismo tiempo deduciremos la misma infinita malicia del pe-

tiempo, le gozasen después eternamente. Pero ellos, usando mal de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo y arrojados en el infierno, perdiendo para siempre el fin y bienaventuranza para que fueron criados. Sobre esta verdad, que la fe católica nos enseña, puedo discurrir ponderando tres cosas: La primera, cuán liberal fué Dios con los ángeles, criándolos á su imagen y semejanza, y comunicándoles, sin sus merecimientos, esclarecidos dones y privilegios. Por razón de los cuales podemos decir de todos lo que se dice de uno, que estaban adornados con nueve piedras muy preciosas, esto es, de nueve excelencias, que Lucifer y los demás recibieron en su creación. Porque los hizo Dios puros espíritus, sin mezcla de cuerpo; inmortales, sin recelo de corrupción; intelectuales, con gran delicadeza de ingenio; libres, sin que nadie pudiese forzar su voluntad; sabios, con plenitud de todas las ciencias; poderosos, sobre todas las criaturas inferiores; santos, con los dones de la gracia, caridad y de las demás virtudes; moradores del paraíso de deleites, que es el cielo, y, finalmente, capaces de ver á Dios claramente, con promesa de esta gloria, si perseverasen en su servicio, lo cual pu-

cado mortal de la terribilidad de la divina justicia en castigarle, para temerla y aplacarla con la penitencia, y la instabilidad del hombre en lo bueno para conocer su flaqueza y no fiarse de sí, sino humillarse delante de Dios; y todo esto se ha de pedir á Nuestro Señor á la entrada de la meditación, suplicándole ilustre con su divina luz mi entendimiento para conocerlo, y mueva mi voluntad para sentirlo con grandes afectos de contrición, y me ayude para que escarmiente en cabeza ajena, antes que el castigo venga por la propia.

dieran hacer fácilmente y estaban obligados á ello, á ley de agradecidos y leales.

Consideraré después cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia y obediencia que debían darle, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir.

Ponderaré, por último, cuán terrible se mostró Dios en castigarlos luego, sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les había dado, y arrojándolos «como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno», sin tener respeto ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas perfectísimas y obras maestras de sus manos, hechas á su imagen y semejanza; porque un solo pecado mortal basta para obscurecer tanta luz y hermosura, y es digno de tan terrible castigo; lo cual, dice San Pedro, permitió y ordenó la divina Justicia para nuestro ejemplo, «porque si no perdonó á los ángeles que pecaron», ¿cuánto menos dejará de castigar á los hombres obstinados en su culpa, siendo tan viles? «¡Oh, cuán horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo», manos tan pesadas que ni los ángeles pueden sufrirlas!

Estas tres cosas tengo de aplicar á mí mismo, ponderando cuán liberal ha sido Dios para conmigo, haciéndome innumerables beneficios; y yo cuán ingrato he sido con El, cometiendo innumerables pecados, y cuán merecido tengo que Dios me castigue como á los án-

geles, y aún mucho más; porque el pecado de aquéllos fué uno, los míos muchos; el de aquéllos fué pecado de sólo pensamiento en materia de soberbia, los míos son de pensamientos, palabra y obra en todo linaje de vicios; el de aquéllos no fué injurioso á la sangre de Jesucristo, porque no se derramó por ellos; los míos son injuriosos contra esta sangre del Hijo de Dios que se derramó por mí en la cruz. Pues siendo esto así, ¡cuán justo fuera que Dios me hubiera hundido en los infiernos en compañía de los demonios, haciéndome participante de sus penas, pues yo quise serlo de sus culpas! ¡Oh Dios de las venganzas! ¿cómo no te has vengado de un hombre tan malo como yo? ¿Cómo me has sufrido tanto tiempo? ¿Quién ha detenido el rigor de tu justicia, para que no castigase al que merecía terrible castigo? ¡Oh alma mía! ¿cómo no temes y tiemblas considerando el espantoso juicio de Dios contra sus ángeles? Si con tanta severidad castigó á criaturas tan nobles, ¿cómo no temerá semejante castigo una criatura tan vil y miserable como tú? ¡Oh Criador poderosísimo, pues te has mostrado conmigo, no Dios de las venganzas, sino padre de misericordia, ten misericordia de mí, perdonando mis pecados y librándome del infierno que tengo merecido por ellos!

Punto II

Del pecado de Adán y Eva.

Considera cómo habiendo sido criados nuestros primeros padres en el paraíso en gracia, santidad y en justicia original, quebrantaron el mandamiento de Dios, por lo cual fueron

echados del paraíso é incurrieron en la sentencia de muerte y en otras innumerables miserias, así ellos como sus hijos.

Sobre esta verdad de fe puedo discurrir como sobre la pasada, considerando: cuán liberal fué Dios con nuestros primeros padres, criándolos á su imagen y semejanza, y poniéndolos en un paraíso de deleites, dándoles su gracia y la justicia original, sujetando sus apetitos á la razón y la carne al espíritu, librándolos de la mortalidad y penalidades á que según su naturaleza estaban sujetos, y concediéndoles una vida dichosa y descansada; y todo este bien les hizo de pura gracia y misericordia, concediéndoselo no solamente para sí mismos, sino para sus sucesores, si perseverasen en su servicio.

Pondera luego cuán ingratos fueron contra Dios, y el bajo y miserable motivo que tuvieron para ello; atropellando por una fruslería el mandato de Dios, abusando villanamente de su libertad y cerrando los ojos, por la pasión del placer y por la rebeldía, á la luz de la razón, sin hacer caso ni de los beneficios que Dios les había hecho ni de los castigos con que los había amenazado.

Luego ponderaré cuán terrible se mostró Dios en castigarlos echándolos del paraíso, privándolos para siempre de la justicia original, sujetándolos á la muerte y á todas las miserias del cuerpo corruptible, en las cuales incurrimos todos sus hijos, porque «todos pecamos en él» y por su causa «nacemos hijos de ira y enemigos de Dios y condenados á la misma muerte». Y lo que mayor miedo pone es, que de este pecado original que de él hereda-

mos, proceden como de raíz los innumerables pecados que hay en el mundo y las avenidas de miserias, de dolores, de lágrimas y de sangre que le anegan. De ahí sacaré cuán terrible, espantoso y horrendo mal es el pecado mortal, pues uno solo priva de tantos bienes, acarrea tantos males, y provoca tanto la ira de Dios, con ser más inclinado á misericordia que á rigor de justicia. «¡Quién no temerá, oh Rey de las gentes!» ¡Quién no aborrecerá mal tan grande como es tu ofensa!

Además de esto, tengo de hacer comparación de mi pecado al de Adán, porque yo miserable, siendo tentado del demonio, me dejé engañar de él, no una sino muchas veces; mi carne ha sido la Eva que me ha provocado á pecar, y mi espíritu afeminado, como Adán, por darle gusto, ha disgustado mil veces á Dios, quebrantando sus mandamientos; y ha llegado á tanto mi soberbia é ingratitud, que muchas veces he deseado ser como Dios, usurpando para mí lo que es propio de su divinidad. Pues si tales castigos hizo Dios en mis primeros padres, por un pecado de desobediencia y soberbia, fundado no más que en comer una manzana contra el precepto de Dios, ¿cuán graves castigos he merecido yo por tantas desobediencias y soberbias y por tan innumerables culpas como he cometido contra El?

Ultimamente ponderaré cuán larga penitencia hicieron Adán y Eva por esta culpa, y cuán amargo fué aquel bocado para ellos, y cuán caro les costó; pues habiendo vivido Adán más de novecientos años, todos los gastó en llorar, gemir y padecer mil infortunios que el estado de su corrupción traía consigo; pero al fin,

como dice la divina Sabiduría, por la penitencia alcanzó perdón; y con este ejemplo me tengo de animar á gemir mis miserias y hacer penitencia de mis culpas para que Dios me libre de ellas, imitando en la penitencia al que imité en la culpa, y suplicando á N. S. que me castigue cuanto quisiere en esta vida, con tal que me perdone y me libre de los tormentos de la otra.

Punto III.

Castigo de un alma que se condena por un solo pecado mortal.

Bajaré con la consideración al infierno, veré allí infinitas almas, entre las cuales hallaré muchas que están ardiendo por un solo pecado mortal. Unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro pecado de palabra ó de obra. Luego consideraré, cómo todos estos condenados eran hombres como yo y muchos de ellos cristianos como yo, y gozaron de los mismos sacramentos y sacrificios, y de los sermones y libros sagrados de que yo gozo, y quizá en algún tiempo fueron santos y privaron mucho con Dios; pero descuidáronse poco á poco y vinieron á caer en aquel pecado mortal, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y fueron condenados por él justísimamente.

Luego tengo de hacer comparación de este pecado á los muchos míos, ponderando con cuánta más razón merecía yo estar en el infierno, como están aquellas almas, por haber ofendido á Dios en aquel pecado una y muchas veces, y en otros géneros de pecado sin cuen-

to. ¡Oh, cuán justamente tenía merecido que la muerte me cogiera en cometiendo la primera culpa, sin que me diera Dios lugar para hacer penitencia de ella! ¿Qué os movió, Dios mío, á esperarme más que á éstos? ¿Y por qué no me arrojasteis en los infiernos como á ellos? Confieso que merecía estar en su compañía; mas, pues Vuestra Majestad me ha esperado con tanta misericordia, yo propongo de hacer con vuestra gracia muy entera y verdadera penitencia.

También puedo ponderar, cómo no es menor merced de Dios haberme preservado del infierno, deteniéndome para que no bajase á los tormentos eternos, que si después de bajado me sacara de ellos; y para saber estimar esta merced y corresponder á ella como debo, consideraré que si Dios sacase del infierno una de estas almas y le diese lugar de penitencia, ¡cuán rigurosa penitencia haría! ¡Qué agradecida estaría á Dios y con qué fervor le serviría! Pues esto mismo has de hacer tú, ya que te ha hecho Dios tan singular merced, como es librarte del peligro antes de caer en él.

Concluiré con una devotísima consideración, para conocer la gravedad del pecado y la terribilidad de la divina justicia, por otro ejemplo bien diferente de los pasados, pero no menos eficaz que ellos, esto es, por los castigos que la divina justicia hizo en Jesucristo S. N., no por sus pecados, sino por los míos y por los de todo el mundo, para que yo entienda cómo castigará al hombre cargado de culpas propias, quien así castigó al que se cargó de las ajenas, y cómo será castigado el esclavo culpado, pues tan terriblemente lo es el hijo inocente.

Pondré, pues, delante de mis ojos á Jesucristo crucificado, mirando su cabeza espinada, su rostro escupido, sus ojos obscurecidos, sus brazos descoyuntados, su lengua aheleada con hiel y vinagre, sus manos y pies agujereados con clavos, sus espaldas rasgadas con azotes y su costado abierto con una lanza; y ponderando cómo padece todo esto por mis pecados, sacaré varios afectos de lo íntimo de mi corazón, ya temblando del rigor de la justicia de Dios, que desenvainó su espada, como dijo el profeta Zacarías, contra el varón que estaba unido con El en persona; ya llorando mis pecados, que fueron causa de estos dolores; ya animándome á padecer algo en satisfacción de mis culpas, pues tanto padeció Cristo S. N. para pagarlas. Y finalmente, le pediré perdón de ellas, alegándole por título todos sus trabajos.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Redentor, que bajasteis del cielo y subisteis á esa cruz para redimir los hombres, pagando sus pecados con vuestros dolores! yo me presento delante de vuestra Majestad, lastimado por haber sido causa de vuestras terribles penas con mis graves culpas. En mí, Señor, estuvieran bien empleados esos castigos, pues yo soy el que pequé, no en Vos, que nunca pecasteis. El amor que os movió á poneros en la cruz por mí, os mueva á perdonarme lo que hice contra Vos; por vuestras espinas os pido saquéis de mi alma las espinas de mis pecados; por vuestros azotes, perdonad mis hurtos; por vuestra hiel y vinagre, perdonad mis gulas; por los clavos de vuestras manos, perdonad mis malas obras, y por los de los pies, perdonad mis malos pasos. ¡Oh Padre eterno! «Mirad el rostro de vuestro Hijo», y pues ya castigasteis en El mis pecados, apláquese vuestra ira con estos castigos y usad conmigo de vuestras misericordias, «arrojando en el profundo del mar todas mis maldades», en virtud de la sangre que derramó por ellas.

Propósitos.—Declara la guerra á tu sensualidad viendo el estrago que causó el pecado en el mundo, y muéstrate con las obras agradecido á Dios al ver cuántas veces te ha librado de caer en el infierno.

15 DE NOVIEMBRE

De la muchedumbre de los pecados y de su gravedad por ser muchos y contrarios a la razón.

Preludios.—Imagínate á tu alma como encarcelada dentro del cuerpo, y á ti como desterrado y condenado á vivir entre bestias en este valle de lágrimas; pide vergüenza y confusión de ti mismo, y dolor intenso y llanto copioso por tus pecados.

Punto I

De la muchedumbre de los pecados.

Traeré á la memoria la muchedumbre de pecados que he cometido en toda la vida pasada, para lo cual discurriré por todas las edades de ella, y por todos los lugares donde he vivido, y por los oficios y ocupaciones que he tenido, mirando lo que he faltado en cada uno de los siete pecados mortales, y en cada uno de los Mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, y en cada una de las leyes y reglas de mi estado y oficio. Pero esta memoria de los pecados no ha de ser seca, sino llorosa, llena de confusión y vergüenza, como la de aquel santo Rey que decía: «Pensaré delante de ti todos los años de mi vida con amargura de mi alma».

En habiendo traído á la memoria estos pecados, haré de ellos en la oración una humilde confesión delante de Dios, acusándome como Daniel de todos ellos, siquiera de los más principales, hiriendo como el publicano, mi pecho.

Después que hubiere confesado los pecados que conozco, tengo de creer que hay otros muchos que no conozco, á los cuales llama David pecados ocultos; pero no son ocultos á Dios, que me ha de juzgar y castigar por ellos: esto me ha de tener cuidadoso y afligido. Estos pecados me son ocultos por una de tres causas: ó porque me olvidé ya de ellos, ó porque eran muy sutiles, como soberbias interiores, juicios temerarios, siniestras intenciones, negligencias y omisiones, ó porque los hice con alguna ignorancia y error, ó por ilusión del demonio, pensando que hacía servicio á Dios; y juntando los pecados que conozco con los que no conozco, puedo creer que hacen una muchedumbre innumerable, y que «son más que los cabellos de la cabeza», como dijo David, y «más que las arenas de la mar», como dijo el rey Manasés. De donde sacaré grande admiración de la paciencia que ha tenido Dios en sufrirme, porque una injuria ó dos, quienquiera las sufre: pero tantas y tan repetidas, y tan varias, y con tanta protervia, ¿quién las puede sufrir sino Dios? Verdaderamente, Dios mío, menester ha sido paciencia infinita como la vuestra para sufrir una infinidad de injurias como las mías; pero, pues no os habéis cansado de sufrirme, tened por bien de perdonarme.

Punto II

De la gravedad de estos pecados por su muchedumbre.

Consideraré la gravedad de mis pecados por su muchedumbre, aprovechándome de algunas semejanzas de que usa la divina Escritura. Porque si el pecado es como una rueda de

molino ó de tahona puesta al cuello, con la cual es arrojado el hombre en el abismo infernal; siendo mis pecados tantos como las arenas del mar y los cabellos de la cabeza, ¿qué carga tan inmensa será la suya? ¿Con qué ímpetu tan furioso caeré con ellos en el profundo del infierno? ¿Quién me podrá tener, si Dios no me tiene? ¿Y qué son tantos pecados, sino una cadena de hierro de innumerables eslabones, con qúe estoy atado y encadenado, la cual es tan larga que llega al infierno, y de ella está tirando Satanás para llevarme consigo? Y si «los pecados de los ángeles, como dice San Pedro, fueron maromas que tiraron de ellos, y los arrancaron del cielo para el abismo del infierno», ¿cuánto más fuertes maromas serán los míos, siendo tejidas de tan innumerables ramales? Está asimismo mi alma cercada de esta muchedumbre, como de un ejército de perros, leones, toros y serpientes y otras fieras, que la espantan con sus bramidos, y la despedazan con sus bocas, y la desgarran con sus uñas, y como abejas la punzan, y como gusanos la muerden y roen la conciencia. Yo, finalmente, soy aquel siervo malo que debe á su Señor «diez mil talentos», y es tan grave la deuda, que aunque le vendan cuanto tiene, y á su mujer é hijos, y á él mismo, no bastará para pagar la mínima parte de ella. Pues ¿qué haces, oh alma mía, con tanta carga de pecados? Si este ejército de fieras hizo á Cristo sudar sangre de congoja, ¿cómo tú no lloras lágrimas de sangre, de dolor y pena? ¡Oh Salvador misericordiosísimo! Por el dolor y sentimiento que tuvisteis de mis culpas en el huerto de Getsemaní, os suplico me ayu-

déis á sentirlas de modo que quede libre de ellas.

A esto tengo de añadir otra circunstancia que agrava mucho mis pecados, que es la reincidencia en unos mismos, después que Dios me los ha perdonado una vez y muchas; andando como en porfía con Dios, yo á pecar y El á perdonarme, y yo tornar de nuevo á pecar como si no me hubiera perdonado. Por lo cual merecía que Dios me arrojara de sí para siempre dejándome atado de pies y manos en poder de los verdugos infernales, como lo hizo con el siervo desagradecido que le debía diez mil talentos, y después de perdonado le tornó á ofender. Pero con todo esto, fiado en la infita paciencia y misericordia de Dios, tengo otra vez de volverme á El de veras, y postrado á sus pies, decirle: «Señor, ten paciencia conmigo», y yo con tu ayuda te pagaré toda la deuda de mis pecados, y si esta vez me perdonas, no volveré más á ellos.

Punto III

De la fealdad del pecado en cuanto contrario á la razón.

Considera la fealdad y vileza de estos pecados, en cuanto contrarios á la razón natural, aunque no hubiera infierno para ellos. Porque primeramente, pecar es ir contra el dictamen de la razón, y luego que el hombre comete una acción mala no puede menos de conocer que aquello es contrario á lo que dicta el entendimiento; y por eso el pecado le deshonra y avergüenza, le rebaja y embrutece. En segundo lugar, porque siendo el hombre cria-

do á semejanza de Dios, con el pecado se convierte en bestia y con su muchedumbre engendra dentro de sí costumbres bestiales y hábitos viciosos. Los apetitos prevalecen contra la razón, y la carne contra el espíritu, y la esclava manda al que por derecho es señor, y el miserable espíritu es esclavo de su carne y de sus apetitos, y de otras muchas criaturas, con gran vileza; porque como dijo Cristo N. S., «quien hace el pecado, siervo es del pecado»; y el que es vencido, dice San Pedro, «siervo es del que le vence», y como esclavo está sujeto al vencedor. Si soy ambicioso, soy esclavo de la honra y de todos los que me la puedan dar ó quitar. Si soy avariento, soy esclavo de la hacienda. Si glotón, soy esclavo del regalo. Si lujurioso, soy esclavo de la sensualidad y de las personas que me tienen robado el corazón y libertad. ¿Pues qué mayor vileza puede ser que ésta? ¿Qué esclavitud más pesada que la del pecado, frecuentado por costumbre viciosa? Esto me ha de mover á grande aborrecimiento de mis pecados, y á echar de mí esta servidumbre, y restituir mi espíritu á su libertad y nobleza, reduciéndome al servicio de mi Criador y Redentor; á quien tengo de pedir que, pues me compró con su sangre, para librarme de la esclavitud del pecado, y para que con este nuevo título fuese esclavo suyo, no permita que sea más esclavo de mi carne, ni de mis vicios, ni del demonio, enemigo suyo.

Repasada, pues, tu vida, que lo mismo en la infancia que en tu desatentada y libre juventud y que en tu edad viril, no ha sido otra cosa que un negro y sucio tejido de toda clase de

pecados, haz con todos ellos, tantos, tan feos y tan abominables, un montón de podredumbre, que llegará tal vez al cielo, y delante de ellos, avergonzado de esa obra de ignominia é iniquidad, con la frente hundida en el polvo, los ojos arrasados en lágrimas y el corazón partido de dolor, prorrumpe en exclamaciones llenas de admiración diciendo á tu Dios y Señor:

Coloquio.—¿Cómo ¡Dios mío! me habéis sufrido hasta ahora tanto? ¿Cómo los ángeles, ministros de vuestra justicia, no me han exterminado, antes al contrario, en vez de exterminarme, me han sufrido y guardado y rogado por mí? Y los santos del cielo ¿por qué han interpuesto en mi favor sus ruegos é intercesiones? El sol ¿cómo no me abrasa con sus rayos? ¿Por qué me alumbra? ¿Cómo el aire me ha dado respiración? ¿Cómo el agua me ha refrigerado? ¿Cómo la tierra, Dios mío, cuando os ofendía yo, no se abrió para tragarme? ¿Cómo los demonios no han arrebatado mil veces al infierno mi alma? Todo lo debo á vuestra misericordia y bondad, Criador mío y Salvador mío. Gracias mil os sean dadas por haberme conservado hasta hoy la vida, que yo me propongo con vuestra gracia consagrar por completo á vuestro servicio y gloria y á la total enmienda de todos mis pecados.

Propósitos.—Implorar constantemente auxilio y perdón de tus pecados, acudiendo á las puertas de la divina misericordia.

16 DE NOVIEMBRE

De la gravedad del pecado, por la vileza del hombre que ofende á Dios N. S. [1]

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la vileza del hombre en cuanto al cuerpo.

Consideraré lo que soy cuanto al cuerpo, ponderando cómo mi origen es lodo y mi fin es polvo, mi carne es flor y heno, que presto se marchita, y «mi vida es un soplo y vapor que presto se pasa», y con ser tan breve, está llena, como dice Job, de muchas miserias y necesidades, de hambre, frío, dolor, enfermedades, pobrezas y peligros de muerte, sin tener seguro un solo día de vida, ni de descanso, ni de salud; de tal manera, que no es posible librarme de estas miserias por mis fuerzas, si no es que Dios N. S., con su protección y providencia, me ampare y libre de ellas. Pues, ¿qué mayor locura puede ser, que un hombre necesitado y miserable se atreva á ofender á su único remediador y protector? Y ¿qué desvarío puede ser mayor, que siendo la carne polvo y ceniza y un muladar hediondo y un enjambre de gusanos y la misma podredumbre, presuma injuriar al supremo Espíritu de inmensa majestad, ante quien tiemblan las potestades y los demás espíritus bienaventurados? «¡Oh tierra

1 El fin de esta meditación es conocer la gravedad que tiene la injuria de Dios, por ser tan vil el que le ofende; pues cuanto más vil es el ofensor, tanto es mayor su atrevimiento y desvergüenza en ofender al supremo Emperador de cielos y tierra.

y ceniza, cómo te ensoberbeces» contra Dios! ¡Oh vaso de barro, cómo contradices á tu Hacedor! ¡Oh carne miserable! si tanto temes al hombre, que te puede quitar la vida temporal, sin hacerte otro mayor daño, ¿cómo no tiemblas de Dios, que también te puede quitar la vida eterna y echarte en el fuego del infierno? Vuelve sobre ti y siquiera por tu propio interés, cesa de ofender al que de tantos males te puede librar. Con estas consideraciones tengo de confundirme grandemente, y espantarme de mí mismo, que á tal locura he venido y en tal atrevimiento he dado, y suplicar á Jesucristo N. S. que, por su carne santísima, perdone los atrevimientos de la mía y la ponga en razón de aquí adelante.

Punto II

De la vileza del hombre en cuanto al alma.

Lo segundo consideraré lo que soy cuanto al alma, ponderando cómo he sido criado de nada y de mi cosecha soy nada, nada valgo, nada puedo y nada merezco, y luego me convertiría en nada, si Dios continuamente no me conservase; ni podría hacer cosa alguna, si Dios continuamente no me ayudase. Demás de esto, he sido concebido en pecado y con inclinación á pecar; por el desorden de mis apetitos y pasiones vivo sujeto á infinitas miserias de ignorancias y errores, rodeado de innumerables tentaciones dentro de mí, y fuera de mí, por enemigos visibles é invisibles, que de todas partes me cercan; y por la flaqueza de mi libre albedrío he consentido y consiento con ellos, cometiendo muchos pecados, por los cua-

les vengo á ser menos que nada; porque menos mal es no ser, que pecar, y mejor me sería no haber sido, que ser condenado.

Y si es esto lo que soy, mucho peor es lo que puedo ser por mi grande mutabilidad y flaqueza, porque por mi inclinación á todo lo malo y por los movimientos interiores que siento á innumerables pecados de infidelidades, blasfemias, iras y carnalidades, saco que á todos estos pecados estoy sujeto, y caería en ellos si Dios me dejase de su mano; y por lo que hacen y han hecho todos los pecadores del mundo, puedo colegir lo que yo haría dejado á mi libertad. Porque, como dice San Agustín, «no hay pecado que haga un hombre que no pueda hacer otro hombre». Me tengo, pues, de imaginar como una fuente de todos los pecados que hay en el mundo, y como un perro muerto y hediondo, que pone asco el mirarlo, ó como un cuerpo sepultado lleno de gusanos que se va consumiendo y convirtiendo en polvo. Por todo lo cual me tengo de despreciar y juzgarme por digno de ser despreciado de todos.

Siendo, pues, esto así, ¿adónde más puede llegar mi desvarío, que de mi propia voluntad ofender á la majestad de Dios? Si soy nada de mi cosecha, ¿cómo me atrevo á ofender al que es el mismo sér? Y ¿por qué me apoco tanto, que me hago menos que la nada, indigno del sér que tengo? Si estoy sujeto á tantas desventuras como me pueden venir por mi alma, ¿cómo no aplaco al que puede librarme de ellas? ¡Oh Dios de mi alma, mirad por ella! pues la criasteis de nada, sacadla de esta nada que es el pecado, y juntadla con Vos, para que

por Vos tenga sér y vida de gracia, y alcance el ser bienaventurado de la gloria.

Punto III

De la nada del hombre en comparación de Dios.

Lo tercero, consideraré la pequeñez de mi sér y de todo lo bueno que tengo, en comparación de Dios, procediendo por sus grados. Mirando primero lo que soy yo en comparación de todos los hombres juntos, y lo que yo soy en comparación de los hombres y de los ángeles, y luego lo que todas las criaturas son en comparación de Dios, «ante quien, como dice Isaías, las gentes son como si no fuesen, son como nada y como cosa vacía de sér, son como una gota de agua ó del rocío de la mañana, que cae en la tierra» y apenas se echa de ver. Pues yó solo, ¿qué seré delante de Dios? Como las estrellas no parecen en la presencia del sol y son como si no fuesen, así yo, por grandes bienes que tenga, soy como si no fuese en la presencia de Dios, y mucho menos que un grano de polvo en comparación de todo el mundo.

Mi ciencia, mi virtud, mi poder, mi discreción, mi fortaleza, mi hermosura y todo cuanto bien tengo y puedo tener, es como nada en comparación de lo que tiene Dios. Por lo cual, con mucha razón dijo el Salvador, que «ninguno es bueno sino Dios», ninguno es poderoso, ni fuerte, ni hermoso, sino Dios; porque El sólo es la misma bondad y sabiduría y omnipotencia, en cuya comparación la que tienen las criaturas no merece este nombre. Pues, ¿en qué seso cabe que un hombre de tan poco sér

se atreva á despreciar á Dios y ofenderle con tantos pecados? ¡Oh loco, qué has hecho! ¡Oh miserable de mí, que tal atrevimiento he tenido!

Coloquio.—¡Oh Dios inmenso, en cuya comparación soy como si no fuese! Por la infinita excelencia de tu sér, te suplico perdones mis pecados y me des luz para que conozca la vileza en que por ellos he venido; concédeme que me aborrezca y desprecie, y tenga en menos que nada, y haga penitencia como Job, «en ceniza y en pavesa», teniéndome por tal en tu presencia. Que vea yo con la luz de tu gracia mi osadía al ofenderte á Ti, mi bien sumo, con el sumo mal que es el pecado; mi vileza al atreverme pecando contra todos y cada uno de tus atributos; mi ingratitud al despreciarte á Ti como mi Padre, mi Rey y mi Dios, al preferir el pecado, enemigo y muerte de mi alma, de mi dicha, de todo mi sér, á Ti que eres la suma felicidad, la eterna hermosura, mi única vida.

Propósitos.—Saca gran horror al pecado, único mal que cambia radicalmente tu alma, que te quita toda gracia, todo mérito y toda paz, y por encima y á través de todas las dificultades de la vida di valientemente: «Cueste lo que cueste, quiero salvarme».

17 DE NOVIEMBRE

De la gravedad de los pecados, por la grandeza de la infinita majestad de Dios, contra quien se cometen [1].

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De las infinitas perfecciones de Dios.

Consideraré las infinitas perfecciones que tiene Dios en sí mismo, especialmente aquellas

1 Esta meditación es la más eficaz para mover á la perfecta contrición y dolor de pecados, que procede del amor de Dios sobre todas las cosas, ponderando la grave-

contra las cuales derechamente pelea el pecado, y de donde recibe mayor deformidad y gravedad.

Lo primero, ponderaré la infinita bondad de Dios, por la cual es sumamente amable de todas las criaturas, y si fuera posible otro amor infinito, todo se le debía. Y es tan grande esta bondad, que es imposible verla claramente y no amarla sumamente, como lo hacen los bienaventurados. Pues, ¿qué maldad puede ser mayor, que aborrecer y despreciar á tan infinita bondad, y qué mayor injusticia que injuriar con desamor al que es digno de infinito amor? ¡Oh bondad infinita, cómo te he aborrecido y despreciado! ¡Oh, quién nunca te hubiera ofendido! Pésame, Dios mío, del pecado, sobre todo cuanto me puede pesar, porque deseo amarte sobre todo cuanto se puede amar.

Lo segundo, ponderaré la inmensidad de Dios junta con su infinita sabiduría, por la cual está real y verdaderamente presente en todo lugar, viendo y contemplando todo lo que se hace; y á mí mismo tengo de mirarme dentro de esta inmensidad llena de ojos, y que dentro de ella hice todos los pecados pasados y hago los presentes, provocándole con ellos á enojo, asco y vómito, porque sus ojos, como dice la Escritura, son tan limpios, que no pueden sin asco mirar la culpa, y su corazón tan puro, que le hace dar arcadas la maldad. Pues, ¿qué ceguedad mayor puede ser que vivir yo dentro de la inmensidad de Dios y á vista de la

dad del pecado, no sólo por la bajeza del ofensor, sino por la alteza del ofendido; porque tanto es mayor la injuria, cuanto es mayor el injuriado; y como Dios es infinito en su sér y perfecciones, así el pecado por esta parte, como dice Santo Tomás, es también injuria como infinita.

sabiduría de Dios, y con todo eso injuriarle con mis pecados? ¿A qué más puede llegar la desvergüenza del esclavo que á atropellar la voluntad y honra de su señor estando en su presencia? Y ¿qué mayor atrevimiento que hacer esto, siendo el señor poderoso para castigarle como merece su descortesía? ¡Oh Señor! ¿Cómo me has sufrido estar cabe Ti y en tu presencia? ¿Cómo no has aniquilado á este descomedido y desleal esclavo? ¿Cómo no has apartado tus ojos de mí, ni me has vomitado y lanzado de Ti para siempre? Pésame en el alma de mi desvergüenza y atrevimiento, y propongo con tu gracia de nunca más hacer cosa indigna de tu presencia.

Lo tercero, ponderaré la soberana omnipotencia de Dios por la cual está en todas las criaturas, dándoles el sér que tienen y concurriendo con ellas á todas sus obras; de modo que sin el concurso de la omnipotencia de Dios, no puedo ver, ni oir, ni hablar, ni menear mano ni pie, ni entender, ni querer, ni hacer otra alguna cosa. Y, por consiguiente, cuando peco me ayudo de la divina omnipotencia para pensar, decir ó hacer la cosa que le da disgusto; y es tanta su bondad y misericordia, que por conservar mi libertad, no me niega este concurso, ni le niega á las criaturas de que uso para ofenderle; concurre con el manjar para que dé sabor á mi gusto, aun cuando peco en comerle; y con la hermosura de la criatura, para que recree mi vista, aunque peque en mirarla. Pues ¿qué desatino es éste, que haga yo guerra á Dios con el mismo poder de Dios? ¡Y que me aproveche de su ayuda para hacer lo que es su injuria! ¡Oh

bondad omnipotente, cómo das tan liberalmente tu concurso á quien tan mal usa de él! ¡Cómo no empleas esa omnipotencia en castigar al que tan mal se aprovecha de ella! Perdona, Señor, este atrevimiento que ha sido mayor de lo que puedo pensar, y me pesa de él más de lo que puedo decir, y quisiera que me pesara mucho más. «¡Oh Dios infinito, que muestras tu omnipotencia principalmente en perdonar y tener misericordia» del pecador! Perdóname y ten misericordia de mí, y ayúdame para que nunca más use de tu infinito poder si no es para servirte. De este modo se pueden ponderar los atributos de la misericordia, justicia, caridad de Dios y otros que se tocarán en el punto siguiente.

Punto II

De los infinitos beneficios de Dios N. S.

Consideraré sumariamente los infinitos beneficios de nuestro Señor, y quién ha sido Dios para conmigo, comparándolo con lo que yo he sido para con El, y la gravísima injuria que es ofender á un infinito bienhechor.

Lo primero, ponderaré los beneficios de la creación, conservación y gobernación, los cuales encierran bienes innumerables que tocan al sér natural de cuerpo y alma, y le ayudan para el sér sobrenatural de la gracia; y con esta consideración procuraré dolerme grandemente por haber ofendido á mi Criador, sin el cual no tuviera sér; á mi Conservador, sin el cual no puedo durar, y á mi Gobernador, sin cuya providencia no puedo vivir. Para esto ayudará mucho ponderar todo lo que dijo Moi-

sés á su pueblo, en el cántico que hizo dándole en rostro con sus pecados, especialmente aquellas palabras: «Pueblo necio é ignorante, ¿esta paga das al Señor? ¿Por ventura no es tu Padre, que te poseyó y te hizo y te crió? Dejaste á Dios, que te engendró, y te has olvidado del Señor, que es tu Criador y Salvador».

Lo segundo, ponderaré los beneficios de la redención, donde entran la encarnación del Verbo eterno, y todos los trabajos de la vida, Pasión y muerte de Cristo N. S., mirándole como á Padre, Pastor, Médico, Maestro y Salvador nuestro. De suerte que, con mis pecados, he injuriado al que tiene todos estos títulos para conmigo. Y como dice el Apóstol, he crucificado dentro de mí á Jesucristo, he hollado al Hijo de Dios, pisado su sangre, despreciado sus ejemplos, atropellado sus leyes y preceptos, y he vivido como si tal redención no hubiera pasado en el mundo para mí. Pues ¿cómo no te deshaces, ¡oh alma mía! en lágrimas, habiendo ofendido á tal Padre, á tal Maestro, á tal Pastor y Redentor? ¿Cómo no se te parte por medio el corazón de dolor, por haber ofendido con tus pecados al que murió por librarte de ellos? ¡Oh Redentor mío, cuánto me pesa de haberte ofendido! Perdona, Señor, mis ofensas; lava con tu sangre las manchas de mis culpas, y en virtud suya propongo, con tu gracia, de no volver más á mancharme con ellas.

A este modo puedo ponderar los beneficios de la santificacion, donde entra el Bautismo y los demás sacramentos, y especialmente el de la Penitencia, Eucaristía y las inspiracio-

nes del Espíritu Santo, y otros innumerables beneficios manifiestos y ocultos, y también la promesa de los beneficios futuros en la glorificación y resurrección; de todos los cuales me tengo de hacer cargo, y con un grande pasmo admirarme de que haya correspondido á tantos beneficios con tan malos servicios, andando en competencia con Dios, El haciéndome mercedes y dándome grandes dones, y yo haciéndole injurias y cometiendo graves pecados; ponderando que cada pecado, en cierto modo, es ya desagradecimiento infinito, por ser contra un Bienhechor infinito, y contra infinitos beneficios que de su mano he recibido, dados con infinito amor, sin merecimientos míos.

Para ponderar más la gravedad de mis culpas por este título, será bien aprovecharme de algunas historias que hacen á este propósito, como es la de José, que le pareció imposible pecar con la mujer de su señor, de quien tantos bienes había recibido. Y la de Saúl, que con ser cruel perseguidor de David, se amansó cuando oyó contar los grandes servicios que le había hecho; y cuando vió que David, pudiéndole matar, no le había muerto, se compungió y dijo: «Más justo eres tú que yo, porque tú me has hecho muchos bienes, y yo te he vuelto en retorno muchos males». Oh alma mía, ¿cómo puedes pecar contra tu Dios y Señor, de quien has recibido todo el bien que tienes? Oh Dios de mi corazón, ¡cuán más justo eres Tú que yo, porque Tú no cesas de hacerme misericordias, y yo no ceso de hacerte ofensas! Tú, pudiéndome quitar la vida y el sér no lo haces; y yo, no pudiendo quitártele,

cuanto es de mi parte intento hacerlo. Tú cortaste la cabeza al gigante, y quebrantaste la cabeza de la serpiente por librarme de la muerte; y yo me sujeto á ella con ofensa tuya. ¿Quién hay que, pudiendo matar á su enemigo, no le mate? Y tú quieres morir porque él no muera. Perdona, Señor, mi bestial desagradecimiento, y ayúdame con tu copiosa gracia para que no torne á caer en tan horrenda miseria.

Punto III

Gravedad del pecado por la vileza de sus motivos.

Consideraré el motivo que tuve para pecar; porque sin duda crece la grandeza de la injuria cuando se hace por una causa y ocasión muy leve. Pues, ¿por qué ofendí á Dios? Por un regalillo de la carne, por un puntillo de honra, por un interesillo de hacienda, por un gustillo de mi propia voluntad; finalmente, por cosas vilísimas, que pasan como humo y son como si no fuesen en comparación de Dios. Y con ser tales, por ellas negué con mis obras á Dios vivo, y de ellas hice para mí ídolo y Dios falso, estimándolas en más que á Dios verdadero, crucificando dentro de mí á Cristo, por dar la vida á Barrabás que es el pecado. ¡Oh Señor mío, con cuánta razón decís á los «cielos que se espanten, y á sus puertas que se rompan y quebranten de espanto, por dos males que hizo vuestro pueblo»; y yo, miserable pecador, los he hecho infinitas veces, «dejándoos á Vos, fuente de agua viva, y cavando con trabajo aljibes rotos que no pueden retener el agua!» ¡Oh trabajo mal empleado! ¡Oh trueque

desatinado! Dejé á Dios infinito, y á la fuente perpetua de infinitos y eternos bienes, por una nonada de bien temporal y perecedero, que es como aljibe roto, que, sin sentir, pierde el agua que tenía y queda seco. ¡Oh alma mía! si tan vil te parece el hecho de Esaú, que vendió su mayorazgo por una escudilla de lentejas, ¿cuánto más vil será el tuyo, que vendes el mayorazgo del cielo por un pequeño interés de la tierra? Aquél le vendió por conservar su vida, y tú por venderle incurres en la muerte. Y si aquél no halló lugar de penitencia para revocar la venta, justo fuera que tampoco tú le hallaras, pues fué tu culpa más grave que la suya. Mas, pues es mayor la divina misericordia, acude á ella con humildad, para que deshaga con su gracia la venta mala que tú hiciste por tu culpa.

Finalmente, en esta meditación tengo de hacer grande hincapié en esta verdad: que es increíble desvarío creer con la fe lo que creo y vivir de la manera que vivo, esto es, creer que el pecado es tan malo, y con todo eso cometerle; creer que Dios es tan bueno y tan justiciero, y sin embargo de esto ofenderle, y así en lo demás. A la vista de todo lo que he meditado prorrumpiré en una exclamación con afecto vehemente, lleno de espanto de que las criaturas me hayan sufrido, habiendo yo ofendido tan gravemente á su Criador y Bienhechor.

Coloquio.—Confieso que no merezco el pan que como, ni el agua que bebo, ni el aire con que respiro, ni soy digno de levantar los ojos al cielo; antes merecía que de allá bajaran rayos de fuego que me abrasaran, como á Sodoma y Gomorra, ó que la tierra se abriera y me tragara vivo, como á ¡Datán y

Abirón, y que se inventaran nuevos infiernos para castigar mis graves pecados. Y pues no han sido bastantes para enfrenarme la bondad, sabiduría, inmensidad, omnipotencia, largueza, beneficencia y caridad de Dios, era justo que su justicia saliera á vengar los agravios hechos á estas divinas perfecciones y á estos soberanos beneficios, y que diera licencia á todas las criaturas, como se la dará el día del juicio, para que tomaran venganza de mí, por las injurias que hice al Criador y á ellas para ofenderle á El. Pero, Dios mío y Criador mío, ya que por vuestra misericordia habéis tenido por bien de sufrirme, añadid este beneficio á los pasados, teniendo por bien de perdonarme.

Propósitos.—Pensar con frecuencia en esta idea: Quién es Dios y quién soy yo. Ella me servirá, bien meditada, para no ofender á tan soberano Señor, Padre y bienhechor mío.

18 DE NOVIEMBRE

(Segunda semana de adviento.)

De la gravedad del pecado por comparación á las penas temporales y eternas con que es castigado.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la gravedad del pecado por las penas y miserias de esta vida.

Consideraré la gravedad del pecado mortal, por comparación á todas las penas y miserias que hay en esta vida, ponderando cómo es causa de estos males temporales, castigándole Dios justísimamente con ellos. Para cuya prueba puedo discurrir por los bienes exteriores, que llamamos de fortuna, y por los que tocan al cuerpo, los cuales destruye el pecado. Lo primero destruye las haciendas, quitándo-

las Dios á los pecadores porque usan mal de ellas, como despojó á los egipcios de sus joyas, y á los jebuseos y cananeos de sus tierras.

El pecado también destruye la honra, porque quien quita, cuanto es de su parte, la honra á Dios y á su prójimo, merece perder la suya. El sumo sacerdote Helí y sus hijos perdieron por esto la honra del sacerdocio con la vida, diciéndoles Dios: «Los que me desprecian serán abatidos».

El pecado destruye el cetro y el imperio: por la desobediencia quitó Dios á Saúl el reino que le había dado, y Nabucodonosor por la jactancia perdió el suyo; viviendo siete años como bestia, cortando Dios aquel árbol tan vistoso, porque sus pecados no merecieron que estuviese en pie. Y es justo castigo que no tenga dignidad, ni mando en la tierra, quien no se rinde al Rey de la tierra y cielo; y que no tenga preeminencia sobre hombres quien por el pecado se hace semejante á las bestias.

Demás de esto, el pecado destruye la salud, castigando Dios á los pecadores con muchedumbre y variedad de enfermedades, y llagas de pies á cabeza; porque no merece tener salud quien la emplea en ofender al que se la dió; y quien tiene su alma enferma, pudiendo sanarla, digno es de tener el cuerpo enfermo sin que pueda sanarle; como el tullido, que en treinta y ocho años no pudo sanar en la probática piscina donde otros sanaban.

El pecado quita el contento y alegría, causando tristeza mortal, que seca los huesos y da una vida peor que la misma muerte. Como aquella ciudad, que decía: «Me ha llenado

Dios de amarguras, y me ha embriagado con ajenjos». Y como el miserable rey Antíoco, que dijo: «¡A cuánta tribulación y á qué olas de tristeza he venido yo, que era alegre y amado en mi señorío!»

El pecado quita la vida, causando la muerte por mil medios desastrados. Por los pecados de Faraón y de su reino mató un ángel en una noche todos los primogénitos, y otro día anegó todo su ejército de innumerables hombres. Y otro ángel en el campo de Senaquerib mató ochenta mil hombres, y muchos israelitas perecieron en el desierto con varios géneros de muertes.

Finalmente, el pecado causa aquellos tres males terribles que ofrecieron á David para que escogiese uno en castigo de su culpa: hambre, guerra y pestilencia, con los cuales perecen innumerables hombres con suma miseria y rabia. Y asimismo por los pecados vienen los temblores de la tierra, las tempestades del mar, los diluvios, fuegos, rayos, granizos, piedras y otros tales castigos; porque como el pecado es injuria del Criador universal, todas las criaturas son instrumentos para su venganza.

Luego aplicaré todo esto á mí mismo, mirando los males y miserias que padezco, y entenderé que todos me han venido justamente por mis pecados, para que conozca y vea por experiencia, como dice Jeremías, «cuán malo y amargo es dejar á Dios y no temerle». Y así, del horror que tengo á estas penas sacaré horror de las culpas, diciéndome á mí mismo: Pues tanto temes las miserias temporales, ¿cómo no temes la culpa, que es causa de ellas?

Si tiemblas de la pobreza y deshonra, ¿por qué no tiemblas del pecado, de donde ambas proceden? Y si huyes la enfermedad del cuerpo, ¿cómo no huyes la enfermedad del alma, pues aquélla para en muerte temporal y ésta en muerte eterna? ¡Oh Dios eterno! esclaréceme con tu luz soberana, para que por el temor que tengo de los males del cuerpo, aprenda á temer los males del alma.

Punto II

De la gravedad del pecado por ser mal mayor que todos los males temporales.

Considera, además, cómo el pecado es un mal incomparablemente mayor que todos los males temporales que se han dicho; ni con ellos se puede pagar la mínima parte de la pena que un solo pecado mortal merece. Pondera algunas razones claras, que traen los santos, de esta verdad.

La primera, porque todos los males que se han dicho privan de bienes criados, que son muy limitados; pero el pecado priva de un bien infinito, que es Dios, y como sólo Dios se llama por excelencia bueno, porque las demás cosas criadas, aunque tengan alguna bondad, comparada con la de Dios es como si no fuese; así sólo el pecado se puede llamar absolutamente malo, y la malicia de las demás miserias, es como si no fuese, en su comparación; ni todas juntas bastarán á darme apellido de malo, si me falta el pecado, y por éste sólo seré malo aunque me falten las otras miserias.

De aquí es que si se juntasen en mí todas las penalidades de esta vida, pobreza, deshonra,

enfermedad, dolor, tristeza y persecución, con todos los tormentos que han padecido los mártires, no igualan con la miseria de un pecado mortal, y de buena gana me tengo de ofrecer á pasar por todos antes que cometerle. A imitación de aquel insigne mártir Macabeo, que respondió á los que le amenazaban con graves tormentos si no quebrantaba un mandamiento de la divina ley, «que antes se dejaría echar en el infierno»; esto es: que antes se dejaría matar y hacer pedazos, y hundir mil estados debajo de tierra con terribles dolores é ignominias, que hacer tal pecado.

En confirmación de esto ponderaré, cómo excede tanto el mal de la culpa al mal de la pena, que Dios nuestro Señor, con ser infinitamente bueno, puede ser autor y causa de cualquier pena; antes, como dijo el profeta Amós, «no hay mal de estos en la ciudad, que Dios no le haya hecho»; porque esto no le hace malo ni es contrario á su bondad; pero es imposible que sea autor ni causa de culpa, por mínima que sea, porque esto sería contra su bondad, la cual, como dice el profeta Abacuc, «no puede mirar á la maldad», aprobándola ó complaciéndose en ella.

Y por la misma razón, haciéndose Dios hombre, pudo tomar sobre sí todos cuantos males de sola pena hay en el mundo; pero es imposible que en El se hallase mal de culpa; y Cristo N. S. se ofreciera á padecer los tormentos y deshonras que padeció y otros muy mayores, si fuera necesario, sólo por no hacer un pecado; y á su imitación, he yo de hacer lo mismo, doliéndome del yerro en que hasta aquí he vivido. ¡Oh Dios purísimo, que estando

libre de culpas y de penas, tomando nuestra naturaleza te cargaste de penas para descubrir el aborrecimiento que tienes á las culpas! cárgame aquí de tormentos, con tal que para siempre me libres de pecados.

De aquí procede otra tercera razón, que declara mucho la gravedad de la culpa; porque Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría, ordena los males de esta vida para medicina del pecado. Y pues ningún médico sabio hace un mal muy grande para curar otro pequeño, señal es que todas estas miserias son menor mal que la culpa. Y así con gran razón nuestro misericordiosísimo Salvador y Médico, Cristo Jesús, quiso padecer tan terribles penas en su Pasión y muerte para librarnos de nuestras culpas, y aunque fueran mucho mayores de lo que fueron, no igualaran con nuestros pecados, ni bastaran á pagar por ellos, ni curarlos, si la persona que las padecía no fuera de infinita dignidad y santidad. De donde sacaré un gran horror á tan terrible enfermedad, para cuya cura se ordenan jarabes y purgas tan amargas. Y juntamente grande paciencia en mis trabajos, considerando que, por muy grandes que sean, son incomparablemente menores que mis culpas.

Punto III

De la gravedad del pecado por comparación á las penas eternas.

Consideraré la gravedad del pecado, por comparación á las penas eternas, ponderando: Lo primero, que es tan grande mal el pecado mortal, que después de haber causado

todos los males de esta vida que se han dicho, como si no hubiera hecho nada, así causa los males eternos de la otra, castigando Dios con ellos al pecador que permanece en su culpa, como si en esta vida no hubiera recibido castigo alguno. De suerte que ni las diez plagas de Egipto, ni el fuego de Sodoma, ni los azotes de la desastrada Jerusalén, ni las penas que aquí padecen los pecadores rebeldes á Dios, se toman en cuenta para aliviar los castigos del infierno, los cuales serán tan grandes como si acá no hubieran padecido otros. Y así, sin hacer caso de ellos, dice el profeta Nahum, que «Dios no castiga una cosa dos veces», porque el castigo de esta vida es como si no fuese, y como dice San Gregorio, es principio del eterno.

Lo segundo, ponderaré la razón de este rigor justísimo, porque como la culpa es una injuria infinita, al modo que se ha dicho, y todas las penas de esta vida son finitas, no se castiga bastantemente con ellas, si no suceden otras que tengan alguna infinidad, cuales son las del infierno, por dos títulos: El primero, por ser eternas y no tener fin en su duración; el segundo, porque privan de un bien infinito, que es la vista de Dios para siempre. Por lo cual dice San Agustín, que «aunque no hubiera día de juicio universal para los pecadores, aunque por toda la eternidad hubieran de vivir con abundancia de deleites sin temor de castigo, solamente por haber de carecer para siempre de la dichosa vista de Dios, habían de llorar amargamente»; porque no es posible imaginar pena que iguale á ésta para quien tiene viva fe de lo que es Dios. Esta pena

siéntenla los que le aman, no los que le desprecian. Y porque pocos en esta vida la sienten, se amenaza otra que se siente mucho, de terribilísimo fuego, en cuya comparación las penas de acá son ligerísimas, como si no fuesen penas. Pues ¿cómo no temblaré de estar rebelde en la culpa, mereciendo que me castigue Dios «con doblada tribulación», y que me quebrante con doblado quebrantamiento, siendo el castigo temporal un rasguño y principio del Eterno? ¡Oh Dios infinito! líbrame de esta rebeldía porque no caiga en tanta miseria.

Ultimamente, consideraré lo sumo que con toda verdad se puede decir del pecado, que con ser tan terribles los males de sola pena que se padecen en el infierno, es el pecado incomparablemente mayor mal que todos ellos. De suerte que si un hombre padeciese las penas del infierno sin pecado, y otro tuviese un solo pecado mortal, éste sería más malo y miserable que el otro. Y «si á un lado se pusiesen todas las penas del infierno desnudas de culpa, y á otro lado una sola culpa mortal, y fuese forzoso escoger una de las dos cosas, yo, dice San Anselmo, escogería arrojarme en los infiernos antes que hacer un pecado mortal». Y como el Santo Eleázaro, diría que quiero más entrar en el mismo infierno sin culpa, que con ella quedar en el mundo; porque la muerte de la culpa, dice el Sabio, «es malísima, y la sepultura, y aun el mismo infierno», cuanto á la pena, «es menos dañoso que ella».

Coloquio.—¡Oh Dios infinito, asienta en mi corazón esta verdad, para que tema mucho más al pecado que al infierno; pues de verdad no hay peor in-

fierno que estar en pecado! ¡Oh alma mía, llora con amargura tus pecados, no sólo por el infierno que has merecido, sino mucho más por el grave mal que contra Dios has hecho. Cesa luego de pecar porque no te hiera Dios con castigo cruel y con llaga de enemigo, permitiendo que te endurezcas en la culpa para castigarte con las penas eternas. Señor, crucifica con tu santo temor esta mi carne para que te tema á Ti sobre todas las cosas y prefiera mil infiernos y mil muertes antes que pecar y que ofenderte.

Propósitos.—Huir de cualquier peligro de pecar como huiría del infierno, si viere con los ojos lo terrible de sus penas.

19 DE NOVIEMBRE

De las propiedades de la muerte [1].

Preludios.—Imagínate estar ya en la agonía, con la vela en la mano, oyendo cómo te recomiendan el alma, luchando con las terribles ansias de la muerte. Pide al Señor vivir del modo que quisieras entonces haber vivido.

Punto I

De la certeza de la muerte.

Consideraré algunas propiedades de la muerte y los fines que nuestro Señor pretendió en ellas para nuestro provecho, reduciéndolas á tres, que son las más principales. La primera propiedad de la muerte es ser ciertísima, sin

1 Las meditaciones de las postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, infierno y gloria, son eficacísimas para movernos al aborrecimiento de nuestros pecados y al propósito eficaz de nunca más volver á ellos. Por lo cual dijo el *Eclesiástico:* "En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás„. Y por la misma razón dijo Moisés á su pueblo: "Ojalá supiesen y entendiesen y se previniesen para sus postrimerías„; dando á entender que nuestra verdadera sabiduría está en meditar y saborear bien las cosas que nos han de suceder al fin de la vida, y prevenirnos para ellas. En especial la meditación de la muerte, como la experiencia nos lo enseña, es muy prove-

que ninguno se pueda escapar de ella en el tiempo que Dios tiene determinado. He de morir, no hay remedio, y es lo único cierto de mi vida. A la mayor parte de las cosas que sobre ella se me pregunten podré responder: no sé. ¿Pero morirás? Eso sí, y ni todo el poder del mundo, ni todo el oro te puede alargar un día más la vida. Lo dijo Dios: «Morirás», y nadie quedó exceptuado de esa ley. En lo cual meditaré, que Dios N. S., desde su eternidad, tiene determinados los años de nuestra vida, y señalado el mes, el día y la hora en que cada uno ha de morir, sin que sea posible pasar de él un punto; ni hay rey, ni monarca que pueda añadirse, á sí ó á otro, un momento de vida sobre lo que Dios ha determinado. Y así como entré en el mundo el día que Dios quiso y no antes, así también saldré de él el día que Dios quisiere y no después. Para que entienda que cualquier día que vivo lo recibo de gracia, y los que he vivido han sido de gracia también, pues pudiera nuestro Señor haberme señalado plazos de vida más cortos, como señaló á otros que murieron en el vientre de sus madres ó en su niñez. Y pues mi vida está tan colgada de Dios, justo es gastar todo el tiempo de ella en servicio de quien me la da, teniendo por sumo

chosa para todos los que caminan en cualquiera de las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva; en la cual deberían todos ejercitarse frecuentemente, aunque con diferentes fines. Los principiantes, para lavarse de sus pecados, antes que la muerte los saltee y coja desapercibidos. Los que aprovechan, para darse prisa á granjear las virtudes, viendo que el tiempo de merecer es brevísimo, y de repente lo corta la muerte. Los perfectos, para despreciar todas las cosas criadas, con deseo de unirse por amor con su Criador. Ponderemos, pues, las consideraciones que pueden aprovechar á todos, pero más especialmente las que ayudan al fin de la vía purgativa, de que ahora tratamos.

desagradecimiento emplear un solo momento en ofenderle.

Luego, he de ponderar cómo Dios N. S. en este su decreto acortó ó alargó los días que podían vivir algunos hombres, según su natural complexión, por los secretos fines de su soberana providencia; porque á unos por sus oraciones ó de otros santos, alarga los días de la vida, como al rey Ezequías añadió quince años, porque con lágrimas se lo pidió, y lo mismo ha sucedido en los difuntos que milagrosamente han resucitado. A otros acorta los días de la vida por uno de dos fines: ó por su salvación, arrebatándolos, como dice el Sabio, en su mocedad, «antes que la malicia trastornase su juicio y la ficción engañase su alma»; ó al contrario, en castigo de sus graves pecados, ó para atajarles los pasos porque no añadiesen otros mayores. Por lo cual dijo David, que los «varones de sangre», esto es, los muy malos y crueles, «no demediarán sus días». Y aun algunas veces los acorta en castigo de culpas que parecen ligeras, como le sucedió al Profeta que, engañado de otro, comió en el lugar donde Dios le había mandado que no comiese. De todo esto sacaré propósito firme de concertar los días de mi vida de modo que no los acorte Dios por mis pecados, diciéndole con David: «No me llames, Señor, en medio de mis días», con muerte apresurada; acuérdate que tus años son eternos, y compadécete de los míos que son tan pocos.

Punto II

Que la muerte es incierta en todas sus circunstancias.

La segunda propiedad de la muerte es, que en cuanto al día, lugar y modo, es ocultísima á todos los hombres y manifiesta á sólo Dios. En lo cual ponderaré, cómo no podemos saber el día, ni la hora en que hemos de morir, ni el lugar, ni la ocasión ó coyuntura en que nos ha de coger la muerte, ni el modo cómo hemos de morir, si será con muerte natural, por enfermedad y por qué género de enfermedad, ó si será con muerte violenta, por fuego ó agua, ó á manos de hombres ó de fieras, ó por algún rayo ó cualquier caso fortuito que caiga sobre nosotros. ¿A qué edad moriré? ¿En la edad madura, en la juventud? ¿En mi casa, en la de un extraño? ¿Qué día moriré? Y ¿será en estado de gracia, ó en pecado? ¿Y por qué no he de morir este año, este mes? ¿Quién me asegura que no moriré hoy mismo? Nada sabemos; sólo que vendrá de repente la muerte ó la enfermedad y ocasión de ella, y que cuando uno está más descuidado le saltea la muerte como ladrón que viene de noche á escalar la casa y robar la hacienda; así dice Cristo N. S.: «Vendrá el Hijo del hombre á escalar vuestra casa, que es el cuerpo, y robar y sacar de él el alma y hacer juicio de ella».

Ponderaré, después, los fines que tuvo nuestro Señor en esta traza de su providencia; es á saber: para obligarnos á estar siempre en vela, temiendo esta hora, previniéndonos para ella, haciendo penitencia de nuestros pecados antes que la muerte nos ataje, y dándonos pri-

sa á merecer y trabajar, antes que se acabe la luz y se muera la candela de improviso, y nos quedemos á obscuras. Esto concluía Cristo N. S. en las parábolas que puso de esta materia. Unas veces decía: «Velad en todos los días y en todas las horas, porque no sabéis el día ni la hora de vuestra muerte». Otras veces decía: «Velad, porque no sabéis la hora en que vuestro Señor ha de venir; y estad preparados, porque en la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del hombre». Con estas palabras me exhortaré á mí mismo á menudo, diciéndome: Ciñe tu cuerpo con la mortificación de tus vicios y pasiones, y toma en tus manos hachas encendidas de virtudes y buenas obras y está siempre en vela, esperando la venida de Cristo, porque vendrá cuando menos pienses, y la hora que tú tuvieres más olvidada será, quizá, la que El tiene señalada, y si no te halla muy apercibido, has de hallarte muy burlado.

Por último, ponderaré cómo todas las muertes repentinas y arrebatadas que han sucedido y suceden cada día, son recuerdos que nuestro Señor me da de esta verdad para que tema y me prepare; porque la muerte que pasa por cualquier hombre, puede también pasar por mí. Y así, cuando veo ú oigo decir que de repente unos mueren á espada, otros á manos de sus enemigos, y otros, echándose á dormir sanos, durmieron el último sueño de la muerte; de todo esto he de sacar temor y aviso, porque será posible venga por mí tal modo de muerte arrebatada. Para lo cual he de ponderar mucho que cualquier pecado mortal es merecedor de que me castigue con esta muer-

te la divina justicia si no hago penitencia, como lo avisó Cristo N. S. á propósito de dos casos semejantes que sucedieron entonces, matando Pilatos de repente á ciertos galileos y cayéndose la torre de Siloé sobre dieciocho hombres. «¿Pensáis, dice, que estos hombres eran los mayores pecadores de Galilea ó de Jerusalén? Dígoos que no es así, sino que esto sucedió para que entendáis que si no hiciereis penitencia, todos pereceréis de la misma manera»; que es decir: Cuando viereis morir algunos de repente y con muerte desastrada, no os aseguréis vanamente, diciendo que esto les sucedió por ser grandes pecadores, porque os digo de verdad que cualquier pecador, aunque no sea tan grande, si no hace penitencia, es digno de este castigo y vendrá á perecer como éstos perecieron. Pues si esto es así verdad, como lo es, ¿cómo no tiemblo de estar una hora en pecado mortal, de cualquier modo que sea? ¿Quién me puede asegurar de que no vendrá por mí el castigo que tan justamente tengo merecido? ¿Quién me ha exceptuado de esta general amenaza que hace Cristo N. S. á todos los pecadores? ¡Oh pecador miserable, ten misericordia de tu alma, procurando aplacar á Dios con la penitencia antes que te coja de repente tan horrenda miseria!

Punto III

La muerte es única.

La tercera propiedad de la muerte es, que no sucede más que una vez, conforme al dicho del apóstol San Pablo: «Estatuto y decreto es de Dios que todos los hombres mueran una sola vez». De donde se sigue, que el daño y

yerro de la mala muerte, con ser el sumo de todos, es irremediable por toda la eternidad, así como el acierto de la buena muerte es perdurable por la misma eternidad. De suerte que, como no se muere dos veces, ni tengo dos almas, si una vez muero en pecado mortal, no hay medio para remediar este daño, porque, como dice Salomón, «donde quiera que cayere el árbol cuando le cortaren, al Septentrión ó al Mediodia, allí se quedará para siempre jamás».

Y si cae al septentrión del infierno, por la obstinación en la culpa, no hay remedio para volver á cobrar la gracia, ni escaparse de la pena. Así como si cae al mediodía del cielo con la perseverancia en la gracia, no hay temor de volver otra vez á la culpa ni de perder la gloria. Con la viva consideración de esta verdad y de las pasadas, tengo por una parte de espantarme de mí mismo, cómo creyendo esto con tanta certeza de fe, vivo con tanto descuido de mi salvación, y con tanto olvido en cosa que tanto me importa; y por otra parte, alentarme á procurar con suma presteza la penitencia y enmienda de la vida y el fervor de ella, suplicando humildemente á nuestro Señor que corte el árbol de mi vida en tal tiempo y lugar, y en tal ocasión que no caiga al lado del infierno, sino al lado del cielo. Y juntamente examinaré, como dice San Bernardo, á qué lado caería si Dios me la cortase ahora; y procuraré asegurar mi buen suceso haciendo frutos dignos de verdadera penitencia, con los cuales el árbol se inclina á la parte de la gloria y siendo entonces cortado, será trasplantado en ella.

Coloquio.—Dios mío, cuando pienso que mi eternidad depende de una mala ó buena muerte; que la muerte depende de un momento y que en cualquier momento puedo pecar; cuando me acuerdo de que si hubiera muerto tal año, tal hora, tal día, como Vos sabéis muy bien, estaría ya en el infierno, me lleno de espanto al ver el peligro á que voluntariamente expuse mi alma. Perdóname, Señor, por tu infinita misericordia, y de aquí en adelante prometo vivir como si cada día fuese el postrero de mi vida.

Propósitos.—Sé más prudente en adelante y asegura con la santidad de la vida una muerte santa y envidiable.

20 DE NOVIEMBRE

Sobre la muerte del pecador y del justo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Sobre la idea de la muerte.

Considera que la muerte es un castigo á que condenó la justicia de Dios á todos los hombres, y que es una ley general en que yo estoy comprendido como todos los demás. Es forzoso morir: ¡palabra terrible! Pero con todo eso, lo que hay más terrible en la muerte no es la muerte misma, son sus consecuencias.

La muerte es una eterna separación de todas las cosas del mundo, de las riquezas, honras, placeres, empleos, cargos, parientes, negocios, entretenimientos y de todo lo que compone la vida temporal del hombre; es una especie de aniquilación con respecto á la sociedad humana: un muerto no tiene parte en cosa alguna sobre la tierra, no se le ve más, no se le oye, y á poco tiempo ni se piensa en él. Morir

es despedirse, y para siempre, de todo; es ser abandonado y olvidado de todos; es pasar al estado más humillante que existe y pueda existir. Todo esto espanta: la naturaleza siente repugnancia á morir, y de aquí es que resiste á la muerte con todas sus fuerzas; sin embargo, la muerte, considerada en sí é independiente de sus consecuencias, no es tan terrible como la naturaleza y los sentidos la representan; esta separación, aunque precedida ó acompañada á veces de terribles dolores, se acaba en poquísimo espacio de tiempo, y de un momento á otro desaparece todo lo que pudo causar pena, sin que se sienta después ni aun los gusanos que nos roen.

Pero lo formidable es lo que sigue á la muerte, es decir, la eternidad. El instante que fuere para mí el fin de la vida presente, será también el principio de una eternidad, ó bienaventurada ó infeliz. «Del lado que cayere el árbol, de aquél se quedará»; y desde el instante que se pueda decir de mí con verdad «murió», se podrá añadir con la misma certidumbre, «su suerte ya se decidió»: ó para siempre es predestinado, ó para siempre condenado»; porque no se muere más que una vez, y después de la muerte no hay ya ni gracias ni obras, y, por consiguiente, el estado en que entonces se halle el alma es invariable; y si el estado es de condenación, irreparable

Pensamientos de salvación en que debería continuamente ocuparme, que no grabaré jamás en mi corazón bastantemente, que no sabré imprimir en mi espíritu con suficiente viveza. Todos morimos, y todos estamos interesados en asegurarnos una buena muerte;

¿pero qué he hecho yo hasta ahora para disponerme á morir bien, y qué es lo que hago para prepararme una muerte santa? ¿Estoy actualmente en estado de morir, y quisiera morir en el estado en que estoy? No hay más que consultar en este punto con sinceridad mi conciencia. ¿Qué me dicta? ¿Qué me reprende? ¿En qué me da á entender que debo poner orden antes de la muerte? A esto es á lo que debo aplicarme, y sobre lo que debo tomar resoluciones salvadoras y medidas necesarias. Conocer la importancia grande de morir bien, saber que puedo morir á cada momento y no encontrarme en la disposición que yo quisiera hallarme el día de mi muerte, ¿no es bastante motivo para emprender ahora mismo una vida santa y para no poner en ello la más breve dilación?

Punto II

Muerte del pecador.

Considera que la muerte de los pecadores, según la amenaza y expresión del Espíritu Santo, no solamente es mala, sino muy mala; muy mala, por la turbación horrible que los agita; muy mala, por la desesperación en que caen; muy mala, porque les sorprende cuando menos piensan, y por los súbitos accidentes que los arrebatan; muy mala, y sumamente mala, por la impenitencia en que mueren. O mueren sin los sacramentos que despreciaron en la vida y que Dios por justo castigo permite no reciban en la muerte, ó mueren en la insensibilidad propia de los brutos irracionales, ó mueren de repente y sorprendidos en pecado por la muerte. Horrible mal, peor todavía

que el mismo infierno. Pues mira que la muerte de un cristiano tibio, después de una vida imperfecta, negligente y llena de pecados y de faltas, tiene proporcionadamente todas estas señales. Cosa es bien extraña, y lamentable, que se pueda hacer esta comparación; pero si examino esto profundamente y revuelvo en mi memoria lo que he leído, lo que he oído y lo que puede ser haya visto algunas veces, hallaré que esta comparación ni es quimérica ni exagerada.

¡Oh, cuánto motivo de temblar tiene el alma del cristiano tibio en la muerte, por no haber hecho casi nada de cuanto era de su obligación; por no haber adelantado un paso en los caminos de la virtud; por hallarse al fin de sus días tan vacía del espíritu de Dios, y tan llena de las ideas y del espíritu del mundo, como si no hubiera ni Dios, ni cielo, ni infierno, ni eternidad! Se ve, pues, como «embestida y sitiada de los dolores de la muerte»; porque los dolores en la muerte vienen del amor que se tiene á la vida, al mundo, á sí mismo. Considera, pues, cuánto costará el romper todos estos lazos, y cuántos combates será forzoso reñir para quien vive apegado con demasía á las cosas de la tierra. «¡Oh muerte! ¿Así nos separas de todo aquello á que tan apegado está mi corazón? ¿De los placeres que han corrompido mi alma, de las riquezas mal adquiridas, del mundo que he idolatrado, de las personas que tanto y tan mal he amado; en una palabra, así me separas de todo, aun de mí mismo, y me arrojas en las manos airadas de un Dios á quien tanto he ofendido y á quien he servido tan mal?

¿Podrá esa triste alma acudir á Dios? La vista de Dios será lo que más aumente sus inquietudes, y lo que más la desconsuele. Viénenle ahora á la memoria mil pecados, que tenía por escrúpulos y nonadas; mil dudas que no quería consultar, ó que decidía á su gusto. Si no se le representa todo esto en particular, se le representa en general, y con una confusión que la espanta y la conturba; todo se le hace sospechoso en esta hora: sus confesiones pasadas, sus comuniones tibias y rutinarias, las pasiones que ha satisfecho, las malas amistades, los falsos dictámenes que ha tenido en cosas esenciales, las libertades que se ha tomado. En otro tiempo nada de todo esto le causaba pena; pero aquella conciencia, entonces tan ancha, ahora ve las cosas de otro modo, y sólo le sirve para atormentarla. Procúrase inspirarle la confianza en Dios y en su misericordia, pero esto no obstante, queda siempre en el alma una obscuridad, una incertidumbre, tal memoria de sus obligaciones, un remordimiento tal de sus perpetuas trasgresiones y tal temor de los juicios de Dios, que si no llega hasta la desesperación del pecador impenitente es muy débil el rayo de esperanza que conserva, y apenas tiene fuerza para alentarla y fomentarla aun á los pies del crucifijo que tiene en sus manos.

Aún es mucho más de temer la muerte, cuando el cristiano tibio en el cumplimiento de sus deberes, muere de repente, porque en estas muertes imprevistas y repentinas no hay seguridad de si se estaría ó no en gracia de Dios; se juzga piadosamente de la persona, se ora y se espera; pero no se puede disimular el te-

mor, por la vida poco arreglada en que vivía; es preciso confesar, y no se puede dejar de decir, ó á lo menos pensar, que hubiera sido mucho mejor que aquella persona hubiera tenido tiempo para entrar dentro de sí misma, y para prepararse á morir. ¡Tiempo! ¡Ah! ¿No lo tuvo? ¿Y qué otra cosa debe ser la vida sino una preparación habitual para la muerte? No es el tiempo lo que faltó á ese cristiano; pero él no supo aprovecharse del tiempo cuando lo tenía y cuando se le advertía constantemente. Llegó el tiempo de Dios: él no lo esperaba; pero cada día se adelantaba la hora de morir, y, en fin, el alma se halló en aquel momento de que depende la eternidad cuando menos lo pensaba.

¿Cuántos cristianos han muerto así? ¿Cuántos, aun teniendo en la muerte todo el tiempo necesario para entrar dentro de sí mismos y fortalecerse con los Sacramentos de la Iglesia, ó no los han recibido, por justo castigo de Dios, ó han mostrado al recibirlos por última vez la misma insensibilidad y la misma frialdad que habían tenido en vida? Es una máxima general, que se muere como se ha vivido. ¿Cómo vivo yo? ¿Cómo quiero vivir en adelante? He aquí cómo moriré.

Punto III

La muerte de los justos.

Considera que si la muerte de los pecadores es mala, la muerte de los justos es preciosa delante de Dios, como nos enseña la Escritura. Preciosa, porque mueren con una confianza llena de consuelo y de dulzura; preciosa, por-

que mueren con una íntima unión con Dios y en el ejercicio de las virtudes más excelentes; preciosa, porque mueren en gracia de Dios y con el don inestimable de la perseverancia. ¿Cuál es la muerte del justo? Es aquella en que comienza á gustar los frutos de sus trabajos y á recibir el premio de ellos.

Muere en paz y sin dolor, porque muere con un perfecto desasimiento de todas las cosas humanas. Tiene el corazón libre y desembarazado de todo lo que podía detenerle sobre la tierra; y en lugar de tener disgusto en salir del mundo, da gracias á Dios, como David, de que acabe de romper sus lazos. No tengo, Señor, le dice, más que el lazo de este cuerpo mortal, y venís á librarme de él: gustoso consiento en ello. No solamente consiento en morir, sino que lo deseo. «¿Qué tengo yo, Dios mío, que pueda desear fuera de Vos», y qué me importa todo lo demás, con tal de que os posea? Mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su soberana dicha. A los impíos se les representa la muerte como una total destrucción del hombre, mas el justo la mira como un paso del lugar de su destierro á su patria bienaventurada, como la llegada al puerto después de larga navegación y aun de la borrasca y el naufragio.

Muere con una humilde y viva confianza; ¿qué tiene que temer cuando, sin presumir de sí mismo y dando á Dios la gloria de todo, se ve enriquecido de los tesoros y méritos que ha juntado en vida? Todos estos méritos, repartidos por el curso de una larga existencia, se unen juntos delante de sus ojos y le colman de una alegría interior que endulza

los rigores de la muerte. Todos sus pensamientos se vuelven hacia el cielo, adonde aspira, y cuya posesión tiene ya casi asegurada. Dios le da un gusto anticipado de la felicidad eterna, le muestra una aurora de dicha y de paz que le arrebata y le transporta de manera que puede exclamar con el primer mártir de la Iglesia, San Esteban: «Veo los cielos abiertos, y á Jesús que me espera á la diestra de Dios».

Muere en la más estrecha unión con el esposo divino, y en el ejercicio de todas las virtudes que por tan largo tiempo y tan frecuentemente ha practicado. Habituóse á ellas desde los principios, y entonces recoge el fruto. Ya casi muerto y reducido por la violencia de la enfermedad á una debilidad extrema, no tiene dificultad en levantar su corazón á Dios, someterse á sus amorosos designios, y hacerle el sacrificio de su vida: como está acostumbrado á todos estos actos y á otros semejantes, los ejercita entonces con prontitud y sin violencia: y á poco que se le diga para que se acuerde de Dios, prende fuego el amor divino en su corazón al instante y se inflama todo.

En fin, por una gracia superior á todas las gracias, muere en la perseverancia final, que es la consumación de su perseverancia y de su constancia en el cumplimiento de las obligaciones; porque la perseverancia final supone una perseverancia comenzada, y por ésta se llega á aquélla. Muere, en fin, amigo de Dios, entre los brazos de Dios, en el seno de Dios, donde su alma va á descansar: pasa del estado de la santidad al estado de la impecabilidad; esto es, de un estado en que por justo y

unido que estuviese con Dios podía perderle y ofenderle, á un estado en que no podrá ya sino amarle y glorificarle.

Coloquio.—¡Qué hermosa, Señor, es, y qué digna de envidia la muerte de los santos! Que muera yo así, si eso no es más bien empezar á vivir que morir á la vida miserable y pasajera. ¿No debe ser el objeto de todas las ansias de mi corazón una muerte tan feliz? Pero tanta es, Dios mío, mi miseria, que quiero una santa muerte, y os la pido; pero para ella me pedís Vos una santa vida, y ésta es la que yo no quiero con eficacia. No obstante, es forzoso querer juntamente lo uno y lo otro; porque según vuestra providencia ordinaria, no dais la santa muerte, sino á la vida santa; y prometerse morir como vuestros santos sin haberos servido como ellos, es una falsa y engañosa ilusión. ¿A qué me ha expuesto tantos años ha, y á qué me expone también al presente mi tibieza y mi flojedad en vuestro servicio? Hacedme comprender ¡oh Dios mío! hacedme sentir en la vida todos los espantos de una muerte tibia, para no sentirlos en la muerte misma.

Propósitos.—Anticiparse á la muerte, dejando, con el afecto al menos, todo lo que nos ata á esta vida miserable.

21 DE NOVIEMBRE

Festividad de la presentación de María santísima en el templo.

Preludios.—Imagínate á la Virgen santísima niña de tres años llevada y presentada en el templo de Jerusalén por sus padres. Mira el Corazón de María lleno de ardentísimos deseos de consagrarse á Dios por entero, y pídele el mismo espíritu de piedad y de sacrificio.

Punto 1

La presentación de María santísima en el templo.

Considera cómo siendo la Virgen de poca edad, á lo que se cree de tres años, por inspiración de Dios fué presentada al templo por

sus padres, para que se dedicase y ocupase allí en el divino servicio, con otras doncellas que profesaban lo mismo.

Pondera cómo Dios escogió á esta Niña bienaventurada, y le inspiró esta vocación, mostrando su providencia paternal con ella en sacarla del bullicio y tráfago del mundo, y traerla á su casa y templo, porque había de ser ella, casa donde El encarnase y templo vivo donde viviese. Oyó la Virgen esta voz é inspiración de Dios, vió la merced que en esto le hacía, y, obedeciéndola prontamente, renunció la casa de su padre terreno por dar gusto al Padre celestial, que la llamó hija; y fué tanto lo que con esta nueva obediencia y humildad creció su hermosura, que el Rey de cielos y tierra se aficionó á Ella, y se gozó de haberla escogido para ser su Madre. De aquí sacaré cuán grande merced hace Dios al que con eficacia inspira y saca de las ocasiones y peligros del mundo, y le hace dejar su tierra y la casa de su padre para servirse de él; y cuán justo es que obedezcamos todos á tal inspiración, cuando la sintiéremos, pues es señal de amarnos Dios como á hijos muy queridos.

Aquí debemos ponderar también la devoción de San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen, los cuales, como santos, no solamente no estorbaron los buenos deseos de su Hija, sino que, movidos por inspiración del mismo Dios, le ofrecieron gustosos su querida Hija, volviéndole lo que les había dado, teniéndose por dichosos de que Dios se sirviese de su Hija, y privándose de ella por dársela á El. De donde también puedo aprender á ofrecer á Dios con espíritu y fervor la hija única y más querida

de mi alma, que es la libertad, y la primera de sus aficiones, que es el amor, con determinación de no querer más de lo que El quisiere, y amar solamente lo que El amare.

También debemos ponderar aquí la devoción de la misma Virgen en esta presentación; porque en diciendo sus padres que la querían llevar al templo, se llenó de alegría, diciendo aquello de David: «Me he alegrado por las cosas que me han dicho; porque tengo de ir luego á la casa del Señor». Pero en llegando al templo comenzó á subir sus quince gradas con gran fervor y espíritu, proponiendo de subir por todos los grados de la virtud hasta lo supremo de la perfección, cumpliendo lo que dijo David: «Bienaventurado el varón á quien tú ayudares, el cual trazó subidas y crecimientos dentro de su corazón en este valle de lágrimas, en el lugar que para esto escogió, subirá de virtud en virtud hasta ver el Dios de los dioses en Sión».

En habiendo subido la Virgen al templo, postrada en tierra adoró á la divina Majestad, y se presentó y ofreció á su perpetuo servicio; porque su intención no fué ofrecerse por un año, ó por diez, como las demás doncellas, sino para siempre, con propósito, cuanto era de su parte, de servirle toda la vida en su santo templo. ¡Oh, cómo se agradaría Dios de esta ofrenda! ¡Con qué gusto la aceptaría, y qué retorno de gracias y dones le volvería por ella! A imitación de esta Señora tengo yo de presentarme delante de Dios, y ofrecerme á su servicio como esclavo perpetuo, con determinación de nunca apartarme de El.

Punto II

Vida de María en el templo.

Consideremos ahora la vida excelentísima de esta Niña en el templo. «Como crecía en la edad, crecía en el espíritu delante de Dios y de los hombres»; y, como dice San Ambrosio, «cada paso del cuerpo acompañaba con ejercicio y aumento de virtud, creciendo como la luz de la mañana hasta el perfecto día», porque el Espíritu Santo la solicitaba con sus inspiraciones, y Ella cooperaba con todas las fuerzas que tenía, procurando, como dice el Sabio, ser en todas sus obras muy excelente con cuatro excelencias. La primera, que con cada una crecía en la caridad y santidad. La segunda, que todas eran obras llenas con la intención y plenitud de perfección que podía, según sus fuerzas. La tercera, que en cada obra tenía gran sabiduría y discreción, con singular constancia, hasta llevarla al cabo. La cuarta, con cada una mezclaba mucha variedad de afectos y virtudes, para crecer juntamente en todas. Por estas cuatro excelencias se admiraban los ángeles, y decían: «¿Quién es esta que camina como la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército de muchos escuadrones concertados? ¿Quién es esta Niña que camina de virtud en virtud, creciendo como la luz de la mañana, sin parar ni volver atrás?»

Luego ponderaré, cómo esta Niña gastaba gran parte del día en subir y bajar por aquella escala mística de Jacob, «que llegaba desde la tierra al cielo, en cuya cumbre estaba

Dios», cuyos escalones, como arriba se dijo, son lección, meditación, oración y contemplación. Un rato del día gastaba en la lección de las Sagradas Escrituras, con grande consuelo de su alma, abriéndole Dios el sentido para que las entendiese y penetrase. De aquí subía á la meditación, confiriendo consigo misma lo que había leído, y buscando nuevas verdades que ilustraban su alma y la encendían con el fuego de amor y devoción. De aquí subía otro rato por el escalón de la oración, pidiendo fervorosamente á Dios los dones de su gracia, no solamente para sí misma, sino para sus compañeras y para todo el pueblo. Y últimamente subía el escalón de la contemplación, donde se detenía mucho tiempo, uniendo su ánima con Dios, de quien recibía tanta suavidad y dulzura, y tan extraordinaria abundancia de dones celestiales, que ninguno los puede saber sino Dios que se los daba, y Ella que los recibía, gozando de aquel maná escondido, cuyo sabor «ninguno alcanza, si no es quien le recibe».

Finalmente, en bajando de esta escalera se ejercitaba esta Señora en obras de manos para el servicio del templo y en provecho de sus compañeras, mezclando sus obras exteriores con oración.

Punto III

El voto de perpetua virginidad de María en el templo.

Consideremos ahora cómo en este tiempo hizo esta soberana doncella otra ofrenda á Dios N. S. muy nueva, pero muy agradable, que fué el voto de perpetua virginidad, ofreciéndole por especial inspiración del Espíritu

Santo y con extraordinaria devoción; porque la grandeza del amor que tenía á Dios, la movía á desear entregarle todo su corazón y tomarle por Esposo. Y como ella sabía que era más preciosa la virginidad con voto que sin él, no se contentó con sólo tener el propósito de guardarla, sino hizo voto particular de ello, porque siempre quiso hacer lo mejor, lo más firme y seguro, y lo que glorificaba más á Dios N. S. Entonces se cumplió lo que dijo de ella su Esposo: «Huerto cerrado eres, hermana mía, huerto cerrado y fuente sellada». Llámala dos veces huerto cerrado, porque tuvo perfecta castidad en el alma y en el cuerpo, confirmándola con voto perpetuo, el cual servía de cerradura para su mayor seguridad, añadiendo por guardas la humildad, modestia, silencio y abstinencia, por razón de las cuales también la llama huerto; para que se entienda que su virginidad no era estéril, sino acompañada con muchas flores de virtudes y con excelentes frutos de buenas obras: unas, que hermoseaban el alma; otras, que adornaban el cuerpo, «para que fuese santa en el cuerpo y en el espíritu». ¡Oh, cuán agradable era este huerto al divino Esposo! Recreábase con la vista y olor de las flores de sus virtudes, comía de los dulces frutos de sus buenas obras, gozábase de verle tan bien cerrado con el voto, gustando mucho de la cerradura y guardas que tenía. Y así le regaba con grande abundancia de consolaciones y dones celestiales, haciendo en él una fuente y pozo de aguas vivas de sus gracias, cerrado con su divina protección.

De este heroico ejemplo de la Virgen, sa-

caré un entrañable deseo de la castidad, ofreciéndome á guardarla con la mayor perfección que me fuere posible, según mi estado, tomando á la Virgen por mi patrona y defensora en esta empresa, diciéndole aquel verso que canta la Iglesia: «Virgen singular, entre todas pura, líbranos de culpas y haznos mansos y castos». Y á su imitación cerraré el huerto de mi cuerpo y alma, si Dios me inspirare á ello, con cerradura de voto; y si no pudiere cerrarle de esta manera, pondré como gente de guarda las demás virtudes que guardan la castidad.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, vara que nacisteis de la raíz de Jesé y subisteis á vuestro amado como varita y pebete muy oloroso! alcanzadme que sea yo también pequeño en la humildad y cuidadoso en subir por la escalera de la oración, por donde Vos subisteis, hasta unirme con Dios bajando también á ejercitar las obras de mortificación para conmigo y las de piedad para con mis prójimos, creciendo en todas las virtudes y dando á todos olor de buen ejemplo, por el cual glorifiquen á Dios por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Imitar el amor al silencio y á la soledad de la Santísima Virgen.

22 DE NOVIEMBRE

De la memoria de la muerte como medio de santificación.

Preludios.—Imagínate estar en la agonía esperando el juicio de Dios, y pide fervorosamente no olvidarte jamás de la hora de la muerte.

Punto I

El recuerdo habitual de la muerte asegura la inocencia de la vida.

Considera que la inocencia de la vida se adquiere de dos maneras: ó preservándonos de

perder la gracia de Dios por el pecado mortal, ó saliendo prontamente de este abismo si hemos tenido la desdicha de caer en él.

Quien piensa siempre en la muerte no peca; la fe nos lo enseña claramente. Acuérdate de los Novísimos, dice el *Eclesiástico,* y no pecarás nunca. Para quien conoce lo horrible que es el pecado ¿puede haber promesa más consoladora? En la certidumbre de que es Dios quien me da esta dulce esperanza de no pecar ¿rehusaré creerle? Ahora bien: ¿qué me promete el Espíritu Santo que es espíritu de verdad? Que armado con este recuerdo no sólo evitaré algunos pecados graves, sino que los evitaré todos y siempre, cualquiera que sea la violencia y la duración de las tentaciones. ¿Y qué ventajas me reporta esto? Primeramente que preservado del pecado, estoy libre de condenarme; que ningún obstáculo se opondrá ni á la dicha de mi vida presente ni á la dicha de mi eternidad. Y es tal la facilidad del medio que para conseguir todo esto se me ofrece, que nada ni más natural ni más sencillo. Porque bien mirado, ¿qué es lo que me pide Dios á cambio de tanto bien? El recuerdo de la muerte. ¡Y sólo con esto podemos ser agradables á los ojos del Señor, y puros y santos y dichosos por toda una eternidad! Razón tenía el profeta cuando decía que la salvación nada cuesta á los elegidos.

La razón confirma estas enseñanzas de la fe. Las dos pasiones, madre de las demás, que ponen á todos los malos instintos del corazón en efervescencia y en movimiento, son el orgullo y la sensualidad: estas dos pasiones son la causa de todo pecado: pues bien, el pensa-

miento de la muerte las encadena y las domina. El orgullo queda confundido ante la idea de la grandeza de Dios y de nuestra nada, de su autoridad suprema y de nuestra dependencia absoluta; porque el pensamiento de la muerte nos da de todo esto una convicción más íntima que todas las demás consideraciones. Ante la tumba de los reyes convertidos en gusanos no hay sino exclamar: ¡Sólo Dios es grande!, y todo sentimiento de rebeldía contra la autoridad divina queda ahogado por el recuerdo de este poder irresistible de la muerte á quien toda carne tiene que tributar homenaje y tributo. Por lo que toca á la sensualidad, nada la reprime tan eficazmente como el pensamiento de la disolución de nuestro cuerpo y la esperanza cierta de su futura inmortalidad. De este modo quedan las pasiones domadas y el pecado vencido. El olvido de la muerte es la causa de nuestras caídas; su recuerdo las repara y nos preserva de ellas.

Considera, además, que quien piensa en la muerte no persevera en el pecado. Porque ¿qué peso puede compararse con el de una conciencia gravada con el pecado? Pensar que soy enemigo de Dios y que Dios á cada momento me puede matar y arrojar en el infierno: ¿hay alma que crea y que se resista para convertirse á esta consideración? Dios odia á sus enemigos y yo lo soy porque le he ultrajado pisoteando su ley santa. Y puedo morir en este instante. ¿Y por qué no? ¿Acaso son raras las muertes repentinas? Y si Dios me quitase ahora mismo la vida de que abuso tan indignamente para ofenderle; si cesara de

latir en este instante mi corazón, mi cuerpo yerto y frío caería en la tierra, ¿y mi alma, adónde iría á parar? Me estremezco sólo al pensarlo. ¡Y pudiendo morir en una situación tan espantosa, me atrevo á diferir una penitencia que me salvaría hoy y que mañana quizá tendré, sin esperanza de remedio, que comenzar en el infierno! Nadie resiste á estas reflexiones, y por esto la inocencia conservada ó prontamente reparada, es el primer fruto de pensar habitualmente en la muerte.

Punto II

El recuerdo de la muerte nos despega de todas las cosas perecederas.

Considera que el secreto de la santidad está en desligar nuestros corazones de todo lo criado y darle la santa libertad que necesita para unirse estrechamente con Dios. Pues nada consigue esto, tan bien y prontamente, como el pensamiento de la muerte. Su solo recuerdo nos hace ver con toda claridad la nada de las cosas de la tierra. ¡Cómo arranca al mundo el velo con que cubre su falsedad y mentira y nos le muestra tal cual es! Con voz más persuasiva que la de Salomón, nos grita: Vanidad de vanidades; todo es vanidad debajo del sol. Vanidad son las riquezas, ¿porque qué influyen ellas en la felicidad? ¿Cuánto tiempo se las posee? ¿Qué le queda de ellas al moribundo? Vanidad son los honores y la reputación y aprecio de los hombres; ¿quién se acordará de mí después que yo muera? Seré olvidado, como los demás, y aunque después de mi muerte sea juzgado mejor que yo juzgo á

los otros, ¿qué ventaja sacaré de ello, si Dios ha fulminado contra mí terrible sentencia? Vanidad son los placeres; pasan rápidamente, y después ¿qué queda de ellos? ¡Oh, y cómo me consolará una vida de privaciones y de sufrimientos, por amor de Dios, á la hora de la muerte! Vanidad son las amistades humanas; la muerte me descubrirá dos de sus muchos defectos: el de ser engañosas é inconstantes. Sólo Dios es fiel á sus amigos y el único que no los deja, cuando los demás les han abandonado.

Punto III

El recuerdo habitual de la muerte hace morir con el corazón lleno de las más dulces esperanzas.

Que el servidor infiel ó negligente se espante á la llegada de su señor, se comprende fácilmente. Lo contrario sucede con aquel cuya esperanza se funda en una vida santificada por las buenas obras á que Dios ha ofrecido una magnífica recompensa. Esto debe excitar á todo cristiano á multiplicarlas, haciendo el bien mientras tenga tiempo para ello, pensando que ese tiempo le faltará muy pronto y tal vez antes de lo que piensa. De aquí se seguirá aquella prudente economía y empleo del tiempo que distingue á los elegidos. ¡Feliz, pues, el cristiano que se prepara á morir como un justo con el pensamiento habitual de la muerte, pues su vida será pura y llena de méritos y su corazón sólo estará adherido á Dios! Que muera anciano ó joven, trabajando ó durmiendo, orando ó entregado á un razonable descanso, después de una larga enfermedad ó

repentinamente, siempre su muerte será feliz, porque será la de un santo.

Coloquio.—Esta es ¡oh Dios mío! la gracia que hoy te pido, después de reconocer mi negligencia en emplear un medio de salvación tan fácil y eficaz. Y ya que me has hecho comprender mejor que nunca el conjunto de gracias que va unido al pensamiento de la muerte, aprovecharé todos los momentos de que pueda disponer para entregarme á él por completo. Así caminaré ante Ti por la senda de la santidad y la justicia, hasta que logre la dicha de morir en la paz de la conciencia y en la alegría de tu amor.

Propósitos.—Meditar con frecuencia sobre el pensamiento de la muerte.

23 DE NOVIEMBRE

Sobre la preparación á la muerte.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Debemos prepararnos á la muerte, haciendo ahora lo que quizá no podamos hacer entonces.

Considera que cuando se nos advierta que nuestra última hora está ya próxima, lo primero que se presentará ante los ojos de nuestra alma será la imagen de nuestra vida, tal como haya sido realmente. Nuestras obras y nuestras intenciones aparecerán de un modo muy diferente de como ahora las vemos. Entonces en nuestra conducta, alabada tal vez por el mundo á causa de su regularidad exterior, quizá no descubra nuestra conciencia sino tibieza, flojedad, torcidas intenciones, mucho amor propio y ninguna mortificación.

Desconfiaremos de mil cosas que ahora no nos inquietan. Aquellos resentimientos secretos y miserables antipatías que llevábamos con nosotros hasta el mismo templo del Señor, ¿acaso no habían extinguido ó al menos amortiguado la caridad en nuestros corazones? Aquellas economías y ahorros que encubríamos bajo el nombre de prudencia, ¿no estaban saturadas de avaricia? ¿Nos tranquilizará, siquiera, el recuerdo de nuestras penitencias y nuestras confesiones? Pero ¿no las habremos hecho con frivolidad y como por rutina, ó tomado determinaciones irreflexivas que nos producirán vivas inquietudes? ¡En cuántas turbaciones no sumirán sus continuas faltas é infinitas infidelidades á la gracia de Dios, á un cristiano que sólo tiene unas cuantas horas para prepararse á morir, y mucho más si sólo tiene el tiempo necesario para advertir que se muere!

Entonces reconoceremos la necesidad de enmendar toda nuestra vida. Pero ¿cómo hacerlo? El tiempo que ahora perdemos nos faltará, y con él la lucidez y presencia de espíritu. De todo careceremos para realizar una obra tan importante y grave. Debemos, por tanto, si de verdad queremos salvarnos, poner nuestra conciencia en tal estado, que no tengamos que reconvenirnos en aquel terrible momento, ni de negligencia en el examen de nuestra vida, ni de falta de sinceridad en nuestro dolor, ni de flojedad, ni rutina en nuestra frecuencia de sacramentos. Conviene, además, que todos los días dediquemos, á ser posible, algunos instantes á excitarnos á una verdadera contrición, pidiéndosela á Dios con fervor. Frecuentemente hemos de acudir al baño misterioso

que tiene la virtud de curar todas las heridas del alma y arreglar nuestros asuntos espirituales para que, al aproximarse la hora de la muerte, en nada terreno tengamos que ocuparnos. ¡Son tan preciosos los últimos instantes de la vida! ¡Nos dan, si sabemos aprovecharlos, tanta facilidad para abreviar las penas del purgatorio y para abrillantar nuestra corona de eterna gloria! Aquellos supremos instantes son el tiempo más precioso de toda la vida para quien ha tomado tan bien sus medidas que en ellos pueda dedicarse por completo á prepararse con esperanza y amor á presentarse ante el terrible tribunal del justo Juez de vivos y muertos.

Desde que se le anuncia, al que se halla en este caso, que va á morir, podrá entonces exclamar con la mayor tranquilidad: «Dios mío, sólo me quedan pocas horas para creer y esperar en Vos, y para sufrir por vuestro amor; la muerte va á quitarme todo medio de serviros y amaros libremente y con mérito para la eternidad; pero á lo menos hasta mi último suspiro me dedicaré á honraros y á amaros con todas las fuerzas de mi corazón. ¡Oh alma mía! aprovechemos estos momentos que nos quedan; amemos á Dios en cada uno de ellos más, si es posible, que en todos los años de nuestra vida. Suframos estos últimos dolores de la enfermedad con la constancia de los mártires y aceptemos la muerte de manos del Creador con entera resignación y aun con alegría.

Mas para poder tener esos sentimientos á la hora de la muerte, es necesario haberse ejercitado en ellos durante la vida. Es, por tanto

sabia y prudente la práctica de aquellos piadosos cristianos que todos los meses destinan un día á la preparación para la muerte, renovando los actos que acabamos de indicar, con tanto fervor como si realmente hubieran de expirar un momento después. Haz tú lo mismo, y así tendrás eso adelantado para cuando llegue ese momento que no sabes si está ya muy cerca de ti.

Punto II

Debemos prepararnos á la muerte haciendo ahora lo que forzosamente tendremos que hacer en nuestra última hora.

Lo primero que debemos hacer, y con ello adquiriremos gran mérito, es dejar ahora lo que forzosamente y sin mérito alguno habremos de abandonar á la hora de la muerte. San Pablo decía á los Colosenses: «Estáis muertos, y vuestra vida está oculta con Jesucristo». Quería dar á entender el Apóstol que todo cristiano fervoroso debe renunciar á todos los afectos de la carne y de la sangre. Si poseemos bienes, honores, ó fortuna, sea sin apego del corazón y vivamos siempre como peregrinos que caminamos á nuestra patria. ¡Felices los que ningún afecto tengan que sacrificar cuando el soberano Juez les llame á su juicio!

Emprendamos, pues, la gran obra de la muerte espiritual; trabajemos, más aún que en desligarnos de los bienes exteriores, en destruir ú ordenar nuestras inclinaciones, muchas veces desarregladas. Porque parece uno muerto para los placeres, los honores y las riquezas; pero está uno muy vivo para el amor

propio y para sí mismo. La oración, la vida de presencia de Dios, la mortificación de los sentidos, la cruz de Cristo bien llevada, son medios muy adecuados para llegar á esa muerte mística y espiritual, pero que es «toda viva y siempre vivificante en la vida de nuestro Señor». Para conseguir esta negación de sí mismo hay que comenzar por tratar al cuerpo con menos blandura en la comida, en el vestido, y en todo lo que es sensualidad y regalo. Hay que amar el retiro, sufrir con más paciencia cuantas penas y trabajos Dios N. S. se digne enviarnos, preocuparse menos de los asuntos temporales, ofrecer á Dios con frecuencia aquello que más se ame, rogándole que disponga de todo lo nuestro según su voluntad, y, en una palabra, someterse con resignación á los decretos de la Providencia, cuando permite seamos probados con contrariedades, dolencias y humillaciones, de tal manera, que podamos decir con el Apóstol que morimos todos los días, no sólo porque la muerte se aproxima á cada momento, sino porque todos los días se disminuye en nosotros el cariño á la vida, el apego á lo terreno y el deseo de buscar la estimación de los demás, ó el temor de incurrir en su desagrado. Felices los que así viven, ó mejor, los que en toda la vida aprenden el arte divino de bien morir. Sé tú uno de ellos, empezando desde ahora á hacer todo lo que quisieras haber hecho en la hora de tu muerte.

Punto III

Debemos prepararnos para la muerte haciendo ahora lo que quisiéramos haber hecho cuando llegue el momento de morir.

Considera que una de las mayores penas del moribundo, es recordar el mal uso que ha hecho de la vida. Entonces comprende que únicamente la recibió para salvarse y merecer el cielo, y si ha descuidado este negocio esencial, allí es el sufrir los más horribles terrores al descifrar el sentido de aquellas espantosas palabras: *Jam non poteris villicare,* esto está todo concluído; ya no tienes ni más tiempo, ni más medios para negociar tu eterna salvación. Mientras te duraba la vida podías adquirir méritos; en adelante, eso es imposible. Los que ahora tienes, esos te acompañarán á la eternidad, sin que puedas añadir uno más.

En el momento en que comparezca yo ante Dios, comparecerán conmigo muchos fervorosos cristianos que habrán colmado sus días de santas obras. Todos ellos ofrecerán á Jesucristo sus sufrimientos y mortificaciones, sus obras buenas de toda su vida. Y yo, ¿qué le ofreceré? ¿Me atreveré á presentarle mi tibieza, mis oraciones sin fervor ni espíritu y mis disipaciones de todo género? ¡Oh alma mía! prevengámonos contra esta tremenda desgracia, tanto más aflictiva cuanto más irreparable. Vivamos ahora y no cesemos de vivir en adelante, como querremos con ansia haber vivido, cuando llegue la hora de nuestra muerte, pues por mucho que sea el bien que hagamos, nunca será tanto como el que entonces quisiéramos haber hecho.

Piensa, por último, que cada uno procura aprender bien su propia profesión, y la de todos los hombres no debe ser otra que el salvarse. No se necesita estudio para aprender á morir; pero se requiere grande aplicación para aprender á morir bien. No suele hacerse bien lo que sólo se hace una vez en la vida; por eso para morir bien se ha de morir antes muchas veces. ¿Tan larga es la vida para prepararse á la muerte? ¿Me sobrará el tiempo para pensar en la eternidad? ¿Cómo formarás un acto sobrenatural habiendo obrado siempre por motivos naturales? ¿Cómo arrancarás, estando enfermo, los malos hábitos del pecado, que han echado en tu corazón tan profundas raíces? Nos son muy fáciles los actos de que hemos adquirido el hábito; si no nos acostumbramos á morir, muy penosa nos ha de ser la muerte.

Moriremos una sola vez, y si nos engañamos, el error es irreparable; viene el juicio en pos de la muerte, y al juicio sigue la eternidad. ¿Tienes ya ajustadas las cuentas? Cuando Dios te pregunte, ¿sabes lo que has de responder? ¿Será tiempo de alistarse para combatir cuando el enemigo venga á asaltarte? ¿Es buena oportunidad fortificar una plaza cuando ya esté sitiada? Vela, vela para que no seas sorprendido; prepárate á la muerte para que no te encuentre desprevenido. El que no vela será sorprendido, y el que es sorprendido será condenado. Aprendamos á hacer bien lo que sólo una vez hemos de hacer con grande peligro de errar sin remedio, incurriendo en un castigo que no tendrá fin. No te fíes del tiempo, que cumple muy mal lo que promete; no te fíes de

tu salud, que es como hielo quebradizo, que se deshará bajo tus pies cuando te creas más seguro. La muerte nunca se halla tan cerca como cuando se cree más remota. ¡A cuántos ha llamado de improviso! También te puede asaltar con la misma sorpresa.

Coloquio.—¡Dios mío! Gracias os doy porque me habéis dado tiempo de prepararme para morir. ¿Dónde estaría yo si la muerte me hubiese sorprendido de repente? ¿Qué haría si me fuera necesario morir hoy? Quiero, en adelante, estar siempre avisado, pues tengo un enemigo que no para de acecharme. Para morir bien un día, quiero morir á mí mismo y á todas las cosas todos los días; y quiero morir muchas veces, para morir bien una sola vez.

Propósitos.—Arranca de ti aquel afecto que más te ha de intranquilizar á la hora de la muerte.

24 DE NOVIEMBRE

La meditación de la muerte debe estimularnos á morir á nosotros mismos y á nuestras pasiones.

Preludios.— (Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La idea de la muerte debe animarme á abrazarme por completo con el espíritu de mortificación.

Consideraré que uno de los principales provechos que debemos sacar de la meditación de la muerte, es aquel noble ejercicio de virtud, muy parecido con ella, que llamamos mortificación: la cual no es otra cosa que una muerte de nuestras pasiones y aficiones desordenadas, quitándoles la vida que tienen en nosotros mismos, procurando reprimirlas y se-

pultarlas, hasta que se conviertan en polvo y nada. Porque la vida del justo debe ser una imitación de la muerte; su continuo estudio debe ser matar la vida carnal que siente dentro de sí, privándose de todas las cosas que su carne y voluntad propia desordenadamente codician, y reprimiendo las pasiones que brotan, hasta quedar como muerto para todo lo que es pecado, conforme á lo que dice San Pablo: «Teneos por muertos al pecado y por vivos á Dios, y pues estáis con Cristo muertos á las cosas de este mundo, no queráis tocar, ni palpar, lo que ha de ser para vuestra perdición, sino mortificad vuestros miembros, que viven en la tierra», esto es, las obras de la vida terrena, «la inmundicia, concupiscencia, avaricia» y las demás pasiones. Para animarme á la práctica de esta mortificación, consideraré cuál quedará mi cuerpo después de muerto, desamparado ya del alma, ponderando especialmente tres miserias. La primera, cómo perderá el uso de sus miembros y sentidos, sin poder jamás ver, ni oir, ni hablar, ni moverse, ni gozar de los bienes de esta vida. Ya no le atraerán las cosas hermosas, ni las músicas suaves, ni los olores apacibles, ni los manjares sabrosos, ni las cosas blandas; todo esto es para él como si no fuese, porque perdió los medios que tenía para gozar de ello, y le servirá muy poco todo lo que ha gozado. La segunda miseria es, que quedará descolorido y desfigurado, feo, horrible, yerto, helado y hediondo, caminando con gran prisa á la corrupción. De modo que quien poco antes recreaba la vista con su hermosura, pone horror con su fealdad. De aquí la tercera miseria,

que todos lo dejarán solo en el aposento, en poder de los que lo han de amortajar; y sus mismos amigos y domésticos no verán la hora de echarle de casa, y tendrán por género de piedad negociar esto con presteza.

De esta consideración sacaré cuán acertado será en vida hacer de grado algo de lo que después ha de ser por fuerza y sin provecho, tratándome como muerto al mundo, y á todo lo que es carne y sangre, procurando imitar la muerte en otras tres cosas semejantes á las dichas, mortificando mis sentidos y privándome de los deleites de ellos, no solamente de los ilícitos, sino de algunos lícitos no necesarios; de modo, que como muerto no tengo de tener pies, ni manos, ni ojos, ni oídos, ni gusto, ni lengua para todo lo que es pecado ó falta contra la perfección que profeso. Y las cosas hermosas y apacibles de esta vida han de ser para mí como si no fuesen, poniéndolas debajo de mis pies, mirando, no á lo que ahora son, sino á lo que presto serán, pues por más que vistas á la carne de brocado y seda, carne se queda. ¿Y qué es carne sino heno? ¿Y qué es su gloria, sino flor del campo, que con un soplo se marchita? Finalmente, he de seguir la virtud con un ánimo tan generoso, que como el muerto no se queja de que todos huyan de él, y le dejen, así no se me dé nada de que el mundo me deje, huya de mí y me aborrezca como á muerto y crucificado. ¡Oh, si muriese yo en mi corazón, para no sentir que los hombres me tratasen como muerto! ¡Oh, si yo estuviese tan muerto y crucificado á todo lo que es mundo, que el mundo también me tuviese por crucificado y muerto! Concédeme, oh dul-

ce Jesús, que por la ley de tu gracia muera á la ley de la culpa, para vivir á Dios, gustando de estar enclavado contigo en tu misma cruz; de modo que ya no viva yo, sino tú en mí.

Punto II

La meditación de la muerte debe animarme á abrazar la pobreza espiritual.

Consideraré el vestido, cama y aposento que se prepara para mi cuerpo muerto. El vestido, por la mayor parte, es lo peor de la casa, porque no es más que una pobre sábana por mortaja, sin otros aderezos de seda y oro más preciosos, y si algo de esto ponen á los cadáveres para llevarlos á enterrar, antes de entrar en la sepultura se lo quitan de ordinario. La cama es la dura tierra, y como dice el profeta Isaías: «los colchones serán la polilla, los cobertores los gusanos, las cortinas y almohadas, los huesos de otros muertos».

Y á este talle será la casa y aposento, porque no es otro que una estrecha huesa de siete pies de largo, que se fabrica en media hora; porque las demás fábricas suntuosas de los sepulcros de nada sirven al triste cuerpo, ni es capaz de gozar de ellas. De todo esto sacaré confusión y vergüenza grande, por la vanidad y sensualidad con que deseo la curiosidad del vestido, la blandura de la cama y la anchura de la habitación, alentándome á mortificar las demasías que en esto tuviere, y á llevar con paciencia cualquier cosa que de esto me faltare, pues lo que ahora tengo, por poco que sea, me viene muy ancho, y es mucho, comparado con lo que me espera.

Pero en particular si soy religioso ó deseo ser perfecto, puedo sacar de aquí grandes motivos para serlo con excelencia en el espíritu y afectos de la pobreza, procurando que mi vida sea una continua meditación é imitación de la muerte en las tres cosas propias de este estado.

Lo primero, es la desnudez de todas las cosas, á que me obliga la perfecta pobreza. De suerte que como el muerto pierde el dominio de todas sus riquezas, y pasan á sus herederos ó á los pobres, y no siente que le dejen desnudo, ó le den el peor vestido, ó le entierren en lugar despreciado; así yo no me contentaré con dejar todas las cosas que poseía, y darlas á los pobres, por seguir al desnudo Jesús, sino también llevaré de buena gana la falta que tuviere de lo necesario, y gustaré de que me den lo peor, cuanto al vestido, cama, aposento y casa, sin quejarme de ello más que se queja el muerto; porque si «salí desnudo del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á ella», no es mucho que viva desnudo conformando el medio de la vida con la entrada y salida de ella.

Lo segundo, imitaré la muerte en la renunciación de todos los deleites sensuales á que me obliga la perfecta castidad. De modo, que como en la muerte se hace un divorcio general de todas las cosas de la tierra y de los deleites de la carne, así yo con el voto de la castidad ó con la perfecta observancia de la ley de Dios, en esta materia gustaré de estar como muerto á todas estas cosas y á los cuidados de ellas, como si en el mundo no las hubiera para mí ó yo no estuviera vivo para ellas.

Lo tercero, imitaré al muerto en la perfecta obediencia, porque como el cuerpo muerto se deja mover y llevar dondequiera, y tratar como quiera, sin resistencia ni repugnancia ó queja, ni tiene voluntad para escoger la mortaja ó sepultura, ni cosa alguna, tomando solamente lo que otros le dan; así yo, en todo lo que no es pecado, me dejaré gobernar de mis superiores, obedeciendo á cuanto me mandaren, alto ó bajo, dulce ó amargo, fácil ó dificultoso, sin replicar ni contradecir ó repugnar á cosa alguna, ni tendré voluntad propia para escoger esto ó aquello, sino como muerto á mi voluntad propia, seguiré la ajena, tomando lo que se me diere, con humildad. Estos son los propósitos que he de sacar de esta consideración de la muerte, alentándome á ponerlos por obra; pues no es mucho por pocos años, anticipar de esta manera la muerte por asegurar la vida eterna, donde por toda la eternidad poseeré las riquezas de Dios, gozaré de sus deleites, y tendré perfecta libertad, libre de toda miseria.

Punto III

La meditación de la muerte debe animarme á despreciar las honras vanas de la vida.

Considera la jornada del cuerpo hasta la sepultura, ponderando, lo primero, cómo seré llevado en un ataúd al cementerio; y el que poco antes paseaba las calles mirando á uno y otro lado, y entraba en todas partes registrando cuanto pasaba, ahora va en pies ajenos, ciego, sordo y mudo, siendo motivo de llanto por su miseria. Y así, para reprimir los

bríos de mi carne, procuraré cuando me levanto de la cama acordarme que, algún día otros me levantarán para nunca más volver á ella. Y cuando bajo las escaleras de mi casa, diré: Día vendrá en que otros me bajen por aquí para nunca más subir. Y cuando voy por la calle, ó entro en la iglesia, imaginaré que presto me llevarán tal vez por la misma calle y entraré en aquella iglesia para nunca más volver á casa.

Luego ponderaré el acompañamiento con que soy llevado á enterrar, cantando unos, llorando otros y siguiéndome muchos por honrarme con piedad, ponderando cuán poco se le dará á mi cuerpo que le hagan poca ó mucha honra. Y mucho menos á mi alma, si está en el infierno, antes le dará mayor pena esta honra, si la supiese.

Luego miraré cómo me echan en la sepultura y me cubren con tierra, poniéndome una losa encima, donde mi cuerpo será comido de gusanos y convertido en polvo, y muy presto seré olvidado y pisado de todos, como si nunca hubiere sido en el mundo. Y cuando haya de mí mucha memoria y muy honorífica, muy poco se le dará á mi alma, si no goza de Dios; como les aprovecha poco á César, Aristóteles ó Alejandro Magno ser alabados en el mundo, estando con terribles tormentos en el infierno; pues ellos y otros muchos, donde no están son alabados, y donde están son atormentados.

De estas consideraciones sacaré grandísimos desengaños, persuadiéndome á no hacer caso de las vanas honras de esta vida, y á humillarme y ponerme en mi estima debajo de los pies de todos, como gusano y polvo, que de

todos es pisado y desechado, y asimismo á no despreciar á los pobres y pequeñuelos, pues en la muerte seré presto igual con ellos. Y hablando con mi alma, le diré: Mira bien en qué ha de parar esa carne que tienes tan mimada. Mira á quién regalas, á quién adornas, y sobre quién fundas torres de viento, pues todas son como un poco de «polvo que levanta el aire de la superficie de la tierra», y luego torna á caerse en ella. Averguénzate, pues, de sujetarte á tan vil carne, y procura sujejarla como á esclava, para que te ayude á negociar la vida eterna.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno! Esclarece los ojos de mi pobre alma con tu soberana luz, para que vea el triste fin de su miserable cuerpo y desprecie lo que tiene presente, con la vista de lo que está por venir. ¡Oh dichosa muerte, á la cual se sigue tan dichosa vida! ¡Oh dulce Jesús, cuya vida fué una continua muerte, para darnos ejemplo de una santa y perfecta vida! Concédeme que á tu imitación viva y muera desnudo de todas las cosas terrenas, mortificado á todas las deleitables, y obediente á toda humana criatura por tu amor; téngame siempre como muerto á todo lo visible, para que mi vida esté escondida contigo en Dios, y no viva sino para El.

Propósitos.—Meditar con mucha frecuencia en la muerte como medio de desprenderme de mi mismo, del mundo y sus pompas y vanidades.

25 DE NOVIEMBRE

(Tercera semana de adviento.)

Sobre el juicio particular.

Preludios.—Imagínate al soberano Juez sentado en un trono de fuego, como le vió Daniel, para representar la terribilidad de su ira con los malos, ó en trono blanquísimo de luz muy resplandeciente como le vió San Juan, para representar su infinita sabiduría y pureza, y la clemencia que tiene con los buenos, y pide que en ese terrible día tenga misericordia de ti.

Punto I

Personas que asisten en este juicio.

Considera que la primera es el alma, que ha de ser juzgada, la cual estará sola, desnuda de su cuerpo y de todas las cosas visibles, vestida solamente de sus obras; porque nadie la puede hacer compañía, ni favorecerla. Tan sola estará el alma del rey, como la del labrador; la del rico, como la del pobre; la del letrado, como la del idiota; las dignidades y riquezas se quedan acá, y allí no se hace caso sino de las buenas ó malas obras; por donde veré cuán gran desatino es procurar con tanta solicitud lo que no me puede ayudar en aquel trance, con pérdida de lo que más me importa.

A los dos lados del alma estarán el Angel de la Guarda y el demonio; á los malos asiste el demonio á la mano derecha, muy alegre por la presa que espera, y el Angel al lado izquierdo, con un semblante triste, por la pérdida que teme; al contrario será en los bue-

nos, pero siempre el demonio estará con semblante feroz y horrendo.

La cuarta persona es el Juez, que es el mismo Dios, el cual ha de hacer este juicio invisiblemente, aunque dará señales de su presencia imprimiendo terrible miedo y horror en el malo, y paz y consuelo en el bueno. Y como es infinitamente sabio, no puede engañarse en lo què juzga; y como es sumamente bueno, no puede torcer de la justicia; y como es todopoderoso, ninguno puede resistir á su sentencia; y como es supremo Juez, no hay de su tribunal apelación, ni suplicación, y su sentencia siempre es definitiva é irrevocable; porque como todo lo que se puede ver en este pleito lo ve y comprende en la primera vista, es superflua la revisión.

Ponderando estas cosas, imaginaré que mi alma está delante del tribunal de un tan recto Juez como es Dios N. S., para ser juzgada; y un rato, considerando mis pecados para moverme á temor, miraré al Juez indignado contra mí, con un rostro severo y un ánimo inexorable, y miraré á Satanás, que está á mi lado derecho muy contento y como victorioso. Otro rato, para moverme á confianza, miraré al Juez benigno para conmigo con un rostro amoroso y apacible, y al Angel de mi guarda á mi lado derecho, alegre por mi victoria, imaginando que está diciendo en mi favor contra el demonio lo que refiere el profeta Zacarías: «Reprímate el Señor, ¡oh Satanás! reprímate el Señor. ¿Por ventura este pobrecito no es un carbón sacado del fuego para que no se acabase de quemar? Pues qué, ¿le quieres?» ¡Oh justísimo Juez y misericordiosísimo Padre! Con-

fieso que soy carbón negro y feo por mis culpas, y medio abrasado con el fuego de mis pasiones. Lávame, Señor, y blanquéame con el agua viva de tu gracia, y con ella mata este fuego que me quema, para que el día de la cuenta el demonio me deje y el Angel me ampare, tu misericordia me reciba y tu justicia me corone.

Punto II

Sobre el tiempo y lugar en que se hace este juicio.

El tiempo es el instante de la muerte; porque dado caso que por especial disposición de Dios se haya visto comenzar visiblemente un poco antes de la muerte en varios casos que han sucedido para nuestro ejemplo; pero de ordinario se hace invisiblemente en el mismo instante que el alma deja de informar su cuerpo, sin dilación alguna. Y en el mismo momento se concluye todo el juicio, se hace la acusación, y se da la sentencia y se ejecuta. Este momento he de traer siempre delante de mis ojos, como principio que ha de ser de mis bienes ó males eternos, diciendo: «¡Oh momento de donde depende la eternidad!» ¿quién se puede olvidar de ti sin grande peligro? ¿Y quién se puede acordar de ti sin grande espanto? Acuérdate, ¡oh alma mía! de este momento, y procura no perder un instante de tiempo, pues en cada uno puedes merecer la vida que siempre ha de durar.

El lugar de este juicio, es dondequiera que le coge la muerte á cada uno, porque como el juez está en todo lugar, así en todo lugar tiene su tribunal, para que en todo lugar tema, pues

no sé si aquél será el de mi juicio. Y porque la muerte más ordinariamente sucede dentro del aposento y en el lecho, cuando estoy en estos lugares he de imaginar algunas veces que allí está el tribunal y trono de Dios para juzgarme, y el ángel bueno y malo para asistir al juicio, porque este santo pensamiento refrenará las demasías de la carne, que brotan con la soledad del lugar.

De estas dos consideraciones he de sacar un grande temor de ofender á Dios, porque quizá el tiempo y lugar en que hago este pecado, será también el tiempo y lugar en que Dios haga su juicio; como la mujer de Lot, que en el mismo punto y puesto en que volvió á mirar á Sodoma, se convirtió en estatua de sal. Y como dice San Pablo, que «quien come indignamente el cuerpo de Cristo N. S., come juicio para sí»; así cuando bebo «la maldad como agua» bebo juicio para mi alma, y quizá la bebida será tan mortal, que al punto se ejecute este juicio.

Punto III

Sobre el orden de este juicio y examen riguroso que se ha de hacer.

Primeramente, los acusadores serán tres. El primero será el demonio, quien en este juicio postrero, con odio y rabia me acusará de todos los pecados que hice por su persuasión, consintiendo en sus tentaciones, y aun añadirá falsas acusaciones, no más que por sospechas, así porque no conoce las intenciones, como porque su ira y malicia le ciegan para que tenga por verdadero lo que es falso.

El segundo acusador será la propia concien-

cia de cada uno; la cual también será testigo y valdrá por mil, porque sus pensamientos darán gritos contra nosotros; y ellos, como dice el Apóstol, nos han de acusar ó defender en aquella hora. Y como en la confesión yo mismo de mi voluntad soy reo, acusador y testigo contra mí, para que me absuelva el sacerdote; así entonces lo seré por fuerza, para que me juzgue Dios y condene por lo que acá no me hubiere perdonado.

Finalmente, el mismo Angel de la guarda será el tercer testigo y en cierto modo acusador contra mí, por las rebeldías que tuve á sus inspiraciones y consejos. De donde sacaré lo mucho que me importa consentir siempre con las inspiraciones y buenos dictámenes de estos dos fieles compañeros, conciencia y ángel, y rendirme á ellos cuando en esta vida me acusan y reprenden, porque después en la otra no me condenen.

Pero, sobre todo, he de ponderar el examen rigurosísimo del mismo juez, en el cual hay dos cosas terribles. La primera, es ser universal de todas mis cosas, haciéndome cargo de todos los pecados de obra, palabra y pensamiento, aunque no sea más que ocioso, y de las omisiones y negligencias de mi vida, de la ingratitud y mala correspondencia que tuve á los beneficios divinos, así generales como especiales, como son sacramentos é inspiraciones de la gracia. Además, me hará cargo de las malas circunstancias que mezclé con mis buenas obras. Pues por esto dice que, cuando llegue su tiempo, juzgará las mismas justicias, haciendo muy riguroso examen de las obras que parecen buenas.

Considera que si te presentas con pecado mortal en el tribunal de Dios, ¿qué responderás á las acusaciones que hagan contra ti? ¿Dirás que estas acusaciones son falsas? Pero Jesucristo te responderá: «Soy juez y testigo». ¿Te excusarás con tu ignorancia? Pero se te opondrán las luces de tu conciencia y del Evangelio. ¿Te excusarás con tu fragilidad? Pero se te opondrá la fuerza de la gracia. ¿Te excusarás con las tentaciones? Pues ¿y los medios que Dios te había dado para vencerlas; la oración, los sacramentos, mil ejemplos y santos consejos? ¿Te excusarás con los escándalos que te han arrastrado? Pero se te opondrán tantos buenos ejemplos que hubieran debido afirmarte en la virtud. En fin, abandonando las excusas, ¿recurrirás á la intercesión de María Santísima y de los santos, á la misericordia de Jesucristo? Pero los santos, pero María, no pueden ya nada para tu salvación, y Jesucristo es ahora el Dios de la justicia y no el Dios de la clemencia. ¡Oh juicio terrible! ¡Oh! si no tiemblo con tu memoria, mi fe debe estar muy muerta.

La segunda propiedad de este examen es, que será evidente al mismo examinado, porque la probanza de todos los cargos, será una luz clara, con que descubrirá Dios á mi alma todos sus pecados, sin dejar ninguno, aun los que tenía olvidados ó pensaba que no lo eran. Y por esto dice por un Profeta que escudriñará á Jerusalén con candelas, que es decir: «No solamente juzgaré á los malos que viven en Babilonia, sino á los justos que viven en Jerusalén, y encenderé tanta luz para escudriñar sus almas, que ellos mismos vean los rincones

de sus conciencias. ¡Oh, qué afligida se hallará mi pobre alma con tan estrecho y riguroso examen! ¡Oh, qué asombrada quedará con la evidencia de tan cierta y clara probanza!

Ultimamente, he de ponderar que en este examen también descubrirá Dios al alma justa todas sus buenas obras, palabras y deseos, y aun las que tenía olvidadas ó dudaba si habían sido buenas. Allí verá sus obediencias y penitencias, sus oraciones y mortificaciones, alegrándose mucho con esta vista; pues por esto dijo la voz del cielo «ser bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras irán con ellos». Y con esta consideración, comparando el examen de buenos y malos, me animaré á vivir tal vida, que en el postrer examen sea de Dios aprobada.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi corazón, perdonadme mis pecados, y no me juzguéis con el rigor de vuestra justicia! Recibid á esta pobre alma, que reconoce sus pecados con extremo dolor, que desea cancelarlos y se dispone á mudar de costumbres. Quiero en adelante ser todo vuestro, no quiero servir á otro Señor que á Vos; no quiero amar sino á Vos; no quiero vivir sino por Vos, en el tiempo y en la eternidad, para que en el día de vuestro terrible juicio merezca, Señor, buena acogida en el seno de vuestra misericordia.

Propósitos. - Examínate con el mayor rigor que pudieres y haz juicio riguroso de ti por las culpas que hallares, porque si te juzgas con rigor y arrepentimiento saludables, no serás después juzgado para tu condenación.

26 DE NOVIEMBRE

Sobre la sentencia que se dará al alma en el juicio particular.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Despoja Cristo N. S. al alma del pecador de las gracias que le quedaban después del pecado.

Consideraré cómo Cristo N. S. en el instante de la muerte, por su justa sentencia priva y desnuda á la miserable alma del pecador de las gracias y dones sobrenaturales que le habían quedado después del pecado, para que, sin ellas, entre en el fuego del infierno. La terribilidad de esta sentencia, y la pena que el condenado padecerá en este trance, puedo ponderar por lo que sucede á un sacerdote que ha hecho un delito por el cual merece ser quemado; y por no afrentar la dignidad sacerdotal con tan infame castigo, le degrada primero un Obispo, quitándole una por una las vestiduras sacerdotales, diciéndole: «Pues te hiciste indigno de la honra de sacerdote, te quitamos la vestidura sacerdotal y te privamos de la honra que tenías»; y así degradado le relajan al brazo seglar y ejecutan en él la pena de fuego que merece. De esta manera puedo imaginar que Cristo N. S. degrada el alma del pecador, á quien dió en el bautismo la dignidad de la gracia y le adornó con vestiduras blanquísimas, privándole de ellas porque, con el pecado, se hizo indigno de esta honra, desnudándose él mismo la principal vestidura, que es la caridad.

Lo primero, en aquel instante le quitará Dios la lumbre de la fe, que era su espiritual escudo, diciéndole: «Porque te hiciste indigno de este escudo y no te defendiste con él, ajustando la vida con lo que creías, Yo te lo quito para que permanezcas en perpetuas tinieblas atado de pies y manos».

Luego le quitará la virtud de la esperanza, diciendole: «Porque te hiciste indigno de esta virtud, por no aprovecharte bien de ella, Yo te quito la esperanza de las gracias que te había ofrecido para llevar el yugo suave de mi ley, la estola y prendas de inmortalidad y vida eterna que te había dado».

También le quitará las gracias, *gratis datas*, que tuviere, diciéndole: «Porque te hiciste indigno de estas gracias, usando de ellas para tu honra vana, atropellando mi santa ley, Yo te despojo de ellas y de todo lo que fuere gracia, porque para ti ya no habrá sino rigor de justicia». De esta manera quedará la desventurada alma con infame desnudez, cumpliéndose en ella la terrible amenaza de Ezequiel: «Te desnudarán todas tus vestiduras, te quitarán los atavíos de tu gloria, y te dejarán desnuda y llena de confusión». ¡Oh, qué terrible vergüenza padecerá la desventurada alma cuando se vea desnuda de lo que antes la adornaba! ¡Oh Redentor del mundo, Príncipe de los pastores y Obispo de nuestras almas! No degrades ni desnudes la mía de las vestiduras que le diste en el bautismo; vísteme de nuevo con la vestidura de tu gracia, que yo perdí por mi culpa, para que pueda librarme de esta desnudez y confusión eterna.

Luego he de ponderar cómo el alma se que-

da con una de estas vestiduras, que es el carácter ó señal del cristiano que le dieron en el bautismo, y el de la confirmación y sacerdocio, si recibió estos dos Sacramentos; pero esto será para su mayor tormento, porque los paganos y moros que estuvieren con el cristiano en el infierno, mirando la señal del edificio que comenzó y no acabó, se mofarán de él, diciéndole: ¡Oh loco y desatinado, que tuviste tanto bien en las manos y le dejaste perder por tu culpa! ¿Cómo no acabaste tu edificio, pues tantas ayudas tuviste para ello? Si nosotros fuéramos cristianos, procuráramos huir de la miseria que tenemos: ¿quién te engañó y te trajo con nosotros?

Finalmente, el alma será desnudada de las virtudes morales que en esta vida ganó; quedará sin prudencia, ni justicia, ni fortaleza ni otra alguna; y si la dejaren algunas ciencias que adquirió con su industria, será para mayor pena por no haber negociado con ellas la ciencia que la había de librar de tanta miseria. De este modo se cumplirá en ella aquella tenebrosa sentencia de Job: «El pan que comiere se convertirá dentro de su vientre en hiel de áspides, vomitará las riquezas que tragó y se las sacará Dios por fuerza». ¡Oh alma mía! Mira no vomites por tu voluntad las riquezas de la gracia y caridad que recibiste, porque después te harán vomitar por fuerza la fe y las virtudes que ganaste; y las ciencias que ahora estudias con deleite, se convertirán en hieles de áspides para atormentarte.

Punto II

La sentencia de Cristo N. S. en el juicio particular.

Considera la última sentencia que en el mismo instante de la muerte pronuncia Cristo N. S. contra el pecador, intimándosela con una voz interior y espantable, diciéndole á solas las palabras que dirá después á todos los malos en el juicio universal: «Apártate de mí, maldito de mi Padre, al fuego eterno, que está preparado para Satanás y sus ángeles», que es decir: vete de aquí, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia ni entrar en mi gloria; vete al fuego eterno, que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo para que te lleve consigo.

Dada esta sentencia, en el mismo instante desampara Dios al alma, y el Angel de la guarda se va, diciéndola como á Babilonia: «Harto hice por curarte, procurando tu salvación, y no quisiste; pues yo te dejo en poder de quien tomará de ti la venganza que tu rebeldía merece». Y al mismo punto, con grande regocijo, arrebatará el demonio la desventurada alma, sin admitir ni oir suplicaciones ni ruegos, y dará con ella en los infiernos. De suerte que el pecador, en un abrir y cerrar de ojos, desde la cama donde estaba con gran regalo, rodeado de muchos amigos y parientes, muere, como dice Job, tranquilamente, con muerte al parecer dichosa y sosegada; pero en el mismo punto baja al infierno, pasando de un extremo de bienes temporales á otro extremo de males eternos. ¡Oh, qué sentirá la desven-

turada alma en aquella primera entrada en el infierno, cuando vea lo que dejó y lo que halla; cuando vea y sienta la cama de fuego, los colchones de gusanos, la compañía de demonios y los demás tormentos, sin esperanza de salir de ellos! ¡Oh, qué horrible despertar para los incrédulos y los impíos! Dormirse en el lecho y despertar en el infierno. ¡Oh justo Juez, ten misericordia de mí! «Cuando vinieres á juzgar, no me quieras condenar». ¡Oh alma mía, teme esta sentencia de condenación eterna y vive de manera que merezcas ser libre de ella!

Consideraré, al contrario, la sentencia que se dará al justo, diciéndole invisiblemente Cristo N. S. con una voz amorosa: «Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que tengo preparado desde el principio del mundo». Ven, «oh siervo bueno y fiel, y alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, Yo te daré posesión de muchas; entra en el gozo de tu Señor». Y al mismo punto el demonio se va corrido, y el Angel de la guarda recibe el alma, acudiendo otros ángeles para acompañarla, como acudieron por el alma de Lázaro el pobre, y todos con gran regocijo la llevan al cielo, á gozar de aquellos bienes eternos, cuando no tiene que purgar en el purgatorio. ¡Oh, qué gozo tendrá el alma en aquella primera y tan deseada entrada! La que antes estaba llena de dolores, humillada con desprecios y turbada con temores, en un instante se verá muy otra, trocada toda su pena en gloria y su llanto en gozo, en compañía de ángeles, en lugar de descanso, y engolfada en la vista de su Dios.

Consideradas estas cosas, haré comparación de buenos á malos, y veré cómo la «muerte de

los malos», es pésima y horrible su juicio, y al contrario, preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus santos.

Punto III

Aplicaciones y propósitos.

Considera que morirás una vez sola y serás juzgado inmediatamente y sin apelación ninguna. No morirás sino una vez: ni sabes cuándo morirás ni en qué lugar ni en qué estado; pero morirás más pronto de lo que imaginas, y si no vives con vigilancia morirás sin pensar en que mueres. Tal es la muerte y tal será tu juicio, cual haya sido tu vida. Porque nadie aprende en un momento la profesión en que jamás se ha ejercitado, ni la olvida tan pronto cuando siempre la ha estado practicando. ¿Amarás á Dios en la muerte después de haberle aborrecido en vida? ¿Aborrecerás al pecado en la muerte después de haberle amado en vida? ¿Podrás en un momento desarraigar los afectos pecaminosos de tu corazón? Si durante la salud y la vida jamás te has ejercitado en actos de virtud, ¿cómo los harás estando enfermo? Teniendo la mala costumbre de cometer pecados, ¿al morir podrás olvidarla? Pues mira despacio que después de la muerte serás juzgado, y después del juicio quedarás salvado ó condenado para siempre. ¿Qué quisieras entonces haber hecho ahora? ¿Qué quisieras no haber hecho? ¿Qué quisieras haber sufrido entonces, y qué quisieras no haber sufrido? Haz, pues, todo lo que querrías haber hecho; abstente de lo que no quisieras haber

hecho; sufre lo que querrías haber sufrido, y no sufras lo que no querrías haber sufrido.

Dejarás todos tus bienes en la puerta de la eternidad; tu gloria no bajará contigo al sepulcro; tus deleites se convertirán en amarguras, y tu amor en aborrecimiento. No te llevarás contigo de este mundo, sino el bien ó el mal que hubieres practicado; el bien para recibir la recompensa y el mal para recibir el castigo. Lo que ahora te place en vida, será tu tormento en la muerte, y lo que en vida te atormenta, en la muerte será tu alegría, si lo padeces todo en Dios y por Dios.

¡Oh muerte! ¡Oh juicio! Ideas terribles, pero salvadoras y que nunca debía yo olvidar. Porque estoy muerto en el alma si no pienso en la muerte, y soy un insensato si no la temo, y tengo sobrado apego á la vida si me asusta mucho la muerte. No amo á Jesús, si no deseo morir para ir á verle y gozarle, y no merezco la salvación, si no temo condenarme. Abuso del tiempo y de la gracia de Dios si no me preparo para la eternidad y si prácticamente no obro como si cada día hubiera de ser presentado ante el terrible tribunal de Dios.

Coloquio.—¿Sois Vos, Señor mío, el que debe venir á juzgarme: el que un día ha de bajar del cielo á la tierra con grande poder y majestad á hacer el proceso de mi vida en la presencia de los ángeles y de los hombres? ¿Sois Vos el que debe salvarme si soy inocente y condenarme si soy culpado? Pues ¿cómo siendo Vos mi Juez, me cuido tan poco de aplacaros, de teneros de mi parte y de conciliarme vuestra gracia? ¿Cómo es que no hago nada para merecer vuestro favor y para asegurar mi salvación? Proviene, sin duda, de que no os temo como debiera; del poco caso que hago de vuestras amenazas y de vuestras promesas. Que no paro la consi-

deración ni en el paraíso, ni en el infierno, ni en la muerte, como si me fuera indiferente salvarme ó condenarme, perderos ó poseeros. Pues ya quiero mudar de vida, quiero en adelante vivir con tal pureza de conciencia, que os obligue á recibirme también en vuestro reino para alabaros y bendeciros eternamente.

Propósitos.—Prevé la severidad de este juicio examinándote con más cuidado y juzgándote con más rigor.

27 DE NOVIEMBRE

Del juicio universal.

Preludios.—Mira á Jesucristo que viene del cielo con grande gloria y majestad á juzgar á todo el género humano, y pide temor santo de Dios, conocimiento de las vanidades del mundo, de la falsedad de los juicios de los hombres y de la locura de las grandezas humanas, para avergonzarte, corregirte y enmendarte.

Punto I

Razón de este supremo juicio.

Considera ante todo la verdad del artículo de la fe que nos enseña que, además del juicio particular que se hace de cada hombre en la hora de la muerte, habrá otro universal de todos los hombres juntos á la fin del mundo. Este juicio será público y visible, ordenado por la divina Providencia por muchas causas. La primera para confirmar la sentencia que se dió en el juicio particular, y manifestar al mundo su justicia y juntamente suplir lo que allí faltó. La segunda causa es, para volver Dios por la honra de los justos, oprimidos en esta vida, y mucho más por el buen crédito de su gobierno y providencia y para que todos vean que ha sido justísimo, prudente, sabio y

santo en cuanto ha ordenado y permitido. Así conseguirá Dios en su sabiduría que ni los buenos se quejen más de que la virtud fué oprimida, ni los malos se gloríen de que el vicio fué ensalzado; y finalmente, queden confundidos los juicios temerarios de los que se abalanzaron á juzgar á Dios por lo que no sabían ni podían entender. Es absolutamente necesario que haya un día en que á la faz de todo el mundo cada hombre ocupe su lugar, que sea la verdad defendida y quede triunfante, y el vicio y el crimen humillado y confundido; en que se sepa la realidad de las cosas y cesen tantas dudas y tantas nieblas como hoy envuelven la mayor parte de los acontecimientos humanos. La tercera causa es la gloria de Jesucristo N. S., para que no solamente se descubra en el cielo á los buenos, sino también en la tierra, donde fué patente su ignominia, se manifieste como Dios á los incrédulos y á los malos; y los que vieron su humillación, vean el premio de ella. Por estas causas la memoria del juicio me puede mover á gozo, agradecimiento y alabanza, glorificando á Dios por la soberana providencia con que le trazó para vindicarse á sí y á los santos ante todo el mundo, y para que triunfe al fin la Iglesia de sus enemigos, y convidando con David á todas las criaturas que se regocijen, porque el Señor ha de venir á juzgar la tierra, y juzgará á todos los pueblos y á sus príncipes con justicia y equidad, deshaciendo agravios sin aceptación de personas.

Punto II

De la resurrección de los muertos y venida del juez.

Acerca de este artículo de nuestra fe, pondera cómo un ángel, con voz espantosa á manera de trompeta, citará y llamará á todos los muertos para que resuciten y vengan á juicio, diciendo: «Levantaos, muertos, y venid á juicio». Y será esta voz tan poderosa, en virtud de la omnipotencia de Dios, que «en un momento» resucitarán todos los muertos. Y como dice San Juan, el mar dará los cuerpos que en él perecieron; la tierra, los que tragó vivos, y la muerte los que deshizo y consumió después de muertos. Pondera cómo, aunque se hayan convertido en polvo, la divina Omnipotencia los formará en un momento, con toda la entereza de miembros que han de tener. En el mismo momento subirán las almas del infierno, y bajarán las del cielo, y cada una se juntará con el mismo cuerpo que antes tenía. De suerte que á esta voz del arcángel y su citación á juicio, obedecerán todos sin resistencia, excusa ó tardanza, aunque hayan sido reyes, papas ó monarcas del mundo. ¡Oh alma mía! acuérdate muchas veces de esta poderosa voz; suene esta trompeta constantemente en tus oídos; teme esta terrible citación y prepárate para ella; obedece á la voz de Dios y á la de su arcángel visible, que te dice: «Levántate tú que duermes, y resucita de entre los muertos»; Cristo te ha de resucitar, porque no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta, resucite y viva.

Luego ponderaré cómo Cristo N. S. real y

verdaderamente saldrá del cielo, y vendrá segunda vez al mundo para juzgarle, pero en modo muy diferente de la primera; porque ahora vendrá en cuerpo glorioso y resplandeciente, coronado con corona de gloria y de inmortalidad, con tanto resplandor, que el sol, luna y estrellas no darán luz en su presencia, y con tanta majestad, que ángeles y hombres, justos y pecadores, y los mismos demonios, se le sujeten y adoren, y, mal que les pese, le reconozcan por su Dios y Señor. Entonces cumplirá el Padre Eterno la promesa que le hizo de sujetarle todas las cosas, y poner á sus enemigos debajo de sus pies, y que toda rodilla se hinque en su presencia, y que «toda lengua confiese que Cristo Jesús está en la gloria de Dios Padre».

Ponderaré el acompañamiento que trae; porque vendrá el Señor con millares de santos, rodeado de todo el ejército celestial, descubriendo en ellos la hermosura y excelencia de sus jerarquías. Delante vendrá, como se saca del Evangelio, «la bandera del Hijo del hombre», que es el estandarte real de la santa Cruz, con un resplandor admirable; la cual, con ser una misma, será vistosa y deleitable á los justos que en esta vida la abrazaron y se preciaron de ella, crucificando su carne con sus vicios y concupiscencias, peleando siempre por ella contra todos los enemigos de la cruz que son los mundanos y los impíos. Esa cruz divina, bandera de todos los buenos, será entonces su gloria y consuelo y su vista los llenará de gozo; mas será horrible y espantosa para los malos que no creyeron en ella ó la aborrecieron siendo sus enemigos, y así,

en viéndola, llorarán amargamente, porque en ella verán la justa causa de su condenación.

En llegando Cristo N. S. al valle de Josafat, se sentará en un trono excelentísimo, hecho de una nube hermosísima y resplandeciente, y con ser uno mismo su divino rostro, será apacibilísimo para los buenos y terribilísimo para los malos. Y de las llagas sacratísimas de sus pies, manos y costado, saldrán rayos de luz y resplandor amoroso hacia los buenos, los cuales con la vista corporal de estas llagas recibirán especial consuelo, viendo lo mucho que este Rey soberano los amó, recibiéndolas por ellos. Pero de las mismas llagas saldrán rayos de ira y como de fuego contra los malos.

Al lado de Cristo N. S. se pondrá otro trono de grande gloria para su santísima Madre, no para abogar por los pecadores, porque ya pasó este tiempo, sino para que se confundan de no haber querido valerse de tan santa Madre y de tan poderosa abogada como tenían, y para que los buenos se alegren de verla presente, y ella quede honrada delante de todo el mundo, por las humillaciones que sufrió en esta vida de aquellos que no la conocieron y la ultrajaron en la Pasión de su Hijo.

Finalmente, alrededor del trono de Cristo N. S. estarán otros tronos, donde se sentarán sus Apóstoles para juzgar «las doce tribus de Israel», y á todas las naciones del mundo, condenando con su vida ejemplar la vida mala de los pecadores, y aprobando la sentencia del supremo Juez, y en su nombre declarando la justicia de ella. Y como muchos Santos Padres afirman, también estarán sentados en

tronos de gloria los pobres de espíritu que, á imitación de los Apóstoles, dejaron todas las cosas por Cristo. ¡Oh, cuán pasmados quedarán los tiranos y emperadores que martirizaron á los Apóstoles, cuando los vean con tanta gloria sublimados! ¡Oh, cuán honrados estarán los pobres religiosos, que en este mundo vivían despreciados y perseguidos! ¡Oh Juez soberano! si así honráis á los pobres voluntarios y á los humildes, yo abrazo con gran voluntad la pobreza y la humildad, no tanto por mi honra cuanto por la gloria de vuestro santo nombre.

Punto III

De la separación de los buenos y de los malos.

Considera cómo Cristo N. S., para hacer su juicio, «apartará los buenos de los malos, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. A los buenos pondrá á su mano derecha y á los malos á la izquierda». Pondera cómo este mundo y la Iglesia son ahora como un rebaño de ovejas y cabritos, esto es, de buenos y malos, mezclados de tal manera, que no siempre se conoce quién es oveja de Cristo y quién lobo de su rebaño, y por esta ignorancia muchas veces honramos al pecador como á justo, y despreciamos al justo teniéndole por pecador. De donde también procede que justos y pecadores no siempre tienen el lugar que merecen; porque muchas veces los malos, los soberbios y los indignos ocupan la mano derecha y el lugar más alto de la tierra, y los buenos están á la mano izquierda, en el lugar más desechado del mundo. Por lo cual dijo

Salomón: «Vi un grande mal debajo del sol, que en el trono del juicio estaba la impiedad, y en el lugar de la justicia la maldad; y dije en mi corazón: Dios ha de juzgar al bueno y al malo, y entonces se verá quién es cada uno».

Llegado, pues, este tiempo, Cristo N. S. para deshacer estos engaños y agravios, apartará el trigo de la cizaña, el grano de la paja, y los corderos de los cabritos. A los buenos pondrá á su mano derecha, levantados en tronos de gloria, para que todo el mundo los conozca y honre como á santos; y á los malos pondrá á la mano izquierda, dejándolos en la tierra, para que todos los conozcan y desprecien como á pecadores. ¡Oh, qué confusión tan grande será la de los malos, que en esta vida tenían la mano derecha y el poder y la honra, cuando se vean á la mano izquierda en tanta bajeza! ¡Oh, qué envidia tendrán de los buenos cuando los vean tan honrados, y á sí tan despreciados! ¿Qué dirá el príncipe y el señor cuando vea en más alto lugar á su esclavo? ¿Qué el prelado y el maestro, cuando vea que le es preferido el súbdito y el discípulo? Todos á una dirán aquello de la Sabiduría: «Nosotros, locos y sin seso, teníamos la vida de los santos por locura y su fin por afrentoso; mirad cómo son contados entre los hijos de Dios, y su suerte es entre los santos; luego hemos errado el camino de la verdad, y la lumbre de la justicia no nos alumbró, ni el sol de la inteligencia nació para nosotros». ¡Oh sol de justicia! Esclarece los ojos de mi alma con tu lumbre celestial, para que vea la ceguedad de los pecadores y escarmiente con tiempo en la miseria de ellos.

Al contrario, estarán los buenos muy contentos de verse al lado derecho de Cristo, y Cristo N. S. muy alegre de verlos á su lado. ¡Oh alma mía! Escoge en esta vida lugar bajo entre los hombres, para que el día del juicio te dé Cristo lugar alto entre los ángeles. No hagas caso de la mano derecha ó siniestra en este mundo, sino sólo de ser pobre y humilde de corazón, porque ese será el modo de que Cristo te ensalze el día del juicio. Ultimamente, si quiero saber la mano que me cabrá el día del juicio, he de mirar si soy oveja, esto es, si oigo la voz de Cristo, mi Pastor; si tengo mansedumbre y humildad, si sufro con paciencia las adversidades é injurias, y si reparto con otros liberalmente de mis bienes; ó al contrario, si soy soberbio y vengativo, si busco mi provecho temporal con daño de mi prójimo y con pérdida del bien espiritual de las almas. Haciendo reflexión sobre esto, procuraré ser oveja de este soberano Pastor, confiando que me pondrá con gran prosperidad á su mano derecha.

Coloquio.—¡Oh, Señor! ¡Cuán espantoso y cuán terrible será aquel día en que triunfará la verdad y la justicia, en el que cada cosa y cada hombre ocupará el lugar que debe ocupar, y no otro como ahora tantas veces sucede! Dios mío, ¿cuál será mi suerte? ¿Dónde estaré yo entonces? ¿Me salvaré ó me condenaré? ¿Seré del número de los predestinados ó de los réprobos? Sé que si soy cordero me he de salvar, y si no lo soy me he de condenar. Escrita estará mi sentencia en mi lengua, en mi corazón, en mi conciencia y en mis obras. Señor, que la idea de ese día terrible no se separe de mí, para que, sirviéndote con fervor y constancia, merezca estar á tu derecha en el día espantoso de tus justicias.

Propósitos.—Pensar desde ahora del mundo lo

que pensaré entonces; hacer de los juicios humanos el juicio que haré aquel día, y amar, temer y obrar como entonces quisiera haberlo hecho.

28 DE NOVIEMBRE

Del proceso del juicio universal.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Manifestación de las conciencias de todos los hombres.

Pondera cómo Dios N. S. en aquel día abrirá los libros misteriosos de las conciencias humanas que en esta vida estuvieron cerrados. Todos leerán lo que está escrito en la conciencia de cada uno, y cada uno lo que está escrito en el libro de la conciencia de todos. Conforme á lo contenido en estos libros de la conciencia, que llevamos y escribimos toda nuestra vida, y de los que nada se puede borrar, se hará el juicio y pronunciará la sentencia, para que todos vean la rectitud de la divina justicia, y juntamente para honra de los buenos y confusión de los malos. De aquí sacaré cuánto me conviene mirar bien lo que escribo en el libro de mi conciencia, porque ahora puedo escribir lo que quisiere y encubrirlo como quisiere; pero en aquel día, mal que me pese, saldrá todo á luz; y si el libro de mi conciencia estuviere bien escrito, conforme en un todo con el libro de la vida, que es Cristo-Jesús, mi libro, como dice Job, será mi defensa, mi honra y mi corona. Pero si fuere contrario al de Jesucristo, El será mi acusador, mi deshonra y condenación. ¡Oh piadosísimo Salvador, cuyo evangelio se ha

de abrir el día del juicio, para que tu vida sea como ley y regla viva por la cual se haga juicio de la nuestra! No permitas que yo escriba en el libro de mi conciencia cosa que sea contraria al tuyo; y si alguna vez, por mi flaqueza, lo escribiere, ayúdame á borrarlo con la penitencia, para que el día de la cuenta, viéndome tú conforme contigo en la vida, me hagas también conforme en la gloria.

Pero particularizando más lo que ha de pasar en esta publicación, ponderaré cómo entonces se han de publicar los pecados secretos del corazón, y los feos de la obra que se cometieron en el rincón, y los que por vergüenza se callaron en la confesión, ó se encubrieron con excusas y humanos respetos. A más se manifestarán las dañadas intenciones, las traiciones encubiertas, las hipocresías, y todas las obras que parecían santas y de verdad eran malas. Allí serán conocidos los devotos hipócritas, los Judas encubiertos, los amigos falsos, los cristianos fingidos, con grandísima confusión por verse descubiertos; porque si tanto siento que mi pecado se publique delante de diez hombres, ¿cómo sentiré que se publiquen todos juntos delante de todos los hombres y de los ángeles? ¡Oh alma mía! ¿cómo te atreves á pecar en secreto, si crees que te ve Dios y que tu pecado se ha de publicar y ver delante de todo el mundo? ¿Cómo puedes en la confesión encubrir la culpa por vergüenza, si tienes fe de esta confusión, que has de padecer por haberla callado?

Luego ponderaré, cómo Dios N. S. manifestará las buenas obras de los justos, por más secretas que hayan sido, los puros pensamien-

tos, los santos afectos, las intenciones y limosnas tan ocultas, que no supo la mano izquierda lo que hacía la derecha, y las santas obras que el mundo tuvo por malas y por las que los calumnió y condenó. Con lo cual quedarán grandemente honrados y ensalzados. ¡Oh, cuán feo y abominable parecerá allí el vicio, y cuán hermosa y apacible la virtud! ¡Oh, cuán honrado y acreditado quedará entonces el obedecer y humillarse, y el sufrir las injurias callando, sin excusarse ni volver por sí! Dichosos los que abrazan estos ejercicios virtuosos, pues tal gloria recibirán por ellos.

Ultimamente ponderaré, cómo el justo Juez en aquel día descubrirá también las buenas obras que hicieron los malos, y las malas que hicieron los buenos, pero con diferente fin. Las obras buenas de los malos, resultarán en mayor ignominia suya por no haber perseverado en el bien, perdiendo el premio de ellas por haberlas mezclado con muchas malas. Y cuando vean los avisos y buenos consejos que dieron á los escogidos, quedarán más avergonzados, porque no los tomaron para sí ni se aprovecharon de ellos. Al contrario, cuando publicare Dios los pecados que hicieron los justos, también publicará la penitencia que hicieron y los bienes que de ellos sacaron; de tal manera, que no les sean ocasión de confusión, sino motivo de alabar á Dios que los perdonó y les libró de tal miseria por su gran misericordia. Y todo redundará en mayor confusión de los malos viendo en tanta honra á otros, que hicieron los mismos ó mayores pecados que los suyos, y que allí son honrados por haber hecho con tiempo penitencia de ellos.

Punto II

De las terribles acusaciones en contra de los malos.

Considera las terribles acusaciones y cargos que de esta publicación resultarán contra los malos y en favor de los buenos. Primeramente, el demonio, acusador y calumniador de los hombres, en este día, que es el postrero de su oficio, lo hará con grande vehemencia, exagerando los pecados de los malos, como dice San Basilio, para confundirlos más delante de todo el mundo. Volviéndose al Juez, le dirá: yo no crié á éstos ni les di la vida, ni el sustento, ni los bienes de que gozaron; no padecí ni morí por ellos, ni les prometí premio eterno, y con todo eso me sirvieron y obedecieron, dejándote á Ti, que hiciste por ellos todas estas cosas. Por tanto, míos son de justicia, porque los vencí, y se me rindieron y me estimaron más que á Ti. Esto dirá el soberbio Satanás, como quien desea triunfar, á su modo rabioso, de Cristo N. S., y vengarse de El en sus criaturas.

Pondera luego los terribles cargos que interiormente les hará el mismo Cristo, trayendo á la memoria de cada uno los beneficios que le ha hecho. Yo, dirá, te crié á mi imagen y semejanza, y tú la manchaste con muchos pecados; te redimí con mi sangre preciosa, y la hollaste con tus malos pasos; te di el sacramento del bautismo, haciéndote miembro de mi Iglesia, y tú le profanaste, viviendo con escándalo en ella ó hablando impíamente contra los dogmas de la fe; te ofrecí el sacramento de la penitencia para restituirte mi gracia, y

tú escogiste vivir y endurecerte en la culpa; te convidé con mi cuerpo y sangre para tu sustento, y tú le despreciaste por los torpes placeres del mundo; te llamé con muchas inspiraciones, y tú con pertinacia fuiste rebelde á ellas; te amenacé con castigos, te regalé con beneficios y te animé con promesas de grandes premios, y no hiciste caso de todos ellos. ¡Oh miserable hombre! ¿qué más pude hacer por ti de lo que hice? Y tú, ¿qué más pudiste hacer contra Mí de lo que hiciste, estimando en más tu honra que la mía? ¡Oh ángeles y ministros míos! juzgad vosotros y ved, qué pude hacer por esta viña que no hiciese, y esperando que llevase uvas, no ha llevado sino agraces.

A esta reprensión de Cristo ayudarán los mismos ángeles de la guarda, alegando lo mucho que hicieron para desviar á los malos de su mala vida, y la rebeldía que ellos tuvieron en contradecirles. También los justos que están presentes les acusarán: unos, porque desecharon sus consejos; otros, porque recibieron de ellos grandes agravios, y otros, por el peligro en que se vieron por sus malos ejemplos.

Todo esto oirán y verán los miserables en lo interior de su alma y de su conciencia, la cual será la más terrible acusadora de todos, porque convencida con la evidencia de la verdad, y viendo la razón que todos tienen en acusarla, no tendrá qué responder, sino mucho de que acusarse. ¡Mira cuánto mejor les fuera haberse acusado de su voluntad en esta vida y con provecho, que no acusarse entonces por fuerza y sin remedio! ¡Oh dulce Jesús!

concédeme que dignamente me acuse de mis pecados delante de Ti y del confesor que me ha de absolver, porque no me acusen de ellos en el juicio para condenarme.

Punto III

De la vergüenza y confusión de los malos el día del juicio.

Considera seriamente la confusión y vergüenza que acarreará á los malos la pública manifestación ante todo el mundo de sus pecados y delitos. Porque entonces se publicarán los secretos más ocultos, los pensamientos más escondidos, y todas las obras de la obscuridad se verán con luz más clara que la del mediodía. «Yo descubriré tus ignominias, dice Dios, y estarás patente en toda tu desnudez; yo haré pública tu infamia á todo el universo». Todo tu cuidado, mientras vivías, ha sido ocultar lo que eras y parecer lo que no eras, y entonces será tu tormento, cuando esté patente todo lo que eres. Entonces se descubrirán los fraudes de aquel que quería pasar por recto; las acciones viles del otro, que era tenido por honrado; las prostituciones vergonzosas de aquella, que parecía vivir con recogimiento; los misterios de iniquidad del que acomodaba su devoción á su conveniencia; entonces se conocerá el falso devoto y el verdadero hipócrita, al lobo vestido con piel de oveja y al amigo traidor y desleal.

Pues considera que si la deshonestidad de una mujer que parece virtuosa y que repara y previene tanto las apariencias; que oculta con tanto artificio y empeño su pecado que se

lo calla á su mismo confesor y quisiera ocultarle hasta á sí misma, si ese crimen llegase á noticia de su marido, que la estima tanto y que está tan seguro de su virtud, ¿cuál sería la vergüenza y confusión de esta mujer? Pues si este delito se publicase en una ciudad; si de una reputación honrada y universal que tenía viniese á ser oprobio y escándalo de una provincia de quien antes era tenida por ejemplo, por poco decoro que tuviese esta persona, ¿podría aguantar esta confusión y esta vergüenza? La muerte misma le fuera menos horrible y espantosa.

Pues, ¿qué será la confusión de un pecador en el día del juicio, viéndose espectáculo de todo el mundo, y que sus delitos y sus obras serán publicadas á la vista de todo el universo; que los ojos de todos los hombres, de todos los ángeles y del mismo Dios le estarán mirando; que penetrarán los senos más escondidos de su conciencia, donde leerán todos sus abominables delitos, porque estarán escritos con letras clarísimas é imposibles de borrar, que habrá de sufrir y aguantar el juicio que todas las criaturas harán de él; que él mismo verá claro su miserable estado, y, por consiguiente, se reconocerá objeto de su menosprecio y execración? Mira cuánto sentimos que nos menosprecie aquella persona que estimamos ó reverenciamos, pues ¿cómo podremos sufrir este oprobio y desprecio universal? Por esto desearán los malos que los montes caigan sobre ellos, para esconderse á los ojos de todos. ¡Oh, cuánto temes el ser visto al cometer acciones pecaminosas! Sólo el temor de que te viesen enfrenaría el desorden de tu pasión

aunque no hubiese más que una persona delante; pues el temor de ver tus mismos desórdenes patentes á todo el universo, ¿no te debe enfrenar más?

Coloquio.—No esperes, Señor, no esperes á hacerme estos justos cargos en el día formidable, cuando no podré responder á ellos, ni librarme de tu ira con recurrir á tu misericordia. No esperes, Señor, á hacérmelos cuando sólo me los harás para condenarme; sino házmelos ahora, ahora que me pueden ser saludables, y que me pueden obligar, con el justo temor que me causarán, á prevenirlos, quitando los motivos que me hacen caer con tanta frecuencia; pero házmelos con un modo tan vivo, eficaz y penetrante, que rompiendo mi corazón con una contrición verdadera y llenando mi alma de una amargura y confusión provechosa, me ponga en estado de apaciguar tu indignación, de alcanzar tu misericordia, y de temer menos en aquella hora el rigor de tu justicia.

Propósitos.—Cuando el demonio te solicite á alguna acción pecaminosa, piensa, para defenderte de ella, que se ha de publicar en el día del juicio á los ojos de todo el mundo.

29 DE NOVIEMBRE

De las sentencias del juicio universal.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la sentencia en favor de los buenos.

Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo N. S., sentado en el trono de su gloria, mirando hacia los buenos, con voz blanda y amorosa les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que está preparado para vosotros desde el principio del mundo; porque

tuve hambre, y me disteis de comer». Esta sentencia meditaré, palabra por palabra, ponderando el misterio que tiene cada una.

—*Venid*—les dice—venid, para traerles á la memoria la primera vocación con que los llamó para que le siguiesen, diciéndoles: «Venid á Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os recrearé; y si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame». Y porque oyeron esta vocación, los llama con otra semejante, como si dijera: Pues vinisteis tras Mí abrazando la cruz y mortificación por seguir mi vida, venid á recibir el premio, siguiéndome en la gloria.

Venid al monte Líbano de mi Iglesia, en la cual fuisteis bautizados y lavados con lágrimas de penitencia, y crecisteis como cedros en toda virtud. Venid de la grande tribulación, donde habéis estado lavando y blanqueando vuestras estolas en mi preciosa sangre. Venid «de las cuevas de leones y moradas de tigres», en cuya compañía habéis vivido padeciendo grandes persecuciones. Salid de en medio de ellos, y venid á ser coronados y á recibir el premio que habéis merecido por las muchas victorias que habéis ganado.

«*Benditos de mi Padre*». Llámalos benditos, para que todos entiendan la inmensidad de beneficios que les ha hecho, hace y hará por toda la eternidad, cumpliendo lo que dijo el Salmista, que «el inocente y puro de corazón recibiría la bendición del Señor y la misericordia de Dios su salvador». Y no dice: Venid, benditos de Abraham, Isaac y Jacob, sino benditos de mi Eterno Padre, el cual os ha bendecido con todo género de bendición celestial, comunicán-

doos los bienes de su gracia y ahora enteramente los de su gloria. Y no dijo benditos de Dios, sino dè mi Padre, para que se entienda que todas estas bendiciones procedieron del amor paternal que Dios les tuvo por respeto de su Hijo. Y porque su bendición es eficaz, y hace luego lo que dice, con esta dulce palabra les llenará de una nueva y extraordinaria alegría.

Luegó añade: «poseed el reino que está preparado para vosotros desde el principio del mundo». Considera cómo en todo esto resplandece la infinita caridad de nuestro Padre celestial. Porque primeramente quiso que la herencia de sus hijos fuese un reino tan soberano, que por excelencia merece nombre de reino, porque no es reino terreno, sino celestial, cuyas riquezas son infinitas, y sus deleites inestimables, y hacen bienaventurados á sus poseedores. Les preparó este reino desde su eternidad, predestinándolos por sola su misericordia para que reinasen con El. Y desde el principio del mundo crió el cielo empíreo, para que fuese ciudad real y morada de estos reyes bienaventurados.

Venid, pues, á tomar la posesión pacífica de este reino, tan noble y tan antiguo, de la cual nunca seréis echados. Entrad en los gozos de mi Padre; sentaos á reinar conmigo en mi trono, como yo estoy sentado con mi eterno Padre en el suyo.

Luego declara el Juez la razón de su sentencia, y los méritos porque les da su reino diciendo: «Tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber». Y admirándose los justos de que por obras tan pequeñas

les diese un reino tan grande, le preguntarán no tanto con palabras, cuanto con afectos y sentimientos de grande admiración: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y sediento, y te dimos de comer y beber? Y ¿cuándo te vimos peregrino, desnudo, enfermo y cautivo, y usamos contigo de tal misericordia?» Luego les responderá el Señor: «Dígoos de verdad, que lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos hermanos míos, por mí lo hicisteis», porque yo estaba en ellos; y aunque pequeñitos, me precio de tenerlos por hermanos. ¡Oh, dichosos los pobres, á quienes tiene por hermanos el Juez que los ha de juzgar, y el Rey eterno que los ha de galardonar, premiando también á otros porque hicieron bien á ellos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, pues en este día alcanzarán tan gran misericordia!

Ultimamente ponderaré, que aunque Cristo N. S. en el Evangelio solamente da por razón de la sentencia las obras de misericordia con los prójimos, también declarará las demás obras buenas de obediencia y mortificación necesarias para entrar en el cielo. Y como la voz de Dios es de virtud infinita, mentalmente declarará á cada uno, de modo que lo entiendan todos, las obras especiales por las cuales le da su reino. Al mártir dirá: «Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que está preparado para ti, porque derramaste tu sangre por mí». Y á la virgen dirá: «Ven, bendita de mi Padre, por la virginidad que guardaste con limpieza de cuerpo y alma». Y al religioso: «Ven, bendito de mi Padre, porque dejaste todas las cosas por seguirme».

Punto II

De la sentencia en contra de los malos.

Considera cómo después volverá el Juez su rostro airado hacia los malos, y con una voz espantable les dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para Satanás y sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer». Considera esta terrible sentencia: «Apartaos de Mí». En ella condena á los malos á la pena eterna de daño, que es destierro perpetuo del cielo y privación de la vista de Dios para siempre. ¡Terrible y espantosa palabra! Apartaos de Mí, que soy vuestro Dios, vuestro primer principio y vuestro último fin; apartaos de Mí, que soy vuestro Redentor, y me hice hombre por vuestra causa, y recibí estas llagas por vuestro remedio; y aunque os convidé con el perdón, no le aceptasteis. Apartaos para siempre de mi amistad, de mi protección, de mi reino, de mi paraíso, de mi vista clara, y del río copioso de mis deleites.

Y porque quien se aparta de Cristo, también se aparta de los que andan juntos con Cristo, en decirles: Apartaos de mí, les dice también: «Apartaos de las jerarquías y coros de mis ángeles, apartaos de mis Apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y apartaos de la dulce compañía de mi santa Madre, que lo quiso ser vuestra y no quisisteis valeros de ella. Harto hice por traeros á mi servicio y á mi casa, y vosotros por vuestra mala voluntad os apartasteis y alejasteis de ella. Pues en castigo de esto, Yo, por mi justa voluntad, os destierro y

aparto de Mí y de todos los míos, sin esperanza de tener jamás parte en Mí, ni en cosa mía». ¡Oh Salvador mío! No venga tal castigo sobre mí, que para siempre me apartes de Ti; castígame con la pena que quisieres, con tal que siempre esté cabe Ti, unido contigo por amor.

La segunda palabra es *malditos,* con la cual, por ser eficaz, arroja sobre ellos todas las maldiciones y desventuras eternas que por sus pecados han merecido. Será maldita su alma y maldito su cuerpo; malditas sus potencias y malditos sus sentidos. Vendrá sobre ellos la maldición del hambre y sed, de la enfermedad y dolor, de la infamia y deshonra. Malditos en la ciudad donde han de vivir, en la casa que han de morar, en la compañía que han de tener, y en todas las cosas que les han de suceder. ¡Oh, qué rabia y coraje sentirán los desventurados oyendo esta horrenda palabra de su eterna maldición! ¡Oh, que envidia tan rabiosa traspasará sus entrañas, viendo que Dios bendice á los buenos, sin dejar para ellos ni una sola bendición!

Luego añadirá «id al fuego eterno», en la cual los condena á la pena eterna de sentido, que es el fuego eterno, como quien dice: No os aparto de Mí para que volváis á la anchura y libertad de vida que solíais tener, ni para que viváis á vuestro gusto en la sobrehaz de la tierra, sino para que bajéis á la cárcel obscura del infierno y ardáis en los terribles fuegos que hay en ella; y esto no por tiempo de diez años ó diez mil, sino por todo el tiempo que durare el fuego, que es eterno, y hará su oficio de atormentaros por toda la eternidad.

Luego declara el Juez la justa razón de su sentencia, diciendo: Porque tuve hambre y no me disteis de comer, ni ejercitasteis conmigo las demás obras de misericordia. Y queriendo los condenados excusarse de no haber faltado en tales obras con Cristo, les dirá: «Lo que no hicisteis con uno de estos pequeñuelos no lo hicisteis conmigo», porque yo estaba con ellos, y lo que con ellos no hicisteis, tampoco lo hicierais conmigo. Porque «quien no ama al prójimo, que ve con sus ojos, ¿cómo amará á Dios que es invisible?» Y quien se olvida de la imagen de Dios que tiene presente, ¿cómo se acordará del mismo Dios que tiene por ausente? También ponderaré, que en la razón de la sentencia pone Cristo N. S. las culpas que parecen menores, para que se entienda con cuánto más rigor castigará las culpas mayores. Porque también hará mención de ellas, y en especial declarará á cada uno entendiéndolo todos, la causa porque le condena, diciendo á los lujuriosos: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, por las lujurias y carnalidades en que vivisteis. Y á los perjuros y blasfemos: Apartaos de mí, porque profanasteis mi santo nombre, habiendo yo tenido tanto cuidado de honrar el vuestro. Lo tercero, ponderaré que los malos el día del juicio alegarán para su descargo algunas obras gloriosas que hicieron, diciendo á Cristo: «Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre y echamos muchos demonios, é hicimos grandes milagros?» Pues ¿cómo nos apartas de Ti? Pero el Señor les responderá: «Nunca os conocí. Apartaos de Mí, obradores de maldad»; que es decir: Conozco esa fe y gracias que tuvisteis, porque Yo os

la di; pero usasteis mal de ellas mezclándolas con graves pecados, y fuera razón que profetizando á otros, profetizarais á vosotros mismos; y echando los demonios de los cuerpos ajenos, los echarais de las almas propias; y haciendo obras milagrosas, hicierais también obras viruosas; mas pues no lo hicisteis, no os conozco ni apruebo, y aunque me llaméis Señor, no os quiero por amigos míos, pues no fuisteis obedientes á mi ley. De donde sacaré que si entonces no se hace cuenta de la profecía y gracia de hacer milagros sin virtudes, menos cuenta se hará de la nobleza, riquezas y dignidades, ciencias y otras cosas muy menores, pero muy estimadas de los hombres; porque á todos generalmente les dirá: «No os conozco; apartaos de Mí, obradores de maldad». En oyendo los condenados el trueno de esta espantosa sentencia, caerá sobre ellos una mortal y rabiosa tristeza; porque si las señales del juicio, que como relámpagos preceden á este trueno, secarán sus huesos de temor, ¿qué temblor causará el mismo trueno, qué aflicción el rayo y qué tormento el fuego?

Punto III

Ejecución de la sentencia.

Considera la ejecución de esta sentencia, de la cual dice Cristo N. S.: «Los malos irán al fuego eterno, y los justos á la vida eterna». Saca de las palabras de Cristo el terrible dogma de la eternidad de las penas, pues así como es eterno el premio de los buenos, así lo es el castigo de los malos. Considera cómo en el punto que se diere la sentencia, sin dilación

alguna á vista de los buenos, se abrirá la tierra debajo de sus pies, y arrebatando de ellos los demonios, unos y otros bajarán á los infiernos, y luego la tierra se tornará á cerrar, quedando para siempre sepultados en aquel abismo de fuego. Entonces se cumplirá la maldición que está escrita en el Salmo: «Venga sobre ellos la muerte, y bajen vivos al infierno». Y esta es la muerte segunda, amarga y eterna, que comprende las almas y cuerpos que murieron la primera muerte de la culpa, y la muerte corporal que de ella se siguió. ¡Oh, qué rabia tan furiosa tendrán los condenados, viendo que no pueden resistir ni impedir la ejecución de esta sentencia! ¡Oh, qué envidia tan amarga penetrará sus entrañas, viendo la gloria de los buenos de quien se apartan! Entonces verán por experiencia cuán malo y cuán amargo fué haberse apartado de su Dios y haber dejado su santo temor.

Pondera también cómo se alegrarán los buenos, según dice David, viendo la venganza que la divina justicia toma de los malos. Y aunque entre los condenados esté el que fué su padre ó madre, hermano ó amigo, no recibirán pena, por ver la mucha razón que tiene Dios en lo que hace; y así cantarán el cántico que cantó Moisés, cuando los egipcios «fueron hundidos en el mar»; y el cántico del Cordero que refiere San Juan, diciendo: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de todos los siglos. ¿Quién no te temerá, Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque tú sólo eres piadoso y tus juicios son á todos manifiestos».

De aquí subiré á ponderar el modo de la ejecución de la sentencia de los buenos, mirando cómo todos los bienaventurados se levantan sobre los aires siguiendo á su capitán Jesús, cantando mil cantares de alegría, glorificando á Dios por haberlos librado de tantos y tan graves peligros, con aquellas palabras del Salmista: «Bendito sea el Señor que nos libró de los dientes de nuestros enemigos. Nuestra alma ha sido librada como pájaro del lazo de los cazadores: el lazo se rompió y nosotros quedamos libres; porque pusimos nuestra confianza en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra». De esta manera penetrarán todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo, donde Cristo N. S. los pondrá en los tronos de gloria que han de tener, reinando con El con suma paz y gozo por toda la eternidad. ¡Oh, dichosos trabajos de la vida virtuosa, que tan bien premiados son en la vida eterna! Alégrate, alma mía, con la esperanza de tales premios, y abraza con gran fervor estos trabajos.

Por conclusión de lo dicho, me consideraré; como dice San Bernardo, en este mundo, como en un lugar medio entre cielo é infierno, y que estoy aquí al modo que están los novicios en la casa de probación, probándome Dios con los preceptos que me pone, y con los trabajos que me envía; pero ayudándome con su gracia, para que salga bien probado. Si pruebo mal, siguiendo el partido del demonio, por sentencia de Dios irrevocable seré echado del mundo al infierno; pero si pruebo bien, cumpliendo la voluntad de Dios, por sentencia suya seré llevado del mundo al cielo. Por lo

cual sumamente me conviene mirar cómo vivo para que salga de este mundo bien probado.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno, que hiciste la tierra como casa de prueba para ejercitar á los hombres que ordenaste para el cielo! pruébame Tú y ejercítame, previniéndome con tu misericordia, para que te obedezca de manera, que el día del juicio me apruebes y admitas en tu reino. ¡Oh Juez soberano! envía los relámpagos de tus divinas inspiraciones sobre la tierra de mi alma, para que contemplando lo que ha de pasar en tu juicio, tiemble y se estremezca y mude la vida para que Tú mudes la sentencia. Muda mi corazón con tu mano derecha para que en aquel día no me pongas á la izquierda. Cuando vinieres á juzgar no me quieras condenar. Perdóneme ahora tu misericordia, para que entonces no me condene tu justicia.

Propósitos.—Examinarme cada día con el rigor con que seré examinado por Cristo N. S. en el día del juicio universal.

30 DE NOVIEMBRE

NOVENA EN HONOR DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Sobre la predestinación de María santísima.

Preludios.—Imagínate á Dios reinando en la eternidad, antes que existieran el universo y el tiempo, y predestinando á María santísima, para ser Madre de su eterno Hijo y Reina de cielos y tierra. Pide al Señor luz para comprender algo de este misterio, y sobre todo para aprovechar su conocimiento en el negocio de tu salvación.

Punto I

La Virgen santísima fué predestinada antes que todas las criaturas.

Considera que es opinión de grandes teólogos que María, aun antes de la previsión absoluta por Dios del pecado original, fué predes-

tinada y elegida para ser Madre del Verbo humanado. Considerada así la especial predestinación de María, lleva consigo tres privilegios, que son tres incomparables ventajas sobre las demás criaturas.

La primera ventaja es que fué predestinada antes que toda criatura, sea humana, sea angélica, y que en la mente y en el corazón de Dios ocupó el primer lugar desde toda la eternidad. ¿No oyes cómo ella se gloría de esa asombrosa prerrogativa diciendo: «*Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam.*» En esa admirable página del libro del *Eclesiástico* verás cómo en sublime lenguaje dice la misma Virgen que el Señor ya la poseía en el principio de todos sus caminos, antes que crease cosa alguna y antes que la tierra se fundase, y que aún los abismos no eran y ella ya estaba concebida. ¿Cómo? Concebida en la mente y en el amor de Dios. Y estas y semejantes palabras que la Escritura dice de la eterna sabiduría que es el mismo Dios y que los Padres y la Iglesia aplican á María, ó nada dicen y nada prueban ó prueban que en realidad en ese misterio insondable del amor ó de la justicia de Dios que se llama predestinación, María ocupa el primer lugar entre todas las puras criaturas, y que ella puede decir: *Primogenita ante omnem creaturam.* Fuí predestinada á la gloria antes que toda criatura.

Y si es una verdad de que no duda un momento ni nuestra fe ni nuestro amor, que María supera en perfección, con exceso casi infinito, la bondad y perfección de las criaturas todas, ¿cómo no conceder que ella tuvo el primer

puesto en la previsión divina y en el corazón de Dios, que es tan justo apreciador del mérito y tan apasionado amante de la virtud y la perfección? Por eso, ante todas cosas, está Dios eternamente absorto en la contemplación de su propio sér, porque El es el único y eterno é indeficiente sol de toda hermosura y océano sin límites ni riberas de toda perfección. Pero al pasar de la contemplación de sí mismo á la de las criaturas ¿no había de fijar su vista ante todo en la más digna y perfecta, en la que mejor refleja sus perfecciones, en la que es, según el mismo Dios, blancura de la lumbre eterna y espejo sin mancha de la eterna bondad? Y ¿cómo negar que el orden del amor divino pide que, como Dios se ama á sí mismo más que á las criaturas, porque es el bien sumo, así ame á los demás seres según más ó menos participen de la bondad de Dios, fuente inagotable adonde todas las criaturas van á saciar la sed de hermosura y de felicidad que á todos nos atormenta y de la que nadie ha participado tanto como María?

Pondera, si no, una doctrina de San Agustín, que arroja luz admirable sobre estos profundos misterios. Pone este santo en la mente de Dios ideas ó conocimientos que él llama matutinos y vespertinos. Son los primeros aquellos con que contempla su misma esencia ó en ella las criaturas, como en su eterna forma y arquetipo divino, y los segundos aquellos con que ve y conoce los objetos creados en sí mismos directamente y en el sér que tienen fuera de su esencia, á la que finita é imperfectamente imitan. Pues como en el orden físico para hacer suave el tránsito de la luz del sol

á la obscuridad de la noche, puso Dios esa luz dulce y tranquila que se llama el crepúsculo de la tarde, esa estrella vespertina que es el paso del sol á las tinieblas, así en cuanto el pobre entendimiento humano puede levantarse á lo más sublime del cielo de lo más hondo de la tierra, podría tal vez decirse que al pasar Dios del conocimiento y contemplación de la eterna claridad de su esencia divina al de la obscuridad y noche de las criaturas, se quiso encontrar cual con dulce y divino crepúsculo con María, como con la primera y más graciosa de las criaturas, como con la estrella de la mañana, que es la primera que aparece en el cielo antes del sol de justicia Cristo-Jesús. ¡Oh! y cómo poder sondear el abismo de grandezas que este privilegio trae consigo.

Además, pondera que Dios N. S. no sólo ama las criaturas por sí mismo, sino que también las ama en sí mismas como en sí mismas las ve, porque en ellas se retrata su sér, como en obscuros espejos de la esencia infinita, y tanto más ama y distingue á una criatura, cuanto más participe del sér y perfección de que El es la fuente inagotable. ¿Y en dónde después de la humanidad de Cristo se ve á sí propio el Eterno, mejor que en lo que llama San Agustín idea, forma, imagen, espejo y trasunto de Dios? Todas las criaturas son como tenues riachuelos de ese océano de toda perfección y como átomos de ese sér sin medida y huellas obscuras que nos indican el paso del Criador, y en María, dice el Crisólogo, de tal manera se pinta á sí propio y se retrata Dios, que en cuanto cabe en una pura criatura es espejo, idea é imagen de sus divinos atributos. ¿Quie-

res conocer á Dios? Pues ya que tus ojos no pueden mirar directamente foco tan soberano de luz, velo retratado en María, y ve en ella, no sólo lo que reflejan, necesaria aunque imperfectamente, todos los demás seres, esto es, los atributos absolutos de Dios, sino esas divinas é internas operaciones que aun de ellas es María, *speculum sine macula,* espejo sin mancilla. En ella se retrata aquella generación arcana y misteriosa del Verbo que como en la eternidad nace de Padre Virgen, nace en el tiempo sin dejar de ser Dios de Virgen Madre. Por eso es María fuente sellada, y el sello es el rostro de Dios, en cuyas aguas tranquilas y serenas se retrata y contempla su imagen con gozo sólo superado por el de ver eternamente su imagen substancial en el Verbo, Hijo suyo y de María. Si, pues, ninguna criatura participa de la perfección de Dios como María y Dios en tanto ama á los seres todos en cuanto de El participan, claro es que ninguno ocupó ni mejor ni anterior lugar en sus divínos decretos que María.

¡Oh Virgen! ¡oh Reina! ¡oh Madre! de cuya hermosura copiaron la suya los cielos y la tierra, el sol y las estrellas, y para quien fué creado cuanto existe, dame luz para admirar tu soberana grandeza y corazón, y afecto para amarte como tú, oh Madre mía, mereces ser amada.

Punto II

Que la predestinación de María es superior á la de todas las criaturas.

Considera que la segunda prerrogativa de la predestinación de María consiste en que

ésta no sea única, como en las demás criaturas, sino que encierra un doble respecto, á cual más maravilloso. El ángel ó el hombre que Dios en su amor predestina, sólo es predestinado á la gracia durante este combate de la vida, y á la gloria después del triunfo, lo que forma, según el lenguaje de los teólogos, una sola y adecuada predestinación que encierra en sí la gracia, la perseverancia y la recompensa debida á la gracia. En María hay una doble predestinación. La predestinación á la gracia y la gloria, y la predestinación á la maternidad divina. Una que le asemeja á su Hijo natural; otra que le asemeja á sus hijos adoptivos. Por la primera podemos decir, en cierta manera, de la Madre, lo que San Pablo hablando del Hijo: «*Qui praedestinatus est filius Dei*». Jesús es predestinado á ser Hijo de Dios, y María á ser Madre de Dios. El uno es predestinado á recibir el sér de Dios; María, no á recibir, sino á dar el sér á Dios. Predestinación del Hijo y de la Madre que tienen entre sí tantas relaciones, que no son iguales; pero la una y la otra son incomparables, puesto que no hay más que Jesús que sea predestinado á recibir el sér de Dios, y no hay más que María que sea predestinada á dar el sér á Dios. Le es imposible al mismo Omnipotente levantar más la naturaleza humana y hacer un hombre que sea más que Dios, y también le es imposible levantar una mujer á que sea más que Madre de Dios. Y estas dos predestinaciones son tan inseparables y se completan tan bien á sí mismas, que forman, no sólo la base del misterio de la Encarnación, sino que son necesarias para la perfecta glorificación de la

humanidad. Porque si Jesucristo es la gloria de la naturaleza humana, María lo es de la persona humana. Imposible que la naturaleza humana se eleve más allá que á unirse con la naturaleza divina; pero la personalidad humana no es exaltada, al contrario, desaparece en Jesucristo; y en María la personalidad humana es glorificada cuanto podía serlo. Luego el colmo de la gloria para la naturaleza humana es Jesucristo, hombre-Dios; el colmo de la gloria para la personalidad humana, es María, Madre de Dios.

Y esta predestinación á la divina maternidad hace que María, no sólo se halle asociada á su Hijo en el eterno decreto de la Encarnación, sino que está asociada además como causa final de la creación, esto es, que no sólo quiere Dios la existencia de María antes de querer la existencia del mundo, sino que quiere la existencia del mundo por Jesús y por María. El mundo es para María, María es para Jesús, Jesús es para Dios. *Christus autem Dei.* Cuando se planta una viña, dice San Francisco de Sales, lo que se pretende es el fruto dorado del racimo, aunque tengan que venir antes los sarmientos secos, las hojas y las flores. Así Jesús y María fueron los primeros en la intención divina, y en consideración de este fruto deseado se plantó la viña del universo, se estableció la serie de muchas generaciones, que, como hojas y como flores, debian preceder y preparar el fruto delicioso que recrea y alegra á Dios y á los hombres. ¡Oh Virgen y madre mía! Gózome de veros tan ensalzada, que hayáis sido escogida desde toda la eternidad para ser madre del mismo de quien sois

hija. Y pues con esta dignidad os dan también el ser madre de los pecadores, mostrad ser madre mía en favorecerme para que yo sea también predestinado á la gloria.

Punto III

La predestinación de María, causa con Jesucristo de la predestinación de las criaturas.

Para más penetrar estos altísimos misterios, puedes unir á esta predestinación aquella otra que le es común con sus hijos adoptivos, por la que, como ellos, es predestinada á la gloria, pero al más alto grado de gloria que pueda alcanzar una pura criatura. De esta admirable unión de dos predestinaciones, que sólo se encuentra en María, nace la tercera prerrogativa de su eterna predestinación, y es una consecuencia del primer privilegio. Pondera, pues, que María santísima, como primera entre todas las puras criaturas en la predestinación, y elegida para la maternidad divina, es modelo de todos los predestinados, y en la predestinación de todos tiene gran parte. Jesucristo, en efecto, según el apóstol San Pablo, es el modelo de todos los predestinados y la causa origen de su predestinación, porque el orden todo de la predestinación está contenido en esas tres palabras del Apóstol: «*Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei*». El nombre de María no se encuentra aquí explícitamente; pero sí lo está sobreentendido, puesto que habiendo relación necesaria entre la Madre y el Hijo, y confundiéndose ambos en un mismo decreto, allí está María donde está su Hijo el Verbo encarnado. Y si ese nombre

no salió de la pluma del gran Apóstol, resonó, ciertamente, al hablar de estos profundos misterios en su pensamiento y en su amor. Mira, si no, el sentido completo de las palabras del Apóstol: Cristianos elegidos de Cristo, el mundo es vuestro, pues que no existe sino para vosotros, y vosotros, elegidos de Cristo, existís para El y para su Madre, y El y vosotros y todo existe para Dios, último fin de toda la creación. María, según el lenguaje admirable de un Doctor contemplativo, es el seno universal donde han sido producidos el mundo y la Iglesia; Ella es la que en sí ha encerrado toda la obra de Dios. Hecha participante de su poder, de su sabiduría y de su amor, en una palabra, de todas sus divinas perfecciones, ha sido preparada desde toda la eternidad para ser con El un principio de todas las cosas en Jesucristo, y principio de Jesucristo según la carne; luego si tal unión hay entre el Hijo y la Madre para la obra excelsa de la Encarnación, y Jesucristo es cabeza y modelo de todos los predestinados, síguese que, después de su divino Hijo, María es también modelo de la predestinación, y que nadie como Ella ha tenido tanta parte en la predestinación de los elegidos para la gloria.

Si quieres profundizar más en este misterio, recuerda que la fuente y origen de toda predestinación es Jesucristo, Dios y hombre. Dios sólo ú hombre sólo, no lo podía ser, no pudiendo así haber redención para el linaje humano. Ahora bien: si Jesucristo es Dios por su eterno origen en el seno del Padre, es hombre por su nacimiento temporal en el seno de María. De dos principios saca, pues, la predestinación de

los elegidos, del Padre que le comunica la divinidad, de María que le comunica la humanidad, de donde se sigue claramente que María participa con el Padre el privilegio de ser el principio de la predestinación de todos los elegidos. Contempla ahí la base sólida de esa doctrina consoladora que hace de la devoción á María una señal y prenda segura de predestinación. Ya sabes el fundamento de esa verdad tan dulce y gratísima para los hijos de María. Jesucristo es un árbol de vida que produce y adorna sus ramos con todos los frutos de la eternidad. Este árbol gigantesco no tiene sino dos grandes raíces por donde recibe el sér y vigor que le hace tan fecundo. Una de ellas está plantada en el cielo y en el mismo seno de Dios; la otra lo está en la tierra y en el seno de María, y ambas le son tan necesarias para ser lo que es, es decir, Salvador del mundo y de los hombres. Si le arrancáis del seno del Padre Eterno de modo que ya no reciba su divina vida, no será sino un hombre débil, y por tanto incapaz de salvar al hombre; y si le arrancáis del seno de su Madre, será sólo Dios, incapaz de sufrir y merecer por el hombre. Mas dejadle vivir con las dos vidas, dejadle esas dos raíces, y será un árbol de hermosura y fecundidad admirables. Tendrá con qué sufrir y morir porque es hombre, y tendrá con qué dar una dignidad y valor infinito á sus méritos porque es Dios. Mira, pues, el fundamento del privilegio singular de la predestinación de María. Ella es con su Hijo y por su Hijo, uno de los principios que concurren á nuestra predestinación, puesto que como es absolutamente imposible á Jesucristo el determinar la pre-

destinación de uno solo sin el concurso de su Eterno Padre, así le es también sin el de María, puesto que sin ella no sería hombre ni, por consiguiente, Salvador y Redentor de los hombres.

Coloquio.—Qué cosas tan admirables se nos han dicho de ti, ¡oh Virgen santísima! estrella de la mañana de la eternidad, aurora purísima que precediste el sol de nuestra salud y vida, Cristo Jesús. Escogióte Dios, antes que nada fuese hecho, para ser Madre de su Hijo y para eso te hizo la primera, la más bella, noble, digna y elevada de todas las criaturas. Gózome, Madre mía, cuanto puedo en tu gloria y grandezas, y por ellas te pido limpies mi alma de toda culpa y la adornes de virtudes para que merezca ser copia, aunque imperfectísima, de la hermosura de tu alma.

Propósitos.—Meditar mucho en las glorias de María para que crezcan en tu mente la idea y en tu corazon el amor á tan excelsa Señora.

MES DE DICIEMBRE

DÍA PRIMERO

Sobre la abundancia de gracia con que Dios enriqueció á María santísima.

Preludios.—Imagínate la gracia divina como un torrente de aguas purísimas que rompe sus diques derramándose impetuosamente, y al alma de la Virgen como al cauce de oro que recoge en sí ese torrente, represado desde toda la eternidad, y pide, por intercesión de la Virgen inmaculada, que te conceda siempre Dios N. S. el precioso don de la gracia santificante.

Punto I

Qué cosa sea la gracia.

Considera que, hablando en general, gracia es todo favor que Dios nos hace, y en este sentido, la multitud innumerable de beneficios que estamos recibiendo en todos los momentos de nuestra vida, son otras tantas gracias que Dios nos dispensa. Pero, hablando en particular, gracia es un don sobrenatural que Dios nos concede para llevar á cabo la obra de nuestra santificación. Esta gracia puede ser auxiliante y santificante. La gracia auxiliante se llama así, porque auxilia ó ayuda al alma para que haga buenas obras, disponiéndola para la santidad. Las gracias auxiliantes pueden ser ex-

teriores, como los buenos ejemplos, las conversaciones, compañías y lecturas buenas, la predicación de la divina palabra, y mil otros medios externos de que se vale Dios para excitarnos y movernos á la conversión y á la virtud. Gracias interiores son cuantos impulsos ó golpes sentimos dentro de nuestra alma, temores, avisos, inspiraciones, movimientos inesperados de amor de Dios, pensamientos y deseos santos. Todas estas gracias auxiliantes, ó que nos excitan y mueven hacia el bien sobrenaturalmente, son unos caritativos llamamientos del Señor, á los que debemos corresponder con fidelidad, porque la perdición de los que se condenan, regularmente comienza por no haber respondido fielmente á ellos. En cambio, su buena correspondencia dispone al alma para la santidad ó su aumento, esto es, para la gracia santificante.

Esta es ya la santidad del alma, y lo que particularísimamente se significa con la palabra gracia; porque la gracia santificante es la gracia por excelencia, la gracia de las gracias, aquel don superior á todos los dones, y sin el cual todos los demás son perdidos, porque sin la gracia santificante no hay salvación para el hombre. Es un sér sobrenatural, un segundo sér que da Dios al alma, muy superior al que le dió cuando la crió. Es, como dice el Catecismo, «un sér divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo». Sér divino, no porque sea una parte de la divinidad, sino porque es un sér tan excelente, que nada hay en todo lo criado que se asemeje más á la divinidad ni participe más de la naturaleza divina.

La gracia es, pues, un don altísimo, una cualidad inestimable que infunde Dios al alma ó á otra criatura intelectual, con que la levanta á un estado sobrenatural y grado divino, la ensalza sobre todo sér y perfección natural, y hace á quien la posee participante, por un modo admirable, de la naturaleza misma de Dios en un grado supremo, endiosando al alma, haciéndola imagen de Dios, agradable á Dios y esposa suya, hija y amiga queridísima; habitando en ella con particular presencia el Espíritu Santo, enriqueciéndola con sus dones, dotándola de todas las virtudes sobrenaturales, hermoseándola con admirables resplandores de santidad, y concediéndole derecho legítimo á la gloria de la que es semilla la gracia. De tal modo y tan íntima y estrechamente une la gracia al alma con Dios, que así como el hierro introducido en el fuego y penetrado de él participa de sus propiedades y parece fuego y no hierro, del mismo modo, y en cuanto la comparación material es posible, el alma que por la gracia se une con Dios, se asemeja á Dios.

Es, en fin, la gracia superior á toda la naturaleza, superior á todo el universo, vale más que el mismo cielo, y es tan grata á Dios, que sin ella ni los dones más extraordinarios, ni la fe, ni la esperanza, ni las demás virtudes tienen mérito en su divina presencia. Santifica al alma que la posee, haciéndola hermana de los ángeles, fortificándola para el bien y dándole derecho legítimo al reino de los cielos. ¡Oh don sobre todo don, para mí más precioso que todas las riquezas y tesoros del mundo! Si hasta ahora no te he estimado como mereces,

en adelante serás para mi corazón objeto de todos los deseos, y conservarte y amarte será la única aspiración de mi vida.

Punto II

La gracia en María santísima desde su concepción inmaculada.

Considera que siendo la gracia la santidad de alma, y pudiendo poseerse diversos grados de ella, es indudable que será más santa el alma que más gracia posea. De aquí que la criatura más santa que ha habido, hay y habrá es la Virgen santísima, que poseyó desde el primer instante de su purísimo sér tal abundancia de gracia, que nunca ha podido igualarla ni la igualará jamás criatura alguna. Llena de gracia llámala, en nombre de Dios, San Gabriel. Considera la profundidad de esas misteriosas palabras. Porque si un solo grado de gracia vale más que todas las riquezas y más que el mismo mundo, ¿cuál no será la extraordinaria riqueza del alma de María santísima siendo *llena* de gracia? No hay entendimiento criado que debidamente pueda comprenderlo.

Pondera la primera razón de esta plenitud de gracia de María, que es el fin para que Dios la destinó. Porque es propio del Señor el distribuir sus dones á proporción de los cargos para que destina á sus criaturas; ¿qué gracias, pues, no daría á María santísima, destinada á ser Madre suya? Pues es tal la excelencia de la Madre de Dios, que sólo Dios, que cuenta las estrellas del cielo y las arenas del mar, sabe los grados de gracia que corresponden á

la dignidad de una mujer que había de ser templo vivo de Dios, palacio en que habitase nueve meses el Verbo humanado y que había de dar la vida temporal al que es hijo, desde la eternidad, del Eterno Padre. Determinada la altura de una columna, saben luego determinar los arquitectos qué base debe tener. ¿Y quién puede considerar la alteza y dignidad de la maternidad divina? ¿Quién, pues, comprender la gracia y la santidad que debe servirle de base? Destinando Dios á la Virgen para Madre del Verbo divino era razón que, en cuanto lo permitiese el sér de una pura criatura, María fuese en todo semejante á Cristo. Entre Cristo y su Madre fué menester alguna proporción de santidad y de gracia semejante, si no igual. Además, Dios N. S. la destinaba, no sólo á ser Madre de Cristo, sino Madre y reina de todos los escogidos, y convenía que en este sentido y como restauradora de los males causados por Eva, gozase de cierta preeminencia, y que á proporción de esta preeminencia la enriqueciese Dios con su gracia, de la que había de ser canal para todos los hombres; por eso, así como al formar el mar quiso que allí concurriesen todos los ríos, así al formar á María quiso que se reuniesen en su corazón todas las virtudes que están en las demás criaturas, pero en mucho más alto grado.

Además, considera que la gracia de todos los santos y aun la de todos los ángeles no sale nunca de los límites de gracia de siervos y de esclavos, mientras que la gracia de María es gracia de Reina y Señora de los hombres y de Madre de Dios. Pondera, también, que para

que Dios escogiese á María para Madre suya, era preciso que le fuese más grata y amable que todas las criaturas juntas, ¿y qué es lo que nos hace agradables á Dios más que la gracia, cuya medida es la medida del amor de Dios á las almas?

Por mucho que meditemos no llegaremos nunca á formar un juicio aproximado de las excelencias del mar de gracia que el Eterno derramó en el alma de la Virgen. ¡Un Dios que enriquece á su Madre, y la enriquece para satisfacer el amor que la tiene, y la enriquece para pagar aquella deuda suma de su naturaleza humana y que hace de ella la obra más admirable del mundo sobrenatural y en ella reune todos los dones y privilegios que se hallan esparcidos en todas las criaturas; pero de un modo incomparablemente más rico y perfecto, como convenía á su dignidad! Por eso debemos pensar y creer que la gracia que María recibió ya desde su Concepción fué tal, que Ella sola poseyó más gracia que jamás ha poseído en la cumbre de la santidad, no sólo ningún santo en la tierra sino todos los santos y los ángeles juntos en el cielo.

Pondera ahora cuánto acrecentó la Virgen durante su vida aquella primera gracia. No hay cifras en la tierra para expresar esos maravillosos aumentos, si no se entra en la mente divina á buscar las que allí tiene ocultas Dios N. S., porque aquella primera gracia tan inmensa la fué aumentando después la Virgen con mayor velocidad que la de la luz del sol al difundirse por los confines del mundo. Porque considera que estando la Santísima Virgen libre de todo incentivo de pecado, volaba

sin oposición ninguna, y con increible rapidez, á tales alturas de santidad y perfección que sólo á María le ha sido dado llegar. Aun suponiendo que María no hubiera recibido más que un grado de gracia en el primer instante de su inmaculada Concepción, con todo esto, sólo en un día habría llegado á una riqueza tan inexplicable, que aun los mismos entendimientos de los serafines tratarían en balde de medirla. ¿Qué será si pensamos, como así es en realidad, que la primera gracia que recibió la Virgen sobrepujó inmensamente á la última del más alto entre los espíritus angélicos, y que aquella primera gracia tan inmensa la fué ella aumentando rapidísimamente, no sólo en el espacio de un día, sino en el de toda su preciosa vida, advirtiendo, como lo enseñan graves autores, que ni aun durmiendo cesó jamás de merecer? Oh misterios de santidad y de misericordia. Con razón, oh Madre mía, te llamamos Madre de la divina gracia, pues aunque Tú no eres su origen y manantial, es tal la abundancia de ella que hay en tu alma, que tienes para repartir entre todos tus hijos.

Punto III

Del sumo cuidado que debemos tener en acrecentar la gracia á imitación de María.

Considera que «una sola cosa es necesaria», dice el santo Evangelio; y en otro lugar: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»; sentencias ambas que expresan que el hombre ha sido criado sólo para salvarse, que ese es su último fin, y que si no lo consigue, lo pierde todo. Pues bien, consi-

dera que sin la gracia santificante, todos los demás dones son perdidos, porque sin esa gracia, ningún hombre puede salvarse. Mira cuán necesaria nos es, que todo el fervor con que la pidamos á nuestro Señor será poco, y que poco será asimismo todo el cuidado é interés que pongamos en conservarla y acrecentarla, una vez recibida. ¿De qué nos servirá á la hora de la muerte haber sido los dueños y dominadores del mundo, y haber poseído y poseer aun en aquel instante todos los demás dones, gracias y virtudes, si no tenemos la gracia de Dios? Sin ella todo lo perderemos, y, lo que es peor, nos perderemos nosotros mismos para siempre, irremisiblemente. Y sabiendo todo esto, como lo sabemos, ¿cómo no procuramos vivir de modo que jamás nos pongamos á riesgo de perder, por el pecado, la gracia santificante? ¿Cómo no procuramos conservar y aumentar el divino tesoro de la gracia una vez adquirido, para tener una relativa seguridad de poseerlo á la hora de la muerte, ya que la muerte es, ordinariamente, según ha sido la vida?

Haz, pues, altísimo aprecio de este don divino, por lo que es en sí y por lo que perdemos al perderle. Piérdese con la gracia santificante un sér divino que levanta al hombre sobre toda la naturaleza; piérdese la caridad, reina de todas las virtudes; piérdense juntamente todas cuantas virtudes sobrenaturales se infunden con la gracia, excepto la fe y la esperanza, y tal puede ser el pecado, que aun éstas se pierdan; piérdense los dones del Espíritu Santo; piérdese el mismo Espíritu Santo; piérdese el ser hijo de Dios, el ser su amigo;

piérdese el derecho al reino de los cielos; piérdese la vida del alma; piérdese el hacer obras merecedoras de la gloria; piérdense todos los merecimientos hechos; piérdese toda la gracia recibida en los sacramentos; piérdense innumerables riquezas espirituales; piérdese, en fin, á Dios, y con Dios todo lo más que se puede perder.

Considera, por último, que cuatro son las disposiciones que debe haber en nuestra alma para alcanzar la gracia: fe firmísima, santo temor de Dios, esperanza en su misericordia y verdadero dolor de nuestros pecados. Mas no basta conseguir la gracia, sino que es menester aumentarla constantemente. Esto se consigue con la penitencia y santa vida, sirviendo y amando á Dios con todo fervor y diligencia; procurando gran pureza de intención y de conciencia y evitando todo pecado y ocasión de pecar, y prefiriendo perderlo todo, absolutamente todo, antes que perder este don divino, que debe valer para nosotros más que la misma vida.

Coloquio.—¡Oh Virgen purísima, Madre de Dios, Reina de todo lo criado, levantada sobre todos los cortesanos del cielo y más resplandeciente y pura que los rayos del sol! Vos sois más gloriosa que los querubines, más santa que los serafines, y, sin comparación, más sublime y aventajada en gracia que todos los ejércitos del cielo. Vos sois la esperanza de los patriarcas, la gloria de los profetas, la alabanza de los apóstoles, honra de los mártires, alegría de los santos, ornamento de las sagradas jerarquías, corona de las vírgenes, inaccesible por vuestra inmensa caridad, Princesa de todos, guía de todos y doncella sacratísima; por Vos somos reconciliados á Cristo mi Señor. Guardadme debajo de vuestras alas, apiadaos de mí; Reina y Madre de la gracia, hacedme partícipe de las riquezas in-

mensas que atesoráis, para que por vuestra mediación logre gozar en el cielo de la vista de vuestro Hijo.

Própositos.—Estimar más un grado de gracia que todos los tesoros de la tierra.

2 DE DICIEMBRE

De la pureza sin mancha de María santísima.

Preludios.—Imagínate escuchar aquel sublime cántico reservado en el cielo á las vírgenes, del que nos habla el *Apocalipsis*, y pide al Señor, por intercesión de María santísima, que te haga puro y limpio de corazón.

Punto I

De cuán sublime y excelente es la virtud de la pureza.

Considera que no en balde se ha comparado esta preciosa virtud de la pureza, con la inmaculada blancura de la nieve, que no puede tocar cuerpo alguno extraño sin que quede más ó menos manchada; y también con un clarísimo y limpísimo espejo, que empaña el menor soplo ó hálito. Por eso la ley evangélica prohibe en esta materia, no sólo las palabras, las obras, los pensamientos y los deseos impuros, sino también las cosas que provocan á la impureza, vicio ó pecado de los más opuestos al carácter y vocación del cristiano.

En vista de la gran estimación en que el Señor tiene á la pureza de alma y de cuerpo, no es de admirar que la hayan profesado un número casi infinito de almas santísimas, ni que los Santos Padres hayan apurado su elocuencia en alabarla. San Cipriano la llama «flor de los frutos de la Iglesia, decoro y adorno de las gracias del espíritu, delicia de la

naturaleza, obra perfecta é incorrupta del honor y la alabanza é imagen de Dios en que reverbera su inmensa santidad». «¡Oh, cuánta es, exclama San Ambrosio, la gracia de la virginidad, que mereció ser escogida para templo corporal de Dios, en el que habitase la plenitud de la divinidad!» «La virginidad, dice en otro lugar, elevándose sobre la condición de la naturaleza humana, hace á los hombres semejantes á los ángeles, y aún es mayor la victoria de las almas vírgenes que la de los ángeles, porque éstos viven sin carne y aquéllas triunfan en la carne». Tal es la excelencia de la virginidad, de esta celestial virtud tan perseguida del mundo, tan estimada de las almas puras, tan apreciada de la Iglesia, tan admirada de los ángeles, tan amada de Jesucristo y tan agradable á Dios, que sólo se manifiesta á los limpios de corazón.

Punto II

De la pureza y virginidad de nuestra Señora.

Considera que fuera de Dios, nada hay tan puro ni en los cielos ni en la tierra, como María. Su pureza está sobre la de los mismos ángeles que asisten al Trono del Señor, sobre la pureza de los serafines que se abrasan en la hoguera de la divinidad, sobre la pureza de la luz de los cielos, de la nieve y de todas las más puras criaturas. El Dios de la pureza no había de encarnar sino en el seno de la pureza, ni vivir encerrado nueve meses sino en el santuario de la virginidad, ni tener una Madre temporal que no fuese Virgen, y si una Virgen paría, tenía que dar á luz á todo un Dios. Es

verdad que para esto fué necesario trastornar las leyes más constantes de la naturaleza y multiplicar los portentos. Mas si era conveniente y decoroso y podía Dios hacerlo, no se puede decir que no lo hizo. Que convenía, es indudable, porque era El, Dios de la pureza, la santidad infinita, la que debía habitar en las entrañas de aquella Mujer; y que podía, es igualmente indudable, porque es omnipotente; y el que una Virgen diese á luz al que es lirio de los eternos collados y cordero inmaculado que se apacienta de azucenas, no encierra intrínseca contradicción: luego, si podía y convenía, lo hizo. Todas las razones que puedas meditar para probar que María fué purísima, limpísima y sin mancha alguna y que fué Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, se reducen á ésta: «Dios se formó una Madre para sí, y esta Madre es María». Con esto está dicho todo. Porque todo lo que se añada á esto es innecesario. El que sepa que María fué escogida y predestinada entre todas las mujeres para ser Madre de Dios, no necesita más para saber que fué virgen, inmaculada y purísima: purísima en su Concepción, purísima en su niñez, purísima como doncella, como esposa y como Madre; purísima en la vida y purísima en la muerte; purísima en sus deseos, purísima en sus pensamientos, purísima en todas sus acciones y palabras, purísima en su alma.

Considera, en efecto, que si un excelente é inspiradísimo pintor hubiese de representar en el lienzo la imagen de una mujer, tal y conforme él la deseara para esposa suya; si se le dijese: «Tan hermosa y tan pura como

hagas la imagen se te dará la realidad», dime, ¿perdonaría diligencia, invención ni industria para hacerla sin mancha alguna? ¡Qué lindeza de rostro, qué majestad, qué expresión tan divina procuraría darle! Pues si tan pura y sin mancha haría aquella imagen un pintor humano, ¿cuán pura y hermosa, pues que en el orden moral la hermosura es la pureza, no haría el Verbo eterno á aquella mujer que había de ser su Esposa y su Madre, pudiendo El sólo entre todos delinearla y formarla á su gusto? Si al santo rey David parecía poquísimo haber acumulado montes de plata y oro para la construcción de un templo material, ¿qué deberemos pensar de los tesoros que Dios empleó en fabricar para sí mismo un templo vivo en la persona de la Virgen? Quiso fabricarse un palacio que superase en dignidad y perfección al templo que David ideaba, cuanto la verdad excede á la figura; un palacio en el cual Dios quería habitar personalmente por espacio de nueve meses. Ahora bien, ¿quién, sino Dios, puede saber qué abundancia de riquezas de gracia fué menester para engalanar con magnificencia celestialmente suntuosa esta augusta morada de la Divinidad? La pureza de María tiene su base, como todos sus privilegios, en la maternidad divina, que es el puesto más sublime á que puede ascender una pura criatura; porque es una suma conjunción de ésta con el Bien Sumo, y es una cercanía tan grande á aquel Dios que dista de todas las criaturas infinitamente, que Santo Tomás no la supo explicar con otros términos que con decir, «que esta maternidad toca de muy cerca con su operación en los límites de la Divi-

nidad». Es, pues, el augustísimo título de Madre de Dios un abismo de perfección, y de ese abismo, como de indeficiente é inexhausto venero, manan en la Virgen tantas honras y privilegios, que son inenarrables. Porque como la filiación natural de Dios es el manantial de todas las honras extraordinarias que se le deben á Cristo, así la maternidad natural de Dios es el manantial de todas las honras extraordinarias que se le deben á María.

Pues entre todas esas perfecciones, honras y privilegios, ninguno tan apreciado por María como el de ser purísima y sin mancilla, privilegio aún más estimado de ella que el de la maternidad divina. La constante voluntad de conservar siempre la integridad del cuerpo, en que consiste la esencia de la virginidad, era por excelencia la virtud de María. ¿Quién, sino ella, confirmó y fijó para siempre esta voluntad con un voto eterno? Antes de la Reina de las vírgenes era inaudita y llena de oprobio en el Antiguo Testamento, la virginidad; y ¿quién la levantó de tanto abatimiento, ensalzándola, glorificándola y haciéndola triunfar del mundo y de la carne en esa innumerable multitud de vírgenes que son uno de los más bellos ornamentos de la Iglesia, sino la purísima azucena de Nazaret? Y cuando el arcángel San Gabriel fué á anunciarla, de parte del Altísimo, que sería Madre del Verbo eterno, sabido es que la Virgen no dió su consentimiento sino después de asegurarla que aquel prodigio se verificaría por la virtud del Espíritu Santo, esto es, sin detrimento alguno de su virginidad, y por un medio singular é incomprensible de la omnipotencia de Dios altísimo, que la ha-

ría fecunda sin que dejara de ser virgen. San Ambrosio dice, «que tan abundante era en la Señora la gracia de la virginidad, que no solamente la llenaba de hermosura, pureza y santidad, sino que sólo su vista confería el don de la castidad á cuantos la visitaban»; y Gersón expresa, «que su fisonomía era tan modesta, majestuosa y angelical, que en cuantos la veían imprimía profundo respeto hacia su persona, y afecto muy subido á la pureza». Y cuántos y cuántas no han experimentado que sólo el pensar en Ella, el mirar alguna de sus imágenes, el pronunciar su nombre ó recurrir á Ella de cualquiera otra manera, disipa las tentaciones y reprime los movimientos contrarios á la castidad? ¡Oh virginidad de María, cuán admirable eres! ¡Oh Madre, oh virgen singularísima! cuán cierto es que comparados con Vos los mismos astros y los mismos ángeles del cielo, aparecen manchados á los divinos ojos. Imprime en mi corazón de hijo tuyo, amor sincero á esa preciosa virtud, para que en ella y por ella merezca ser verdadero hijo tuyo.

Punto III

Del sumo cuidado que debemos poner en conservar la pureza.

Nada hay que eleve tanto al hombre como la pureza, ni nada que le envilezca, degrade y mancille como el vicio contrario. Tanto es lo que eleva al alma que casi le hace cambiar de naturaleza, asemejándonos á los ángeles, pero con esta diferencia: que la pureza en los ángeles carece de merecimiento, porque es propio

de su naturaleza el ser puros, pues carecen de cuerpo, mientras que el hombre, para ser puro, tiene que triunfar de sí mismo, triunfo meritísimo á los ojos de Dios y que tiene preparadas en el cielo palmas y coronas de extraordinaria gloria. En cambio, la impureza le degrada tanto, que le hace semejante á las bestias y á los demonios.

Esto sólo debe hacernos evitar con sumo cuidado toda falta en esta materia, y toda ocasión. Si queréis conservar la castidad, dice San Francisco de Sales, huid todas las ocasiones de perderla. Y en otro lugar dice: La impureza es más fácil de evitar que de corregir: en esta materia, el más ligero principio acarrea fatales consecuencias.

La impureza, además, profana el cuerpo del deshonesto, mancha la honra y la estimación; á ella sola se aplica el nombre de pecado feo, y lo es tanto, que las almas verdaderamente puras ni le nombran, pues así lo manda el apóstol San Pablo, ni pueden oirle nombrar sin sonrojo y vergüenza: disminuye la robustez y las fuerzas, y muchas veces llega hasta destruir la salud y abreviar la vida, y, sobre todo, estraga y corrompe el alma, mal incomparablemente más funesto que todos los del mundo. Estragado el corazón por la impureza, fácilmente se apodera del entendimiento el error, y se trastorna la razón: no hay pasión que sumerja al hombre en más profundas tinieblas ni que le arrastre á mayores desórdenes.

Desea, pues, de todo corazón y procura con verdadero empeño ser limpio, puro y casto en todos tus pensamientos y deseos, palabras y acciones, y evita los más remotos peligros

las más ligeras faltas contra la preciosa virtud de la pureza, y defiéndela como flor preciosa con las espinas de la mortificación del corazón y de los sentidos, y con la penitencia exterior, pues es imposible ser casto sin ser devoto y mortificado. Imita al armiño, de quien se cuenta que cuando huyendo perseguido en la caza encuentra un lodazal que amenaza manchar su inmaculada blancura, se para, se repliega, retrocede y espera y sufre la muerte antes que manchar con el cieno su blancura.

Sé hijo digno del Dios de la pureza, que no quiso nacer sino de Madre virgen, ni tener un precursor que no estuviese adornado de este don excelso, ni un padre adoptivo que no conservase siempre la virginidad, ni un discípulo á quien permitiese reclinarse sobre su pecho que no fuese purísimo; de un Dios, en fin, que si ha de formar en el cielo un coro privilegiado que le acompañe y siga por dondequiera que vaya, ha de componerse de millares de vírgenes que canten un cántico nuevo y sublime que no podrán cantar los demás bienaventurados, ni aun los mismos ángeles.

Coloquio.—¿Qué haré yo, miserable mortal tan débil, tan flaco, tan rodeado de peligros por parte del mundo, del demonio y de la carne; qué haré yo, Dios mío, sino recurrir á Ti en demanda de auxilio y fortaleza que me haga triunfar de tan rudos y continuos asaltos? ¡Yo bien conozco que por mí nada puedo, y que caeré cuantas veces sea tentado, si Tú no me sostienes: ven en mi ayuda, Señor; te lo pido por aquella purísima y santísima criatura que te ama más que todos los santos juntos, y á quien Tú amas más que á todos ellos porque fué la más pura y santa de todos! ¡Y Tú, Virgen inmaculada y bendita, que amaste tu pureza y virginidad más que

todos los dones y privilegios singulares con que te enriqueció el Altísimo, hazme casto, puro y limpio de corazón, para que agrade al Dios de la pureza y consiga algún día alabarle contigo en el cielo!

Propósitos.—Huir como de la peste de todo cuanto pueda mancillar la pureza de tu alma ó de tu cuerpo.

3 DE DICIEMBRE

De la incomparable hermosura de María santísima.

Preludios.—Imagínate á la santísima Virgen, viva y gloriosa, ascendiendo á los cielos circundada de vivísimos rayos de luz, de gloria y de innumerables ángeles que entonan himnos triunfales, y pide á la celestial Señora la gracia de adornar tu alma con todas las virtudes cristianas, para hacerla verdaderamente hermosa á los ojos de Dios.

Punto I

De las diferentes clases de belleza, y cuál de ellas sea la más excelente.

Considera que la hermosura es de suyo tan amable, que no hay hombre alguno que al contemplar un objeto verdaderamente bello, no se sienta atraído hacia él é inclinado á amarle con mayor ó menor fuerza, según sea mayor ó menor el conocimiento que tenga de su belleza. No puede darse de esto otra razón, sino que Dios ha dotado á nuestra alma de una tal disposición ó inclinación hacia todo lo hermoso, que tan pronto como nos encontramos en presencia de un objeto bello y contemplamos claramente su belleza, se despierta en nuestra alma, sin que nosotros podamos evitarlo, el amor hacia aquel objeto, acompañado del gozo que es inseparable del amor.

Entiéndase que sólo el amor de lo *verdade-*

ramente bello merece el nombre de amor, porque «lo que no es bello, decía San Agustín, tampoco puede ser amado; el amor es concupiscencia cuando no se funda en la belleza verdadera, porque en esto cabalmente se diferencia el amor perfecto, que es el único que merece el nombre de amor, del amor imperfecto; en que el primero se va tras la belleza y el segundo busca lo útil». Así, pues, cuando hablamos del amor que en nosotros despierta la belleza, entiéndase que hablamos del amor perfecto. Porque así como existen dos clases de seres, corpóreos y espirituales, así también existen dos clases de belleza; la belleza ó hermosura es, pues, un atributo, común á las cosas materiales y á las inmateriales, pero en las últimas se muestra en un grado mucho más elevado, porque éstas por su propia naturaleza, son mucho más perfectas ó excelentes que las materiales y corpóreas.

La belleza de los seres corpóreos, según San Agustín, es «la congruencia ó conformidad de las partes, acompañada de cierta suavidad de color». En la belleza espiritual se pueden distinguir dos especies: la puramente intelectual, que consiste en la luz y claridad de la verdad, y la moral, que es la belleza de la bondad, y consiste en «la conformidad de los actos de los seres libres con las reglas inmutables y eternas del orden moral», y esta es, pues, la más alta y excelente belleza.

Bello es lo semejante á Dios, lo que nos lleva á Dios, lo que nos habla de Dios; y por eso el pecado, ó lo que nos lleva al pecado, que es negación de Dios, y, por consiguiente, de la belleza, es esencialmente feo; y en nada, mo-

ralmente malo, puede haber verdadera belleza. Las criaturas son más bellas á medida que ostentan con más claridad las huellas del sér divino y cuanto más se asemejan á Dios, belleza absoluta. El hombre es la obra maestra de Dios, pero la hermosura de su alma es inmensamente superior á la de su cuerpo, y la principal belleza del alma es la bondad. La belleza del alma es, pues, *la virtud*. Esta es la más excelente belleza, el más valioso adorno, la más excelsa hermosura de la criatura racional, que puede elevar al hombre á un grado inconcebible de belleza moral, igual á la de los mismos ángeles. Fija en tu mente estas ideas que purifican y elevan el alma, y por ellas aprenderás á despreciar todo lo que los hombres llaman hermoso, si eso no te sirve para llevar tu corazón á Dios, manantial de toda hermosura.

Punto II

Hermosura del alma de María.

Considera que ni los espíritus angélicos alcanzarían á bosquejarnos la belleza incomparable de María santísima, pero se dignó hacerlo el Espíritu Santo, pintándola con aquellas palabras de los «Cantares»: «Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay mancha en ti». Esta palabra «toda» expresa, según Santo Tomás, una especie de infinidad, y así, decirnos que María es toda bella, es enseñarnos que en su persona se encierra toda la belleza posible en una pura criatura, y que no hay en María, ni imperfección alguna, por leve que se considere, ni sombra siquiera de mancha moral. Por-

que es toda hermosa, cabal y perfecta en su cuerpo y en su alma toda y en todo su sér.

Pondera, en efecto, cómo fué hermosísima en su cuerpo, que estuvo dotado en el más alto grado de todas las cualidades y excelencias propias de la belleza corporal. Los dones naturales fueron depositados por Dios en aquel tesoro purísimo de todas las gracias con la abundancia y profusión que era menester para el fin de aquella dignidad singular á que se ordenaba. ¿Qué armonía, qué proporción y qué gentileza no pondría Dios en aquel sagrado cuerpo que había de ser arca y sagrario del alma más hermosa que, exceptuando la de Jesucristo, había de salir de las divinas manos; en aquel cuerpo que habían de admirar los ángeles y debía arrebatar con su dulzura y suavidad el corazón de los hombres; en aquel cuerpo, en fin, del que había de formarse á su tiempo el Cuerpo de Cristo, y había de ser, durante nueve meses, templo y recámara de la divinidad?

No es, pues, de extrañar, que los pueblos «corriesen á verla y escucharla», como lo testifica San Ignacio, mártir, ni que al llegar á su presencia San Dionisio Areopagita y mirarla de cerca se quedase como extático y fuera de sí, testificando él mismo con solemne juramento que, á no impedírselo la fe, se hubiera postrado á sus pies para adorarla como á Dios. Mas pondera que la principal hermosura que resplandecía en aquel purísimo cuerpo, dependía del alma purísima que en él moraba; porque el principal elemento de la belleza humana es el alma, manifestándose en el semblante y en todo el exterior, como el sol

que se nos deja ver á través de una nube. Claro está que cuanto más hermosos sean en sí ó respectivamente el cuerpo y el alma, más hermoso resultará el compuesto todo, y el alma hermosísima de la santísima Virgen, resplandeciendo en su cuerpo como la luz que irradia al través de un vaso de finísimo alabastro, comunicaba tal encanto, realce y atractivo, tan extraordinaria belleza á aquel hermosísimo rostro, en el que deseaban mirarse los ángeles, que la lengua humana en balde intentaría expresarla.

¡Oh, cuán hermosa, cuán hermosa es el alma, una y mil veces admirable y bendita de María Inmaculada! Considera que si en cualquier alma que esté en gracia mora con particular presencia el Espíritu Santo enriqueciéndola y hermoseándola con sus dones, ¿qué no sucedería en el alma benditísima de la celestial Señora, océano sin límites ni riberas de todos los dones y encantos sobrenaturales de Dios, que hizo de Ella la imagen más perfecta de su hermosura y el espejo sin mancha de su bondad? Llena estaba de la gracia santificante, y enriquecida con todos los dones y frutos del Espíritu Santo, con todas las virtudes naturales y sobrenaturales; y unos y otras las poseía en último grado. En una palabra: su alma estaba adornada con todas las gracias imaginables en una pura criatura. Deduce de ahí la hermosura del alma de María.

Considera, por último, que si Dios es la belleza absoluta y hace á las criaturas tanto más hermosas cuanto más á ellas se comunica, María sola tiene más grados de belleza que todas las demás criaturas juntas, pues á

nadie se ha comunicado tanto como á su madre, que fué el cielo en que nació la belleza increada, y si en el orden sobrenatural la gracia es la hermosura del alma, quien fué llena de gracia debió ser la más hermosa entre todas las criaturas. Además, el amor de Jesús es quien produce la belleza de María, y la belleza de María es quien cautiva el amor de Jesús; María no es bella á los ojos del Verbo, sino porque El la ama, y la belleza que le da amándola, iguala al amor que le tiene. Si conociéramos la medida del amor que le profesa su Hijo divino, conoceríamos también la excelencia de la hermosura que le comunica; no puede ser ésta la belleza infinita y esencial de Dios, pero sí toda la conveniente á la Madre de Dios. Y ¿qué entendimiento criado puede comprender cuánta es la belleza y la gracia que conviene á la Madre de Dios?

Punto III

De cuánto hemos de procurar la hermosura del alma.

Considera que si no hay cosa más bella que un alma donde habita Dios por su gracia, tampoco hay cosa que debamos buscar con más ahinco que esa misma gracia de Dios, que es la única hermosura del alma. La Virgen santísima debía su hermosura sin igual á ser océano inmenso de la gracia de Dios, y si nosotros queremos parecernos á nuestra Madre, debemos buscar con afán esa margarita preciosa de la gracia, que es la joya más rica y más bella del hombre. Con la gracia de Dios no hay cosa más hermosa que el alma; sin ella,

nada tan feo ni tan repugnante á los ojos del mismo Dios.

En segundo lugar, la belleza del alma es la virtud, y ésta ha de ser, después de la gracia, la principal belleza que busquemos con afán. «El hombre que quiera ser hermoso, dice Clemente de Alejandría, que adorne lo que en el hombre es más hermoso, es á saber: el espíritu, y añada cada día alguna cosa á su hermosura». Y en otro lugar dice, hablando de la mujer: «No con los hechizos de falaz artificio ha de adornarse el rostro: queremos enseñarle otro arte: el arte del adorno verdadero. La hermosura interior es la mejor; como ya hemos dicho muchas veces, aquella hermosura con que el Espíritu Santo adorna las almas, derramando en ellas su esplendor; la justicia, la prudencia, la fortaleza, la templanza, el amor á todo lo bueno, y, finalmente, el pudor; he aquí los más hermosos colores que jamás se vieron. Sólo el alma recta es, pues, concluye, verdaderamente buena y bella».

Procura, pues, hacer menos caso de la hermosura y atavíos de tu cuerpo, que al fin no es más que un saco de podredumbre, y fijarte más en la hermosura del alma que no muere, en esa rectitud del corazón y de la mente, acomodando todas tus palabras, acciones, pensamientos y deseos á la ley de Dios, y llegarás á ser verdaderamente bueno y, de consiguiente, verdaderamente hermoso, ya que lo más malo que existe, ó sea el pecado, es al par lo más feo; y lo más bueno, ó sea la virtud, lo más hermoso á los ojos de Dios.

Coloquio.—Virgen benditísima, hermosa á semejanza del primer pensamiento de Dios y pura más

que la nieve de los eternos collados y que la aurora de la eternidad. Tú, trono glorioso del pacífico Salomón, y vara de la raíz de Jesé, que nunca tuvo nudo de pecado, y nos engendró la flor del mundo suavísima y hermosísima, Jesucristo N. R.: Tú, Belén, ciudad de pan vivo; Sión santa, alcázar del rey David; ciudad de Dios, de la cual se predican tantas maravillas y alabanzas, lienzo limpísimo y delicadísimo sin arruga ni mancha, y sepulcro nuevo en que se envolvió y depositó el sagrado cuerpo de tu Hijo. Lirio entre las espinas, verjel cercado, puerta de Oriente cerrada por la cual sólo Dios pudo entrar; fuente sellada de la cual la antigua serpiente en ningún tiempo pudo beber; Tú, Señora, eres más blanca que la azucena, más hermosa que la rosa, más suave que el bálsamo y más dulce que la miel. Tú, fuente del paraíso, pozo de aguas vivas, vaso purísimo vacío de toda amargura y lleno de toda consolación; Tú, gloria del linaje humano, ornamento del cielo y singular hermosura de todo lo criado, no me desheches, Señora, no me desprecies, no me vuelvas los ojos: mírame, recógeme, ampárame, para que el Señor me haga de sucio limpio, de pecador justo, de tibio ferviente y devoto por tu purísima Concepción.

Propósitos.—Poner la verdadera belleza, no en las galas pasajeras del cuerpo, sino en los adornos de la gracia de Dios y la virtud.

4 DE DICIEMBRE

Del amor de María santísima á Dios y á los hombres.

Preludios.—Imagínate á María en su encumbrado trono de gloria, y pídele la gracia de ser en esta vida fiel imitador de sus virtudes, para llegar á gozar eternamente en el cielo las delicias del amor divino y de su dulcísimo amor.

PUNTO I

De la dulzura y excelencia del amor divino.

Considera que no hay cosa más excelente y dulce, ni en la tierra ni en el cielo, que el

amor. El amor es la vida del alma, y el alma sin amor es cabalmente como un cuerpo sin alma. Un corazón que no ama es, según el evangelista San Juan, un corazón en brazos de la muerte; *qui non diligit, manet in morte.* San Jerónimo y San Buenaventura, colocan entre las cosas imposibles á un alma sin amor; pero todavía puede decirse más: parece que no hay cosa en el mundo, sin exceptuar las inanimadas, que no sea gobernada, poseída y encadenada por el amor. Gran cosa es, pues, el amor; es un placer tan suave, intenso y dulce, que atrae y como que hace violencia al más duro y austero corazón; es el más rico venero de vida y de gozo, y el único capaz de nutrir y henchir de contento, felicidad y delicias el alma, en esta y en la otra vida. Pero ¿reune estas condiciones el amor de las criaturas? ¡Ah, no! El amor, para ser fuente de gozo verdadero, cumplido y lleno, no sólo ha de ser correspondido, sino que no ha de correr riesgo de no serlo. Y ¿qué amor de criatura no correrá este riesgo, ya por la inconstancia propia de las criaturas, ya por la muerte, ese terrible enemigo de los corazones que se aman?

Debe, además, el amor, para ser causa de verdadero y completo gozo, ser puro, desinteresado, hasta llegar al sacrificio propio, si es preciso; pero el amor de la criatura, de tal modo busca su propio bien más que el bien del amado, que en la generalidad de los casos, más parece egoísmo que amor; debe, además, éste ser casto, recto, activo, incansable, dulce, suave, tranquilo y sin medida, condiciones todas que sólo reune el amor que Dios nos tie-

ne, y que nunca se dan en el amor de la criatura. ¡Oh, cuán turbulento y angustioso, infeliz y amargo es el amor carnal de las criaturas; cuántos sinsabores y trabajos acarrea, cuántas pérdidas é ignominias! Empiézase á amar un objeto que se cree completamente amable, pero poco á poco se comienzan á descubrir en él defectos é imperfecciones. Sospechas, celos, angustias, persecuciones, odios, enemistades mortales, he aquí el infeliz y detestable cortejo de males que acompaña siempre al amor mundano. Y dado caso que sea amable el objeto, que sea fiel, y agradecido, el temor de perderle, la sola idea de tener que separarse de él un día sin remedio, basta para amargar intensamente el gozo que la posesión actual de su amor produce. ¡Oh, qué espina tan punzadora es esta idea! ¡Qué cuchillo tan cruel para un corazón que ama!

Pues el amor de Dios, y sólo él, no ofrece ninguno de estos inconvenientes y peligros: todo en él es dulce y tranquilo: no va acompañado del riesgo de perderle, ni por inconstancia, muerte, olvido ó ausencia; ni podemos dudar de su intensidad, porque sabemos que el amor de Dios es infinito, ni de su abnegación, porque Jesús derramó toda su sangre preciosísima por nosotros y la volvería á derramar mil y mil veces si preciso fuera; ni de su desinterés, porque nosotros, pobrísimas criaturas, nada podemos darle, y Dios puede y quiere darnos y nos da toda clase de bienes; ni de su fortaleza, constancia y actividad, porque el amor de Jesús no se fatiga, ni se rinde, ni desfallece, ni se cansa. Nada hay, pues, más placentero, dulce, fácil y suave que el

amor de Dios; nada más agradable, pacífico y tranquilo; nada más firme y seguro; nada más cumplido y excelente; nada mejor, ni en la tierra ni en el cielo; nada, en fin, como él, capaz de nutrir de contento y felicidad nuestra alma, en esta vida temporal y en la eterna. ¡Oh Dios, Señor, y Padre nuestro, fuente purísima de infinito amor! ¡Haz que te ame á Ti sobre todas las cosas y sin medida, y á las criaturas sólo por Ti, para que mi amor sea siempre puro y casto, sincero y piadoso, y reine en mi corazón la paz y la verdadera dicha que sólo acompañan al amor puro!

Punto II

Del amor recíproco entre Jesús y María, y del que nos tiene á nosotros nuestra dulcísima Madre.

Considera que es la purísima Virgen como un hermoso iris de alianza que se tiende entre el cielo y la tierra uniéndolos, y su Corazón inmaculado como un amoroso lazo que ata y une suave al par que fuertemente el amor á Dios y á las criaturas, porque María ama á Dios y á los hombres inmensamente; á Dios, sobre todas las cosas, incomparablemente más que á todas las cosas, como á su Dios, como á su Padre, Hijo y Esposo, como Dios quiere ser amado; y á las criaturas, como á hechuras que son de su Dios; las ama porque El las ama y como El quiere que se las ame, y por eso estos dos amores en María puede decirse que son uno solo, ya que el amor que á las criaturas tiene se funda solamente en el amor que tiene á Dios. Además, el corazón de la amantísima Madre de Dios y de los hom-

bres es todo caridad y misericordia. Exceptuando el pecado, única cosa que Dios aborrece, no hay cosa que María no ame. Así, pues, no hay cosa, desde la más ínfima y humilde criatura de este bajo suelo, hasta el más encumbrado de los espíritus celestiales, que no sea objeto de las purísimas complacencias, de la ternura y del amor de la Santísima Virgen.

Viniendo á tratar del amor que la Virgen santísima tiene á su Dios, ¿qué entendimiento humano ni angélico podrá medirlo, ni qué lengua expresarlo? Con tres clases de amor, que venían á ser en Ella uno solo, componiendo un solo vínculo indisoluble, amaba á Dios la santísima Virgen. Como Madre, amábale con un amor natural, pero muchísimo más ardiente y perfecto que el que las otras madres tienen á sus hijos. El de éstas adolece, por lo regular, de algunas imperfecciones que en el de María no se hallan; el de aquéllas suele estar dividido entre varios hijos; en el de María no hay divisiones, y es todo entero para Jesús. En las otras madres suelen darse motivos por los que en ellas se entibia el amor natural, ya porque los hijos adolecen de imperfecciones, más ó menos graves, algunas de las cuales dan lugar, si no á que desaparezca enteramente el amor de sus madres, por lo menos á que se amortigüe notablemente; pero en Jesús no había ni podía haber cosa alguna que no aumentase el amor de su Madre, que no le inflamase y elevase hasta lo infinito, porque Jesús era el más amable de los hijos, y más que todos los de todas las madres juntas, hermosísimo y perfectísimo en su cuerpo y en su alma. Además no olvides que

la Virgen es en realidad Madre de un Hombre-Dios: en calidad de madre natural de un hombre, su amor natural le es común con el de las otras madres, aunque muchísimo más grande y perfecto; pero en calidad de Madre del Hijo de Dios, su amor natural de Madre le es común con el del Padre Eterno, pues está fundado en la divina maternidad, que los Santos Padres llaman atrevidamente una admirable participación de la fecundidad de Dios. ¡Oh amor de la Madre de Dios, cuán divino eres! ¡Cuán superior al de las otras madres!

Pondera que amaba también á Dios la santísima Virgen con amor sobrenatural. Este amor no es más que la caridad que Dios derrama en nuestras almas por medio del Espíritu Santo, y como ninguna otra pura criatura estuvo ni estará jamás tan llena del Espíritu Santo como María, de aquí el que ninguna otra la haya igualado ni la igualará jamás, ni en la grandeza, ni en la perfección de este amor. ¿Quién podrá comprender la abundancia de gracia y de amor sobrenatural que el Altísimo comunicó á la mujer purísima, á la que entregaba su propio Hijo, á la que hacía esposa del Espíritu Santo, para que con Ella fuese el principio del sér humano de su propio Hijo? Amaba también á Dios María con amor adquirido, que no es, en su principio, mas que el amor sobrenatural que el Espíritu Santo nos infunde, pero como está en nuestra mano aumentarlo con el buen uso que de él hagamos, llámase adquirido en cuanto nosotros lo aumentamos y perfeccionamos. Toda obra buena que hacemos, la paga inmediatamente el Señor con un nuevo grado de amor y de

gracia en recompensa de nuestra buena obra. ¿Y qué entendimiento podrá concebir ni qué lengua expresar la grandeza del amor y de la gracia adquirida y aumentada por la santísima Virgen? Para esto sería preciso medir el mérito de las buenas obras de la Virgen. ¿Y quién sino Dios podrá medir, no ya el mérito de todas las buenas obras de María, sino el de una sola, sabiendo que Ella en todo obraba con tal amor y tal perfección que causaba envidia y admiración á los mismos ángeles del cielo?

Pues mira ahora que esta Señora, objeto especialísimo de las complacencias de la beatísima Trinidad, es la misma que á nosotros, pobres y vilísimas criaturas, nos ama con amor entrañable é inmenso. Nos amó tanto, que sabiendo que los hombres darían un día muerte á su divino Hijo, no dejó por eso de amar al hombre cruel é ingrato que daba muerte al Hijo de su amor, y nunca nos amó tanto como al pie de la cruz, en donde todos los hombres fuimos hijos de sus dolores. Y ahora, sentada como Reina augustísima en el trono más alto que se levanta en los cielos, después del trono del Señor, ama tanto á los pobres pecadores, que no hace otra cosa más que interceder por ellos. En efecto, considera que aunque María, como su Hijo, aborrece el pecado, ama al pecador y desea ardientemente que se convierta y viva, le mira con entrañas de compasión y misericordia, y en su favor emplea todo su esmero y solicitud, sus cuidados y autoridad, para sacarlo de su extrema miseria y hacerlo feliz y dichoso, con tal que él quiera serlo. ¡Oh, qué dicha tan inmensa! ¡La Madre

de mi Dios y Señor es al par mi Madre, y emplea en mi favor, no sólo toda la ternura de su amantísimo corazón, sino todo su poder, para librarme de los infinitos peligros que me amenazan á cada instante! ¿Qué puedo, pues, temer, si Ella me ama y me protege? ¿Qué corazón, por ingrato y duro que sea, no se sentirá lleno de amor y gratitud hacia tan buena y amorosa Madre?

Punto III

De cuán suave y dulce es el amor de María, y del amor y gratitud que nosotros le debemos.

Considera el placer tan grande y puro, la satisfacción é íntimo gozo que experimenta un corazón que ama sinceramente á María. Siente y sabe de cierto que ama y es amado por la Emperatriz suprema de todo lo criado; la ve llena y colmada de la sabiduría del Hijo, con la cual lo ve todo, todo lo sabe y todo lo penetra, partícipe y dispensadora de la omnipotencia del Padre y de todos los tesoros de la divinidad, encendida y penetrada del inmenso é inextinguible fuego del amor divino. ¿Qué podrá faltarme jamás, ó qué podré temer?

No hay, en efecto, dicha tan grande, después de la de amar y ser amado por Dios, como la que produce el amar y ser amado por María. Criatura más bella, perfecta, poderosa y santa, no la hay ni puede haberla, ni en la tierra ni en el cielo. Ella es sabedora de nuestro amor, penetra nuestro corazón y nuestros pensamientos, escucha nuestros suspiros, oye nuestras súplicas, acepta y agradece cariñosamente nuestro afecto. Si nos ve afligidos, an-

gustiados, oprimidos, nos conforta, recrea y alegra; si nos postra la enfermedad, nos volvemos á Ella y encontramos la salud ó la paciencia; si la calumnia denigra nuestro nombre, Ella acude piadosamente y nos libra de toda infamia. Si nos vemos cargados de miserias, defectos y pecados, y somos, por tanto, objeto de odio para la divina justicia, Ella es nuestra poderosísima abogada en el tribunal divino, aplaca á mi Juez, que es Hijo suyo, me restituye á su gracia, me obtiene el perdón de mis excesos y la remisión de mis penas. Y ni en la hora de la muerte tendremos que temer nada con tan amante y poderosa Madre, porque Ella estará entonces con nosotros y será nuestro refugio y segura defensa en aquel tremendo trance; ni aun debemos temblar tampoco por los tormentos con que después de muertos habremos de purgar nuestras culpas, porque serán mitigados ó abreviados por nuestra dulce Madre, ó nos librará de ellos inmediatamente, para que con Ella vayamos á gozar de eterna dicha en el cielo. ¡Oh, qué dicha, qué dicha tan inmensa es la de amar y ser amado por María! ¡Oh, qué dulce y suave es el amor de nuestra buenísima Madre! Y ¡cuánto amor y gratitud la debemos por tantos favores, tantos obsequios, tanta ternura y tan fino, constante y exquisito amor! ¿Quién no procurará servir y amar con toda su alma á María, evitando el pecado é imitando sus virtudes, para lograr su dulcísimo amor y ser dichoso con Ella en el cielo?

Coloquio. - ¡Oh María, belleza criada la más excelente y amable, criatura la más perfecta y santa, Reina la más poderosa, Madre la más amante, dulce

y tierna, ¿quién podrá pronunciar tu dulcísimo nombre sin conmoverse, ni pensar en Ti sin que el corazón palpite y rebose de júbilo, consuelo y esperanza? Tú eres el encanto y embeleso de la Trinidad santísima, el recreo de los ángeles y la delicia de los bienaventurados! ¡Tú destierras la tristeza de nuestros corazones y los inundas de suavidad y dulzura! ¡Yo deseo amarte con toda mi alma, oh dulce Madre mía, y te consagro desde este instante todos mis pensamientos, palabras y acciones, mi corazón y mi alma, para merecer un día gozar de tu amor en el cielo y cantar contigo la gloria del Señor!

Propósitos.—Fomentar en ti y en los demás la devoción á la Virgen santísima.

5 DE DICIEMBRE

De la incomparable santidad de la Virgen santísima.

Preludios.—Imaginémonos un tan vastísimo océano en cuya comparación los más grandes y caudalosos ríos no sean más que débiles hilitos de agua, y pide fervorosamente á la santísima Virgen que nos alcance de su divino Hijo un firme y puro amor de Dios, causa y base de la verdadera santidad.

Punto I

En qué consiste la santidad de las criaturas.

Considera que hay una santidad absoluta á la que toda santidad se refiere y de la que se deriva; una santidad que es por sí misma y que no se refiere á ninguna otra, y más allá de la cual nada se puede concebir; una santidad, en fin, que es como la piedra de toque que nos sirve para apreciar toda otra santidad y sus grados. Esa es la santidad de Dios, que no es ni puede ser otra cosa más que el amor con que Dios se ama á sí mismo, el amor de su propio sér, de su perfección infinita.

Esta es la santidad por esencia, la santidad absoluta.

La santidad de Dios no es el cumplimiento de un deber, es una necesidad intrínseca de su sér. No se puede buscar fuera de Dios la razón del amor que Dios se tiene á sí mismo. Del hombre se dice muy bien que *ha de* amar á Dios; pero de Dios no se debe decir esto, sino que *se ama* por necesidad de su mismo sér, que encuentra en sí mismo toda la felicidad, toda perfección y bondad y por consiguiente toda santidad.

La santidad en la criatura, siendo relativa, no puede ser otra cosa más que una participación de la santidad de Dios, que es la santidad absoluta; pero la santidad de Dios consiste, según hemos dicho, en el amor que Dios tiene á su infinita perfección y bondad y en el odio á cuanto se oponga á esa misma perfección; luego la santidad de la criatura tiene que consistir forzosamente en la participación de ese amor.

En el amor á Dios, como perfección absoluta, consiste, pues, la santidad de las criaturas. De ahí es que sean santos los que aman mucho á Dios, y son más santos los que más aman á Dios y los que más y mejor procuren imitar sus infinitas perfecciones, ya que Jesucristo nos dijo que para ser perfectos debíamos asemejarnos á nuestro Padre celestial. Así, pues, el amor á Dios contiene en sí todas las demás virtudes: de aquí el tan conocido «ama á Dios y haz lo que quieras», porque el que ama verdaderamente á Dios, no quiere más que lo que Dios quiere. El amor á Dios, la caridad, no sólo es la mayor de las virtudes

morales, sino también de las teologales, porque aunque la fe y la esperanza son primeras en el orden, la caridad lo es en la excelencia y perfección. La fe mira á Dios como verdad infalible que nos comunica sus luces, y la esperanza como bondad inefable que nos promete su gracia y su gloria, pero la caridad le mira como bueno en sí mismo, como bondad suma, digna de todo nuestro amor, del amor de todas las demás criaturas, y de otras infinitas si las hubiera, y esto es sin comparación más perfecto. La caridad se engolfa, por decirlo así, en el mismo Dios; no mira sino á Dios, no quiere sino á Dios, ni ama á criatura alguna sino á Dios, por Dios y para Dios. En todo ve á Dios, y en todo ama á Dios, ó, por mejor decir, no ve ni ama más que á Dios.

Punto II

De la inmensa santidad de la Santísima Virgen.

Considera que es santa la criatura que ama mucho á Dios, y es más santa la que más y mejor le ama. ¿Qué criatura ha habido, hay ni puede haber tan santa como María santísima, que ha amado y ama á Dios inmensamente más que todos los santos juntos? Por eso á ella sola se llama por excelencia *santísima*, porque es la santa entre los santos, y de tal manera, que para pensar en una santidad mejor que la de María es necesario remontarse á la santidad infinita; pero entre las criaturas, no sólo no hay, sino que no se puede concebir santidad mayor. Todas las comparaciones del grano de arena con la montaña, y aun la del caudaloso río comparado con el

vastísimo océano, son muy insuficientes y no bastan para formarnos una idea de la santidad de María.

Considera, en efecto, que la santidad no es más que el amor á Dios que obra en nuestros corazones, los purifica, los eleva en sus afectos hasta llegar á asemejarnos á Dios, tipo perfectísimo de toda virtud y santidad, y que un solo acto de amor de Dios, dice San Francisco de Sales, puede hacernos santos y perfectos. Mira, según esto, que aunque esta idea no nos haga formar la medida exacta de la santidad de nuestra Señora, nos aproximará bastante á ella, en lo que cabe; porque si un solo acto de amor de Dios, eficaz, vivo, intenso, puede hacernos santos y perfectos, ¿cuál no será la santidad de nuestra Señora, de quien puede decirse, no sólo que hizo innumerables actos de amor de Dios cada día y cada hora de su preciosa vida, sino que toda ella no fué más que un perfectísimo acto de amor? Yo creo que toda nuestra vida, y aun cien mil vidas más que tuviéramos, no serían suficientes para sondear ese inmenso mar de santidad.

Pondera, además, otra fuente de santidad en las almas, que es la gracia santificante. Mira el tesoro casi infinito de ella con que Dios enriqueció á María, y que ella aumentó inmensamente durante su preciosísima vida, así, pues, con la misma velocísima rapidez con que la Virgen redoblaba la gracia divina en su alma, redoblaba también su santidad. Si el primer caudal de gracia, y por tanto, de santidad, que poseyó la Virgen sobrepujó inmensamente al de los más grandes santos y

al del más encumbrado de los espíritus angélicos, y con su segundo acto de amor de Dios redobló el mérito del primero, con el tercero el del segundo, y así sucesivamente, hay que pensar que sólo en el primer día de su vida llegó á tan alto grado de santidad, que no sólo nuestros entendimientos humanos, que tan flacos son, pero aun los de los más encumbrados serafines se cansarían en balde si trataran de averiguar á cuánto llegó. Y si pensamos ahora en que la duración de la vida de nuestra Señora fué de setenta y dos años, y que ni aun durmiendo cesó jamás de merecer, como jamas cesa durante el sueño el corazón de latir, ¿quién, sino Dios, podría explicar el altísimo grado de caridad ardientísima, y, por consiguiente, de santidad á que llegó nuestra Señora al final de su gloriosa vida?

Santísima fué en su Concepción Inmaculada; santísima en su niñez; santísima como doncella; santísima como esposa, y muy más extraordinariamente santa como Madre, porque lo fué del Verbo Eterno, que es todo santidad, el cual la llenó de gracia; y santísima fué, en fin, desde el primer instante de su sér hasta el último de su vida, porque toda ella no fué más que un ardientísimo y purísimo acto de amor de Dios y un ejercicio constante de todas las virtudes. Si las quieres recorrer todas desde la humildad, base de ellas, hasta el amor, que es su corona, verás que en la Virgen santísima encuentran los santos y los ángeles el divino modelo y el espejo purísimo de todas ellas en sus grados más altos y sublimes. ¡Oh Virgen, santísima entre todos los santos! ¡Alcanzadme que yo ame á Dios con

todo mi entendimiento, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, y que imite tu soberana santidad para que merezca ver en el cielo tu gloria!

Punto III

De la santidad del cristiano.

Considera que un cristiano debe ser santo para llenar su nombre, para satisfacer sus obligaciones y para vivir según su profesión. El pueblo cristiano, dice el Príncipe de los Apóstoles, es un pueblo santo que adquirió Jesucristo y le purificó con su sangre. Para que seamos santos nos ha llamado Dios al servicio de su divino Hijo, como lo dice el Apóstol con estas palabras: «Bendito sea Dios, que nos ha colmado en Jesucristo de todas las bendiciones, escogiéndonos en él antes de la creación del mundo por el amor que nos tiene y para que seamos á sus ojos santos é irreprensibles». Para que seamos santos nos ha escogido Dios y separado del número de los infieles, y así el Apóstol, escribiendo á los cristianos, los llama santos.

En el bautismo recibiste un carácter de santidad que no se borrará jamás. Fuiste consagrado con las ceremonias de la Iglesia, y la ley prescribe «que sea santo todo lo que se consagra al Señor». Esta consagración consiste en que estás destinado al servicio de Dios, como los templos, en que reside. Si eres cristiano, ya no eres tuyo, sino de Dios; por el bautismo has pasado á ser su posesión y su herencia. Como templo del Espíritu Santo, eres un templo santo en el cual no es permi-

tido hacer nada profano. ¿Qué será mancillarle con impurezas abominables? El bautismo te ha impreso la imagen de la santísima Trinidad, en cuyo nombre has sido bautizado. Has quedado señalado como cosa suya, con su sello, que es el Espíritu Santo, el cual ha comunicado á tu alma su santidad. San Pablo le llama el sello de la divinidad. Luego si eres cristiano, debes ser santo.

¿Eres tú santo, hombre ambicioso, que buscas con tanto afán los honores y las grandezas de la tierra, á que renunciaste en la fuente bautismal? ¿Eres santo, rico avariento, tú que idolatras en el becerro de oro, y que eres tan duro con los pobres, que son miembros de Jesucristo? ¿Eres santo, tú hombre sensual y voluptuoso, que haces de tu cuerpo una cloaca de impurezas y obscenidades, y que profanas con tus abominables inmundicias el templo del Espíritu Santo y sacrificas á una criatura los afectos de un corazón consagrado á Dios por el bautismo y la comunión?

Coloquio.—Dios mío, confieso que no he principiado todavía á ser cristiano. Tengo el nombre, pero no el espíritu de tal; juré en la fuente bautismal observar vuestra ley, y desde que estoy en el mundo me he deleitado en combatirla y quebrantarla. Soy un hipócrita falso y un cristiano fingido. ¡Cuánto he deshonrado á Dios! No queda ya en mi alma ningún vestigio de vuestra imagen; he borrado el sello de santidad con que me habíais condecorado: llevo la figura de Satanás, y no la de vuestro Hijo Jesús; estoy marcado con la señal de la bestia, como esclavo que le pertenece. Señor, lo he jurado, y estoy resuelto á observar todo el tiempo de mi vida vuestra santa ley. Os he elegido por mi Señor y mi Rey; no tendré otro jamás; renuncio al mundo y á sus pompas, y renuevo la promesa de no servir á otro señor mas que á Vos.

Propósitos.—Mira si tus obras corresponden á tu nombre de cristiano, y á las promesas que hiciste en el santo bautismo.

6 DE DICIEMBRE

De la dignidad y grandeza de la santísima Virgen.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la falsa idea que el mundo tiene de la dignidad y de la grandeza.

Considera que no todas las cosas son ó valen lo que á primera vista parece, y esto es precisamente lo que acaece con la grandeza y la dignidad, cosas ambas de las que el mundo tiene un concepto equivocado. No es extraño: el mundo es enemigo de Dios, que es la verdad, y su juicio en esto como en todo, no puede estar más apartado del espíritu cristiano. Para los hombres, la nobleza y dignidad consiste en ocupar altos puestos y en tener á su servicio súbditos y vasallos que les presten sumisión y obediencia, en ser, en suma, dueños y señores del mundo. Para comprender cuán erróneo es este juicio, basta pararse un momento á considerar que el grande entre los grandes, el Rey de los reyes, nació en un establo, entre humildes pajas, se crió en el taller de un pobre carpintero, hizo gala de acompañarse siempre de los sencillos y de los humildes, teniendo por compañeros y amigos á unos humildes pescadores; vivió tan pobremente, que «teniendo las aves del cielo nidos, y cuevas las raposas del campo, el Hijo del

hombre no tenía donde reclinar su cabeza» y, por último, murió desnudo en un patíbulo afrentoso. Y es que el supremo Maestro vino á cambiar todas las cosas de este mundo. Y ¿cómo había de conseguir esto sin convertir lo grande en pequeño y lo pequeño en grande, sin hacer de lo pobre rico y de lo rico pobre? Por eso, siendo Rey eterno de los cielos, nació temporalmente en el último rincón de la tierra; por eso reveló su grandeza en las humildes pajas en que nació; su riqueza, en la pobreza que le rodeaba; su poder, en tiritar de frío; su nobleza, acompañándose siempre de los pobres y de los humildes, y su gloria, por medio de su muerte en un patíbulo. ¡Oh, qué lección tan terrible y elocuente para los grandes y soberbios de la tierra!

Quería enseñarnos con su ejemplo Jesucristo N. S. que la verdadera nobleza en esta vida consiste en huir de la soberbia y el orgullo, en el título de cristiano, en ser y obrar como tal, y en imitar en lo que nos sea posible, á Aquel que dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»; y también: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Esta sí que es verdadera dignidad, esta sí que es verdadera grandeza, la de imitar y parecerse á Jesucristo, Rey de reyes, la de reinar con Jesucristo en el reino de los cielos; no la grandeza de los tronos de la tierra, que se desploman convirtiéndose en lo que son, en polvo y nada! Pero para llegar á ocupar un día uno de aquellos tronos de gloria que duran eternamente, para ser un día grandes en el cielo, es preciso que nos hagamos pequeños en la tierra, porque si no nos

hacemos como niños, esto es, humildes y despreciables á nuestros propios ojos, no entraremos en el reino de la gloria, y estando ciertos de que cuanto más pequeños nos hagamos aquí, esto es, de que cuanto más humildes y pobres de espíritu seamos en la tierra, mayor será nuestra dignidad y grandeza en el cielo. Aprende, pues, tú, esta celestial doctrina que el mundo ignora, convéncete de que la verdadera grandeza, que es la de los santos, está en la humildad, y empieza desde ahora á practicar esta virtud, raíz y base de la perfección cristiana.

Punto II

De cuán sublime y excelsa es la dignidad de la santísima Virgen.

Considera en primer lugar, que si Dios es Rey eterno de los cielos por naturaleza y derecho propio, María es también verdadera Reina por participación y gracia, que no ha querido Dios honrar á su Madre con menos que con hacerla participar de su poder en la gloria. ¿Y cómo no había de honrarla así? Después de hacerla Madre suya, ¿qué honra ni dignidad puede ya darle que iguale á aquella, si es imposible dar á una criatura honra ni dignidad mayor ni igual á la de Madre de Dios? «Esta sola dignidad, dice San Buenaventura, ha puesto un límite á la omnipotencia divina, la cual podrá criar, sí, un cielo más vasto, una tierra más amplia y un mundo más vistoso y magnífico; pero no podrá jamás hacer una Madre más grande que la Madre de un Dios». Y San Anselmo añade: «Nada puede

igualarse á Ti, ¡oh gran Señora! porque todo lo que tiene sér, ó es superior ó inferior á Ti: superior no hay sino Dios, é inferior es todo lo que no es Dios». ¡Oh dignidad y grandeza incomparable de la Madre del Señor! ¿Quién, sino Dios, podrá medir su excelsitud?

Considera, además, que si la gracia es la medida de la gloria, ¿quién podrá siquiera columbrar la gloria de la santísima Virgen? Ella tuvo desde el primer instante de su Concepción Inmaculada mucha más gracia que todos los ángeles y santos juntos, y la aumentó inmensamente durante todos los momentos de su preciosa vida con los merecimientos de sus buenas obras: mas para conocer mejor la excelencia y valor de sus merecimientos, observemos con Santo Tomás que el fruto de los méritos procede de la raíz de la caridad. ¿Y quién sino Dios podrá buscar esa raíz en el inmaculado Corazón de María, y medir el ardiente, fecundo y vigoroso amor á Dios que la abrasaba? ¿Quién sino Dios podrá pesar todos los pensamientos, palabras, afectos y obras de la santísima Virgen, y hacer con ellos una suma total para apreciar la grandeza de sus merecimientos y, por tanto, la medida de gloria que á aquellos corresponde? Pero el extraordinario esplendor de la multitud innumerable de obras buenas de que está llena su vida, queda eclipsado ante la maravilla de habernos dado á un Dios-Hombre, al Salvador de los hombres, al más rico tesoro del cielo y de la tierra, á su unigénito Hijo Jesucristo: tal es su obra, su gran obra, por la cual mereció infinitamente. Porque lo asombroso del caso es que para que María mereciese en esta buena

obra, Dios quebrantó expresamente todas las leyes de la naturaleza y quiso que dependiese de su libre voluntad, lo cual es un privilegio incomparable que goza sobre todas las otras madres, pues para hacerse Hijo suyo le pidió y esperó su consentimiento, á fin de que siendo voluntaria su divina maternidad, le fuese infinitamente meritoria. ¡Oh, abismo de merecimientos, quién sino Dios podrá sondearte! Aceptando libremente la divina maternidad, produciendo al Salvador, objeto de las divinas complacencias del Eterno, agrada más á Dios y merece más delante de El la santísima Virgen, que si crease cien mil mundos, porque todo eso es nada en comparación de su Hijo único Jesucristo, de quien María libre y voluntariamente se hace Madre, permitiendo que encarne en sus purísimas entrañas. ¿Y cuánto juzgaremos que mereció María con sólo decir: «Hágase en mí según tu palabra?»

Y si luego tomas como fuente y origen de la grandeza la humildad de corazón, bien sabes que la Virgen, que se llamó esclava del Señor, fué la más humilde de todas las criaturas y por su humildad mereció concebir al Verbo de Dios en su seno; y como su humildad ha sido la más profunda que ha existido, también su exaltación ha sido la más encumbrada y su trono el más elevado de cielos y tierra. La dignidad, pues, y grandeza de la Virgen las puedes y las debes medir por su título de Madre de Dios, por la abundancia de sus gracias, que son un océano sin límites, por el poder que Dios le ha concedido, que es cuanto corresponde á una Madre de Dios, Reina de cuanto existe, y por su perfectísima

humildad, base de toda grandeza verdadera. Y como todos estos títulos encumbran á María á tal altura que sobre Ella sólo está el trono de Dios, deduce de ahí la alteza y dignidad de la Madre de Dios y de los hombres.

Punto III

La imitación de la humildad de María, es el mejor medio para llegar á la verdadera grandeza.

Considera que toda la grandeza humana es un poco de humo que el viento disipa prontamente, no quedando de él en breve tiempo ni rastro siquiera. Aun suponiendo que poseyéramos todo el mundo durante toda nuestra vida, en el instante de la muerte, al que forzosamente hemos de llegar y muy pronto, lo perderemos todo, no quedándonos rastro de la humana gloria, como no queda tampoco rastro del humo que el viento disipa y desvanece.

La verdadera nobleza consiste, pues, en llevar con honor el glorioso título de cristiano; nuestra riqueza, en poseer la gracia de Dios en nuestras almas, y la dignidad nuestra, en ser humildes de corazón y pobres de espíritu. Pues para adquirir esos verdaderos tesoros de gracias y de virtudes, el mejor medio es la imitación de las virtudes de la santísima Virgen, y muy particularmente la imitación de su profundísima humildad. Mira cómo cuando el arcángel le propone de parte del Altísimo esta altísima y suprema dignidad, Ella contesta: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». ¡Oh maravilla! ¡Oh portento de profundísima humildad! La santísima Virgen no se envanece cuando el

arcángel le participa que Dios, el soberano Hacedor del universo, la Majestad suprema de los cielos y la tierra, la elige por su Madre, sino que se humilla profundamente, como si dijera: Yo no soy nada; yo no tengo más voluntad que la voluntad de mi Dios y Señor; puesto que El lo quiere, y agradándole á El, sea yo su Madre. ¡Oh maravilla! ¡Oh portento! ¡Oh abismo de profundísima humildad! ¿Quién, sino Dios, podrá medirte? ¡Oh purísima y santísima Virgen¡ ¡Cuánto no agradaría al Señor aquella tu humildísima respuesta, por la cual mereciste la extraordinaria gloria y el encumbrado trono que hoy ocupas en los cielos!

Contempla á la santísima Virgen, á la augustísima Emperatriz de los cielos y tierra ocupada, durante los tres meses, próximamente que permaneció en la casa de su prima Santa, Isabel, en servir á ésta como una humildísima sierva; contémplala pobrísima, oculta é ignorada en la cueva de Belén; contémplala en su pobre casa de Nazaret desempeñando por sí misma los más humildes oficios, siendo la Reina de la tierra y de los cielos. Pero mira cómo Dios aparta sus miradas de los palacios de los grandes y de las escuelas de los sabios, y en la casa de Nazaret tiene puestos sus ojos, y Jesús, José y María constituyen las delicias y el encanto de Dios y de los ángeles.

Imita, pues, á la santísima Virgen en todas sus virtudes, porque, exceptuando á Jesucristo, no hay ni se concibe modelo más acabado y perfectísimo de perfección; imítala en su pureza y en su ardientísima caridad, amando á Dios sobre todas las cosas, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendi-

miento y con todas tus fuerzas; imítala, en fin, en su profundísima humildad, si quieres llegar á ser un día verdaderamente grande en el cielo, ocupando uno de aquellos tronos de gloria que duran eternamente. Ten siempre presente que cuanto más pequeños nos hagamos aquí, esto es, que cuanto más humildes de corazón y más pobres de espíritu seamos en la tierra, mayor será nuestra dignidad y grandeza en el cielo. Porque el más pequeño de aquellos felices moradores supera inmensamente en nobleza, grandeza y majestad á todos los reyes, emperadores y potentados de la tierra.

Coloquio.—¡Oh Virgen santísima! ¡Oh excelsa y gran Señora! ¡Oh portento de sublimidad y nobleza! ¡Oh, cuánto me gozo de que el Señor os haya elevado á tan alto puesto para recompensar vuestra ardentísima caridad y vuestra profundísima humildad! Dignaos, Señora, desde ese altísimo trono que como Reina ocupáis, volver hacia mí, pobre pecador, esos misericordiosos ojos, que no saben mirar nuestras miserias sin socorrerlas. Acordaos de que Dios os ha hecho tan grande para que nos levantéis de nuestra vileza, de que os ha hecho tan poderosa para que sostengáis nuestra flaqueza, y de que os ha colocado á su diestra á fin de que nos alarguéis vuestra mano para que subamos al cielo!

Propósitos.—Implorar con frecuencia la protección de María sobre la Iglesia nuestra madre.

7 DE DICIEMBRE

De las singulares gracias y privilegios que Dios N. S. concedió á nuestra Señora en el instante de su concepción.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Del primer privilegio, que fué preservarla de la culpa original.

Considera cómo llegado el tiempo en que Dios quería hacerse hombre, para asentar la primera piedra de este edificio crió á la Virgen, que había de ser su Madre, y en el mismo instante de su concepción, le comunicó excelentísimas gracias y singulares privilegios, cuales era razón que tal Hijo diese á su propia Madre, habiéndola escogido por su voluntad, teniéndole infinito amor y siendo riquísimo y poderosísimo para enriquecerla con los tesoros de su gracia.

El primer privilegio que le concedió, fué preservarla de la culpa original en que había de caer por ser hija de Adán, santificando su alma en el primer instante de su creación, cuando la juntó con el cuerpo. De modo, que como Dios N. S. en un mismo instante dió al sol el sér y la luz, y á los ángeles y á los primeros padres Adán y Eva dió juntamente la naturaleza y la gracia, así en un mismo instante crió y santificó el alma de la Virgen, y la hizo escogida como el sol, sin que la tocasen las tinieblas del pecado. La razón de esto fué porque Cristo N. S. venía al mundo para

redimir á los hombres y librarlos de toda culpa, especialmente de la original; lo cual podía ser en dos maneras; ó sacándolos de la culpa, después de haber caído en ella, ó preservándolos de no caer. Y este segundo modo es mucho más excelente y en él resplandece más la omnipotencia y misericordia del Redentor; porque como no hay mayor miseria que la mancha del pecado, así no hay mayor misericordia que preservarnos de ella, de modo que ni por un instante nos toque. De aquí es que, para gloria del Redentor y de su redención, era muy conveniente usar de esta misericordia con la que había de ser su Madre, redimiéndola con el mejor modo de redención que era posible; preservándola de la infamia y miseria de la culpa original, al tiempo que había de caer en ella; honrándola y hermoseándola con su gracia, para que la Madre fuese semejante al Hijo en la pureza, siendo los dos concebidos sin pecado: El por derecho, y Ella por privilegio; El como Redentor del mundo, y Ella como su ayudadora en la obra de la redención. ¡Oh Hijo de Dios vivo, que te hiciste hombre naciendo de la Virgen purísima y limpísima más que el sol y más que los cielos! Gracias te doy cuantas puedo por haber querido que tu Madre, por especial gracia, gozase desde su concepción la limpieza de culpa que los demás escogidos alcanzan en la gloria. ¡Oh Madre gloriosísima! Gózome de la pureza con que entráis en el mundo, resplandeciendo con la luz de la gracia, como entró vuestro Hijo, el Sol de justicia. Bien podéis decir en esta primera entrada, lo que El dijo en la suya: Que estáis preparada para cum-

plir la voluntad de Dios, y que en medio de vuestro corazón está impresa su ley, que es su gracia y caridad. Y pues tal favor os concedió mi Redentor para que le ayudéis en su oficio, suplicadle me aplique su redención con excelencia, perdonándome las culpas cometidas y preservándome de las que puedo cometer, con tan grande horror de los pecados, que ni por un instante quiera estar en ellos.

Punto II

Del segundo privilegio, que fué confirmarla en gracia.

Considera que el segundo privilegio fué confirmarla en gracia con un modo singularísimo, de tal suerte que por todo el tiempo de su vida nunca pecase actualmente, ni por obra, ni por palabra, ni por pensamiento alguno, asistiendo nuestro Señor con particular providencia con Ella en todas sus obras, para que todas fuesen, como dice San Pablo de la Iglesia, obras gloriosas y puras, con los tres grados que hay de pureza, esto es: sin mancha de pecado mortal, y sin ningún pecado venial, y sin imperfección alguna, dejando, no solamente lo malo, sino lo imperfecto y menos bueno, escogiendo siempre lo que tenía por mejor y estampando en cada obra la gloriosa pureza que tiene la Iglesia triunfante. Este modo de pureza, en el grado que me es posible, he de procurar y pedirle á nuestro Señor, diciéndole: ¡Oh Dios eterno, que «santificaste el tabernáculo de tu Madre, asistiendo sin mudanza en medio de ella, y madrugando cada día muy de mañana, para ayudarla en todas las obras que hacía», santifica también mi alma! Asiste siem-

pre con ella y madruga, previniéndome con tu gracia para que mis obras sean puras, sin mancha ni cosa que te desagrade.

Consecuencia de ese privilegio fué quitarle el *Fomes peccati*, esto es, la raíz, semilla y cebo del pecado, que es la rebeldía de la carne contra el espíritu, y de la sensualidad contra la razón, para que la casa de su alma, con todos sus moradores, que son las potencias, tuviese perpetua paz y concordia, porque había de ser morada del Príncipe de la paz, cuya habitación, como dice David, es en la misma paz. De suerte que esta Señora nunca sintió la guerra interior que todos sentimos y gemimos; porque su carne no codiciaba contra el espíritu, ni el espíritu hallaba dificultad en gobernar la carne; la ley de los apetitos no contradecía á la ley de la razón, ni la razón tenía trabajo en domar las pasiones de los apetitos, antes con sumo gusto se unían y concordaban en sujetarse á la ley eterna de su Dios. ¡Oh Princesa de la paz! Sea para bien la paz interior de que gozáis sin haber pasado por la guerra; alcanzadme, Señora, que se modere la guerra interior que padezco, para que goce algo de vuestra paz.

Punto III

Del tercer privilegio, que fué llenarla de gracia y de todas las virtudes.

Considera que el tercer privilegio fué llenarla en aquel instante de gracia y caridad, y de las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, con tanta abundancia y plenitud, que excedía á los ángeles y serafines del cielo, para que

fuese digna Madre de Dios, y digna Reina de las jerarquías angélicas; haciéndola tanto mejor y más santa que ellos, cuanto era mejor el nombre que pensaba darle de Madre, que el que ellos tenían de siervos y ministros en su casa. De suerte, que la Virgen comenzó su carrera por donde los ángeles acabaron la suya; y estando en la tierra tenía más grados de santidad que los que vivían en el cielo, sacando lo que es propio de aquel estado; cumpliéndose en Ella lo que dice David de la ciudad de Dios, que «sus fundamentos son sobre los montes altos», porque los principios de su vida fueron más empinados en santidad, que la cumbre donde llegaron los grandes santos de la Iglesia. ¡Oh, qué contento recibiría la santísima Trinidad mirando la excelencia de esta Niña! El Padre Eterno se holgaría de tener tal Hija; el Hijo de Dios se alegraría viendo tan bella á la que había de ser su Madre, y el Espíritu Santo se regocijaría en tener tal Esposa; y todos tres entraron en Ella por gracia, y moraban en Ella con sumo gozo. ¡Oh ángeles del cielo, que adorasteis después al Hijo de Dios cuando entró en el mundo! venid á reverenciar en este punto á la que ha de ser su Madre y vuestra Reina. ¡Oh Reina de los ángeles! desde ahora os saludo en el vientre de vuestra Madre, con las palabras que después os dirá el ángel San Gabriel: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita Tú entre las mujeres», porque en el primer instante de tu concepción hallaste gracia delante de Dios sobre todas ellas. Pedidle, Señora, que limpie mi espíritu, enfrene mi carne, modere mis pasiones, y me llene de su

gracia, para que comience á servirle con gran fervor y perseverancia, hasta que alcance la corona.

Estos son algunos de los privilegios que en su concepción concedió Dios á la Virgen santísima, por lo cual he de alabar á la santísima Trinidad, y gozarme de la gloria que de aquí resulta á la que tengo por Madre. Y pues Dios N. S. también me ha llamado por su infinita caridad para ser santo y puro en su presencia, he de tomar á la Virgen por dechado de pureza para imitarla en esta virtud á Dios tan agradable, y por abogada para que me la alcance de su Hijo, procurando yo de mi parte, como dice San Pedro, hacer cierta mi vocación y elección con buenas obras.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana! gózome de que seáis escogida como el sol, en quien no hubiese obscuridad de culpa, sino grande resplandor de gracia y después esclarecida lumbre de gloria, excediendo á los demás Santos, como el sol á las estrellas. Haced conmigo oficio de sol, alumbrando mis tinieblas, para que sea puro y resplandeciente como estrella del firmamento, luciendo en perpetuas eternidades. ¡Oh Dios eterno, por cuya caridad, sin nuestros merecimientos, fuimos escogidos para ser limpios y santos en tu presencia! gracias te doy por haber escogido á esta Virgen con elección tan soberana, y por ella te suplico limpies mi alma de sus culpas y la adornes con tus virtudes, para que viva siempre en tu presencia y alcance la vida eterna.

Propósitos.—Mostrar tu devoción á la Virgen santísima en amar, sobre todas las cosas, la pureza de alma y cuerpo.

8 DE DICIEMBRE

Festividad de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

María santísima inmaculada, en el plan divino.

Considera que Jesucristo, según el apóstol San Pablo, es el centro adonde van á parar todos los pensamientos de Dios, y el punto adonde convergen cuantos seres decretó Dios en la eternidad que existieran en el tiempo. Es el foco de toda vida, todo en el cielo y en la tierra emana de El, es principio de todo y está todo en todas las cosas y sobre todo principado y potestad, virtud y dominación en el cielo y en la tierra. Primogénito de toda criatura, en El y por El y para El es cuanto existe, imagen de la bondad substancial, espejo sin mancha de la inmortal belleza, emanación divina de su sér y reflejo viviente de su purísima claridad. Y ese lugar, que no es otro que la derecha del Padre, lo ocupa el Verbo, no sólo como luz de luz y Dios que procede de Dios, sino como Criador, dominador, iluminador y vivificador universal, como cabeza de los elegidos; y la obra que en el tiempo corresponde al más alto pensamiento de Dios, la reina soberana de todas sus obras, es la obra de la Encarnación.

Así Jesús y María, por quienes ha de realizarse ese admirable misterio, ocupan el primer lugar en las ideas divinas y en los eternos

tipos de todos los seres, y María es la Reina del mundo en los pensamientos divinos, como Jesucristo es su único Rey. Y en efecto, Dios que preordina los seres en su mente según su dignidad y nobleza, lo primero que tuvo á la vista fué á Jesucristo, el más noble y misterioso de todos, Dios y hombre; pero inmediatamente viene María, no sólo porque después de Dios nada más excelente que la Madre de Dios, sino porque hay una relación necesaria entre el Hijo y la Madre. Si pues la concepción del Hijo de Dios, en cuanto hombre, encierra necesariamente la de la Virgen, y la primera fué pura y limpia de pecado, pura y limpia de pecado fué la concepción de María.

Y no te extrañe esta consecuencia, ni me digas que lo mismo se podría decir de los demás hombres. María, primogénita de toda criatura, nos responde, que los profundos abismos del pecado, aún no existían y ella ya estaba concebida pura y hermosa, como rocío de aurora divina y azucena de los valles del paraíso.

No confundamos á Jesucristo y á María con los demás hijos de Adán, con los que nada tienen de común, fuera de la naturaleza en su estado de inocencia. ¿Acaso crees que cuando Dios crió al hombre, sólo en él se fijaban sus divinas miradas? Considera el misterio que los Santos Padres nos descubren en esa creación y que nos revela el apóstol San Pablo cuando llama al primer hombre imagen del Adán futuro: «*Qui est forma futuri*». Jesucristo no ha sido creado á la imagen de Adán pecador, sino Adán inocente á la imagen de Jesucristo. María no á la imagen de Eva pecadora, sino Eva

llena de gracia á la imagen de la Reina de ella; y si esas copias de divinos modelos se desfiguran á sí propias, ¿quién dirá por eso que se desfiguró el original divino, en el que Dios tuvo fijos los ojos al crear á nuestros primeros padres? Las aguas envenenadas en la fuente llevan el veneno á los ríos que de ella se derivan; pero, ¿cómo envenenar hasta el manantial purísimo que se oculta en el seno de la tierra? Cuando se trata de María levanta siempre los ojos á lo alto y mírala, no como hija del Adán terreno, sino como á Madre del Adán celestial. Todos venimos de Dios, pero también venimos del pecado. Al mismo tiempo que Dios forma nuestra alma con el soplo de su amor, que es el de la vida, el veneno se nos inocula en el alma, y ésta se mancha con el contacto de la carne sucia, como el agua cristalina se corrompe en el vaso fétido y mal limpio. Pero María salió de las manos del Criador antes que existiese el pecado, para ser, con su divino Hijo, el modelo de la inocencia y de la pureza, y para reimprimir en la humana naturaleza los rasgos de semejanza con Dios, desaparecidos por la mancha de la culpa. Venid, ¡oh divinos modelos! Apareced, haceos visibles á los hombres para que, mirándonos en vosotros, podamos rehacer y reformar cuanto desfigurado hay en nuestras almas. Puesto que sois sello y carácter de la semejanza con el Padre, fijad vuestra imagen en nosotros para que vuelvan nuestras almas á ser, como antes del pecado, reflejo del rostro de Dios y trono riquísimo de su gracia.

Punto II

María santísima inmaculada por ser Madre de Dios.

Considera que la grandeza propia é incomunicable de María es acercarse, cuanto es dado á una naturaleza creada, á la inaccesible elevación de la naturaleza humana en la unión hipostática. ¿Qué lazos más dulces y más fuertes á la par que los que hay entre el hijo y la madre? ¿Quién es más de la madre que el hijo? ¿Quién más del hijo que la madre? ¿Quién se acerca más al Verbo encarnado que la que le dió carne de su carne y huesos de sus huesos? El eximio Suárez no teme asegurar que la maternidad divina pertenece al orden hipostático, y por esto María, entrando en relaciones inefables con las tres divinas personas, viene á ser por gracia lo que soñó Eva en la locura de su orgullo. ¡Qué abismo de grandeza el de la divina maternidad y cómo se pierde en él el pobre entendimiento humano! ¿Qué esfuerzo del brazo omnipotente no fué menester para elevar á una débil criatura á la mayor semejanza que puede haber con Dios, la semejanza de la divina fecundidad? Y qué tesoros de gracias para que entrase en la participación de la gloria del Padre en el momento en que ésta brilla con resplandores más soberanos cuando dice á la imagen de su substancia: «*Ego hodie genui te*», de manera que María puede repetir: «Yo te engendro hoy de mi propio sér igual á mí misma». Y como lo más sublime de la grandeza de Dios, no es haber criado el mundo, mil que hubiera hecho no le acarrearían tanta gloria como el haber producido un hijo Dios

como él, mil mundos que hubiera fabricado María no le dieran tanta gloria como tener por hijo unigénito al unigénito de Dios. Para conocer la intrínseca y esencial repugnancia que hay entre esos dos conceptos, maternidad divina y pecado original, considera que decir que el pecado se ha acercado tanto á Jesús, que ha llegado á dominar á su propia madre, que es su trono y su gloria, su amor y su corona, es como asegurar que las tinieblas del pecado habían logrado obscurecer el sol de justicia y extinguir en el corazón de Dios, foco de amor, el que tuvo desde la eternidad á su madre bendita.

Cuando se ve á Jesús y á María tan unidos entre sí que parecen formar dos cuerpos en una sola alma, ¿qué mancha pondremos en María que no llegue á Jesús? ¿Qué mancha pondremos en la púrpura riquísima de un rey, que no afee y desdore la persona del rey? María no es Dios, aunque sí todo lo que no sea Dios, pero la carne de María es carne de Dios, y si el Profeta cantó de la de Cristo que no la dejaría Dios ver la corrupción material del sepulcro, ¿cuánto menos la espiritual é infinitamente más asquerosa del pecado?

Además, para que la Virgen pudiese cumplir la misión que Dios le dió al lado de su hijo, menester era que fuese inmaculada. Quién, cuando considera á Jesús prisionero de amor en el seno de María, no se dice á sí mismo: ¿Cómo, y es posible que Dios haya querido abandonar, aunque no haya sido más que por un momento, al demonio ese templo sagrado, ese tabernáculo donde él por tanto tiempo reposaría, ese lecho virginal en que él

celebraría místicas y eternas nupcias con nuestra naturaleza? ¡Oh, no, bendito Niño, no permitas que esa custodia de tu divinidad sea manchada! Oh, no, no lo permitirás, y si Satanás fuese osado á acometer á tu madre benditísima, lanzarás todos los rayos de tu ira sobre su infernal cabeza para defender el honor de tu madre que es tu honor. Pues, oh, divino Niño, por quien fueron hechos los siglos, tú eres antes que todos los tiempos, cuando tu madre era concebida, tú la contemplabas con cariño desde lo alto de los cielos, tú mismo formaste sus miembros; ¡oh! ¿cómo habías de dejar, sabiduría eterna, que un horrible pecado inficionase su alma y no la preservarías comenzando ya á honrar á tu madre y sirviéndola de gloria y provecho el tener un hijo que fué antes que ella? Y así fué; porque si el impuro torrente del pecado original arrojó sus ondas turbulentas sobre la Concepción de María, con igual y mayor impetuosidad que sobre las demás hijas de Adán, como escudo y muralla de María estaba allí su hijo que dice á aquel torrente devastador lo que á las olas del mar cuando quieren saltar el débil lindero de arena que como barrera impenetrable le señaló el dedo omnipotente: Hasta aquí llegarás, oh mar devoradora del pecado, después de haber tragado tus ondas cenagosas á cuantos hombres sienten correr por sus venas la sangre corrompida de Adán, pero á los pies de mi Madre, de esa roca de diamante que yo levanté en el mundo para trono de mi gloria, te estrellarás y humillarás la soberbia de tus aguas embravecidas. Y como en tiempo de Josué paró el Jordán su corriente, las olas del

pecado se pararon por respeto al arca de la nueva alianza, y la culpa retiró sus aguas para dar paso al nuevo tabernáculo de Dios. Y los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres repitieron, y tú ahora repites lleno de amor y de entuasmo: Eres inmaculada, ¡oh Madre mía! Eres toda hermosa, y mancha original no hay en Ti.

Repasa, por último, algunas de las consecuencias de la divina maternidad, y que todas prueban que, ó Dios no se hizo hombre, ó que la Madre del Hombre-Dios debía ser purísima y sin mancilla. Siendo María llena de gracia, con la plenitud de ella no puede unirse el pecado original, puesto que entonces sería posible concebir una pura criatura más perfecta que María, lo que de consuno reprueban los Padres, la Teología y los principios de la razón iluminada por la fe. Contempla el alma de María que forma un cielo más radiante, más vasto, esmaltado de astros más espléndidos, llenos de más magníficas estrellas que el cielo que habitan y hacen resplandecer con sus virtudes y su gloria los elegidos y los ángeles. ¡Oh, si te fuese dado representarte ese océano casi infinito de gracias extendiendo sobre todo el universo sus divinas olas, bañando todas las riberas, regando todos los jardines, santificando la tierra, iluminando los ángeles, derramando de la plenitud de su gracia torrentes de ella sobre cuantos hijos le legó Jesucristo al morir, que son todos los hombres, tendrías que exclamar: Inmaculada fuiste, ¡oh María mía! que á no serlo te faltaba la más preciosa joya de tu corona de Madre de Dios.

Punto III

María santísima inmaculada como corredentora del linaje humano.

Considera que María, como corredentora nuestra, tuvo que ser inmune del pecado original. Sienta como fundamento lo que es artículo de fe, que María por sí sola no podía librarse de la corrupción común, ni podía esperar por sus solas fuerzas que á sus pies se rompiesen las olas turbias del primer pecado. Jesucristo sólo podía preservarla por el pago anticipado de sus méritos, pero con redención no libertadora, sino preservadora del pecado. La gracia del Redentor velaba con cariñosa solicitud sobre su Madre, y en aquel momento misterioso y fatal, sólo conocido de Dios, en que el virus de la culpa emponzoña el alma, en ese mismo momento la gracia se apoderó de María, la envolvió en sus pliegues candidísimos y la transportó al reino de su Hijo.

Presupón, también, que en los divinos consejos María fué destinada á cooperar con Jesús en la redención del mundo. ¿Quién en el suelo árido y desolado de este mundo hará descansar los ojos y el corazón del Verbo hecho carne, y sostener en sus misteriosas flaquezas un Dios que sufre sed y hambre, cansancio y desnudez? Todo es ingratitud á su alrededor, odio y amargura, y no es justo que el Hijo del hombre esté solo. Y Dios le crea en la Virgen su madre un corazón en que pueda descansar, un alma inmaculada en que se complazca, y cuyo amor cicatrice las heridas que hacen en la suya el odio y los insultos de

todos los hombres. Adán y Eva perdieron al mundo por el placer, Jesús y María lo redimen por el dolor, y Jesucristo clavado en la cruz es como un cuadro divino en el que Dios pintó desde la eternidad todas las infinitas hermosuras de su sér, y en el que los hombres han grabado en el tiempo los horrores infinitos del pecado. Pues bien: contempla tú, con San Lorenzo Justiniano, á María al pie de la cruz, como un divino espejo que se representa la Pasión de su Hijo. La imagen que se retrata en el espejo no es un objeto distinto del original, es su viva y perfecta representación; en el corazón de María se reflejan por altísimo modo los dolores que Jesús sufre en su cuerpo.

¿Y qué consecuencias puedes sacar del último título de corredentora nuestra á favor de María y de su Concepción inmaculada? San Pablo dice, hablando de Cristo, que necesitaba para ser Pontífice nuestro y borrar nuestras culpas ser santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y más alto que los cielos. ¿Y por qué proporcionadamente no decir lo mismo de María, reparadora del orbe perdido, título de nuestra libertad y causa de nuestra salud y mucho más?

¿Cómo contribuir á borrar la mancha del pecado en otros aquella que la contrajo, y ser víctima con Jesucristo, y altar sobre el que se inmoló Jesucristo, y sacerdote en el Calvario, habiendo sido reo de la mancha cuyos efectos venía á borrar la sangre purísima del cordero inmaculado y los dolores incomparables de la Madre sin mancilla? ¡Oh, no! La mano impía que se atreviese á arrancar de la frente de la Virgen la azucena de inmaculada, mar-

chitaría á la par cuantas flores de grandeza adornan las sienes purísimas que ciñe el sol y abrillantan las estrellas, y ya ves que, sin ser purísima, ni sería primogénita de las criaturas, ni digna Madre del Redentor, ni Madre y corredentora nuestra.

Coloquio.—Dios te salve, suavísima Virgen María, á quien Dios escogió por Madre ante todos los siglos, y como á tal preservó de toda mancha y fealdad de pecado original en tu limpísima Concepción. ¡Oh puerta del cielo y puerto de este siglo tempestuoso, medianera piadosa entre Dios y los hombres, adornada de todas las virtudes y gracias, hermosa más que la luna, escogida más que el sol, y sobre todas las estrellas resplandeciente! ¿Quién podrá ¡oh Madre y Virgen purísima! entender la abundancia de gracias que hoy recibiste cuando en las entrañas de tu bienaventurada madre Santa Ana fuiste concebida? Tú eres aquella zarza espinosa que en el desierto con nuevo milagro ardiendo no se quema, porque abrasando las llamas del pecado original á los demás, á ti sola guardó el Señor. Tú aquella Arca del Testamento fabricada de madera incorruptible, en la cual se había de conservar, no el maná incorruptible, sino el pan vivo y celestial. Tú aquella nube ligera del día sobre la cual el Señor había de bajar á Egipto, porque aunque naciste de la tierra fuiste levantada al cielo sin peso ni graveza de pecado: nube verdaderamente del día, porque nunca fuiste obscurecida, sino siempre vestida de luz y claridad. Tú aquella tierra de promisión que mana y nos produce leche y miel, leche de la humanidad, y miel de la divinidad de tu precioso Hijo. Alábente, Señora, los cielos y la tierra, y los ángeles y los hombres se gocen en tus glorias y privilegios, ya que son glorias de la más dulce y cariñosa de las madres.

Propósitos.—Sacar de todo esto gran odio al pecado en vista de lo infinito que Dios lo abomina, pues ni el original permitió en su madre.

9 DE DICIEMBRE

(Prosiguen las meditaciones de la tercera semana de adviento)

Sobre las penas del infierno.

Preludios—Baja con la imaginación al infierno, contempla aquella cárcel donde Dios, infinito en todos sus atributos, despliega todo lo espantoso de su furor; y pide que si el amor no te detiene en el camino del pecado, al menos te detenga el miedo á la justicia divina.

Punto I

Qué cosa es el infierno.

Considera que la muerte y el juicio no inspirarían tanto terror, si no fuesen el preludio de un misterio cuyo solo nombre hiela la sangre en las venas, de la eternidad del infierno. Debemos pensar y meditar en él, y meditar mucho, porque hay momentos en que sólo su recuerdo nos puede detener en la pendiente del abismo que parece que nos atrae. Aunque el mundo haga todo lo posible por olvidarlo, aunque la impiedad lo niegue, aunque las pasiones de ahora como las de siempre, se rebelen contra ese dogma que es el gran torcedor de la mala conciencia, aunque los sentidos te griten «no lo hemos visto» y los malos instintos de tu corazón te digan «no queremos pensar en él», salta tú por encima de todo, y á imitación de los santos medita en su terrible dogma, no como te lo pinta el mundo, sino como te lo pinta el Evangelio de Jesucristo con su perpetuo crugir de dientes, con sus fuegos inextinguibles, con su compañía de demonios, sus espantosas torturas, sus cerrojos, que ni se rompen ni se ablandan, y sobre todo con

su abrumadora eternidad. Aviva la fe, cree firmísimamente como crees en Dios y en el cielo, en el dogma del infierno, que ese santo temor te servirá para tu salvación tanto como el temor de Dios, que al fin y al cabo no es otra cosa más que el temor del infierno.

Considera, pues, ante todo, que una vez que el pecado ha perturbado el orden moral puesto por Dios y que el hombre, por culpa suya, ha perdido, ofendiendo á Dios, el fin para el que el Señor lo había criado, hacía falta una sanción digna de Dios y de la malicia infinita del pecado; algo que restaurara dignamente el orden de la eterna justicia, algo que volviera por los fueros de Dios y que hiciera, que ya que el hombre no había querido caer como en su centro en el seno de la bondad de Dios, eterno y sumo bien de todo sér racional, cayese bajo el dominio y la esfera de su justicia. Esa sanción del pecado, ese justísimo castigo que impone Dios á los que violaron su ley y no quisieron aprovecharse de su misericordia, es el infierno.

¿Qué es, pues, el infierno? Es la prisión de la justicia divina; el arsenal terrible de sus venganzas; la manifestación de su odio infinito al pecado; el término de su cólera y de su furor; el centro de todos los males; es el reino de Lucifer; una cárcel terrible de furia y de desesperación; es la región de las lágrimas, el lugar de los tormentos, la tierra de las maldiciones, el destierro de todos los bienes y consuelos; es una pérdida sin reparo, un trabajo sin reposo, un dolor sin fin y un mal sin remedio. Baja ahora en vida con frecuencia á aquella cárcel horrible, y mira aquel fuego, á cuya

vista se apaga el de las pasiones; baja allí vivo, para que no tengas que bajar después de muerto. Mira allí la malicia del pecado, contempla aquel castigo que restaura la gloria de Dios y venga su honra, que castiga el pecado proporcionadamente á su malicia y, á la vista de tan horrible mal, saca un propósito firmísimo de morir mil veces antes que cometer un pecado mortal.

Punto II

De los males del infierno.

Considera que si el paraíso es un lugar que contiene todos los bienes, el infierno es el lugar que contiene todos los males. Con hacer que me veas y me poseas, decía Dios á Moisés, te mostraré y te daré todo el bien; por eso el condenado, perdiendo á Dios pierde todos los bienes y caen sobre él todos los males, sin quedar parte en su cuerpo ni facultad en su alma que no tenga particular tormento. Obscurecen sus ojos tinieblas espantosas y lágrimas continuas; atormentan sus oídos gritos y blasfemias horribles, que dice y oye; su gusto es atormentado con hambre y sed rabiosa; el olfato con hedores insoportables; el tacto, con el fuego devorante; su imaginación, con aspectos ó fantasmas terribles; sus apetitos, con continuos combates de todas las pasiones más crueles y violentas; su memoria, acordándose de los gustos pasados, que compara con los tormentos presentes; su voluntad, con los movimientos más opuestos y con los deseos más vehementes y más inútiles; ¿puede haber mayor mal que querer lo que no sucederá jamás,

que es verse libre de sus penas y no querer jamás lo que será siempre, esto es, arder y padecer? Finalmente, el entendimiento será atormentado con las reflexiones más crueles y furiosas, con un gusano eternamente roedor, con la continua aplicación á la infelicidad de tu estado. ¡Ay, Señor, quién podrá comprender el poder de vuestra ira! ¡Quién podrá explicar sus efectos!

No solamente el infierno es un mal universal, sino que lo es sin intermisión ni alivio alguno; es sin intermisión, porque ni Dios, que es el autor de las penas de los condenados, ni los demonios, que son los verdugos, no se cansan nunca; y porque los réprobos, que son sujetos de estas penas, y sus pecados, que fueron la causa, subsistirán siempre, y no pueden morir. El infierno durará toda la eternidad para un condenado, siendo lo mismo que fué el primer instante que cayó en él, al cabo de miles y millones de años. La imaginación se pierde y la muerte naufraga en ese mar sin fondo ni límites de la eternidad. Padecer, y eternamente padecer, y padecer en todo y para siempre jamás, eso es el infierno. La pena de los condenados es un mal sin interrupción ni consuelo. En esta vida no hay mal ninguno, por grande que sea, que no tenga tregua ó alivio. Si es violento, no puede durar mucho y acaba con la vida, y si no es violento, es sufrible; pero en el infierno la violencia no disminuye la duración. El paraíso es un bien puro, sin mezcla de ningún mal. El infierno es un puro mal sin mezcla de ningún bien. ¿Puédese imaginar alivio más pequeño que el que pedía el rico avariento, esto es, una

sola gota de agua para humedecer su lengua, que ardía en un fuego voraz? Pues Abraham, el dulce y caritativo Abraham se lo niega. «Acuérdate, le dice, que tú te entregaste á todos los placeres en la vida, y esta es la razón porque ahora se te priva de todos».

No solamente el infierno es un mal universal sin alivio alguno, sino que está privado de toda esperanza. Aquí en el mundo, por grande que sea un mal, nos consolamos cuando esperamos su término. La esperanza misma, aunque vana ó falsa, aminora nuestros trabajos, y engañándonos nos aliviamos; pero un condenado, ni puede tener esperanza alguna ni puede engañarse; pues toda la dejó en el umbral de aquella cárcel sin salida. ¡Qué pensamiento tan cruel! Padecer mucho, pero esperar mucho, es padecer poco; padecer poco sin esperanza, es padecer mucho; pero padecer muchísimo y padecer en todo, y sin esperanza, es el colmo de todos los males. Pues esta es la suerte de los condenados, á los que sólo queda como remedio la más funesta desesperación. En esto vienen á parar las falsas esperanzas de penitencia con que el demonio nos engaña y con que nosotros nos lisonjeamos, prometiéndonos una vida y unos años que haciéndonos diferir nuestra enmienda con el pretexto de ocasión más oportuna, impide nuestra conversión y nos pone en peligro de perdernos para siempre jamás.

Punto II

Del fuego del infierno.

Considera que hay un fuego en el infierno que atormenta á los réprobos. La fe nos lo

enseña y la razón nos lo debe persuadir. A la mayor maldad, en el pecado, se le debe justamente el mayor castigo. El entendimiento humano no conoce otro mayor que el fuego, ¿pero un fuego material puede atormentar un alma espiritual? Yo no comprendo bien cómo es esto, es un misterio aterrador, pero sé que Dios me dice que es así, y esto me basta para que yo lo crea. Las palabras con que la Escritura se explica sobre esto son tan claras y tan evidentes, que ó tengo que negar la veracidad divina ó someter mi juicio á la palabra de Dios; querer interpretarlas es no querer creerlas. ¿No creemos que Dios puede hacer más de lo que nosotros podemos comprender? Si no quieres creer que hay fuego en el infierno, después que Jesucristo lo asegura tantas veces, tienes bastante motivo para arder en él por toda una eternidad. ¡Infeliz de ti si esperas á creer el fuego del infierno cuando lo experimentes por ti mismo!

El fuego del infierno es un fuego que tiene una virtud extraordinaria y divina; para comprenderle, basta saber que es el instrumento de la omnipotencia de Dios, aplicado con un modo particular para atormentar á los réprobos y elevado para esto á una actividad sobrenatural, y esta es la razón, por la cual, aun siendo el fuego material, obra sobre los espíritus. Por esto la Escritura nos dice que está animado con el aliento de Dios, y esta es la razón, porque quema y atormenta las almas y los cuerpos sin consumirlos. Así la Escritura lo compara á la sal, que conserva los cuerpos, consumiendo una parte para conservar la otra; y los Padres de la Iglesia le llaman fue-

go de discreción é inteligente, que proporciona su actividad y su ardor á la calidad de los culpados y á la multitud y grandeza de sus delitos, conservando á los delincuentes para castigarlos más tiempo y sin destruirlos jamás para atormentarlos eternamente. Si la sola vista de un fuego bien encendido nos causa miedo, si no podemos aguantar un ascua ni una chispa en la palma de la mano, ¿qué será vivir eternamente rodeados, bañados, penetrados por un fuego que participa de los atributos de Dios? ¿Y qué impresión deberá hacer en ti el temor del fuego del infierno, de quien el nuestro sólo es sombra, y que será la pena y castigo del fuego impuro en que ahora quizá te abrasas?

¿Cuál es el hombre, por ambicioso que sea, que para ganar un reino quisiera quemarse en un fuego lento durante un mes? ¿Qué digo, durante un mes, durante un día? La ambición le podría cegar tanto que aceptase este partido. Pero aun cuando su ambición le cegase y consintiese en tan desacertada locura, apenas viese que lo arrimaban al fuego, se retractaría, si pudiese, de lo ofrecido. Nosotros que no querríamos comprar un reino á este precio, nos exponemos todos los días á arder en un fuego encendido por la ira omnipotente de Dios, y no por el espacio de un día, sino por toda una eternidad; no para ganar un reino, sino por un bajo interés, por un placer de un momento, por una vana honra, por cualquier pecado mortal, ¿puede haber conducta más incomprensible ni más frecuente? ¿Pero cómo concuerda esto con la razón y la fe? No obstante, este tu modo de obrar da á entender que

careces de fe y de razón, que eres loco ó incrédulo, porque parece un misterio tan obscuro como el del infierno que creyendo lo que crees, sin embargo obres como lo haces.

Coloquio.—¡Oh Señor y Dios mío! He aquí á tus pies á quien hasta ahora ha hecho tan poco caso de vuestros favores como de vuestros castigos. Desgraciado de mí. ¡Jesús mío! si no hubieseis tenido compasión de mí, cuántos años hace que estaría en aquel horno de vuestro furor, en donde están tantos con menos motivo que yo. ¡Y cómo pensando esto, no me abraso en afectos de amor y de gratitud! ¿Cómo podré pensar en ofenderos de nuevo? Ah, no sea así, Jesús mío; mil veces la muerte antes que el pecado. Ya que habeis empezado, dadme gracia para acabar la obra de mi salvación.

Propósitos.—Imita lo que practicaba aquel santo, que sintiéndose con una violenta tentación, acercando su dedo al fuego, se decía: «Si no puedes sufrir un momento el ardor de este fuego, ¿cómo podrás sufrir los ardores del infierno?»

10 DE DICIEMBRE

De las penas del infierno meditadas por aplicación de sentidos [1]

Preludios.—Mira con la imaginación la anchura y profundidad del infierno, como una concavidad muy espaciosa en el centro de la tierra y pide á Dios conocimiento íntimo y horror sumo de las penas que padecen los condenados, para que si por tus culpas te olvidas de su amor, á lo menos el temor de las penas te retraiga de pecar.

PUNTO PRIMERO.—Mira con la vista de la imaginación aquel fuego espantoso y las al-

1 Con gran acuerdo propone San Ignacio la meditación de las penas del infierno inmediatamente después de las penas del pecado, para que así más le deteste y llore quien por su desgracia le cometió, viendo el reato que trae como consecuencia necesaria, porque al delito se ha de seguir infaliblemente el castigo en la otra vida, si Dios no usa de misericordia; en razón de que luego que el hombre peca, incurre en débito de eterna condenación, y viene á ser

mas encerradas como en cuerpos también de fuego. Es aquel lugar como una cárcel obscurísima, ó caverna de fuego y humo intolerable. Mira los desdichados revolcándose en llamas abrasadoras, los cabellos erizados, los ojos desencajados, el aspecto horrible, mordiéndose las manos, y con sudores y afanes de muerte, y mil veces peores que la misma muerte.

Mira los demonios con figuras espantosísimas, no ya tentando á los infelices con sugestiones de placer, sino atormentándolos como verdugos sin piedad. Mira cómo los burlan y desprecian, golpean, hieren y despedazan con rabia insaciable, pues son esclavos suyos y los tienen bajo su poder para el tormento, como en el mundo los tuvieron para el pecado.

Luego dite á ti mismo: este es el paradero de toda iniquidad; aquí viene á dar sin remedio el que peca gravemente y no quiere servir á Dios. Y tú que te asustas de ver un ataúd, ó te conmueves tanto de presenciar una justicia, ¿cómo podrás vivir eternamente hollado de los demonios, y abrasándote sin cesar en las llamas del infierno? Pues esta es la pena que

como el malhechor ya sentenciado sin recurso á morir en el suplicio. El blanco á que mira esta meditación, como todas las de los novísimos, es á retraer del pecado nuestro corazón, naturalmente temeroso de pena, y con especialidad de penas eternas, motivo justísimo de arrepentimiento y freno poderoso para no volver á pecar. A este fin quiere el Santo que la presente meditación se haga con atención muy seria, aplicando los cinco sentidos á que perciban imaginariamente los tormentos eternos, porque así quedará más impreso en los ánimos este importantísimo dogma de nuestra santa fe, y el alma, al considerar su peligro repetirá muchas veces los actos de arrepentimiento y dolor ya concebidos, clamando sin cesar á las puertas de la clemencia divina para que le perdone, y no le deje caer en aquellos tormentos que no tienen fin.

has de tener, si ahora no refrenas los ojos, puertas por donde tantas veces entró el pecado. Por lo mismo la primera resolución y fruto de esta meditación sea la fiel custodia para en adelante del sentido de la vista.

PUNTO SEGUNDO.—Será oir los llantos, aullidos, maldiciones y blasfemias de los condenados contra el Señor y sus santos.

Aplica bien el oído, y escucha el tumulto y confusión perpetua de aquellos calabozos infernales. Si cuando se quema una casa, tantos son los gritos y la confusión, ¿cuál será el estruendo de aquella gente innumerable que arde en vivo fuego?

Oye las maldiciones del condenado á su padre, madre, hermanos, amigos, criados; á los honores, gustos, riquezas, sitios y horas en que pecó, y también las que se echa á sí mismo por haberse condenado voluntariamente.

Oye en particular, pero con grande horror, las blasfemias horrendas que vomitan los desventurados contra su Criador y Señor, contra la sangre preciosa de su Redentor, y contra toda la corte celestial, desesperados y ciertos de que ya nunca ha de haber misericordia para ellos.

Ahora para tu bien reflexiona diciendo: si pagan así los pecadores las risas criminales ¡cuánto mejor será llorar y hacer penitencia de mis extravíos! Y aquí has de bendecir con toda el alma la misericordia de Dios, pues debiendo haber caído en el infierno por tus pecados mucho ha, como otros menos culpables, á ti te ha esperado hasta el presente día por sola su bondad. Mira no se acabe su paciencia,

si añades uno más, y volviendo en ti desde hoy, cierra para siempre la boca y los oídos á toda palabra que pueda ser ofensa de Dios ó del prójimo, si no quieres ser compañero en las penas de los desventurados que rabian y blasfeman eternamente.

PUNTO TERCERO.—Aplicar el sentido del olfato á percibir el humo, azufre y hedor de la sentina del infierno. Siente qué aire tan pestífero, tan insoportable. Es hálito de cárcel apestada sin respiradero; es peor que el vaho de un calabozo debajo de tierra; es mucho más pestilente que la hediondez de sepulturas abiertas.

Además, los cuerpos de los réprobos estarán como agusanados y echando de sí más podredumbre que los cadáveres, tanto, que uno solo bastaría para apestar el mundo entero. ¿Cuánto será el hedor de aquella cárcel horrible, atestada de tantos cuerpos abominables? Podemos, fuera de esto, considerar que el fondo del infierno es como un lago de azufre derretido de donde se levantan espesos vapores que, como no tienen salida, se van condensando cada vez más, cuya pestilencia, grave y casi palpable, respiran siempre los réprobos con ansias mortales.

Por otra parte, aquel desdichado lugar es una sima donde, después del día del juicio, ha de caer la podre, veneno y basura de toda la extensión de la tierra, viniendo á ser como una cloaca universal, donde los condenados se han de ver sumergidos y abismados. Imagina un poco cuál será el hedor de tanta inmundicia allí mezclada y junta. Sólo de pensarlo

dan náuseas y congojas. ¿Qué será estarlo sufriendo por todos los siglos?

Reflexiona para utilidad tuya, diciendo así: Ahora en el mundo vemos á muchos coronados de flores y viviendo en delicias, los cuales huyen cuanto pueden de la menor cosa que los pueda molestar, y buscan con ansia todo género de placeres. De ordinario, las personas sensuales y delicadas viven en pecado. Pues éstos, en el infierno, padecerán á medida de los gustos que en el mundo tuvieron. ¡Qué desdicha gozar aquí para penar tanto después!

Punto cuarto.—Gustar imaginariamente las amarguras, lágrimas y hieles de los condenados.

Gusta primeramente el llanto acre y mordaz que siempre les corre de los ojos, surcándoles y abrasándoles la cara. Si ahora en nuestros cuerpos, por efecto de un susto repentino, ó arrebato de ira, tristeza, envidia ú otra pasión, suelen resultar indigestiones, bilis derramada, sangre corrompida, paladar muy amargo, hálito pestilente, toses, náuseas, vómitos y otras miserias de mucha angustia para quien las sufre, y de no poca pena y asco para quien las ve, ¿qué será la boca y resuello de un condenado? No hay en el mundo hedor ó cosa repugnante que se le pueda comparar.

A esto se añade el gusano de la conciencia, que siempre les está royendo las entrañas y vomitando en ellas hiel muy amarga y remordimiento perenne, fijos de continuo los infelices en el pensamiento de su desgracia, en la condenación irreparable y en la facilidad con que pudieron haberse salvado.

¿Y qué diremos de la sed y hambre que los atormenta? Rabiosa es la sed, causada por el ardor y continuo gritar. Hace ya muchos siglos que el rico avariento tiene las fauces secas y la lengua fuera con el ansia y deseo de una gota de agua y nunca se la darán, pues lo que allí hay es hiel de dragones, veneno de áspides, pez hirviendo y azufre derretido. El hambre es más que canina, y así de continuo sufren languidez, inanición y apetito vivísimo de comer algo; pero no tendrán otra cosa que materias que les abrasarán las entrañas.

Haz á ti mismo ahora la aplicación. Si este es el pago de la gula, ¿no te resolverás á refrenarla desde hoy para no venir á parar en los tormentos con que allí se castiga? Los santos no se contentaron con enfrenarla, sino que la vencieron y domaron con abstinencias, ayunos, raíces amargas, ceniza y otras invenciones repugnantes de pasmosa maceración. ¿Y tú, qué haces? ¿Quién sabe si aun de los ayunos tan suaves que manda la santa Iglesia tienes que decir y murmurar? ¿Quién sabe si aun de la templanza pasas los justos límites? Advierte que la gula y glotonería viene á dar en ayuno y hambre eterna.

Piénsalo bien ahora que estás á tiempo, y empieza desde hoy á someter con valor la carne al espíritu, para que el espíritu viva sujeto á Dios, pues de la templanza empieza la carrera de la vida espiritual.

PUNTO QUINTO.—Tocar con el tacto de la imaginación el fuego que martiriza las almas de los condenados.

Vivo y muy atroz es el dolor que causa. El

fuego de acá es como pintado en comparación de aquél, porque aquél le encendió y mantiene la ira de Dios, para que sea terrible instrumento de su justa venganza.

En él viven sumergidos los condenados como el pez en el agua, ó más bien, penetrados como una brasa, entrándoles las llamas por la garganta, venas, músculos, huesos, entrañas y todo el interior.

El junta y cifra en sí todos los males y dolores que pueden afligir y atormentar nuestra carne y espíritu: heridas, convulsiones, agonías, males de gota y piedra, golpes, azotes, cadenas, potros, tenazas, espadas, ruedas y garfios.

Y también atormenta las almas. No se comprende el modo, pero ello es cierto, que con formidable actividad penetra y atrozmente martiriza los mismos espíritus, porque enseña la fe, que también los demonios arden y padecen la pena de fuego.

Aplica esto á ti diciendo: ¿Quién podrá habitar en ardentísimo fuego que abrasa y no consume? Piénsalo bien y mira lo que escoges. O infierno, ó penitencia. Para el pecador no hay otra disyuntiva. O despegar el alma de todo afecto gravemente desordenado, ó arder en cuerpo y alma para siempre. Escoge, pues: ó vivir siempre feliz y no morir jamás, ó penar siempre y no poder nunca vivir; poseerlo todo, y no desear nada, ó descarlo todo y no poder poseer cosa alguna; descansar eternamente sin fatigarse jamás, ó trabajar siempre sin algún descanso; estar siempre contento y jamás triste, ó estar siempre triste y jamás contento; amar siempre sin poder aborrecer, abo-

rrecer siempre sin poder amar, ese es el premio de los buenos y el suplicio de los malos.

Escoge de estas dos eternidades la que más te agrade, por que la una ó la otra te está aguardando, y después de la muerte hallarás la que hubieres escogido durante la vida. Si vives bien, hallarás una eternidad de contentos y de deleites; si vives mal, entrarás en una eternidad de penas y de tormentos. Compara, pues, una eternidad con un momento; una eternidad de contentos con un momento de penas, y una eternidad de penas con un momento de deleites. Porque nada es largo si se ve su fin, y nada es corto si no tiene término. Si es cosa dura vencerte, más dura será condenarte. Examina, pues, los senos más ocultos de la conciencia, y ahora que puedes y Dios te convida, modera y corrige de una vez, á vista de las llamas eternas, todas tus aficiones culpables é intenciones siniestras. No dejes de proponer y hacer desde luego cuanto conozcas que Dios te pide. Con esta firme resolución, puesta en práctica sin tardanza, quedarás libre del peligro de caer para siempre en las hogueras infernales.

Coloquio.—Bendito seáis eternamente, Salvador mío, que por vuestra inmensa bondad me habéis librado de la eterna condenación. Ya que conozco el peligro en que me puse, tiemblo de pies á cabeza; pero también me siento alentado á confiar en Vos viendo vuestra gran misericordia para conmigo. ¡Ah Redentor mío! Si entre tantos desventurados no me encuentro yo, es por pura misericordia vuestra, pues aunque nací en el seno de la Iglesia, y conservo en el corazón la verdadera fe, con mi conducta he pisado mil veces vuestro santo Evangelio, y seguramente soy mucho más criminal. Lo confieso: tiempo ha que debiera haber caído sobre mí

la espada de vuestra justicia con tanto más rigor cuanto fué mayor mi ingratitud y deslealtad. Pero á vuestra infinita clemencia debo la vida en que respiro todavía. Habéis disimulado, me habéis sufrido, me habéis esperado. ¿Qué digo sufrido y esperado? Me habéis colmado de beneficios para vencer mi rebeldía y salvarme. Gracias os doy con toda mi alma, y á vista de tanta paciencia y misericordia me pesa mucho más de haberos ofendido. Lo que humildemente os ruego es que de hoy en adelante tengáis mi espíritu atravesado con vuestro santo temor, como con un acero agudo, si tanta es mi dureza que no lloro de agradecimiento y amor de vuestra benignísima piedad.

Propósitos.—Enfrenar la concupiscencia de la carne y abrazarme con la penitencia y padecimientos siempre inferiores á los merecidos por el pecado y á los que en el infierno se padecen.

11 DE DICIEMBRE

Del infierno del alma.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Suplicio de las potencias del alma.

Suplicio de la memoria. El alma del condenado tendrá presente los bienes y delicias de su vida pasada, y su recuerdo le afligirá. Todo pasó para mí como una sombra, exclamará. Apenas gocé de mis riquezas, cuando las dejé para que otros las disipasen. ¿De qué me han aprovechado? Y hubiese yo podido, usando bien de ellas, adquirir el cielo.

Recordará las gracias de que abusó: los sermones que oyó, los ejercicios que hizo, los remordimientos con que Dios le punzaba, las inspiraciones á que cerró voluntariamente los

oídos. ¡Ah! otros... quizá los cómplices de sus vicios, se aprovecharon de tantas gracias de Dios; y él no quiso, y se condenó.

Recordará los males que hizo, los pecados que cometió; pecados de la mocedad, de la juventud, de la edad viril; contra Dios, contra el prójimo, contra sí mismo; desórdenes opuestos á la razón. Su recuerdo le avergonzará y lo arrojará en espantosa desesperación. Todo, lo bueno y lo malo, lo placentero y lo desagradable, todo desfilará como una sombra por su memoria y todo servirá únicamente para atormentarlo cruelísimamente.

Suplicio del entendimiento. Serán de horrible tormento para el condenado estas reflexiones: me he condenado locamente, para ello tuve que andar por caminos ásperos, devorando más tedios, pesadumbres y trabajos en la senda de la iniquidad y perdición que hubiera padecido practicando lo virtud. ¡Más caro me cuesta el infierno, que á los justos el cielo! Si hubiera hecho y padecido por Dios, lo que hice y padecí por el mundo, por la vanidad, por el demonio, por mis pasiones, no estaría ahora donde estoy.

¡Me he condenado por un puñado de oro, por un pedazo de pan, por una pasión insensata, por un deleite de bestias, por un poco de humo; por cosas que nunca satisficieron la sed de mi alma, ni llenaron cumplidamente los deseos de mi corazón! *Ergo erravimus.* ¡Infeliz! ¡me condené por mi culpa: me condené porque quise! Y ese gusano roedor, ese recuerdo fijo, eterno del abuso de la gracia de Dios, de la facilidad de la penitencia, será como el infierno del infierno del cristiano.

Suplicio de la voluntad. El corazón del condenado es un mar alborotadísimo de pasiones desenfrenadas que no pueden saciarse. Maldice el abuso que hizo de su libertad, el abuso del tiempo que malgastó; maldice á los compañeros que le sedujeron y con quienes repitió: coronémonos de rosas, disfrutemos de la vida, no haya prado ó verjel donde no dejemos estampada la huella de nuestros desórdenes é impurezas. *Ergo erravimus a via veritatis.*

Punto II

Suplicio de la pena de daño.

Considera que este arrepentimiento es tardío, completamente inútil, y no sirve sino para mayor tormento del condenado. *In inferno nulla est redemptio:* es imposible volver atrás. Y se ve precisado á odiarse á sí mismo, causa voluntaria de su desventura y perdición. ¡Estoy en el infierno porque quise! Bien me lo decían y con él me amenazaban, pero me hice el sordo y creí poder burlarme de Dios y de sus amenazas. Odia el triste réprobo á los compañeros de sus tormentos, á los demonios, á los demás condenados. No tendrá el desgraciado ni un solo acto de amor: odiar y aborrecer es la ocupación de su voluntad. Odia á los bienaventurados del cielo, á los que antes calificó de insensatos y de necios. Pero ahora, ¡qué pena, qué envidia abrasará al condenado cuando vea que son ensalzados á la gloria esos mismos que en el mundo tuvo á sus pies! ¡Qué rabia y odio infernal se apoderará de él, al considerar su propia desventura y la dicha de aquellos á quienes no se dignaba ni siquie-

ra mirar! Pero sobre todo, y este es el mayor tormento del condenado, aborrece entrañablemente á Dios, cuya posesión ha perdido.

Pena de daño, la mayor de las penas, la cual según la doctrina de Santo Tomás, es en cierto modo infinita, porque priva de Dios, que es bien infinito. No ver á Dios, perderlo para siempre... Ahora no sabemos lo que es, porque ni conocemos ni amamos á Dios. El niño que pierde á su madre, juega junto á su cadáver, porque no sabe lo que es una madre. Cuando sea adulto la llorará. Así nosotros, sólo en la eternidad podremos entender lo que es Dios, lo que es poseerlo y lo que es perderlo para siempre. Horrible cosa perder nuestro último fin. ¡Oh, si el condenado pudiera amar á Dios! ¡Si pudiera, lanzaríase á sus brazos como la montaña á su centro! Pero aunque comprende que Dios es infinitamente bueno, infinitamente amable, y que en su posesión está toda la felicidad de la criatura, con todo, se ve alejado de El, porque es su enemigo irreconciliable y objeto de la cólera celeste; y odia y maldice esa santidad y rectitud infinita. Y como se apartó en el mundo con su voluntad del que era su centro y su fin, así resuena ahora sin cesar en sus oídos la voz del Señor: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. Os llamé mientras gozabais de libertad y abusabais de mis dones; y rehusasteis volveros á mí; os convidé con los bienes de la gloria y me despreciasteis; os tendí mis brazos desde la cruz, y me volvisteis la espalda, teniendo por ídolos á las pasiones de vuestro corazón: justo es, pues, que ahora ardáis eternamente con esos

ídolos que os fabricasteis, y á los cuales quisisteis rendir eternamente culto».

Punto III

Suplicio de la eternidad.

Considera cómo padecerá el condenado horriblemente sumergido en aquel inmenso mar de fuego, sin esperanza de conseguir misericordia con sus lágrimas y súplicas; sin esperanza de ablandar nunca á Dios con penitencias; sin esperanza de pagar por entero ni de disminuir jamás las deudas con los tormentos. ¡Eterna desesperación! Parémonos unos instantes á considerar lo que significa la eternidad de las penas y la pena de la eternidad. Eternidad quiere decir, que siempre durarán, que nunca tendrán fin. Para formar algún concepto de cosa tan terrible, extendamos la imaginación á cualquier número de años ó millones de años, y hallaremos que después de pasado, la eternidad se queda entera. Pasen por un condenado tantos millones de años como gotas de agua han caído sobre la tierra y han de caer hasta el fin del mundo, juntas con las que componen todos los mares. Tantos como hojas ha habido, hay y ha de haber en todos los árboles y plantas del mundo. Tantos como son los rayos del sol, átomos del aire y arenas del mar. Y después de haber pasado todo este número de años incalculable, han de comenzar de nuevo los tormentos de aquellos infelices, como si fuera el primer día, quedando tan entera la eternidad y el padecer, como si no hubiera pasado ni un solo instante.

Todo allí es eterno. El condenado será eter-

no, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo. Deseará la muerte, pero la muerte huirá de él, antes bien la rabia de deshacerse le dará terribles tormentos viendo que no puede morir. El fuego en que se abrasa también es eterno, porque lo mantiene, como dice un profeta, el soplo de la ira divina. El gusano de la conciencia que le muerde y roe, será también eterno, como lo aseguró Cristo N. S., porque la podredumbre de donde se engendra, que es la culpa, no se acaba. El decreto de Dios que condenó al infeliz, es eterno é inmutable, porque está resuelto á no revocar la sentencia definitiva que una vez pronunció contra él. En fin, todas sus penas serán eternas; pues las culpas también lo serán, por cuanto allí no hay perdón de pecados, ni penitencia verdadera, ni satisfacción que se acepte, ni la sangre de Jesucristo se le aplica. De donde procede que el que quiere morir sin penitencia de sus pecados, virtualmente quiere permanecer en ellos para siempre y ser castigado para siempre. Pues para no incurrir en tan horrenda desgracia y moverte más á llorarlos con gran amargura, figúrate haber ya caído en aquellas eternas llamas, y que, abominándote á ti mismo, con tristes ayes te dices de esta manera: ¡Ay, necio y desventurado de mí, que cerré tantas veces los oídos á las voces con que Dios me llamaba, que me pude con poco trabajo salvar y no me salvé, que pude fácilmente evitar estas penas y no lo quise con resolución! Este ha sido el fruto de mis pecados. Pero ya no hay remedio. Ya no habrá dicha para mí. Condenado estoy, tormentos son mi herencia, y por un punto de honra vana, por

un vil interés, por un deleite de la carne sucia, ardo ahora en este fuego atroz, y arderé por toda la eternidad.

Además de ser eternas, son también continuas sin interrupción, é invariables sin disminución, de modo que no cesarán ni por una hora, ni por un momento, ni habrá un mínimo alivio, como se vió en el rico avariento, á quien Abraham negó tan corto refrigerio como era tocarle la lengua con el dedo mojado en agua; antes bien se les aumentarán á cada hora con la compañía de los nuevos condenados que irán llegando. Ni con ser los tormentos tan largos y continuos se gana costumbre en el padecer para causar alivio, antes cada día se hacen como nuevos y con nueva impaciencia se recrudecen. Ni se embotará nunca el sentido del dolor, sino que cada vez será más vivo y sensible, porque como siempre crece la soberbia y el odio contra Dios de aquellos desventurados, así les crece también la ira, la envidia, la impaciencia, la rabia, y de consiguiente la pena.

Alma mía, ¿qué dices á esto? Si estando en cama blanda tanto sientes pasar una larga noche en vela y con dolor, esperando con ansia el alivio de la alborada, ¿qué sentirás en aquella noche eterna donde nunca ha de amanecer una aurora, donde no tendrás un instante de refrigerio, donde nunca verás un rayo de esperanza?

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Tened misericordia de mí, libradme de vuestra ira y no me castiguéis con vuestro furor. De mi parte prometo, con el favor de vuestra gracia, que por ninguna cosa del mundo me expondré jamás á tan espantoso peligro, enmendando enteramente mi vida, huyendo en consecuencia

de las ocasiones de ofenderos, y luchando hasta vencer mis pasiones, y especialmente la que siendo, como dominante, causa funesta de mi desdicha, me ha puesto tantas veces en riesgo inminente de condenación eterna. Libradme de ella, Dios mío, por vuestra infinita misericordia, por el amor de vuestro Sagrado Corazón.

Propósitos.—Cuando me vea en algún trabajo, piense que tengo merecido el infierno: *Domus mea infernus est*: allí debía estar yo.

12 DE DICIEMBRE

Sobre la eternidad de las penas del infierno.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La eternidad de las penas la reclama Dios.

Considera que negar la eternidad de las penas es desconocer á Dios, cuyos atributos son igualmente infinitos. Piensa, por ejemplo, en su santidad. Pues bien: considera que Dios no es santo sino porque detesta infinitamente el pecado, y porque lo detesta le hace la guerra y lo persigue de muerte. El plan maravilloso de su providencia no es otro que acabar con el pecado sin herir la libertad humana. Pues ahora pondera que nada sirve para apartar á los hombres del pecado, sino el temor de la eternidad de las penas. ¿Qué sirve sin eso? Las penas dictadas por las leyes humanas no sirven más que para que los hombres las huellen cuando están seguros de librarse de la pena. Los mismos castigos divinos, pero temporales, de la otra vida, no contienen las pasiones, que apenas tiemblan ni retroceden delante de lo

eterno, y, por consiguiente, no se asustan de nada temporal. Porque hay momentos en que el espíritu se turba, el corazón desfallece, la tentación ruge, el abismo nos atrae... y en esos momentos decisivos, si algún pensamiento nos detiene al borde del abismo, es sólo la idea de la eternidad. Dios, en efecto, ¿no nos amenaza también con las penas terribles, pero temporales, del purgatorio? ¿Y hay muchas personas que por sólo el miedo del purgatorio se abstengan de pecar? Jesucristo era sabiduría eterna y sus apóstoles eran hombres sencillos. Pues bien: Jesucristo les predicaba la eternidad de las penas á ellos y á las turbas que lo seguían. Conocía Jesucristo el corazón del hombre; por eso el Evangelio encierra más amenazas del infierno que promesas del cielo.

Mira lo que hace la sabiduría de los legisladores terrenos. Castiga á los criminales con la muerte civil, separándolos para siempre de la sociedad, y contra los más criminales pronuncian la pena de muerte corporal. Cortan de la sociedad y arrancan del árbol de la vida los miembros indignos de ella. ¿Y qué es, dice San Agustín, la pena de muerte, sino una pena eterna en cuanto puede serlo? Toca, en segundo lugar, á la sabiduría del legislador supremo el coronar las leyes con tal sanción que garantice su observancia. Pues negar la eternidad de las penas es acabar con toda sanción, puesto que un día, buenos y malos, justos y malvados, habrían de verse juntos y felices en el cielo. Llegaría un día en que la luz y las tinieblas, el vicio y la virtud se habían de confundir, y en que podríamos ver á la infame y

perdida mujer que pasó la vida en el cieno del vicio, junto á la purísima virgen que exhaló en el claustro el perfume de las azucenas. No, la sabiduría pagana se sublevó contra esta conclusión, no menos que el Evangelio. La razón se rebela, el corazón se indigna contra estas absurdas consecuencias, y este dogma que parece tan difícil y absurdo, viene á ser la última palabra de la razón y del buen sentido, sobre Dios y la moral.

Quita de la vida futura la certeza de una eternidad y lo mismo da haber sido bueno y santo que haber llenado de escándalos el mundo; porque lo que no es eterno es transitorio, y lo transitorio es nada en la eternidad. La vida presente, decimos todos que es un sueño, pues la futura sería un sueño de algunas horas más si después de él fuese igual el despertar para todos, para el oprimido y el opresor, para el que pasó la vida guerreando por Dios y el que la pasó blasfemando de Dios. ¿Te parecería bien este resultado final? ¿Es justa esta liquidación definitiva? ¿Seríamos buenos á ese precio? Luego si no hay eternos castigos todo lo demás vale poco, porque como dice San Agustín: «*Quod eternum non est, nihil est*». Además, la justicia de Dios quiere el infierno eterno, porque es propio de ella el recompensar ó castigar de un modo digno de El. Ahora bien, castigar con pena eterna al pecador no es más que justicia, porque el hombre eterniza en cuanto puede su rebelión y su impiedad, porque el pecado no es más que separarse de Dios y unirse á la criatura. Así el pecador se apega al mal y al pecado su corazón en cuanto puede, eternamente. ¿Cuántas veces no dice el

pecador al objeto de su amor, que no quiere más gloria que su goce y que eternamente le será fiel? Esa es su intención, pues; eternizarse en el mal en cuanto puede, y esta es observación de San Agustín. Justo es, por tanto, que el que en su voluntad ha querido siempre pecar, padezca para siempre las consecuencias de su pecado.

Oponen los impíos á la sabiduría de Dios su misericordia. Cierto, la misericordia de Dios es infinita, pero Dios no existe sino porque es infinito en todos sus atributos y si no no sería Dios. Separa esta justicia de la misericordia y desde luego dejaría de ser el Dios de la virtud y se haría cómplice de nuestros pecados, porque aun entre los hombres las penas temporales y transitorias no se reputan verdaderas penas. Luego si es justa esa misma justicia, si ha de ser recta y tener sanción digna de ella y gobernar el mundo con sabiduría, exige la eternidad en sus castigos, así como exige para los buenos la eternidad de los premios. Además, esta misericordia que tanto consuela al hombre y tanto alienta al pecador, ¿cómo la conocemos? Está y la hemos visto humanada en Jesucristo que muere en la cruz para salvarnos. Pues esa misericordia es la que nos habla en términos tan claros de la eternidad de las penas, que es imposible ponerla en duda: «Irán al fuego eterno». ¿Y qué hacemos de esas palabras tan claras? ¿Son ciertas? ¿Donde está, pues, la dificultad de creerlas? ¿Son exageradas? Luego atacamos la veracidad del mismo Dios. Aviva, pues, tu fe en este espantoso misterio y que él te sirva para alejarte cada día más y más del pecado y unirte más al amor y

misericordia de Dios para evitar el peligro de caer un día en los fueros de su justicia.

Punto II

La eternidad de las penas la exige la naturaleza de la vida.

Considera que el hombre está hoy en camino hacia un término final y que la vida es una prueba que ha de resolverse en un estado definitivo, y que ningún destino del hombre puede tener importancia verdadera si no tiene ese carácter definitivo. La vida, pues, es una lucha del bien y del mal, del vicio y la virtud, y la victoria del orden y del bien ha de ser eterna, como el mismo Dios. Morir santo y morir criminal, y ser luego destinados á penas y recompensas pasajeras para encontrarse un día unidos, y ser iguales por toda la eternidad, ni es digno de la idea de justicia absoluta que tenemos de Dios, ni de la que tenemos de la vida, que es una milicia sobre la tierra. Aquella suprema y definitiva liquidación es un desheredamiento del patrimonio de familia, que es el cielo, al que renuncia el pecador endurecido. Pero ¿y no se podrán arrepentir? Es una ilusión más, un ataque más al orden natural y al sobrenatural. No; el arrepentimiento es imposible, porque en el orden moral ya no existe el mérito, y en el orden sobrenatural ya no existe la satisfacción de las penas, ni la gracia del perdón. ¿Por qué? Porque el alma tiene necesidad, dice Santo Tomás, del cuerpo para llegar á su fin, para caminar, para merecer; y aún más claro lo dijo Jesucristo: «Llegada la noche, que es la muerte, ya no podéis traba-

jar». Ya no hay cambio, ni mérito, ni dolor que satisfaga. No hay más tiempo. *Tempus non erit amplius*, y todo está dicho. Con el tiempo se va todo, y no queda más que la eternidad fija, inmóvil, pesando toda ella como una esfera que gravita sobre un punto nada más, sobre el desgraciado pecador.

Eso en el orden moral: en el sobrenatural, Jesucristo también dice que no hay más allá de la muerte gracia, ni, por tanto, salvación. No hay otro tiempo más que el presente para merecer. Aquí la sangre de Cristo se nos da á torrentes en los sacramentos y de mil maneras; pero pasado el dintel de la eternidad, cesa la economía de la Encarnación. Allí no hay sino justicia, y ni una gota siquiera de la sangre de Cristo va á refrigerar las llamas del infierno. El árbol, una vez caído, no se levanta. Se cerró la puerta: «*Clausa est janua*», y esta palabra del Evangelio es la que nos recuerda aquella terrible sentencia. ¡Oh! Vosotros que entráis, dejad toda esperanza en el dintel de esta puerta. Aquí ya no hay esperanza. Ese es el infierno, todo el infierno, con toda la eternidad del infierno.

Pero, ¿no perdonará Dios á los desgraciados precitos? Y ¿cómo los perdonará Dios, cuando, en el infierno, la voluntad que murió depravada sigue fija é inmutable, en el crimen? Porque hay infinita diferencia entre aborrecer el pecado como manantial de penas, y odiarlo por lo horrible de la culpa. El castigo del pecado no devuelve la inocencia, así como la muerte no devuelve la salud. Las almas corrompidas detestan el mal por las terribles consecuencias de él, no porque lo miren como

una acción de suyo mala y digna de reprobación. Pues así son los condenados, semejantes, dice la Escritura, al yunque, que se endurece más mientras más se golpea, más endurecidos están en el pecado, mientras más los castiga Dios. Es cierto que pasan siglos y siglos y que ruge sobre ellos la ira del Señor; pero también lo es que allí se consuma ese horrible misterio que empieza aquí con el endurecimiento, y que sus lágrimas lloran el dolor y la pena, pero no el pecado; son esclavos que rugen de rabia, no hijos que lloran de pesar; luego si siempre existe la culpa, justo es que siempre exista la pena.

Pero ¿qué proporción hay entre un pecado que se comete en un momento y una eternidad de dolores? Pues considera cómo se castigan y se premian, aun en este mundo, las acciones por lo que valen, no por lo que duran. Un leal soldado realiza una hazaña gloriosa en pocas horas, quizá en pocos minutos, y el lauro dura toda su vida y aún no basta. Su gloria se extiende á toda su descendencia. Es una especie de eternidad de gloria. Un criminal asesina en pocos momentos á toda una familia, ó la hunde en la miseria. La justicia humana condena á pena de muerte á ese monstruo. ¿Habrá quien diga que el juez no debía condenarle á padecer sino por el tiempo que duró el crimen? ¿De qué depende, pues, el reato de la culpa? De lo perverso de la intención y de la injuria que se hace á Dios, pues el pecado es un parricidio, aún es más, es un deicidio, pues que, según el Apóstol, los que pecan vuelven á crucificar á Cristo. Con razón, pues, pesa sobre los condenados la eternidad, y mientras Dios fuere Dios,

pesará sobre ellos el brazo de su furor, y millones y millones de años no bastarán para purificar aquellas tristes almas, identificadas ya con la culpa. ¡Terribles y espantosas consideraciones! ¿Y tú qué haces, que piensas, si en eso no piensas? ¿Y adónde caminas, á la eternidad feliz ó á la desgraciada? Fácil es saberlo. ¿Estás en pecado mortal? Pues ya sabes cuál es tu término. ¿Quieres salir de ese estado? Pues haz un propósito firme de morir mil veces antes que volver á ofender á Dios, y de lavar con lágrimas y con sangre las manchas de tu alma.

Punto III

La eternidad de las penas la exige la naturaleza del pecado mortal.

Considera que no nos cuesta trabajo creer que méritos finitos merecen eterna recompensa, tanto más, que si el dolor fuese eterno, no habría lugar á recibir el premio merecido. Lo que no podemos entender es que un solo pecado mortal, aun de pensamiento, merezca eterno suplicio. Las acciones hechas en gracia, merecen premio á causa de los méritos de Cristo, pero, ¿cómo una acción limitada y finita merece una pena eterna? Hay misterios que precisamente lo son, porque superan á la flaqueza de nuestro entendimiento. Cinco, principalmente, señala Santo Tomás: El misterio de la Trinidad, de la Encarnación, el de la transustanciación, la resurrección de la carne y la eternidad de las penas. Hay teólogos que dicen que los réprobos no dejan de pecar en el infierno; luego no hay injusticia en castigar eter-

namente al que eternamente peca. Pues aunque esto no fuese exacto, considera cómo aun durante la vida, el pecador ha encontrado, ó á lo menos buscado, la eternidad en el mal. Quisiera prolongar un placer pecaminoso eternamente, y por tanto, se hace reo de una pena proporcionada á su pecado. Por eso, dice San Gregorio, Dios que no mira tanto á las acciones como á la voluntad, eterniza el suplicio de los que hubieran deseado eternizar la culpa.

De aquí se sigue que el réprobo jamás borra los pecados cometidos, porque está privado de la gracia de Dios, de modo que ni una sola vez, por toda la eternidad, podrá decir: «Señor, ten piedad de mí». Luego allí no hay más que demonios, esto es, desesperados. De aquí viene que un malvado en la vida y un condenado se parecen en la imposibilidad en que se encuentran ambos de salir del pecado por sus propias fuerzas. Sólo el socorro de la gracia de Dios, que no se nos niega jamás durante la vida, es lo que diferencia al pecador del réprobo. Pero el mismo Dios nos lo dice bien claro: Considerad que ahora estoy dispuesto á perdonaros. Pero un día vendrá en que cesará la misericordia para dar sólo lugar á la justicia. Mil veces se nos ha advertido esto durante la vida, ¿de quién, pues, nos podremos quejar?

Además, las malas obras se oponen á las buenas. Estas merecen recompensa eterna; luego, ¿por qué las malas no merecerán eterno castigo? Ya Jesucristo dijo clarísimamente, «*ibunt hi in suplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam*». Y con razón dice San Agustín: «Un hombre que da la muerte á lo que podía gozar de vida eterna, merece ser eter-

namente castigado con pena eterna». Pues considera que el hombre se priva á sí y á su alma de la vida por el pecado, luego merece algo más que la privación de la misma vida, como el que mata á su prójimo temporalmente, merece pena capital.

Pondera, por último, que la malicia del pecado mortal es tan grande é infinita, que no se podría compensar por pena alguna si Dios no lo perdonase. Mira que Dios, que al hacer manifestación de su amor nos ha dejado atónitos, al hacerla de su justicia, que es igual á su bondad, nos dejará aterrorizados. No se puede, pues, suficientemente agradecer la bondad de Dios que perdona una y mil veces, con tal que se arrepienta uno antes de la muerte. Tanto más, que siendo infinita la malicia del pecado y no pudiendo ser castigado intensivamente con aquella infinidad que merecía, á lo menos extensivamente puede y debe ser castigado en el infierno.

Coloquio.—¡Oh terrible justicia de Dios! ¿Quién no tiembla en tu presencia? Líbrame, Señor, de tu ira y no me castigues con tu furor, ampárame con tu misericordia para que no caiga yo en tan espantosa y eterna miseria. Alumbra mis ojos ¡oh Dios mío! para que viendo claramente estas verdades, obre según ellas y no sea yo eternamente desgraciado. Mil muertes, Señor, antes que ofenderos, pues la voz de tu eterna justicia me hace temblar. Ámete yo, Dios mío: cumpla tu santa ley, para que no venga jamás á ser víctima eterna del furor de tu justicia.

Propósitos.—Meditar con frecuencia en la eternidad de las penas, para odiar cada día más y más el pecado mortal.

13 DE DICIEMBRE

(Cuarta semana de adviento.)

Sobre la tibieza espiritual.

Preludios.—Imagínate á tu alma dormida al borde de un horrendo precipicio y al demonio, al mundo y á la carne, esforzándose en precipitarte en él. Pide á N. S. te despierte con la voz de su santo temor y te anime á emprender vida de fervor y de espíritu.

Punto I

De la esencia de la tibieza.

Considera que no ser ni frío ni caliente en el servicio de Dios, arrastrarse más que andar por los caminos de la virtud, eso es ser tibia un alma. Un alma tibia, no quisiera cometer pecados mortales, pero comete con facilidad y sin escrúpulo los veniales; no quisiera dejarse llevar de la cólera, pero es agria y áspera en sus respuestas; seca é impaciente en sus acciones; no murmurará de una falta grave del prójimo, pero gusta de entretenerse en las faltas de otros, y de hacer de ellas la sal de sus conversaciones. La abierta deshonestidad le horroriza aún, pero se goza en la vida delicada, regalada y perezosa; no desea los bienes ajenos, pero guarda y conserva con sobrado asimiento los propios. Empléase en buenas obras, pero con frialdad y con intención no muy pura; llégase á los sacramentos, confiesa á menudo, frecuenta la Comunion, pero ni se prepara mucho, ni se enmienda, ni tiene más fervor cuando comulga, lo que suele hacer por costumbre y rutina; reza muchas oraciones, pero sin atención ni devoción. Así,

pues, aunque las obras que hace sean buenas, no están bien hechas; porque haciéndolas mal ó por motivos naturales, les falta la regla y espíritu interior, y obrar de esta manera, es no obrar del todo bien ni cuando Dios quiere. En fin, un alma tibia es paciente, cuando no tiene que sufrir; es blanda, si no se le contradice; es humilde, con tal que la prefieran á todos, y caritativa, pero con aquellos que la lisonjean ó no le contradicen. El alma tibia quisiera ser santa, pero sin las virtudes necesarias para la santidad; quisiera tener estas virtudes, pero sin tomarse el trabajo necesario para adquirirlas; ó adquirirlas, sin vencer sus gustos ó inclinaciones; y quisiera vencerlas, pero sin que esto le costase esfuerzo ni propio vencimiento. Quisiera, en fin, salvarse, pero sin que le costase trabajo, y ganar el cielo, pero sin hacerse violencia alguna. Esta mezcla de frío y de calor, de bueno y de malo, ese no hacer caso de culpas veniales ni adelantar en la perfección, ni tomar los medios adecuados para ello, es la esencia de la tibieza. ¿No hallas esta peligrosa mezcla en tu modo de vivir? Lo poco que hay en ti de bueno, te confirma en ello, porque eso mismo poco bueno lo haces tan mal, oras tan mal, rezas tan mal, confiesas y comulgas tan mal, esto es, con tan poco fruto, que ese es el mayor síntoma de tu enfermedad.

Punto II

De los males y peligros de la tibieza.

Escucha, en primer lugar, las terribles palabras de Dios: «¡Ojalá que fueses frío ó caliente! dice Dios al obispo de Laodicea, pero porque

no eres ni frío, ni caliente, te empezaré á vomitar de mi boca». Pondera qué horrible debe ser el estado de la tibieza cuando Dios, en esas palabras, parece que prefiere á ella el mismo estado de pecado mortal. Ojalá, dice Dios, fueras frío, porque me es más fácil resucitar un cadáver frío que despertar un alma del letargo de la tibieza. El Dios de bondad y de misericordia, el que llama á sí á los ladrones y adúlteros, dice que le provocan á asco las almas tibias y empieza á arrojarlas de sí con el horror con que arrojamos la comida nauseabunda y que sólo sirve ya para el muladar ó para el fuego. ¿Por qué? Porque es menos de temer un enemigo declarado que un amigo sospechoso y desleal, y este es el estado del tibio para con Dios. La tibieza es aquella infeliz disposición, en que el hombre que lo es, se puede decir que da náuseas al corazón de Jesús y por eso le aparta y arroja de sí. ¡Ay! que si el Corazón de Jesús me arroja de su lado, ¿adónde podré refugiarme? No hay otra parte más que el infierno adonde irme. Quisiera ¡oh Jesús mío! más el destierro del paraíso que estar arrojado de tu Corazón: pues si no estoy en él no tengo parte en su amor; y si no tengo parte en su amor, ¿qué soy sino un condenado?

Oye otra palabra de Dios en contra de los tibios: «Maldito el hombre, dice el Espíritu Santo, que hace la obra de Dios con omisión ó tibieza». ¡Qué castigo tan terrible el ser maldito de Dios! ¿Y cuál puede ser el pecado que merezca esta maldición que lanza contra el tibio un Dios justo y misericordioso? Considera que no será más grande que la culpa, pues

esta maldición la lanza un Dios lleno de bondad; luego ha de ser menor que la culpa que castiga. Pondera, pues, que es menester que sea un gran mal la tibieza en el servicio de Dios, y verdaderamente algunas veces es mayor mal hacer una buena obra con omisión ó tibieza, que hacer una obra mala; porque muchas veces aquel que comete un pecado, ó no conoce á Dios, á quien ofende, ó no conoce totalmente el mal que ejecuta y peca por ignorancia; pero aquel que hace la obra de Dios con frialdad conoce á Dios, piensa ordinariamente en Dios, hace profesión de virtud y de vida espiritual, y al hacer con tibieza la obra que ejecuta, parece que dice tácitamente que el Dios por quien la hace no merece se le sirva con más esmero y fervor, ó que la recompensa que éste le promete, no merece que el hombre se fatigue más. De lo que se sigue que es menor menosprecio de Dios el no servirle algunas veces, que el servirle con omisión y tibieza.

Además, el tibio es, en general, soberbio, y como soberbio, no se conoce, y como no se conoce ni sabe su mal, difícilmente puede remediarlo. El hombre tibio, como en general no comete pecados graves, no se juzga pecador, y por consiguiente, cree que no está obligado á la penitencia. No obstante, Jesucristo mismo declara al obispo de Efeso, que porque ha aflojado en la primera caridad ha menester hacer penitencia: «*Age poenitentiam*». Y le amenaza con imponérsela el mismo Cristo con los castigos de que se servirá para remediar su tibieza. Esta amenaza te comprende á ti, y te debe inspirar santo temor y animarte á

hacer la penitencia que merecen tus continuas faltas y pecados. Además mira otro terrible mal de la tibieza: los que son tibios no se creen grandes pecadores, porque piensan mucho ordinariamente en el mal que dejan de hacer, y en el poco bien que hacen, y no en las culpas que cometen y en el bien que deberían hacer: porque se comparan más con los que viven vida más desarreglada, y no con los más fervorosos y santos. Tienen su satisfacción, como el fariseo, en no ser tan malos como otros, y se complacen en su virtud imaginaria. Están ciegos y no ven, y enfermos y se creen sanos. Horrible mal y espantosa enfermedad. Pide fervorosamente á N. S. que te dé luz para conocerte y gracia para volver atrás si has emprendido ese triste camino que de ordinario para en la perdición.

Punto III

De las causas y remedios de la tibieza.

Considera que no se puede remediar un mal si no se conoce su naturaleza, y no puede ésta conocerse sin conocer su principio. De lo que se sigue que no se puede dar remedio eficaz para un mal tan peligroso como el de la tibieza, si no se sabe de dónde dimana. Pues mira que la tibieza nace de muchos principios. El primero, es el defecto de fe viva en las verdades eternas y de la salvación. Estas verdades son tan grandes y tan terribles, que no pueden dejar de hacer honda impresión en el alma que está penetrada y convencida de ellas. La flojedad, pues, de nuestra vida viene de la flojedad de nuestra fe, y la de nuestra fe del

poco fervor y falta de meditación seria, formal y constante. El remedio, pues, de este mal, y el medio más infalible para avivar nuestra fe, es meditar muchas veces y con todo conato las verdades eternas que la fe nos enseña, y que se relacionan con nuestra eternidad feliz ó desgraciada. Meditándolas de esta manera profundizaremos en ellas, y penetrándolas nos gustarán, y este gusto hará nuestra fe viva, y esta fe viva animará nuestro fervor y nuestro espíritu.

El segundo origen de que dimana la tibieza es el dejarnos preocupar mucho de nuestros negocios ó de nuestros placeres. El espíritu, disipado con el bullicio de los afanes del mundo, afloja con facilidad en las cosas de Dios, y se hace incapaz de la aplicación y ardor que se necesita para trabajar en una cosa tan importante como la salvación. El remedio, pues, es poner, si no el único, el principal cuidado en el asunto de nuestra alma, y no embarazarse ni ocuparse en otros asuntos sino en tanto en cuanto nos ayuden para nuestro último fin. El tercer principio de donde dimana la tibieza, es el ejemplo. Pocos hombres hay que no falten en alguna cosa, y después nos autorizamos con su ejemplo para permitirnos los defectos, sin dársenos mucho de no imitar sus virtudes. El medio es atender á las virtudes de los demás para imitarlas, y no á sus faltas, si no es para no incurrir en ellas, persuadiéndonos de que sólo el ejemplo de Jesucristo es el que podemos seguir siempre sin recelo ni excepción. El cuarto principio de que dimana la tibieza es nuestra flojedad y poca abnegación interior, junta con la dificultad que tiene

la virtud en sí misma; porque no se puede dejar de confesar que la práctica de la virtud es difícil, ya se mire con relación á su objeto, que ordinariamente es contrario á nuestras perversas inclinaciones, ó ya se mire la virtud con relación al hombre, que es débil é inconstante, y, como material, no se deja llevar ordinariamente sino de cosas sensibles. El remedio de esto es acordarse que Jesucristo, que es la misma verdad, nos enseña que su yugo es suave y que, aunque parezca áspero llevar la cruz, será gustoso el cargar con ella siguiéndole á El, y más, cuado El nos ayuda á llevarla; y que aunque nos sea duro el hacernos violencia por Dios N. S., la unción que derrama con su gracia en nuestros corazones, hace dulce esta misma violencia; que los mundanos hacen y padecen más para contentar al mundo y condenarse, que nosotros para contentar á Dios y salvarnos; que nosotros mismos hemos hecho más á veces para satisfacer nuestras pasiones desenfrenadas de lo que se nos pide para cumplir con nuestra obligación.

Coloquio.—Pero en fin, Dios, mío, ¿nos puede faltar ánimo y fervor cuando pensamos que lo que hacemos ó padecemos, nos conduce á la bienaventuranza eterna? ¿Que nos ayuda para servirte y agradarte? Dame luz, Dios mío, para conocer esta verdad y gracia abundantísima para resucitar en adelante á nueva vida de fervor. Que te conozca á Tí, Dios mío; que vea cuántas y cuán graves son mis obligaciones para contigo; que conozca mis peligros, y no quiera ponerme á riesgo por la tibieza de perderte para siempre jamás.

Propósitos.—Resuélvete á aplicar estos remedios para curar tu tibieza; por envejecido que sea el mal, no será incurable, con tal que los apliques como se debe.

14 DE DICIEMBRE

De las señales de la tibieza.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Señales de la tibieza.

Considera que la primer señal de la tibieza es una gran facilidad en omitir ó acortar los ejercicios espirituales de oración, lección espiritual ó comuniones y demás prácticas piadosas; la más mínima dificultad las estorba; la más inútil diversion, el menor pretexto es una fuerte razón para acortarlas ú omitirlas. Para el tibio, Dios, y todas las cosas de su servicio, ocupan el último lugar, y sólo se cumple con esta obligación cuando se está de humor ó no hay otra cosa que hacer. Al contrario, el alma fervorosa, como es Dios quien ocupa el primer lugar en todo lo suyo, nunca falta á los ejercicios piadosos, posponiendo todo lo demás que puede impedirlos. Las razones más fuertes le parecen débiles cuando se trata de hacerle perder sus prácticas espirituales ó faltar á ellas, y sólo la imposibilidad absoluta ó la caridad son razones para dispensarse de la devoción; porque no quiere dejar á Dios sino por Dios mismo. ¿Cuántas veces has dejado á Dios por el mundo, por ti mismo ó por necias bagatelas? ¿Dejarías de hablar con el rey por hablar con un lacayo? Verdaderamente, esto excedería los términos de la grosería. Pues Dios, que es mayor que todos los reyes, bien merece la misma atención y que no lo pospon-

gas á cualquier frivolidad ó á cualquier ocupación muy secundaria.

La segunda señal de la tibieza, es la negligencia con que cumplimos con nuestras obligaciones espirituales, ofendiendo á Dios con las mismas acciones con que pretendemos servirle. De aquí proceden las oraciones y los rezos sin respeto, sin atención, sin devoción y sin provecho; de modo que, según el pensamiento del Profeta, se hace de la oración un pecado, irritando á Dios con lo que sólo debe servir para desagraviarle. De aquí proceden las confesiones sin preparación, sin dolor, sin propósito y sin enmienda; de modo que parece que estas personas tibias sólo se confiesan para pecar, y pecan para confesarse. De esto mismo nacen las comuniones sin preparación, sin fervor y sin aquella fe viva que se necesita para aprovecharse de ellas, sin aquella hambre espiritual, que es al mismo tiempo señal de la necesidad que se tiene de este divino alimento, y de la disposición en que se está de aprovecharse de él; y por eso estas personas, aunque comen con frecuencia el pan de los fuertes, quedan siempre con sus flaquezas y miserias, participan con frecuencia del mantenimiento de los ángeles, pero hacen una vida, no de espíritu sino puramente natural y aun mundana.

La tercera señal de la tibieza espiritual, es la disipación continuada en que viven las almas tibias, con una extraña libertad de corazón y de espíritu que hace que se disipen indiferentemente con todo género de objetos vanos, frivolos, peligrosos, y aun alguna vez pecaminosos, no haciéndose violencia alguna

para detener las distracciones de los sentidos, de la imaginación, del espíritu y del corazón. Nada teme tanto un alma disipada como entrar dentro de sí misma para observar sus caminos, para velar sobre los movimientos de su corazón y para reconocer todos los desórdenes y las dudas de una conciencia que, á pesar de su relajación, no logra estar tranquila. Y aunque sabe cuáles son los medios que debe tomar para salir de su estado, procura olvidarse de eso, trata de engañarse á sí misma y de arrojar de sí los pensamientos poco agradables y hacerse sordo para no oir los remordimientos de una conciencia importuna. ¿No es este el origen de la disipación en que vives y de lo poco ó nada que adelantas en el camino de la virtud?

Examínate para conocer si tienes alguna de estas señales de tibieza, y mira si acaso las tienes todas y procura corregirte, si no quieres caminar hacia la ruina.

Punto II

De otras señales de la tibieza.

La cuarta señal de la tibieza es el hábito de hacer la mayor parte de nuestras acciones sin reflexión ni intención recta, obrando casi siempre por gusto, ó por pasión, ó por respeto humano, ó por otros fines torcidos. De suerte, que si estas personas tibias quieren sondar bien su corazón y examinar bien sus acciones, sin lisonjearse ni engañarse á sí propias, hallarán que ninguna acción hacen que sea puramente por Dios y de la que Dios sea únicamente el principio y motivo, y en las que la

vanidad, la sensualidad, la conveniencia, ó la propia satisfacción, no tenga la mayor parte. ¡Cuál será el espanto de un alma tibia y cuál será quizá el mío á la hora de la muerte, cuando reconozca que habiéndome imaginado que trabajaba mucho, nada he hecho en orden á mi salvación, pues todas las acciones en que no hubiere tenido á Dios por fin se tendrán por nada porque son inútiles para la eternidad!

La quinta señal de la tibieza es la omisión y descuido en adquirir las virtudes propias de mi estado, de pelear y vencer las pasiones que les son contrarias, y de ejercitarme en todas las buenas obras propias de mi profesión. Estas tres cosas encierran las obligaciones esenciales del cristiano, y deben ser su principal ocupación; pero un alma tibia se descuida de ellas enteramente. ¿Dónde, si no, está su cuidado de adquirir las virtudes cristianas, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la caridad y la mortificación? Un alma tibia jamás piensa en eso. ¿Ha hecho acaso el más mínimo progreso en la virtud? ¿Dónde está el cuidado de luchar con sus pasiones y vencerlas, sabiendo que de esta victoria depende necesariamente el adquirir las virtudes? ¿Dónde el cuidado de practicar las buenas obras propias de su estado? La inercia y flojedad lastimosa en que vive una persona tibia, muestra bastantemente la negligencia que tiene en cumplir con sus obligaciones, aunque éstas sean las esenciales de su profesión y estado.

La sexta señal de la tibieza es el descuido ó menosprecio de las cosas pequeñas, de las prácticas que el tibio llama insignificantes, de las faltas ligeras, ó, en fin, de las reglas me-

nudas. Y esto sucede, porque no pensamos que no puede haber nada pequeño en todo aquello que puede agradar ó desagradar á un Dios tan grande, y que el mismo Jesucristo nos advierte: «Que quien es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes». Y que el que no lo fuere en las unas, no lo será en las otras; y que la perfección consiste en la unión y práctica de muchas virtudes pequeñas y que no puede llamarse pequeñez el ser siempre fiel, aun en las cosas más mínimas; porque querer sólo hacer cosas grandes por Dios, es no querer hacer nada por El, porque siendo nosotros la suma pequeñez, ¿qué podremos hacer por Dios, que sea grande? Nada puede haber grande sino por relación á Dios y por la obligación que tenemos de servirle y de agradarle.

Confúndete de la ceguedad en que has estado hasta aquí, mirando como pequeñas todas aquellas cosas que pueden agradar ó desagradar á Dios, y piensa que no se deben menospreciar, como cosas de poca importancia, aquellas que aunque parezcan pequeñas son la base y principio de cosas muy grandes, y aun de la misma santidad.

Punto III

De la infelicidad del alma tibia.

Considera qué infeliz es un alma tibia. Ha perdido el gusto á las cosas de Dios; vive privada de sus consuelos; se aparta de los caminos de la Providencia divina; peca sin temor y sin remordimiento: derramada siempre por defuera, no se atreve á entrar dentro de sí

misma. Está enferma, y no conoce sus males; miserable, y no conoce su miseria; esclava, y se cree en libertad; abusa de todos los remedios de su mal; desoye todas las inspiraciones del cielo; muéstrase insensible á todos los llamamientos de la gracia; deshonra la virtud; desacredita la devoción; escandaliza al prójimo; es gravosa á las personas que viven en su compañía; contrista, por decirlo así, al Espíritu Santo, y en cierta manera aflige al corazón de Jesús. ¿No me hallo yo en este estado? ¿Soy fervoroso ó tibio? ¿Soy todo de Dios, ó sólo á medias? ¿No me ha arrojado ya, ó está para arrojarme de su corazón? Pues cuando miro qué perezoso soy en el servicio divino, y qué negligente en cumplir mis deberes; qué distraído en mis oraciones; cuántas veces las dejo, ó las hago de mala gana, ó me son molestas; qué poco aprovecho en los caminos de la perfección; cuando veo que no hago penitencia, que miro con horror la mortificación, que sólo pienso en divertirme, que soy libre en el hablar, que jamás guardo silencio, que soy delicado conmigo, y nimio en mis comodidades; que no quisiera cometer pecados graves, mas que cometo infinitos veniales sin escrúpulo, empiezo de veras á temer, con razón, que soy tibio, muy tibio, y que Jesús me comience á arrojar de su corazón.

No te entibies en el servicio de Dios; que en este mundo no estamos sino para amar y servir á Dios con verdadero fervor, y esta es nuestra única ocupación. Las razones que nos obligan á servirle un día, nos obligan á servirle siempre. ¿Pues qué? ¿dependemos hoy de Dios menos que ayer? Pues ¿por qué nos

enfriamos y aflojamos en su santo servicio? Cuanto más entras en edad, más obligado estás á servir á Dios, porque sus beneficios van en aumento con tus años. Si le estás obligado por la vida que te ha dado, ¿cuánto más lo debes estar porque te la conserva tanto tiempo? Recapacita todas las gracias que te ha concedido desde que estás en el mundo; los peligros de que te ha librado; los males de que te ha preservado; los bienes con que te ha favorecido; y confesarás que eres un deudor insolvente, y que no puedes pagar tantas deudas. Pues ¿en qué consiste que te vas relajando, como si nada debieras á Dios? Mira que según van pasando los días, te acercas á la muerte y á la eternidad; y así es preciso que trabajes y trabajemos todos con más fervor. ¿Quién debe más pensar en las cuentas que el que se halla cerca de rendirlas? Todos los cuerpos redoblan su velocidad á medida que se aproximan á su centro; y así debes también aumentar el fervor según te vayas acercando á tu fin. ¿Qué remordimiento tendrás á la hora de la muerte de no haber trabajado cuanto has podido? Pedirás tiempo y no le tendrás, querrás hacer el bien y ya no podrás hacerle.

Afanémonos, pues, ahora que tenemos tiempo; sirvamos á Dios mientras nos dura la vida; porque podemos morir muy pronto. Alma mía, bendice á tu Señor, y no te canses jamás de servirle, ya que Dios no se cansa jamás de hacerte bien. Te ama desde toda la eternidad; te ama toda tu vida; no hay momento en que no te colme de beneficios; pues no pase tampoco un instante en que no le muestres tu re-

conocimiento. Jesús es el mismo ayer que hoy; procura, pues, ser también el mismo en todo tiempo, amándole y sirviéndole, y no seas mudable jamás.

Coloquio.—Oh divino Salvador, y ¡cómo os desagrado y aflijo al contemplar el estado de mi alma! ¡No me arrojéis de Vos! ¡No apartéis de mí vuestro santo Espíritu, ni me privéis de vuestro amor! Privadme, si así os place, de vuestros consuelos que no merezco, pero no me arrojéis de vuestro corazón; retirad todos los bienes que habéis concedido á mi alma; mas conserve yo vuestra gracia y vuestro amor. ¡Ah! todavía no he caído totalmente en el estado de tibieza; porque me parece que temo más vuestro enojo que todas las penas del infierno, y estoy resuelto á caminar con ardor por el camino de la perfección. Ayudadme con vuestras luces y vuestra gracia para que os sirva en adelante como merecéis ser servido.

Propósitos.—Renovarme en la observancia de la regla ó de las prácticas pequeñas de virtud.

15 DE DICIEMBRE

Del pecado venial.

Preludios.—Imagínate ver al alma como una estatua que fué hermosísima y ahora está desconchada y sucia, y pide al Señor gracia para detestar como se merece el pecado venial.

Punto I

De la gravedad del pecado venial en sí mismo.

Considera que comunmente se tiene por nada el pecado venial; pero si conociéramos bien su naturaleza, juzgaríamos muy de otra suerte y pondríamos más cuidado para evitarle. Por venial que sea un pecado, siempre es ofensa de Dios y esto debe ser bastante

para que yo lo evite. Cometiéndole desagrado á Dios, no porque absolutamente me aparte de su Majestad, sino porque hago una cosa que ha de entibiar la amistad y unión que debe haber entre Dios y yo. No doy muerte en mí al Espíritu Santo, pero le contristo con mi proceder. Siendo una cosa ofensa de Dios, debo temerla más que todos los males temporales que me pueden suceder; porque el más pequeño mal respecto de Dios, es infinitamente mayor que otro cualquier mal con respecto á las criaturas.

Por leve que se le suponga al pecado venial, no hay razón imaginable por la cual me deba jamás ser permitido el cometerlo, porque si se me pudiera permitir, dejaría de ser pecado. Si se tratara de convertir y salvar á todo el mundo con una leve mentira, no querría Dios que yo la dijese; y se daría por ofendido si tratara por ese medio de procurar á Dios toda la gloria que se le puede dar. Dios no querría esa gloria con semejante condición: quiere que yo abandone su gloria antes que cometer un pecado venial.

Por venial que yo le suponga, es de fe que jamás entrará conmigo, ni yo con él, en el reino de los cielos. Poco me servirá estar lleno de merecimientos. Con todos mis merecimientos y con toda la santidad que pudiera haber adquirido, si mi alma, al salir de esta vida, lleva la mancha de algún pecado venial que no haya borrado por la penitencia, éste sólo será insuperable obstáculo para mi bienaventuranza y para la posesión de Dios. Es necesario que mi alma, aunque justa y santa y predestinada y digna de Dios, quede separada de El

hasta que yo pague totalmente ese pecado; es necesario que pase por el fuego del purgatorio, y que en él sea purificada antes de ser admitida en el seno de Dios. Y aun en este mundo, ¿con cuánta severidad ha castigado Dios el pecado venial? Hizo perecer todo un pueblo por una simple vanidad de David; hizo caer muerto delante del arca á un levita por sólo haberla tocado con irreverencia. Cosa bien extraña es que yo cometa tan fácilmente un pecado que me expone á tan rigurosos castigos; pero es mil veces más digno de castigo y cosa más indigna, que debiendo yo á Dios todo lo que soy, y habiéndolo recibido todo de su Majestad, en lugar del reconocimiento y amor que le debo, me arroje tan fácilmente á cometer tantos pecados veniales por los que Dios se da por ofendido, y que son en realidad una gravísima injuria á su divina Majestad.

Punto II

De la multitud de los pecados veniales.

Consideraré que con ser tan detestables estas faltas veniales que yo cometo, lo son más aún por ser tan frecuentes y en tan gran número, que su multitud es infinita. Esto es lo que afligía á David y lo que le desconsolaba en extremo cuando decía á Dios: «Estoy, Señor, cercado de males, y mis maldades me oprimen hasta abrumarme y no poder contarlas; se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, y su vista me hace desfallecer» Así hablaba este santo rey; pues en una vida tibia é imperfecta como la mía, si intentase yo contar todos los pecados veniales que co-

meto, y Dios para ello me ilustrase, ¿adónde llegaría el número de los pecados que entonces conocería? No los conozco yo; ¿mas no basta que los conozca Dios? ¿No basta el saber que son sinnúmero para estar penetrado de un dolor inconsolable? ¿Cuántos pecados de ignorancia, causados por el olvido de mis obligaciones, por mi negligencia en conocerlas, por mi indocilidad en sufrir que se me reprenda, por mi presunción en no querer creer sino á mí mismo? ¿Cuántos pecados de imprudencia y de inadvertencia, causados por la distracción de mi espíritu, por la ligereza de mi genio, por la libertad de mi lengua, por la temeridad de mis juicios y por la malignidad de mis sospechas? ¿Cuántos pecados de fragilidad y de flaqueza, nacidos del hábito de no contradecirme en nada, de no sujetarme á regla alguna, de seguir en todo los movimientos de la naturaleza, de no hacer la menor violencia á mis inclinaciones y á mi genio? ¿Cuántos pecados también cometidos por malicia, con reflexión y á sabiendas, contra todos los remordimientos de mi conciencia, en cualquiera ocasión, por el más leve motivo, con pretexto de que no son más que pecados veniales y que Dios no los castiga con pena eterna? En todo lo cual muestro bien mi falta de amor y de respeto para con Dios, y que sólo soy sensible á mis propios intereses. ¿No es esto lo más ordinario de mi vida? Verdad que no es posible en este mundo preservarse de todos los pecados veniales. Fatal necesidad, que hacía gemir á los santos, y que les hacía desear la muerte y obligaba á exclamar á San Pablo: «¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este

cuerpo de muerte?» Pero no hay un solo pecado venial en particular que yo no pueda prevenir, y de que no pueda librarme. ¿Cuánto, pues, pudiera disminuir el número, si yo quisiera, y pusiera más cuidado en evitarlos? Pero ¡ay de mí, que lejos de disminuir su número, lo aumento cada día! Mas no será así en adelante ¡oh Dios mío! si fortificáis con vuestros abundantes auxilios el propósito que ahora formo de ser más fiel á vuestras inspiraciones y más generoso para con Vos.

Punto III

De las consecuencias del pecado venial.

Consideraré que son más deplorables de lo que por ventura he pensado jamás. Conduce al pecado mortal, como la enfermedad á la muerte. Por consiguiente, si tengo algún celo de mi alma, debo hacer, en orden al pecado venial, lo que ejecuto respecto de una enfermedad de que estoy amenazado ó de que súbitamente he sido acometido. ¿Qué no hago para detenerla en su principio, para curarla y para no volver á caer en ella? Puede darme la muerte: no es necesario más para aplicarle los remedios más prontos, más eficaces, y aun los más violentos. ¿Por qué no discurriré de la misma suerte cuando se trata del pecado, que entre todas las enfermedades del alma es la más peligrosa, y me dispone á esta segunda muerte, mil veces más digna de temerse que la muerte del cuerpo?

Y en realidad, el que no hace caso del pecado venial, y mucho más quien le desprecia, caerá infaliblemente en el pecado mortal.

Oráculo es del Espíritu Santo, que se prueba demasiado con la experiencia. Por este menosprecio del pecado venial se pierde insensiblemente el horror al mortal. Al principio, el nombre sólo de pecado mortal nos hacía temblar; mas poco á poco se hace costumbre y se familiariza el alma con él; tanto más cuanto del pecado venial hay muchas veces poca distancia al mortal, y el intervalo entre el uno y el otro es á veces como imperceptible; porque toda la diferencia de ordinario suele estar en lo más y en lo menos, y entre este más y este menos, un solo punto es el que decide la vida ó la muerte eterna. ¿Qué riesgo no corre entonces un alma? ¿Y no es esto estar sobre el borde del precipicio?

De esta aproximación entre el pecado venial y el mortal proviene, naturalísimamente, que se confunda el uno con el otro. ¿Cuántas veces me he engañado acaso, y he tenido por cosa ligera la que era grave? ¿Cuántas, cegándome á mí mismo, y juzgando de las cosas según mi corazón, he tenido por injusticia venial lo que quizá haya sido delante de Dios maldad grave? Discernir esto es cosa dificultosa, y por esto debo tener también, en orden al pecado venial, una conciencia timorata. No estoy bastantemente ilustrado para hacer juicio cierto, y debo desconfiar de mí y tomar mis precauciones.

Pero aunque estuviese seguro de mí mismo, ¿puedo ignorar que soy frágil y que soy la misma fragilidad? Y si el pecado venial y el mortal están tan cerca, ¿qué presunción es lisonjearme que, siendo tan frágil como soy, me contendré en el pecado venial y no pasa-

ré más adelante, y que seré dueño absoluto de mi corazón para señalarle los límites que yo quisiere, sobre todo en ciertos pecados en que la impresión de la naturaleza es tan fuerte y tan poderosa? Necesitaría tener, para mantenerme en semejantes ocasiones, muy particulares gracias de Dios; pero el mismo Dios me ha advertido que, en castigo del pecado venial, nos niega muchas veces las gracias especiales que nos tenía preparadas, y con las cuales hubiéramos llegado felizmente al término de nuestra salvación; y por la sustracción de estas gracias venimos á parar en desórdenes y pecados por los cuales el Señor justamente nos reprueba. Tan cierto es que el pecado venial puede ser, y es para muchas almas, ocasión de condenación.

Coloquio.—El remedio ¡oh Dios mío! es obligarme á cumplir, no sólo vuestra ley, sino toda la perfección de ella. Cuanto más me esforzare en vencerme, tendré menos peligro de caer, y cuanto más aspirare á lo más santo en la observancia de mis obligaciones, menos dispuesto estaré á violarlas en puntos esenciales. Dadme, Dios mío, dadme una conciencia delicada, que se espante de la sombra misma del pecado. Formad en mí una conciencia estrecha que no se perdone nada. Este rigor será mi seguridad. Me costará algún trabajo; será preciso cortar muchas inclinaciones; será forzoso, en muchas ocasiones, rendir mi juicio, ahogar los sentimientos de mi corazón, pesar mis palabras, cautivar mis ojos y mortificar mis sentidos. Pero, Señor, ¿podrá ser nunca muy cara la ventaja de ofenderos menos y de guardar mejor mi alma? ¿Qué más premio, Dios mío, que la dicha de agradaros, y la paz de mi conciencia? ¡Oh, qué abundantemente se compensan con estas dos ventajas todas las demás cosas! Sea así, Señor, como os lo suplico.

Propósitos.—Resuélvete de veras á no cometer jamás deliberadamente ningún pecado venial.

16 DE DICIEMBRE

Sobre no diferir la conversión.

Preludios.—Represéntate á un hombre que proponiéndose convertirse á Dios, y difiriéndolo para otro día, muere de repente, y hallándose en pecado mortal, cae en el infierno. ¿De qué le aprovecharon sus propósitos? Pide tú á Dios que te libre de tan espantosa desgracia.

Punto I

De los que difieren la conversión.

Considérese que muchos pecadores tienen propósito de la enmienda y de convertirse enteramente á Dios, ahogando dentro de sí todas las inclinaciones viciosas, corrigiendo todas sus imperfecciones y disponiéndose á vivir ajustados á la ley de Dios; pero difieren esta conversión para mañana, para otro día, para la semana que viene, para el mes próximo. «De aquí á algunos días me volveré á Dios», escribe San Agustín que dicen estos pecadores, y este día no llega nunca. ¿Hasta cuándo he de suspirar por el mañana? ¿Por qué no ha de ser hoy? ¿Por qué no ha de ser en este instante?

No hay razón alguna que nos aconseje dilatar la conversión. ¿Es acaso una desgracia volverse á Dios, romper las cadenas del demonio y recobrar la santa libertad del alma? Por ventura ¿es malo reconciliarse con un Señor Todopoderoso y justamente irritado contra nosotros? ¿Es una desdicha librarse de las penas eternas? O mejor dicho: ¿hay desdicha igual, ni desventura semejante á verse privado de todos aquellos bienes y expuesto á todos estos males?

Sin embargo, la conversión se difiere, porque se hace muy cuesta arriba mudar de vida, y entrar en el buen camino. No se cansan los hombres en el camino del vicio y de la maldad. ¡Qué pena produce abandonar la senda de la concupiscencia, por donde se va á la torpe satisfacción de nuestros apetitos! El camino que conduce al infierno es llano y ancho, y cubierto de flores; se marcha por él con suma facilidad, y aun con deleite. Y por eso no se le quiere dejar por el sendero estrecho y escarpado que conduce á la vida eterna. Pero si tú estás ya convencido de que ese deleite es un engaño que te deja como amargo residuo el remordimiento de la conciencia; si sabes que esa facilidad y anchura es un anzuelo de pecadores y una trampa que te ha dispuesto Satanás para perderte; si, en suma, estás ya decidido á convertirte, ¿por qué lo difieres? ¿No ves que cada día que pasa te ha de ser más dificultoso el convertirte?

Punto II

Por qué no debemos diferir la conversión.

Considérese que son muy necios é insensatos los que difieren para mañana ú otro día la conversión; porque ni mañana, ni otro día de lo porvenir están á disposición de ningún hombre. El hombre, en realidad, sólo dispone del momento presente; de lo pasado nada puede alterar: lo que fué, fué para siempre; se podrán borrar á veces las consecuencias del yerro que se ha cometido, pero hacer que no se hubiese cometido aquel yerro ¡ah! eso es im-

posible. Pues menos aún que de lo pasado, disponemos de lo porvenir.

Tú dices: «mañana me convertiré», y ¿sabes tú acaso si mañana podrás convertirte? ¿Sabes siquiera si vivirás dentro de una hora, dentro de un cuarto de hora, dentro de un minuto? Mientras que tú hablas y propones volverte á Dios, puede estar ya desenvainada la espada que ha de herirte, puede estar ya cuarteada la casa que ha de derribarse y cogerte entre sus escombros, puede estar corriendo por la calle el bruto ó el carruaje que ha de atropellarte, puede ya estar producido el rayo que ha de abrasarte, puede haber llegado á su punto último la enfermedad oculta que ha de manifestarse al exterior por tu muerte repentina. Un glóbulo de sangre, tan pequeño que á la simple vista no se ve, puede, torciendo su curso é invadiendo ciertas regiones de nuestro cuerpo, producir instantáneamente la muerte. Y si ésta te acomete así, ¿de qué te aprovecharán tus propósitos de conversión? De mayor tormento en el infierno.

Considera también que el pecado, á medida que va pasando el tiempo, se consolida, por decirlo así; es como una cadena que continuamente va dando vueltas á nuestro cuello y aprisionándonos más; si hoy no puedes desasirte de cuatro vueltas de esa cadena, ¿cómo has de poder librarte mañana de ocho, y pasado de dieciséis, y el mes que viene de treinta y dos? Mientras más tiempo pase, más raíces echará en tu corazón el mal, y luego será imposible arrancarlo.

Considera, por último, que para convertirte necesitas del auxilio de la divina gracia. Esta

gracia te solicita en este momento, pero ¿te solicitará mañana? ¿Por qué la desechas ahora? Desechada por ti mil veces, ¿no es cuerdo temer que se cansará de solicitarte? El menosprecio y abuso que haces de ella te hacen indigno de tenerla. Cuanto más dilates tu conversión multiplicas más tus pecados, y te alejas más de Dios, y lo irritas más, y Dios se vengará de ti justísimamente permitiendo que mueras en pecado.

Punto III

Que los que dilatan su conversión no desean de veras convertirse.

Considera en tercer lugar, que el arrepentimiento supone una voluntad sincera y eficaz de ejecutarlo. Y la voluntad sincera y eficaz no admite la dilación. Si estuvieras realmente convencido de que has ofendido á Dios y que debes satisfacerlo; si comprendieses realmente el abismo en que yaces, el lodazal en que te has metido, la pena eterna que te espera; si tuvieras, en una palabra, fe viva, no andarías con esas dilaciones, querrías salir inmediatamente, cuanto antes mejor, te parecerían siglos los instantes que tardases en emprender el buen camino. ¿Por qué, pues, dices que quieres convertirte y no lo haces? ¡Ah! Es que quieres engañarte á ti mismo, y quieres también engañar á Dios. Mira si hay presunción, temeridad y locura comparable con la tuya.

No, tú no quieres convertirte; te tienen esclavizado los deleites del mundo, sigues siendo tan del demonio como antes. Lo único que

pretendes con esos conatos de conversión es acallar tus remordimientos, esos remordimientos que son los últimos llamamientos de Dios, que no niega ni á los más empedernidos pecadores. Tú con ese fantasma de conversión futura, quieres romper hasta ese lazo del remordimiento que aún te liga con Dios. Tratas de acallarle, engañándote á ti mismo con esa promesa que te haces todas las noches: mañana me convertiré.

Pero ¿qué has de convertirte? Si con esto no haces sino añadir un nuevo pecado á la lista de tus iniquidades; si no consigues otra cosa que irritar más y más á Dios con tu falta de correspondencia, alejarte de su gracia, huir de su misericordia. Y así ¿cómo, ni cuándo te convertirás?

Pondera, por último, que de ordinario se muere como se ha vivido, y se llevan al otro mundo los malos hábitos contraídos en éste. ¿Cómo es posible aborrecer en un momento el pecado que siempre se ha amado? ¿Cómo es posible amar en un momento á Dios si siempre se le ha ofendido? Como son los principios son los fines; si los principios de tu vida son malos, sin un milagro, mala será también su terminación. No te fíes de las excepciones; Dios obra como le place y hace unas veces gracia y otras justicia, para mantener el temor y la esperanza en los hombres. ¿Eres tú el árbitro de su gracia? ¿Puedes contener el brazo de su justicia? Dios te ha prometido el perdón si haces penitencia, pero no te ha prometido el día de mañana para hacerla. ¿Para qué diferir lo que se ha de hacer un día? ¿Hemos de fundar sobre un caso fortuito el negocio de nuestra

salvación? Porque si puede ser que tengas tiempo, puede ser también que no le tengas. Un ladrón se salvó, para que no desesperes; pero sólo ha sido uno, para que no presumas.

Nadie me da prisa, dices: yo te digo que todas las cosas te la dan; el tiempo que corre y no vuelve; la gracia que te mueve, y que no se te concederá otra vez; el paraíso que hoy tienes abierto, y mañana estará cerrado para ti; el infierno adonde vas á caer si no haces penitencia; la muerte que te persigue, y va á tu alcance; el juicio que se acerca, y en el que darás cuenta de toda tu vida; todo esto te apremia y te obliga á hacer penitencia antes hoy que mañana.

Coloquio.—Dios mío, demasiado he diferido lo que nunca se puede hacer bastante temprano. Toda mi vida es vuestra, ¿por qué os he de dar una sola parte? Me concedéis el tiempo para que os ame, ¿es justo que yo le emplee en ofenderos? ¡Oh Dios misericordiosísimo, que hace tantos años me esperas y me llamas, y aguardas mi conversión; yo te prometo que no he de diferirla más; no, no, se acabó el esperar á mañana! Ahora mismo, en este instante caigo á tus pies, y exclamo: ¡Señor, perdóname, que ahora mismo empiezo á llorar y gemir por mis pecados, y te prometo no volver á ofenderte jamás.

Propósitos.—Empezar de veras á negociar tu salvación, principiando, si es preciso, por una buena confesión general.

17 DE DICIEMBRE

De la penitencia por nuestros pecados.

Preludios.—Oye al precursor de Jesús predicando en el Jordán penitencia y diciendo aquellas palabras: "Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis„, y pide al Señor lágrimas y verdadera contrición de tus pecados.

Punto I

De la necesidad de la penitencia.

Considera que dos caminos hay solamente para ir al cielo: el de la inocencia y el de la penitencia. ¿Quién podrá llegar á él por el camino de la inocencia? Si no eres inocente sino pecador y tal vez muy pecador, considera que no te puedes salvar sin penitencia y mortificación. ¿Qué es un pecador, dice Tertuliano, sino un hombre nacido para la mortificación y penitencia? Para el pecador, ó la penitencia, ó el infierno, porque es preciso llorar y padecer voluntariamente, mientras se vive, ó llorar y padecer forzosamente durante toda la eternidad. Entre estas dos cosas no hay medio, según dice el Evangelio. Elige la que quisieres ahora, que está en tu mano. Pero advierte que todo pecado debe ser castigado, ó por la mano de Dios vengador, ó por la del hombre penitente. Mira qué quieres más y verás que lo mejor es evitar los rigores de la justicia divina, previniéndolos antes, ó ejecutándolos en nosotros por medio de la penitencia. Si no se paga á la justicia de Dios lo poco que nos pide ahora, se le pagará en la eternidad todo lo que se le debe. Pondera que Dios, por su infinita misericordia, quiere dejar los

intereses de su justicia en tus manos como lo tomes á tu cargo de buena fe; por fuertes que sean tus golpes serán más ligeros que los golpes del brazo omnipotente; la penitencia, dice Tertuliano, toma el lugar de la justicia de Dios; pero no para frustrarla y destituirla de sus derechos, sino para moderarlos. Te hace perdonar penas eternas, pero te obliga á penas temporales. Dios es un acreedor, á quien no se puede dejar de pagar; esto ha de ser, ó ahora ó un poco después. Si no es ahora, será en la eternidad; pero si esperas hasta entonces, cobrará con muchos intereses lo que le debes. ¿Cuál de estas dos cosas te parece mejor?

La penitencia de esta vida es corta, pues acaba con la vida, que no es larga; es ligera, pues aunque fuese la mayor y más austera, comparada con las penas eternas que hemos merecido, es nada, y en fin, es fructuosa y utilísima. Un suspiro, salido de un corazón contrito y humillado, puede desarmar la ira de Dios; una lágrima vertida con verdadera penitencia puede lavar todos nuestros pecados, por graves y muchos que sean. Mas la penitencia de los condenados es larga, pues es eterna; es grande, pues es de alguna manera infinita; es inútil é infructuosa, pues no lava los pecados ni justifica al pecador. ¿Cuál de los dos quieres hacer? Un mar de lágrimas que vertiera un condenado no le lavará; una sola podrá ahora lavar los tuyos, ¿y no lloras?

Punto II

Del espíritu de penitencia.

Considera que no es bastante tener las apariencias ó las señales de la penitencia, es menester tener su espíritu. Nada había más ordinario que este espíritu de penitencia en los primeros tiempos, cuando la pureza de las costumbres de los primeros cristianos le hacía, al parecer, menos necesario; nada hay menos frecuente ahora, que la relajación y corrupción de las costumbres, le hace necesario absolutamente. Cuando el espíritu de penitencia ha entrado bien en un corazón, produce siempre sus tres efectos. El primero, es un deseo verdadero de satisfacer á Dios, afligiendo el corazón, castigando al cuerpo, mortificando los sentidos y las inclinaciones desarregladas. Un espíritu penitente, considera á su corazón como autor de la rebelión contra Dios; y tocado de su santo amor, y del dolor de haberle ofendido no cesa de decir «*Crucifigatur, reus est mortis*»; es menester crucificar este corazón con un dolor vivo y continuo; él tiene la culpa de mis pecados; para castigarle, es menester que con una sincera contrición muera á todas sus culpas. Entonces mira á su cuerpo, como un esclavo rebelde, que se sublevó contra su señor, y en lugar de regalarle, cree no haber bastantes rigores para tratarle como merecía; y de esto procede el ardiente deseo que tiene de mortificarle con ayunos, vigilias, cilicios y otras invenciones que inventa el espíritu de penitencia, en los que están tocados de él. ¡Ah! que lo que yo regalo mi cuerpo,

habiéndose tantas veces rebelado y sublevado contra su Señor, me convence bien de que no estoy animado del espíritu de penitencia cristiana.

El segundo efecto que causa el espíritu de penitencia en los que le tienen, es el deseo del retiro y separación del mundo. Un penitente mira al mundo y las ocasiones peligrosas que en él se ofrecen, y que han sido la causa de sus caídas, con el mismo horror con que se miran los escollos donde el navegante ha naufragado. Esto le obliga á evitarlos, convencido por su propia experiencia de la flaqueza y corrupción de su corazón, y de lo poco que puede contar sobre la firmeza de su virtud; y por esto no le parece que está seguro sino huyendo y retirándose. Un penitente recién convertido debe considerar su corazón como un hacha que está verdaderamente apagada, pero que todavía humea y que se volverá á encender por poco que se acerque á la llama, esto es, á la vista de los objetos que le hicieron arder. Mira también su virtud como una flor tierna que empieza á brotar, á quien el más mínimo viento ó rayo de sol seca y hace morir. En fin, un alma tocada de Dios y del deseo de convertirse necesita retirarse del mundo, entrar dentro de sí misma para estudiar y reconocer la corrupción de su corazón, la multitud y gravedad de sus pecados, y los funestos extravíos por donde se ha dejado ir tantas veces, gimiendo por todo esto delante de Dios para lavarlos con sus lágrimas, para conocer su origen y aplicar los convenientes remedios. Si los movimientos que Dios te inspira no tienen este efecto, es porque no tienes cuidado de

retirarte del mundo, que es el que te impide vivir contigo y con tu Dios.

El tercer efecto que produce en el corazón el espíritu de penitencia, es la constancia en la oración. Un alma penitente que ve y conoce su pobreza, su inclinación al mal, su debilidad ó repugnancia para todo lo bueno, comprende con facilidad lo mucho que necesita de los auxilios de Dios y de su gracia para sostenerse; y ¿cómo los puede alcanzar más infaliblemente que con la oración? No hay cosa más poderosa para con Dios que los gemidos secretos de un alma que llora sus desórdenes pasados y sus miserias presentes, y que pide á Dios con silencio doloroso, que es el que mejor se deja escuchar de su divina Majestad, que le perdone los unos y le libre de los otros; esto es lo que conviene más á un alma penitente, debiendo ser su ocupación continua gemir delante de Dios y decirle con el profeta: «Señor, tú ves todos mis deseos, y los gemidos secretos de mi corazón no te son ocultos». Dadme, Señor, este espíritu de oración, que, con las gracias que ordinariamente le acompañan, me atraiga los efectos de vuestra misericordia, de que tanto necesito, y haga de mí un tan grande penitente como he sido gran pecador.

Punto III

De las condiciones de la penitencia.

La verdadera penitencia debe ser, primeramente, de todo corazón, porque así como el corazón concibe el pecado, así el corazón debe destruirle; el corazón nos aparta de Dios y el

corazón nos debe volver hacia Dios. El odio procede del amor, y se mide por la grandeza del amor; no se aborrece sino porque se ama y se aborrece tanto cuanto se ama. Debo, pues, aborrecer el pecado tanto, cuanto debo amar á Dios; cuanto debo temer el infierno y cuanto debo desear el paraíso. Y así como debo amar sólo á Dios, también únicamente debo aborrecer al pecado. Si lo que yo amo lo debo amar en orden y con relación á Dios, también lo que aborrezco debo aborrecerlo por el pecado, que es el único objeto de mi abominación. Mira si el dolor que has concebido de tus pecados ha sido verdadero y si ha procedido del fondo de tu corazón, ó si más bien eres de aquellos de quienes se queja Dios, porque amándole con la boca, tienen el corazón lejos de El. ¿Si tu contrición hubiera sido verdadera, hubieras recaído en pecados graves casi un momento después de haberte confesado? ¡Quién puede creer que hayas aborrecido el pecado sobre todos los males imaginables, cuando te has reconciliado con él luego después de haberle detestado, renovando tu amistad con el demonio con más fuerza que antes! Las recaídas no son, en verdad, una señal cierta de no ser verdadero el dolor; pero cuando son frecuentes, y en pecados graves y sin tomar los medios para no recaer, es mucho de temer que tu dolor haya sido falso é inútil.

La segunda condición de una verdadera penitencia es detestar de corazón todos los pecados mortales. La gracia no borra ningún pecado si no los borra todos, y como no podemos reconciliarnos á medias con Dios, tampo-

co podemos estar á un mismo tiempo en gracia y en pecado, ni ser juntamente hijos de Dios y esclavos del demonio.

El que no cree todas las verdades de la fe, no cree una sola con motivo de fe verdadera, y el que no aborrece todos sus pecados, no aborrece ninguno por motivo de verdadera penitencia. Si aborreces esto porque no agrada á Dios, ¿por qué no aborreces aquello que también le desagrada?

Examina tu conciencia y mira si tu penitencia ha sido hasta ahora defectuosa. ¿Aborreces todos tus pecados? ¿No te reservas ninguno de ellos? ¿No tienes predilección con algún vicio que domina tu corazón? ¿Cuánto tiempo estás sujeto á aquella pasión? ¿Cuántas veces has prometido corregirte? Anímate á hacer penitencia y á arrojar de tu corazón todos los enemigos de Dios y que no quede uno solo en tu alma; rompe todas esas cadenas que tanto tiempo te tienen esclavo del demonio. Señor, así lo deseo, pero me encuentro sin fuerzas; ayudadme con vuestra gracia y arrojad Vos mismo de mi corazón á todos vuestros enemigos. Estoy resuelto á morir, ó hacer morir el pecado; á perder la vida, ó á amaros para siempre jamás.

La tercera condición de una verdadera penitencia es querer permanecer eternamente en gracia de Dios. Debemos siempre aborrecer un mal que aborrece siempre Dios. ¿Acaso es romper con el enemigo de tu Rey acariciar la idea de su amistad? ¿Aborrece de todo corazón el pecado el que quiere volver á cometerlo? No tiene verdadera contrición el que sólo siente alguna aversión al pecado; porque

así como es posible aborrecerle sin sentir esta aversión, también podemos sentir esta repugnancia sin tener por eso un verdadero dolor. Aquel aborrece verdaderamente el pecado, que está resuelto por todos los medios y maneras posibles y muy de veras á destruirle. ¿Has tenido siempre esa misma verdadera resolución?

Si no se evitan las ocasiones del pecado, no hay un verdadero propósito de dejarlo; porque el que ama la causa ama el efecto, y el que ama el peligro, en él perece. Así es necesario también restituir los bienes mal adquiridos, ó el honor que se ha quitado; es necesario resarcir los escándalos, satisfacer á los que se ha ofendido, reconciliarse con los enemigos, no solamente con palabras y en apariencia, sino en los hechos y de corazón; es necesario, en fin, tomar venganza de sí mismo y castigar con una aflicción voluntaria el deleite recibido en ofender á Dios.

¿Has hecho así penitencia de tus pecados? ¿Los has aborrecido todos en tu corazón y para siempre? Pues considera que el deleite pecaminoso se expía sólo con el dolor, y que estarás en los tormentos eternos si no haces penitencia mucho más, infinitamente más, de lo que has vivido en las delicias.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi alma, yo no sé en qué estado me encuentro, si en vuestra gracia ó en vuestra desgracia! Sé que he cometido muchos pecados, pero no sé si tan sólo uno de ellos me ha sido perdonado. Mi penitencia podía darme alguna certeza; pero hasta ahora no he hecho ninguna, porque la que he hecho me parece tan dudosa y tan incierta, al considerar que mis recaídas han sido tantas como mis confesiones, y que toda mi vida no pre-

senta ninguna señal de verdadera enmienda. ¿Qué haré, Dios mío? Preciso es renovar las confesiones pasadas si han sido defectuosas, mudar de vida, huir las ocasiones de pecar y reparar todo el mal que haya cometido.

Propósitos.— Si eres pecador, es preciso seas penitente, y para serlo verdaderamente es menester te ocupes en la oración, retiro y mortificación.

18 DE DICIEMBRE

Sobre los frutos de la penitencia cristiana.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De los frutos de la penitencia.

Considera que San Juan decía á los judíos: «Haced frutos dignos de penitencia», y eso mismo dice Dios hoy á tu corazón. Medita una por una esas terribles palabras. No hay ninguna que no sea una sentencia digna de nuestra atención. «Haced», dice el Precursor de Jesucristo. Luego no es bastante cualquier penitencia, es menester hacer obras de penitencia. Muchos hay que hablan de penitencia, pero muy pocos que la hagan. Toda la penitencia de muchos cristianos está hoy casi reducida á palabras; pero, ¿adónde están los efectos? Se hacen actos de contrición, en los cuales el corazón ordinariamente tiene poquísima parte; pero no son más que palabras que se lleva el viento; se protesta de que se quiere mudar de vida y de que se quiere uno convertir, pero sin venir jamás á la ejecución; se rezan, después de la confesión, algunas oraciones, que el confesor, á veces sobradamente

indulgente, impone por toda penitencia; pero tampoco son más que palabras, es decir, penitencia que se manifiesta con palabras, pero no con obras de mortificación y asperezas de la carne. Hay, como lo ves, muchos que hacen penitencia con las palabras, pero muy pocos con las obras. Si no, ¿dónde están los efectos de la penitencia? ¿Dónde la mudanza de vida? ¿No es esto á lo que hasta ahora se ha reducido tu penitencia? ¿Y qué son las palabras, si no van acompañadas de las obras, sino viento? ¿Y qué puedes contar sobre ellas para el perdón de tus pecados?

No basta, pues, hacer penitencia; es preciso que sea verdadera penitencia, y eso se ha de conocer por los frutos. Porque hay muchos hombres que se parecen á la higuera del Evangelio, que estaba toda ella llena de pomposas hojas, pero sin fruto. Tienen estos tales, vanas apariencias de piedad para cubrirse, para engañar á los otros y engañarse á sí mismos; se acusan, piden perdón á Dios, prometiéndolo todo y no cumpliendo nada; estas son hojas, exterioridades y apariencias de penitencia. Pero ¿está tu corazón trocado? ¿Es verdadero el dolor de tu alma? ¿Es eficaz el propósito de apartarte del pecado? Mira á tus constantes recaídas y temblarás de ti mismo. Hay otros que no contentos con las hojas solas, llegan á producir algunas flores de penitencia, y de los que se puede decir con la Esposa, que se han visto algunas flores en el campo de su corazón. Parecen que están trocados porque vierten algunas lágrimas y hacen algúnos esfuerzos para la virtud; pero estas son flores que aunque parecían prometer fruto, el mundo que aman,

las ocasiones en que se empeñan y los placeres que buscan, son como aires perniciosos que hacen secarse y caer estas flores, engañando la justa esperanza en que se estaba de ver nacer los frutos de penitencia y de virtud.

Pero mira, además, que no basta hacer frutos de penitencia, es menester que sean frutos dignos de ella; que quiere decir, que debe ser una penitencia proporcionada en lo posible á la majestad de Dios, á la gravedad y multitud de nuestros pecados, á la malicia é ingratitud de nuestro corazón para con Dios. ¿Si siguiésemos estas tres reglas, hasta qué grado de perfección no nos llevarían? ¿Una penitencia tan imperfecta como la nuestra, es digna de la majestad de un Dioso fendido? ¿Es, acaso, capaz de reparar las ofensas que le hemos hecho? ¿Cuatro oraciones breves y dichas con poca devoción, tienen proporción con la enormidad y multitud de nuestros delitos? ¿Son capaces de borrarlos? Satisfacciones tan cómodas y ligeras como las nuestras, ¿pueden borrar nuestra malicia é ingratitud para con Dios? Desengáñate, que cuanto faltare de satisfacción á tu penitencia tanto más tendrás que pagar en la otra vida.

Punto II

De los medios de conocer que nuestra penitencia es verdadera.

¿De dónde nace que caes siempre en los mismos pecados, sino de que no aplicas los medios que podían preservarte? Pero, ¿de dónde nace el que no aplicas estos medios, sino de que no quieres con eficacia apartarte del pecado?

Porque querer con eficacia una cosa es aplicar los medios para conseguirla, y tú te contentas con una voluntad vaga y general, de dejar el pecado; y esta voluntad no sirve sino para engañarte. Querer así, es no querer, ó á lo menos es no querer con el modo necesario para la verdadera penitencia. ¿Creerías á un enfermo sobre su palabra, cuando te dijese que se quería curar, y no quisiera tomar ningún remedio? Pues esto es lo que tú haces. ¿Hay, acaso, bastante motivo para creer que quieres eficazmente la curación de tu alma, cuando omites la aplicación de casi todos los remedios que te la pueden procurar?

A veces tal vez te resuelvas á aplicar algunos remedios; pero éstos, ni son los más eficaces, ni los más propios, ni los que se te proponen. Te parecerán muy severos. Dirás: Esto yo no lo puedo hacer. Esto mismo, que dices, persuade que tu voluntad no es eficaz. ¿Quieres ver una prueba? Si te propusieran los mismos medios para restablecer tu salud, hallándote en una enfermedad, no dudarías un instante en aplicártelos, y te parecerían sumamente fáciles; pues ¿cómo te parecen tan sumamente difíciles, ó imposibles, cuando se te ordenan para tu conversión y salvación? La diferencia está en que lo uno lo quieres eficazmente é ineficazmente lo otro, y no querer tu conversión eficazmente, es absolutamente no quererla; porque no quererla de este modo, es no quererla con el modo suficiente que es necesario para la penitencia.

Pero los obstáculos y las tentaciones, me dirás, son más fuertes que los medios, y este es el origen de mis reincidencias. Pero ¿cuáles

son estos obstáculos? La pasión, el trato peligroso, la ocasión en que tú mismo te pones. ¿Has tomado alguna vez medios bastantemente eficaces para vencer estos obstáculos? ¿Has hecho algún esfuerzo considerable para vencer tu pasión? ¿Te has violentado alguna vez para resistir la inclinación que te lleva hacia el objeto que pierde tu alma? ¿No te dejas llevar de tu perversa inclinación casi sin ninguna resistencia? Estos esfuerzos que necesitas para vencerte son grandes, es verdad; pero si fuera menester hacerlos para evitar la pérdida de tu hacienda, de tu salud ó de tu pleito, no te espantarían, y te espantan cuando se trata de evitar el pecado. ¿De dónde viene esta diferencia, sino del distinto modo con que quieres estas dos cosas: la una la quieres eficazmente, la otra sin eficacia; pues cómo puede ser verdadera tu penitencia, si no quieres eficazmente evitar el pecado y salvarte?

Punto III

De la felicidad y dulzura de la penitencia.

Considera que aunque la penitencia parece una virtud austera, que no vive sino de sangre y de lágrimas, y que no habla sino de tentaciones y de combates, no es tan rígida como parece; si tiene rigores, tiene también dulzuras. y aunque la acompaña siempre el dolor, muchas veces van con ella consuelos que exceden á sus dolores. Las lágrimas del penitente no son siempre amargas, y á veces siente un pecador más gusto en llorar sus pecados, que experimentó al cometerlos. Como el amor que el penitente tiene á Dios le inspira un santo

aborrecimiento de sí mismo porque tuvo el atrevimiento de ofenderle, siendo tan amable, halla la misma satisfacción en afligirse y castigarse que hallaría en vengarse de un enemigo á quien aborreciese mucho. Es verdad que hay combates, que hay luchas; pero la esperanza cierta de la victoria le mantiene, y aunque se ve obligado á hacerse guerra á sí mismo, es una guerra saludable que se termina en la más dichosa paz.

Considera, en efecto, que si es penoso para un penitente verdadero, si es para él, como dice Jeremías, la más grande amargura haber abandonado y perdido á Dios por su culpa, no hay duda que será dulce para él buscar á Dios con esperanza de hallarle por la penitencia. Si es terrible haber irritado á Dios con sus pecados, y por esta razón estar expuesto á todos los efectos de su ira é indignación, será cosa muy consoladora conocer que el Señor se mueve á piedad, por sus lágrimas, y que le concede el perdón que no rehusa jamás á un corazón contrito y humillado. Si es terrible para un pecador estar continuamente agitado con los movimientos de sus pasiones desarregladas, espantado por la memoria de sus delitos y turbado por el remordimiento de su conciencia, será muy dulce ver sus pecados lavados con sus lágrimas, su conciencia tranquila con la esperanza del perdón, y, finalmente, ver que la paz se sigue á la guerra que causaba en su corazón lo desenfrenado de sus pasiones, de las que el Señor le concede la victoria.

Pero cuando á todas estas dulzuras que el pecador suele hallar en la penitencia, y que

suaviza sus rigores, el Señor añade, como sucede muchas veces, los consuelos más puros; cuando se deleita en derramar en un corazón penitente la unción del Espíritu Santo, para hacer dulce lo amargo de la penitencia; cuando le hace gustar el escondido maná que promete á los que resisten á las tentaciones y pelean generosamente contra sus enemigos, entonces es cuando lo rígido de la penitencia desaparece; entonces es cuando deleitan las austeridades más penosas y cuando se siente el mayor gusto en renunciar todos los placeres por Dios, sin que entonces se tenga otra pena que la que sentía Santa Teresa viendo que Dios, olvidando tan pronto sus pecados é ingratitudes, la llenaba de dulzuras y consuelos en lugar de las penas eternas, que juzgaba haber merecido. Si hubieras comprendido la dulzura de la penitencia, no le tuvieras tanto horror ni la hubieras dilatado tanto tiempo. Procura, pues, desembarazarte de los vanos temores que tienes á la mortificación, y sujétate voluntariamente á los rigores que la acompañan, por la esperanza de los frutos y dulzuras que la siguen, y verás cómo puedes exclamar como los santos: «Señor, Tú has proporcionado los consuelos y alegrías que das á mi alma, al dolor y verdadero arrepentimiento que de haberos ofendido tiene mi corazón».

Coloquio.—¡Señor y Dios mío, tierno consolador y dulce esperanza de los que lloran! Aquí me tienes postrado á tus pies, deshecho en llanto por lo muchísimo que te he ofendido y temblando por mi suerte á la vista de lo poco que he hecho por desagraviarte. Ten compasión de mí, Señor, y perdóname según lo infinito de tu misericordia, que yo te prometo empezar una vida verdaderamente de peni-

tencia, huyendo del pecado y tomando todos los medios para permanecer en tu gracia.

Propósitos.—Toma la resolución de servirte de los medios que, ó las luces de la gracia ó los avisos de tu confesor, te propusieren para evitar el pecado, y experimentarás la paz de tu alma.

19 DE DICIEMBRE

Sobre la misericordia de Dios en recibir al pecador arrepentido.

Preludios.—Mira al hijo pródigo en los brazos de su dulcísimo padre, y pide al Señor te acoja á ti con la misma bondad y misericordia.

Punto I

El hijo pródigo arrepentido.

Considera que el designio misericordioso de Cristo N. S., en la parábola del hijo pródigo, fué proponernos el modelo de una verdadera conversión y de una sincera penitencia. Mira á este joven, cómo arrebatado por el ardor de la edad y de las pasiones, dejó la casa de su padre y se fué á un país extraño para vivir en él á su gusto y gozar de su libertad; pero bien pronto tuvo motivos de conocer su ceguedad y de comprender todas las consecuencias de su desenfrenada locura. Tres cosas le determinaron á volver á la casa paterna: la miseria á que se halló reducido en poquísimo tiempo, la interior reprensión de su conciencia y el arrepentimiento de la culpa que había cometido, y, por último, la confianza en la bondad inagotable del mejor de todos los padres, de quien se había apartado, y de quien se prometía ser recibido con amor y con ternura.

¿Quién es este pródigo? ¿No soy yo mismo? Porque no hay mayor pródigo en el mundo que un alma que después de recibir tantas gracias de Dios, ha vivido, como yo, en la tibieza. ¿Qué gracias, qué dones y qué riquezas celestiales no he disipado? Mas ¿querré persistir siempre en mi yerro, y he de diferir por más tiempo el volver á entrar en los caminos del Señor, para reparar, en cuanto me sea posible, todas mis ingratitudes y mis culpas? Los motivos que inspiraron al hijo pródigo la enérgica resolución de volver á su padre, deben ser bastante poderosos para inspirarme á mí el volver á mi Dios.

La primera consideración fué la de su miseria. En la vida licenciosa en que vivía fueron necesarios pocos meses para disipar toda su herencia. De rico que era, se vió reducido á una extrema é increíble pobreza; se vió obligado á vender aquella libertad de que había sido tan celoso; sujeto al dominio de un señor cruel y sin entrañas, le faltó hasta el pan para alimentarse, y se tenía por muy feliz en saciar su hambre con lo que comían los animales más inmundos, y aun esto mismo se le negaba. Pues esto fué lo que le hizo entrar dentro de sí mismo; porque no hay cosa tan capaz de hacernos volver sobre nosotros mismos y abrirnos los ojos como la adversidad. Compara su estado presente con el estado que tenía en casa de su padre: «¿Cuántos criados, dice, hay en casa de mi padre que comen el pan con abundancia, y yo aquí muero de hambre?» Y esta reflexión le penetra el alma, y sin permitirle deliberar más tiempo, le obliga á tomar el partido de volverse á la

casa paterna y cumplir en ella con su obligación.

Se puede decir, y bien lo experimento yo, que no hay miseria más semejante á la de este hijo pródigo que la mía, después que me aparté de Dios y perdí mi primer fervor, y por el pecado perdí la gracia de Dios. Mi corazón se ha secado, y todo el espíritu de retiro, de oración, de mortificación y de piedad se ha apagado en mí. ¿Dónde está aquel recogimiento interior, aquella modestia, aquella vigilancia, aquella conciencia timorata que otras veces tenía? Nada de esto tengo ya, y me hallo sobre todo en una deplorable esclavitud. ¡A qué tiranos me he sujetado entregándome á mis deseos y á mis pasiones! Debiendo alimentarme en la casa de Dios con el pan de los ángeles y de las delicias interiores de una vida del todo divina, no busco, como aquel desgraciado pródigo, más que alimentarme de las bellotas de los animales inmundos, esto es, no busco más que consuelos humanos y la vana y torpe satisfacción de mis pasiones. Pero esto tampoco lo puedo conseguir, porque son fieras insaciables que jamás dicen: «basta».

¿Qué me resta, pues, y en qué estado me hallo? ¡Ah! ¡Cuántas almas fieles á Dios y á sus divinos beneficios gozan de las más dulces comunicaciones con Dios, y yo de todas estas cosas nada siento, á nada me aficiono y de nada me aprovecho! Dichoso yo si después de todo esto tengo, á lo menos, algún conocimiento de mi mala disposición y veo el desorden y desgracia de mi vida. Dichoso si no estoy del todo insensible al llamamiento de la gracia. ¿Viviré siempre sin hacer esfuerzo al-

guno para salir de este estado? ¿Seré más perezoso en resolverme que lo fué el hijo pródigo? Yo he andado perdido como él; este es el desarreglo de mi vida; mas lo que acabaría de perderme y lo que sería el colmo de mi ruina, sería no convertirme en adelante con la prontitud con que el pródigo volvió á la casa de su padre.

Punto II

El hijo pródigo volviendo á casa de su padre.

Después de haber considerado el pródigo su miseria, y haberla llorado con lágrimas de compasión de sí mismo y de arrepentimiento, tomó otra resolución más generosa. Acordóse de la inmensa bondad de su padre, y esta memoria le llenó de confusión y le penetró de dolor. Comprendió toda la gravedad de la falta que había cometido contra un padre dignísimo de todo su amor. Dióse todas las reprensiones que un pesar verdadero inspira á un corazón dolorido y penitente; porque, aunque el Evangelio nada de esto diga en particular, nos lo da bastantemente á conocer por tres cosas que el pródigo propuso hacer al verse en la presencia de su padre.

Antes de ponerse en camino consideró lo que había de decir, y se propuso el modo cómo había de portarse en su vuelta. Primero, resolvió arrojarse á los pies de su padre; pero no á alegar razones para justificarse, mas al contrario, para reconocerse delincuente y sin excusa, para mostrar su arrepentimiento sincerísimo, y ponerse con esto en estado de obtener

la gracia del perdón. «Partiré, iré á mi padre, y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo y contra vos»; contra el cielo, que me ordenaba estaros sujeto, cumplir con todas las obligaciones de una obediencia filial; contra vos, con quien he sido tan ingrato y tan desleal, y cuyos avisos y saludables consejos tanto he menospreciado. Después de esto, el menosprecio que había concebido de sí mismo le llevó á humillarse mucho más, y á no tomar delante de su padre el nombre y título de hijo, de que se tenía por indigno. «No merezco ya ser llamado hijo vuestro», y no me debéis mirar como tal; puesto que yo no me he portado con vos como hijo, vos tenéis derecho de no portaros ya conmigo como padre. No se contentó, por último, con esta humillación, sino que pensó también en la severidad de la penitencia que merecía y pensaba hacer, pidiendo no tener otro lugar en la casa de su padre, ni otro trato, que el de los más ínfimos criados.

Esto es lo que obra en un alma penitente el dolor que la oprime, y lo que debe obrar en mí. Pues ponderaré si el padre verdadero del hijo pródigo ha hecho con su hijo nada que pueda igualar con todos los favores y las misericordias que yo debo á la providencia de mi Dios. ¿Puedo pensar en esto sin derramar lágrimas de agradecimiento y de amor hacia un Dios tan bueno para mí? ¿O puedo no pensarlo sin ser el más desconocido y el más ingrato de todos los hombres? Este pensamiento de un Dios tan bueno y tan generoso para conmigo, si en él reflexiono, me moverá infaliblemente el corazón con el auxilio de la gracia; y mi dolor y mi contrición no dejará de producir

en mi alma estos tres efectos, que son esenciales á la penitencia:

Primero, recurrir prontamente á Dios, postrarme en su presencia, confesarle todas las miserias de mi vida, detestarlas de corazón á sus pies y llorarlas amargamente. «Pequé, Dios mío, pequé contra Vos»; no una vez sola, como el hijo pródigo, sino casi tantas veces como instantes he vivido. No pretendo justificarme vanamente ni alegar falsos pretextos: mi conciencia me desmentiría, y me confundirían las luces de vuestra gracia. Pequé, Señor, aún mucho más de lo que conozco. Todo lo confieso delante de vuestra divina Majestad; y para inclinaros á favorecerme, no necesito más que presentaros esta dolorosa confesión y estas lágrimas que Vos, Señor, me inspiráis.

Segundo, menospreciarme á mí mismo y sentir tanto más mi indignidad cuanto más santa es la profesión en que vivo. Dios quería hacer de mí un cristiano perfecto; mas ¿en efecto lo soy? Tengo el nombre, tengo las apariencias de tal, pero ¿tengo las obras de un cristiano perfecto? ¡Cosa extraña! El nombre que tengo debía ser para mí motivo de gloria, y sólo es motivo de confusión, porque ¿de qué debo avergonzarme más que de pasar ante los ojos del mundo por persona espiritual y virtuosa no siéndolo? ¿Debo, pues, admirarme según esto, Señor, de que no me favorezcáis con aquellas especiales gracias y aquellas divinas comunicaciones con que enriquecéis á las almas fervorosas? Estos son propiamente vuestros hijos, porque os honran y os sirven como á Padre, y á los hijos está reservado el

pan de vuestra mesa; yo no soy digno ni de pedirlo ni de esperarlo.

Tercero, condenarme á todo género de penitencias, á cuanto hay de más austero, y sujetarme á todo; aceptando todas las repugnancias y trabajos que pudiere tener que sufrir por servir á Dios; gustando de que Dios me deje probar todo el peso de su justicia que tanto he merecido. ¿No basta, Dios mío, que no me arrojéis de vuestro corazón? Pues no he vivido como hijo dócil y obediente, justo es que me tratéis como á mercenario y esclavo. Así piensa un alma contrita, así habla y así vive, y así debo yo pensar, hablar y vivir.

Punto III

El hijo pródigo perdonado por su padre.

Considera que si en la resolución que tomó, y en el designio que formó el hijo pródigo de volver al hogar paterno, no dijo: Iré á mi señor, ni á mi juez, sino iré á mi padre. Este nombre de padre le llenó de confianza y desterró de su corazón todo temor, sin permitirle ni deliberar siquiera. Asegurado, pues, con una confianza sin límites en la bondad de su padre, parte, camina, llega y se acerca á él, el cual le hizo ver al instante que no se había engañado en la esperanza que había concebido; porque al punto que el padre divisó á su hijo, salta á su cuello, le abraza y le da beso de paz, le introduce de nuevo en su casa, y sin reprenderle ni aun hablarle sobre lo pasado, junta toda su familia para mostrarles su alegría y dar parte de la venida de su hijo. No se contentó con esto, sino que muy lejos de

tratar como mercenario y como esclavo á este pródigo, á quien los vicios habían reducido á un estado tan miserable y asqueroso, manda que le vistan con un vestido nuevo, que maten el becerro más grueso, que se prepare un gran banquete, y que se disponga una agradable música para que nada falte á esta fiesta tan alegre. ¿Por qué todo esto? ¡Ah! exclama este padre tan bueno y tan amoroso: «La causa es que mi hijo había muerto, y lo veo resucitado; se había perdido, y lo he encontrado felizmente».

Lo mismo sucede con el pecador que se vuelve á Dios y á quien Dios recibe. Lo mismo me sucederá á mí, apenas me volviere á Dios con el sentimiento de una verdadera compunción, y me humillare delante de su Majestad considerando mis ingratitudes y mis infidelidades. Lo hallaré aún mejor dispuesto para favorecerme que el padre del hijo pródigo lo estaba para con su hijo. Verdad es que según las reglas de su justicia podría Dios desecharme, y si no tuviera otro motivo en qué confiar sino en mis obras y mi vida, tendría derecho de arrojarme de sí para siempre. Pero tengo toda su misericordia por apoyo de mi confianza, y puedo pagar con ella á su justicia, ya que su bondad no desea sino derramarse en los corazones contritos.

No debo dar oídos a los temores ni á las desconfianzas que me inspira la naturaleza, y con que los enemigos de mi salvación y de mi perfección procuran detenerme: no debo espantarme de todas las dificultades que preveo y de todas las repugnancias que siento. Aunque fuesen mil veces mayores, la penitencia me

debe poner en una firme disposición de sufrirlo todo. Pero debo estar seguro que desde el instante que me hubiere determinado á ello, y que con este espíritu diere los primeros pasos para ir á Dios, la experiencia me borrará bien presto las falsas ideas que me turban, y los vanos temores que me causar la vista de mis fragilidades. En lugar de hallar un Dios severo é inexorable, encontraré un Dios lleno de bondad y de ternura para conmigo: si Dios no deshecha, aun á aquellos mismos que huyen de su Majestad, ¿qué hará con los que le buscan?

Por ofendido, pues, que Dios esté conmigo, y por muchos motivos que tenga para arrojarme de su presencia, he de estar seguro de que saldrá él mismo á recibirme para allanarme el camino y para facilitarme la vuelta que medito: de que me concederá una pronta remisión de todas mis culpas, y me perdonará gran parte de la satisfacción que le debo; de que me favorecerá con gracias siempre nuevas en los esfuerzos que necesitare hacer, ya para levantarme, ya para mantenerme y perseverar. Y por último, de que no contento con verme otra vez en el camino de la virtud se aplicará á adelantarme y á perfeccionarme: de suerte que podré volver á ganar todo lo perdido, y llegar al grado de las almas más perfectas. ¿Qué más he menester? ¿Puedo, acaso, dudar un momento del partido que debo tomar?

Coloquio. —Padre de las misericordias, Dios de esperanza y de paz, bendito seáis, Señor, por la santa resolución que me ha inspirado vuestra divina gracia; dignaos por esta misma gracia confirmarme

en mis santos propósitos. Yo vuelvo á Vos, Padre mío: vedme aquí á vuestros pies confuso y humillado, pero asegurado por vuestra Majestad, y confiado en vuestra bondad infinita del todo paternal: porque Vos mismo, oh Dios mío, sois quien me ha hecho oir vuestra voz para volverme á Vos: ¿tengo que temer, acaso, que me cerréis vuestro seno para no recibirme? No será así, Dios mío, sino que en vuestro Corazón encontraré infinitamente más amor y cariño que el que encontró el pródigo en los brazos de su padre.

Propósitos.—Decir ahora mismo con la energía y resolución del pródigo: «Me levantaré del pecado ó de la tibieza, é iré con fervor á mi Dios y á mi Padre».

20 DE DICIEMBRE

Sobre el amor de Dios.

Preluaios.—Mírate delante de Dios y de los santos y ángeles que ruegan por ti, y pide claro conocimiento de los beneficios divinos para agradecerlos y en todas cosas servir y amar á la Majestad divina.

Punto I

Debemos amar á Dios porque es infinitamente amable.

Considera que el objeto del amor es el bien, y donde falta el bien allí falta el amor, así como bien pronto se apaga el fuego si falta el combustible. Ahora bien: Dios es un bien que reune en sí y de un modo infinitamente perfecto todos los bienes creados, porque los encierra todos, como dice santo Tomás, 1.°, con universalidad; 2.°, con plenitud; 3.°, con unidad.

Universalidad.—Las otras criaturas poseen en sí las perfecciones propias, pero no las ajenas. Así el hombre no es ángel; mas Dios lo contiene todo ó formalmente si no envuelven

imperfección alguna ó eminentemente, es decir, depurado de todas las imperfecciones que contenga.

Plenitud.—Los otros seres tienen el bien con medida, pero Dios lo contiene con exceso infinito, como que es el sumo bien y todo sér por esencia y en abstracto. El ángel es bueno, sabio y poderoso. Dios es la bondad, la sabiduría, el poder y toda perfección.

Unidad.—Todos los atributos de Dios están en él indivisiblemente. En el hombre, el alma no es el cuerpo; la sabiduría no es la santidad. Pero en Dios todos los atributos son una misma cosa simplicísima que tienen mil hermosas fases, digámoslo así, para hacerse amar y entender de algún modo de nuestras miserables facultades. Supuesto esto, parémonos aquí y hagámonos estas reflexiones: Nosotros tenemos que amar necesariamente el bien, la hermosura nos atrae y nos roba el corazón. Pues dice San Agustín: «*Quod quaeritis quaerite, sed ubi est quaerite*». Buscáis la hermosura, pues buscadla donde está, y no donde no está. «*Qui fecit omnia, melior est omnibus, qui magna fecit, major est omnibus, qui pulchra pulchrior omnibus est*». Si fuésemos tan dichosos que pudiésemos admirar el objeto más bello que existiese en la naturaleza, ¿cómo no amarlo? Pues «*quid amas, ut Deum non ames*». ¿Qué amas, si no amas á Dios? ¿Pero cómo amar lo que no vemos nosotros, que somos tan miserables que todo nos ha de entrar por los sentidos? Para evitar esa dificultad se hizo Dios hombre como nosotros. Mientras Dios se ocultó tras los rayos del Sinaí, parecía que aspiraba sólo á ser temido; pero ahora, después que el amor di-

vino se hizo carne, no tenemos excusa si no lo amamos. Se ha hecho semejante á nosotros para conquistar nuestro corazón, porque la semejanza engendra el amor. Se ha hecho el más hermoso de los hijos de los hombres para ganar nuestros corazones con la hermosura. Se ha hecho Cordero, Pastor, Padre, amigo, bienhechor, para amarrar nuestra alma con tantos lazos como representan estos tiernísimos títulos. Pues bien: si amamos á los amigos, aunque infieles; á los compañeros, aunque traidores; si amamos las criaturas, que sólo tienen una participación de la bondad y de la hermosura de Dios, amemos á Dios que es todo bien en todas las cosas, que se nos da en todas las cosas y que parece no vive ni es sino sólo para amarnos y servirnos.

Punto II

Debemos amar á Dios por ser infinitamente amante y benéfico.

Considera cómo David se admira, y con razón, del amor de Dios hacia el hombre. Y Job pregunta admirado cómo es posible que ponga Dios su Corazón divino sobre él. Porque, como enseña Santo Tomás, tres razones pueden conciliar el amor: la belleza, la bondad y la semejanza. Pues si examinas despacio lo que somos nosotros, te preguntarás: ¿Dónde está nuestra belleza, si no somos más que miseria y pecado, y éste es la fealdad infinita, porque es el mal sumo, la separación de Dios, belleza infinita, la nada y la negación de los atributos de Dios? ¿Dónde nuestra bondad, si el pecado es la malicia y la ingratitud suma? Por

otro lado, la semejanza nuestra con Dios ya no existe, porque el pecado imprime en el corazón del hombre el sello de la bestia y la imagen de Satanás. ¿Cuál es, pues, el motivo de ese amor increíble de Dios para con los hombres? La benignidad de un corazón divino que no nos mira á nosotros, sino á sí mismo, y á que El es puro amor y bondad eminentísima. Nos ama infinitamente porque es sumo amor, bondad suma que tiende á salir fuera de sí, y nos ama hasta por una especie de necesidad, como el padre al hijo y el artífice á la obra de su mano. Además, que esta es la diferencia entre el amor humano y el divino. El amor humano supone la bondad del objeto, el divino se la da y comunica á la criatura el bien que atrae y roba el corazón. Nos ama con todo lo que es desde la eternidad, con amor tierno, noble, desinteresado; nos ama con todos sus atributos, que todos, en cierto modo, se someten á su bondad y su amor. Nos ama más que á todas las criaturas, más que á los ángeles, á los que no perdonó cuando pecaron, más que á sí mismo en cierto modo, porque nos ha preferido á su vida, como dice el Crisóstomo y San Buenaventura: «*tantum me diligis, ut te odisse videaris*».

Se admira San Agustín de que Holofernes se enamorase de las sandalias de la bella Judit. Pues, ¿cuánto es mayor la necedad de los hombres que se prendan de las criaturas, huellas de Dios, y se olvidan del Creador? No levantamos los ojos arriba de donde viene y dimana todo bien y toda hermosura, sino que los ponemos en las cosas criadas, que son huellas de la divinidad, y por eso nos hacemos abomina-

bles, como las cosas que amamos. Porque el amor es transformativo; y así como si amamos el cielo, somos cielo, si amamos la tierra, nos hacemos terrenos. Los hijos de Aarón, Nadab y Abiud, por no poner en el incensario el fuego tomado del altar del holocausto, fueron devorados por el fuego que salió del rostro de Dios. ¡Ay de nosotros si no ponemos en nuestro corazón el fuego del amor divino! El fuego de la justicia de Dios nos devorará como á ingratos y desconocidos á los infinitos beneficios del Señor.

¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te conocí y qué tarde te amé! Y no te amé antes, porque no aprendí á estudiar tus beneficios ni á mirar cómo estás en todas las cosas por amor mío, ni á mirarte dentro de mí dándome el sér y haciéndome templo tuyo; ni he visto que todos los bienes y perfecciones de las criaturas son destellos y emanaciones que brotan de tu infinita riqueza, como del sol viene la luz y de las fuentes las aguas. Abre mis ojos, Dios mío, para que en adelante en todo te vea y en todo te ame, y toda perfección humana me sirva para subir á la contemplación de tu hermosura increada.

Punto III

Debemos amar á Dios porque desea sumamente ser amado de nosotros.

Considera que Dios es tan grande y el hombre tan vil y miserable, que sería grande dignación en Aquél si aceptase nuestro amor, como en el mundo es gran dignación de un monarca el aceptar los obsequios de sus súb-

ditos. Pero Dios lo desea, y ardientemente quiere que le amemos. ¿Qué ventajas se le siguen á Dios de nuestro amor? ¡Es un misterio de su bondad y misericordia para con el hombre! Y, sin embargo, así es, y aquel que no ama á Dios permanece en la muerte. Esto prueba que Dios lo creó todo para el hombre, al hombre para sí, y que Dios N. S. se contenta con nuestro corazón. El lo dice bien claramente: «*Praebe, fili mi, cor tuum mihi*», y todas las leyes se reducen al amor, y la plenitud de la ley y la perfección es el amor. Manda Dios que le amemos; ¿pero cómo mandar que amemos al amor increado, á la belleza infinita y al eterno bien y suma bondad? Si nos hubiese mandado temerlo, hubiéramos tenido que violentar nuestro corazón, que va hacia el bien como á su propio centro; porque la mayor pena de los condenados es no poder amar. Por otro lado, ¿cómo podemos dejar de amar á un Dios que nos ama eternamente, que nos ama siempre y que El mismo se nos da como premio del amor; que nos ama con obras de amor increíble, y que cuanto existe, lo hizo por nuestro amor? Nos ama hasta la locura de la cruz, y el éxtasis divino, fruto del corazón de un Dios, es la Eucaristía, y más allá no puede ir ni el amor del mismo Dios. Pondera, para conocer cuánto te ama Dios, los beneficios particulares de todas clases que el Señor te ha hecho. Es un océano de amor y de bondad. ¿Cómo no estoy en el infierno? ¿Cómo vivo? Por amor de mi Dios. Amemos, pues, á quien tanto nos ha amado. ¡Qué roca tan dura es nuestro corazón si con tanto golpe no se ablanda! No es posible amar como El nos ama; pero no hay amor que

pueda corresponder al de Dios, que si lo hizo todo en número, peso y medida, ha querido amarnos sin medida alguna. Si estuvieses ciego y un médico te diese la vista, ¡qué gratitud le demostrarías! ¿Qué es eso, comparado sólo con los beneficios que debes al Señor por la creación, por la que debes á Dios todos los miembros de tu cuerpo y todo lo que sirve para tu salud y tu vida?

Coloquio.—Vos me mandáis, Señor, que os ame, y si no os amo, me amenazáis con las mayores desgracias. ¿Pero puede haber ninguna más grande que no amaros? Y no obstante, hice de esta desgracia mi dicha, cuantas veces os ofendí. Ninguna cosa, Dios mío, dejasteis de hacer para obligarme á amaros: ruegos, promesas, amenazas, riquezas, beneficios, todo lo pusisteis en práctica para esto; y yo no dejé de hacer nada para oponerme á vuestro amor. ¿Podía perder alguna cosa en amaros? O por mejor decir, ¿no lo perdo todo si no os amo, pues lo pierdo todo y me pierdo á mí mismo, perdiéndoos á Vos? ¡Qué tarde, Señor, empecé á amaros, aunque os ame desde ahora! Y puedo decir con más verdad que uno de vuestros fieles siervos: ¡Qué tarde os he amado, hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Qué tarde os he amado! ¡Qué gran motivo de confusión y de dolor para mí! Pero á lo menos, en parte me consolaría, si pudiera estar seguro de que ya empecé á amaros; pero ¡ay! Dios mío, ¿os amo yo? ¿Me atreveré á decir que no, teniendo tantas razones para amaros? ¿Pero si fuese tan infeliz que dijese que no os amaba, todas las criaturas que sólo hicisteis para mi uso y que son para mí otros tantos beneficios y motivos de amor y reconocimiento, no se volverían contra mí? ¿Me atreveré á decir que os amo, cuando tengo tantas razones de dudar? ¿Y si lo dijese, mis ingratitudes, mis infidelidades, mi cobardía en vuestro servicio, mi facilidad en desagradaros y en ofenderos, no me desmintieran? Lo que me atrevo y puedo, á mi parecer, decir, es que tengo deseo de amaros; el dolor que tengo de no haberos amado hasta ahora y la temerosa duda de si

os amo, parece que me aseguran, á lo menos, que deseo amaros. ¡Pero sólo Vos, oh Dios mío, que me inspiráis este deseo, le podéis hacer eficaz! Porque yo podré sin vuestra ayuda ofenderos, perderos y perderme á mí mismo; pero no podré sin vuestra ayuda, amaros, ni desear amaros como es menester. El deseo que reconozco en mí de amaros, me hace creer que me queréis conceder este amor: yo os le pido, Señor, y me atrevo á decir que no os quiero pedir otra cosa. ¿Me podréis negar vuestro amor, pues que me mandáis amaros? ¿No sería contradeciros á Vos mismo? Yo resuelvo lograr este amor, cueste lo que costare; y si para conseguirle es menester perder bienes, reposo, estimación y vida, yo os lo ofrezco de todo mi corazón; la pérdida de cuanto tengo me parecerá ganancia si con ella gano vuestro amor, pues teniéndole, os poseo; y poseyéndoos, Dios mío, ¿qué me puede faltar?

Propósitos.—Resuélvete á pedir solamente á Dios su santo amor, á hacerlo todo por su amor para pagarle algo de lo que le debes.

21 DE DICIEMBRE

(Meditaciones preparatorias á la fiesta del nacimiento de N. S. Jesucristo.)

Del decreto admirable de la Encarnación del Hijo de Dios.

Preludios.—Imagínate á Dios N. S., trino y uno, sentado en un trono de infinita majestad; á los hombres, y á ti entre ellos, por el pecado de Adán postrados en tierra, llagados y medio muertos, y á las tres divinas Personas que los estaban mirando, compadeciéndose de ellos y entrando en consejo sobre el medio que tomarían para remediarlos. Adora á la beatísima Trinidad, y pídele humildemente te ilustre con su divina luz, para que conozcas la alteza del consejo que tomó para nuestro remedio, de modo que te aproveche para tu salvación.

Punto I

Sobre el decreto de Dios para remediar el género humano.

Consideraré el decreto que hizo Dios N. S. en su eternidad de remediar el linaje humano,

que se perdió por el pecado de Adán, ponderando las causas que le movieron á ello: unas de parte de su infinita misericordia, y otras de parte de nuestra miseria, y del modo lastimoso como incurrimos en ella.

Primeramente consideraré, cómo habiendo nuestro Señor criado dos suertes de criaturas á su imagen y semejanza, ángeles en el cielo, y hombres en el paraíso; y habiendo visto que gran parte de los ángeles pecaron, y que después pecaron también los hombres, determinó mostrar la terribilidad de su justicia en castigar los ángeles, arrojándolos luego del cielo al infierno. Pero con los hombres quiso mostrar las riquezas de su misericordia, determinándose á remediarlos y sacarlos de las miserias en que habían caído, dándoles medios para alcanzar perdón de su pecado. Porque en ninguna cosa resplandece tanto la misericordia de Dios, como en perdonar pecados y compadecerse de sus mismos enemigos. Por lo cual todos los hombres debemos dar infinitas gracias á este Señor, viendo que con ser criaturas tan viles, y mereciendo ser desamparadas por su justicia, nos amparó con su misericordia dejando á los ángeles, que eran más nobles que nosotros. ¡Oh Dios eterno, verdadero Padre de misericordias! ¿con qué te pagaremos tan soberano beneficio? Alábante por esta merced los ángeles que quedaron en el cielo; reconózcanla y aprovéchense de ella los hombres que viven en la tierra, y mi alma se derrita en amor tuyo, cantando la muchedumbre y grandeza de tu misericordia, por la cual te suplico perdones mis pecados, ayudándome para nunca más volver á ellos. Esta con-

sideración he de aplicar á mí mismo, ponderando que aunque Dios N. S. por su misericordia ha resuelto perdonar á los pecadores, y con efecto perdona á los arrepentidos, pero con los rebeldes usa de su rigurosa justicia, condenándolos como á los demonios; y así he de procurar no resistir á la divina misericordia por no caer en manos de su justicia.

Pondera luego las causas que en alguna manera movieron á la divina misericordia para compadecerse de nuestra miseria. Una fué, porque Adán con su pecado, no solamente se hizo daño á sí mismo, sino también á todos sus descendientes, los cuales habían de nacer pecadores, condenados á muerte y cárcel eterna, incurriendo en estos daños no por su propia voluntad personal, sino por la que tuvieron en su primer padre. Y como Dios es tan misericordioso, no pudo sufrir su clemencia que toda su obra pereciese sin remedio por culpa de uno, y que todo este mundo visible, que había sido criado para el hombre, quedase frustrado de su fin, sirviendo al pecador. Por este y por otros motivos dignos de su bondad, y porque el demonio, que indujo al hombre á pecar, no saliese victorioso, se determinó en remediarle. De donde sacaré dos razones para confiar en la divina misericordia, alegándolas por títulos, para que remedie mi miseria. Uno, que «fuí concebido en pecado», del cual nacen originalmente todas mis miserias. Otro, que «soy obra de sus manos», por lo cual no he de ser aborrecido, pues Dios no aborrece lo que hizo. ¡Oh Padre misericordiosísimo! pues conoces la masa de que tus hijos somos formados, la cual salió de Ti buena y por Adán se hizo mala, com-

padécete de nosotros, remediando el daño que Adán hizo, para reformar lo bueno que tú hicîste. Mis manos han borrado en mí lo que hicieron las tuyas; reparen las tuyas con tu copiosa gracia, lo que hicieron las mías por mi miseria y por mis culpas.

Punto II

Del decreto divino de la Encarnación del Hijo de Dios.

Considera cómo la santísima Trinidad, viendo en su eternidad muchos medios que tenía para remediar á los hombres, ó perdonándolos por pura y sóla misericordia, ó criando otro nuevo hombre que satisficiese por ellos, ó encargando esto á los serafines, no quiso escoger el medio que era más fácil, ni menos perfecto, ni encargar esta obra á otro, sino escogió el mejor medio que era posible, trazando que el Hijo de Dios se hiciese hombre, para remediar á los hombres. De suerte que no pudo darnos mejor remediador, ni más poderoso remedio, ni más copiosa redención, queriendo que, «adonde abundó el delito, abundase infinitamento más la gracia».

Para ponderar más esta verdad, mira lo que el primer hombre hizo contra Dios, y lo que Dios hace por el hombre, comparando los pensamientos y trazas del uno con las del otro. Adán trazaba con soberbia levantarse contra el mismo Dios, queriendo usurpar su divinidad y sabiduría y el señorío de todas las cosas; por lo cual merecía que Dios le aborreciera y humillara, y que aniquilara su naturaleza pervertida. Pero Dios, con su infinita bondad,

no solamente quiso perdonar esta injuria, sino para ello escogió un medio de suma honra y provecho para el hombre, y de suma humillación y trabajo para Dios. Porque con ser el Verbo divino de infinita grandeza y majestad, no reparó, como dice San Pablo, en deshacerse y humillarse hasta tomar forma de siervo y vestirse de la naturaleza mortal y pasible de su mismo enemigo, juntándolo consigo en unidad de persona, para sacarle de la suma miseria en que estaba por la culpa, y levantarle á la suma honra y dicha que podía tener por su gracia. Pues, como dice San Agustín, «Dios se hizo hombre para hacer al hombre Dios», para que en virtud de Dios humanado, los hombres fuesen dioses por participación.

Finalmente, mirando este soberano decreto de la Encarnación, admírate con grande pasmo de la infinita bondad y misericordia de Dios. Y unas veces, como Moisés, engrandece la bondad de Dios, y otras da gracias á este Señor por esta merced tan gloriosa, diciéndole: ¡Oh Dios eterno, gracias te doy por esta soberana traza que inventaste para mi remedio, tomando sobre Ti mi bajeza para comunicarme tu grandeza! Concédeme que yo me humille para servirte, como Tú te humillaste para remediarme, y que haga yo lo sumo que pudiere por tu servicio, como Tú hiciste lo sumo que podías para mi remedio.

Punto III

De las infinitas perfecciones que nos demostró el Señor en este decreto de la Encarnación.

Considera cómo en esta obra de la Encarnación, pretendió juntamente Dios N. S. des-

cubrirnos la infinita excelencia de todas sus perfecciones, empleándolas en grandísimo provecho nuestro. Primeramente, mostró su infinita bondad en comunicarse á sí mismo con la mayor comunicación que podía, dando su sér personal á una naturaleza humana, y emparentando de esta manera con todo el linaje de los hombres. Mostró su caridad en unir consigo esta naturaleza con tan estrecha unión, que uno mismo fuese hombre y Dios, para que todos los hombres fuesen una cosa con Dios, por unión de amor, dándoles liberalmente y de balde la cosa que más amaba y estimaba, y con ella todas las demás cosas. Mostró su infinita misericordia, hermanándola maravillosamente con la justicia, porque no pudo ser mayor misericordia que venir personalmente Dios á remediar nuestras miserias y hacerse capaz de verdadera tristeza y dolor para tener verdadera compasión de ellas.

Ni pudo ser mayor justicia que pagar el mismo Dios humanado nuestra propia deuda, pasando por la pena de muerte que mereció nuestra culpa. Mostró además su inmensa sabiduría en inventar modo cómo juntar cosas tan distantes, como son Dios y hombre, eterno y temporal, impasible y pasible, y en dar traza para desatar el nudo dificilísimo de nuestras culpas, perdonándolas la divina misericordia sin perjuicio de la justicia. Mostró la omnipotencia en hacer por el hombre lo sumo que podía, para honrarlo y enriquecerlo; porque entre todas las obras divinas ninguna hay mayor que hacerse Dios hombre. Mostró, finalmente, su santidad y todas sus virtudes, imprimiéndolas en Dios humanado, para que

fuese dechado visible de todas, animándonos con su ejemplo á imitarlas, y ayudándonos con su gracia á procurarlas, sin que haya quien pueda excusarse de ello. Porque si Dios ama á los prójimos, ¿quién no los amará? Si Dios hace bien á sus enemigos, ¿quién hará mal á los suyos? Si Dios se humilla, ¿quién se ensoberbecerá? Si Dios padece y sufre, ¿quién será impaciente y mal sufrido? Y si obedece Dios, ¿cómo no obedecerá el hombre?

Estas perfecciones divinas, que resplandecen en esta obra admirable de la Encarnación, la más amorosa y divina que ha salido de la sabiduría y amor de Dios, me han de ser motivos para alabar á Dios, deseando amarle y servirle con la mayor perfección que me fuere posible. Porque si antes de hacerse Dios hombre pedía que le amásemos «con todo nuestro corazón y alma, espíritu y fuerzas», ¿con cuánta más razón me pedirá ahora tal grado de amor y fervor en su servicio? Y pues «la prueba del amor son las obras» he de mostrar en ellas este amor, procurando imitar las excelentísimas perfecciones que descubrió en esta obra, y especialmente las virtudes que este Dios encarnado ejercitó en el mundo para nuestro ejemplo.

Coloquio.—¡Oh Trinidad beatísima! ¿Qué gracias te daré por haber descubierto con esta obra las infinitas grandezas que tenías encubiertas en tu pecho? ¿Qué te daré que no sea poco, por dádiva tan soberana? ¿Cómo te amaré y serviré por ella? Vesme aquí dedicado todo á tu servicio, con deseo de amarte como me amaste, y de imitar las virtudes que me descubriste. Y pues me has dado lo que es más, dame también lo que es menos, dándome que te ame por el don infinito que me diste.

Propósitos.—Estudiar constantemente las virtudes que resplandecen en el Verbo humanado, y hacer de El el modelo y ejemplar de toda mi vida.

22 DE DICIEMBRE

De la infinita caridad de Dios en el misterio de la Encarnación.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la infinita grandeza de la persona que nos hizo el beneficio de la Encarnación.

Considera que aunque todas las divinas perfecciones resplandecen en el misterio admirable de la Encarnación, mas sobre todas campea la caridad. Funda, pues, esta meditación en lo que Cristo N. S. dijo á Nicodemus: «Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito, para que cualquiera que creyere en El no perezca, sino alcance la vida eterna». En las cuales palabras cifró el Salvador tres cosas principalísimas que se encierran en este soberano misterio, conviene á saber: la fuente principal de donde procedió su grandeza, sus fines y efectos admirables.

Considera, pues, ante todo, la infinita grandeza de la persona que nos amó y nos hizo este soberano beneficio, y la infinita vileza del hombre que es amado, y á quien se hizo esta merced, comparando lo uno con lo otro. Pondera cómo el origen de este soberano beneficio fué la infinita caridad de Dios, el cual para su bienaventuranza no tenía necesidad de amar á nadie, porque con sólo verse y amarse es infinitamente bienaventurado. Pero con todo

eso, de pura gracia y por su bondad infinita quiso amar á sus criaturas, solamente porque es bueno, y por mostrar en ellas las riquezas de su bondad.

Pondera luego cómo pasó muy más adelante la infinita caridad de Dios en querer amar al mundo, siendo el mundo lo que era. Llamo mundo á la muchedumbre de los hombres pecadores que pecaron en Adán y de él contrajeron la mancha de la culpa original, y después por su propia voluntad cayeron en gravísimos pecados actuales, por los cuales merecían ser aborrecidos y condenados al infierno. De suerte que no solamente amó Dios á los hombres cuando no eran, sino también los amó cuando eran enemigos suyos y desagradecidos; para descubrir con esto los infinitos tesoros de su misericordia y caridad. Haz comparación de lo que Dios hace en el cielo á lo que los hombres hacen en la tierra, ponderando cómo Dios ama al mundo que le aborrece, y el mundo aborrece al Dios que le ama, admirándote de la maldad abominable del mundo y de la infinita bondad de Dios. ¡Oh Dios de infinita majestad! ¿Cómo te dignas amar á mundo de infinita vileza? Bendita sea tu inmensa caridad, en cuyo seno cabe amor de tan ingrata criatura. Muéstrala, Señor, conmigo en hacer que te ame como me amas y te sirva como mereces. Estas tres cosas he de aplicar á mí mismo, poniéndome á mí en lugar del mundo, pues también yo como ingrato y desconocido he aborrecido y ofendido á Dios, y no por eso Dios ha dejado de amarme, deseando hacerme bien para que de corazón le amase.

Punto II

De la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo en la Encarnación.

Considera la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo, que fué su Hijo unigénito. En lo cual se ha de ponderar primeramente, cómo el amor de Dios no es amor de solas palabras, sino amor de obras, haciendo bien á los que ama, y cuanto más ama, tanto mayores bienes da á la persona amada. De aquí es, que para mostrar la infinita grandeza de su amor, nos dió la cosa más preciosa que podía darnos, que fué á su mismo Hijo, de igual dignidad con su Padre y un mismo Dios con El; queriendo se hiciese hombre como nosotros, para que dentro de un hombre morase «la plenitud de Dios, de la cual todos participasen». Por esta causa Cristo N. S., queriendo engrandecer la grandeza del divino amor, dijo: «Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo unigénito»; como quien dice: No pudo amarle más, que en darle á su Hijo, y no cualquiera, sino á su Hijo natural, á su Hijo unigénito. Y en lugar de aquella palabra amó, puedo poner otras semejantes, diciendo: Así estimó Dios al mundo, así le honró, así le glorificó y ensalzó, así le enriqueció y le amparó, que le dió á su Hijo unigénito; y esto de balde, y de pura gracia, porque no hubo quien pudiese merecer tan infinito don.

Pondera luego á quién se dió don tan precioso, que es á un mundo tan perverso y tan ingrato, que viniendo este Hijo unigénito de Dios á vivir en él, «el mundo no lo conoció»,

ni lo estimó, ni lo reverenció como debía, ni supo agradecerle la honra y el bien que recibía de El. Y así, comparando lo que Dios hace por los hombres, que es darles á su Hijo, y lo que los hombres hacen contra Dios, que es ofenderle y desconocer su don, me admiraré grandemente de la infinita caridad de Dios, deseando amarle muy de veras por esta merced, procurando mostrar con obras mi amor, de modo que como Dios me dió el único Hijo que tenía, así yo le dé la única alma que tengo, y mi único corazón, empleando mi memoria, entendimiento y voluntad, con todos mis sentidos y potencias, en amar y servir á tal Padre, que me dió tal Hijo para mi salvación y santificación. ¡Oh Padre Eterno! gracias te doy, cuantas puedo, por el infinito amor que nos tuviste, dándonos la cosa más amada y preciada que tenías. Deseo amarte como me amas, dándote la cosa más preciosa que en mí tengo; recibe mi corazón en prendas de este amor, para que de hoy más «no te ame con sola la palabra y lengua, sino con obras y con verdad», buscando siempre tu gloria sin mezcla de cosa alguna.

Punto III

Del fin para que Dios dió al mundo á su Hijo unigénito.

Considera el fin para que Dios dió al mundo este Hijo unigénito, y los infinitos bienes que de este don resultan á los hombres. En lo cual se ha de ponderar, cómo el Hijo de Dios vino al mundo, como El mismo dijo, para salvar al mundo con una perfectísima salvación, la cual

consiste en dos cosas. Primero, en quitarle todo lo que es causa de que perezca y se condene, perdonándole los pecados, librándole de la esclavitud del demonio y de la cárcel eterna del infierno, y de todas las demás miserias que andan anejas con la culpa y son causa de volver á ella. Y lo segundo, en darle la vida de la gracia con todas las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y después la vida eterna. Y en estas dos cosas se encierran otros innumerables bienes y beneficios.

Finalmente, para echar el sello á la grandeza de este beneficio, quiere Dios que se extienda á todos los hombres del mundo, de cualquier estado ó condición que sean, sin excluir cuanto es de su parte á ninguno de cuantos quisieren creer en él con fe viva, los cuales no perecerán, sino todos alcanzarán la vida eterna. Y siendo esto así, también se extiende á mí este beneficio, y puedo aplicarme todas estas palabras, diciendo con toda verdad: «Así me amó Dios, que me dió á su Hijo unigénito, para que creyendo en El con fe viva no perezca, sino que alcance la vida eterna».

Coloquio.—¡Oh Hijo unigénito del Padre! ¡Qué gracias te daré por haber venido al mundo para librarnos de tantos males y llenarnos de tantos bienes! Tú perdonas nuestros pecados, despojas el infierno, abres las puertas del paraíso, vences al demonio, triunfas del mundo, domas nuestra carne, atajas nuestros peligros, consuelas nuestras tristezas, avivas nuestras obras, aumentas nuestros merecimientos, nos das perseverancia en tu gracia y después nos coronas con tu gloria. Nada de esto tuviéramos sin Ti, y todo lo tenemos ahora por Ti, pues por Ti bajan del cielo todas las bendiciones y misericordias que llenan la tierra. Bendito sea el Padre que te nos dió para nuestro remedio, y bendito

seas Tú, su Hijo, que viniste á remediarnos. Remédiame, Señor, con eficacia, para que no perezca, sino alcance por Ti la vida eterna.

Propósitos.—Muéstrate con obras de perfección y de santidad agradecido al beneficio de la Encarnación del Hijo de Dios.

23 DE DICIEMBRE

De la ejecución del misterio admirable de la Encarnación.

Preludios.—Mira al Verbo divino como un sol resplandeciente descender del cielo al seno virginal de María para unirse con la humana naturaleza, y pide al Señor grande amor á Cristo é imitación de las virtudes que resplandecen en este misterio adorable.

Punto I

Del misterio de la Encarnación.

Considera cómo en dando la Virgen santísima su consentimiento, en el mismo instante el Espíritu Santo formó de su sangre purísima un cuerpo perfectísimo, y crió un alma racional excelentísima, y las juntó entre sí y con la persona del Verbo eterno, quedando Dios hecho hombre y el hombre Dios, y Dios desposado con la humana naturaleza en aquel tálamo virginal, y la Virgen levantada á la excelsa dignidad de Madre de Dios. Pondera el contento de todas las personas que intervienen en él, principalmente el de la santísima Trinidad, en ver cumplida su promesa, y haber hecho esta muestra de su omnipotencia y de su bondad. ¡Oh, cuán alegre estaría el Padre Eterno por habernos dado á su Hijo, y con qué amor tan infinito amaría á este Niño preciosísimo, Dios y Hombre verdadero! Y

cómo se agradaría en El sobre todo lo criado, pues mucho más ama Dios á solo Cristo, que á todos los ángeles y hombres, y á todas las criaturas juntas. Con esta consideración me gozaré de este amor del Padre Eterno, y le agradeceré la merced que nos ha hecho, suplicándole que pues tanto ama á este Hijo, por El me ame y me dé su santo amor.

Pondera luego el gozo inefable que tendría el Verbo eterno en verse hecho hombre, y el amor tan entrañable con que amaría á aquella santísima Humanidad, y por su respeto desearía abrazar y meter dentro de sus entrañas á todos los hombres, como hermanos suyos. ¡Oh Verbo divino! pues has emparentado con los hombres, júntame contigo por la fe más viva y el amor más ardiente, para que ninguna cosa criada me pueda apartar de tu amistad. También ponderaré el contento del Espíritu Santo en haber hecho esta obra, que se atribuye á El, por ser propio de esta Persona la bondad y el amor. Porque entonces parece que hartó su deseo, habiendo hecho la suprema obra de amor que podía hacer, pues no cabe más allá que la obra divina de la Encarnación.

De aquí pasa á ponderar el gozo de aquella santísima Humanidad, cuando se vió levantada á tanta grandeza, y que del profundo de la nada había subido á lo más alto del Ser divino. ¡Oh Humanidad santísima! gózome de vuestro gozo y de vuestra felicidad y pues tan contenta estáis con vuestro Amado, dadnos parte del amor que le tenéis, para que juntamente le gocemos con Vos.

Luego pondera la alegría purísima de la

Virgen sacratísima en aquel instante de la Encarnación, porque le dió nuestro Señor una luz extraordinaria, con que vió el modo cómo se obró este misterio en sus entrañas; y cuando vió á Dios hecho Hombre dentro de sí, y así se vió Virgen y Madre, y Madre de tal Hijo, fué llena de inefable gozo. ¡Oh, qué agradecimiento, qué alabanzas y qué júbilos tendría! ¡Oh, qué plenitud de bienes recibió en aquel momento! Porque como este sol visible, luego que fué criado en este mundo, lo llenó de su luz y le comunicó su calor é influencias, así el Sol de justicia, Cristo N. S., en el mismo instante en que fué concebido y formado en el mundo abreviado de su Madre, la llenó de grandísima luz y calor celestial con influencias de vida eterna. Y la que antes estaba llena de gracia, entonces quedó muy más llena y colmada de todas las gracias y dones de Dios y de inestimable gozo con la posesión de tanto bien.

Ultimamente ponderaré la razón que tenemos los hombres de estar contentos con vernos emparentados con Dios, por lo cual tengo de darle gracias, y pedir á los ángeles se lo agradezcan, y cobrar un corazón nuevo y generoso, proponiendo de vivir como deudo de tan gran Rey, sin admitir cosa que desdiga de la nobleza de hijo de Dios y hermano de Jesucristo, cabeza del linaje humano.

Punto III

De las circunstancias de la Encarnación en cuanto al cuerpo de Cristo N. S.

Considera las circunstancias de esta maravillosa Encarnación en cuanto al cuerpo de

Jesucristo Dios y Hombre, mirándole en cuanto es mortal y pasible. Pondera que según lo que naturalmente se debía á la persona de Cristo N. S., su cuerpo no había de ser mortal ni pasible, por dos causas. Porque Cristo N. S. fué totalmente libre de la culpa original, y esto por derecho suyo propio, por ser Hijo natural de Dios, y por haber sido concebido por virtud del Espíritu Santo. Y, por consiguiente, no le tocaba la pena de la mortalidad y pasibilidad debida al pecado original. La segunda causa porque el cuerpo de Cristo N. S. no había de ser mortal, es porque su alma era gloriosa, y así por derecho había de tener su cuerpo las cuatro dotes de gloria que tiene ahora en el cielo. Mas mira cómo á pesar de todo esto quiso este amorosísimo Señor renunciar este derecho, privándose de estas dotes de gloria y vistiéndose de mortalidad y de ignominia, para que su cuerpo fuese apto para ser hostia viva por nuestros pecados en el ara de la cruz. Bendígante, Señor, tus ángeles, y mi alma te alabe siempre por la caridad que mostraste en hacer milagros para poder morir, y en renunciar todo lo que te podía excusar el padecer por nosotros.

Considera después las causas porque quiso Dios hacerse Niño, pudiendo tomar cuerpo de varón perfecto. Lo quiso así por su bondad infinita, para hacerse, como dijo el Apóstol, «semejante en todo á sus hermanos» y obligarnos con esto á que le amásemos más tiernamente. ¡Oh Dios amorosísimo! ¿quién te ha hecho Niño pequeñito, encerrando en tan breve espacio tu infinita inmensidad? Tu amor sin duda es la causa de esto, y el deseo grande que tienes

de ser amado, para que si no te amáremos por la grandeza que muestras en cuanto Dios, te amemos por la ternura que muestras en cuanto Niño.

Además, quiso hacerse niño humilde y pequeñito para darnos ejemplo de humildad, y aficionarnos á ella cuando viésemos con los ojos de la fe al Dios de la majestad hecho Niño tierno, y al que no cabe en cielos ni tierra, estrechado en el vientre de una mujer y abreviado en una pobrísima cuna. Y así, comparando la grandeza de Dios con esta pequeñez, prorrumpiré en afectos de admiración y de amor hacia ese Niño admirable, que sólo para ganar mi amor y robar mi corazón parece que se olvidó de su majestad y grandeza, acordándose sólo de mi salvación y de mi felicidad.

Punto III

De las excelencias del alma santísima de Cristo N. S.

Considera las gracias y excelencias de Cristo N. S. en cuanto hombre, por estar su alma unida con la divinidad. Fueron éstas inmensas, porque, como dijo de El su precursor, «no le dió Dios el espíritu con medida, porque el Padre ama al Hijo, y puso todas las cosas en su poder». Esto fué como decir: A los demás santos dáseles el espíritu con medida, y divídense entre ellos las gracias del Espíritu Santo; pero á Cristo dióle su Padre el Espíritu sin medida, porque le dió todas las gracias juntas, no solamente para sí, sino con potestad de repartirlas entre otros, dando á los hombres de su plenitud. Así debía ser, porque el Padre le ama

con singularísimo amor como á Hijo unigénito suyo; y así, le comunicó tanta plenitud de sabiduría y gracia, cuanta convenía á la gloria de tal Hijo. Por lo cual dijo su apóstol y evangelista San Juan: «Vimos su gloria como gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Además de esto, habiendo el Verbo eterno comunicado á esta alma benditísima lo sumo que tenía, que era su mismo sér personal, á su honra pertenecía comunicarle también la inmensidad de gracias y dones que convenían á quien tenía tan noble sér. Estas gracias puedes reducir á siete.

La primera, fué pureza inmensa, de modo que ni pecó ni pudo pecar, ni errar, ni engañarse, ni tener imperfección alguna que desdijese de esta pureza infinita y limpieza de corazón, porque era Cordero de Dios inocentísimo, sin mancha alguna, que venía á quitar los pecados del mundo, y así, por derecho propio suyo estaba libre de todos ellos. La segunda, es la gracia de santidad, la cual excedió incomparablemente á la de todos los hombres y ángeles juntos. Y á esta medida tenía la caridad y humildad y obediencia con las demás virtudes, de modo que por excelencia se llama el «Santo de los santos», en quien el Espíritu divino descansó, llenándole de sus siete dones con inmensa plenitud. La tercera, fué la gracia consumada, que es la bienaventuranza y visión beatífica, porque desde aquel primer instante vió su alma la divina esencia con mayor claridad que todos los bienaventurados juntos, y á esta proporción amó á Dios y se gozó en El con inmenso é infinito gozo.

De aquí procedió la cuarta gracia, que

abraza los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, no divididos, sino todos, para que conociese todas las cosas criadas, pasadas, presentes y por venir, sin que ninguna se le encubra, como quien había de ser Juez de todas las cosas, para premiar las buenas y castigar las malas. La quinta, es la potestad de hacer milagros sin tasa alguna, con sólo su querer, con el cual podía dar vida á los muertos, sanar á todos los enfermos, echar los demonios de los cuerpos, mandar á los vientos y al mar y á todos los elementos, sujetándose todos á su imperio. La sexta, es la potestad de excelencia en perdonar pecados, convertir pecadores, tocar sus corazones, ordenar sacramentos y sacrificios, y en repartir gracias y dones sobrenaturales á los hombres. La séptima, es la gracia de ser rey y cabeza, así de la Iglesia militante como de la triunfante, de los hombres y de los ángeles, siendo superior á todos y fuente de todas las bendiciones celestiales, y de todas las dádivas y dones que proceden del Padre de las lumbres para bien del cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo. De aquí es, que este Señor fué el primero y principal de todos los predestinados, por cuyo respeto Dios N. S. predestinó á otros, para que tuviese muchos compañeros en la gloria, y en especial, para que fuese primogénito de muchos hermanos, semejantes y conformes con El en los dones de gracia, como lo eran en la naturaleza; y así, entró primero que todos los hombres en esta gloria, y abrió á los demás Santos las puertas del cielo.

Considerando estas siete gracias que tiene Cristo N. S., y cada una de ellas, tengo de sa-

car varios afectos, ya bendiciendo y alabando al Eterno Padre por los bienes que dió á su Hijo en cuanto hombre, ya gozándome de los bienes que tiene este Señor y dándole el parabién de ellos, ya suplicándole que reparta conmigo de lo que tiene, pues de su plenitud reciben todos.

Coloquio.—¡Oh Verbo divino, que en cuanto Dios estás en el seno inmenso de tu Padre, y en cuanto hombre te encerraste en el seno estrecho de tu Madre! esclarece los ojos de mi alma para que, considerando la grandeza que tienes en el un seno y la pequeñez que tienes en el otro, admirándome de ambas, venere tu grandeza con temblor y abrace tu pequeñez con humildad. Gracias te doy, Verbo encarnado, por esta entrada que hiciste en el mundo, sufriendo tan estrecha cárcel, y tan larga y prolija mortificación de tu carne. Por Ella te suplico me libres de la cárcel eterna del infierno, y de la molesta prisión de mis vicios, ayudándome á mortificar mis pasiones y á enfrenar con espíritu el uso desordenado de mis sentidos. ¡Oh Hijo de Dios vivo! gózome de veros tan «hermoso sobre todos los hijos de los hombres, escogido entre millares». ¡Oh piedra viva y angular, cuán vistosa estáis con las riquezas de inmenso resplandor que puso en Vos la mano de vuestro Padre! ¡Oh Hijo del hombre, cuán bien os parecen las gracias infinitas que os han dado para vuestra gloria y para repartir de su abundancia y plenitud con todo el mundo! ¡Oh Verbo encarnado, «lleno de gracia y de verdad!» pues de esta vuestra plenitud reciben los hombres la suya, llenad mi alma de esta gracia, para que con ella os agrade y merezca el premio de la gloria.

Propósitos.—Imita la humildad de Cristo N. S. en su Encarnación, procurando siempre ser el último y ocupar el último puesto en todas las cosas.

24 DE DICIEMBRE

De la jornada de la Virgen nuestra Señora desde Nazaret á Belén.

Preludios.—Mira el sendero que conduce de Nazaret á Belén y por él caminando á la Virgen santísima y San José, y pide gracia para imitar las virtudes que ambos ejercitaron en este camino.

Punto I

Del camino de Nazaret á Belén.

Considera cómo el Verbo encarnado, estando en las entrañas de su Madre quiso hacer una entrada en el mundo la más nueva, admirable y santa que jamás hubo ni habrá: jornada difícil y penosa para sí y provechosa para nosotros, asentando con ella los cimientos de la perfección evangélica que había luego de predicar, de modo que su primera entrada en el mundo fuese dechado de nuestra primera entrada en los caminos de la perfección cristiana. Para este fin dejó todo lo que el mundo ama y busca, y buscó todo lo que el mundo aborrece y huye. Y así, para nacer en sumo abatimiento y pobreza dió traza para salir de Nazaret y dejar las comodidades que pudiera tener naciendo en casa de su Madre y entre sus deudos y conocidos, adonde no le faltara el abrigo de un decente aposento y algún regalo. Pero todo lo dejó, mostrando cuánto aborrece los regalos de la carne y cuán amigo es de la pobreza, pues deja lo poco que tiene su pobre Madre, y como peregrino quiere nacer en Belén en tal ocasión, que todo absolutamente le faltase. Con este ejemplo me confundiré por verme tan

amigo de mis comodidades y regalos, que no solamente no huyo de ellos, pero con ansia los busco, y si no los hallo, me aflijo, demostrando en esto que no soy discípulo del Niño de Belén, sino del mundo y de la carne.

Punto II

De la ocasión que tuvo Cristo N. S. para hacer esta jornada.

Lo segundo, consideraré la ocasión que tomó Cristo N. S. para hacer esta jornada y salir con su intento; porque «en aquellos días salió un edicto de Augusto César, que todo el orbe se empadronase, acudiendo cada uno á la ciudad de donde tenía su origen». En cumplimiento de esto «fué José desde Nazaret á Belén, para empadronarse allí con María, su esposa».

Pondera cuán diferentes son los pensamientos de Dios y los de los hombres, los del Rey del cielo de los del rey de la tierra. Porque este edicto estaba fundado en soberbia y avaricia, mandando más de lo que podía; esto es, que todo el orbe se encabezase, como si todo fuera suyo, y deseando que todos se profesasen ser sus vasallos, y le pagasen tributo, aunque fuesen pobres y necesitados. Pero al contrario, el Rey del cielo, Jesucristo, todos sus pensamientos tenía puestos en humildad, pobreza y sujeción, y en hollar pompas, riquezas y vanidades. No viene á mandar ni á ser servido, sino á obedecer y servir á todo el mundo. Y en confirmación de esto, quiere que su Madre, y El en Ella, se empadronen y profesen ser vasallos de Augusto César, y le paguen tributo, para

confundir con este ejemplo de divina obediencia la soberbia y codicia del mundo. Porque si el Rey de reyes y Monarca de todo lo criado entra en el mundo humillándose, y protestando vasallaje á un rey terreno y malo, ¿qué mucho me humille yo, y me sujete á toda humana criatura por su amor? ¿Y qué soberbia será no humillarme al mismo Dios, reconociéndome por su vasallo, y pagándole con obediencia el tributo que le debo? ¡Oh Rey del cielo, no permitas en mí tal soberbia, pues te humillaste tanto para remediarla!

Pondera luego que aunque este edicto se fundaba en soberbia y codicia, quiere Dios que sea obedecido de los suyos, porque gusta obedezcamos á nuestros superiores en todo lo lícito que nos mandaren aunque lo manden por sus propios intereses y dañados fines, reconociendo en ellos á Dios, cuyo lugar tienen. Y así Cristo N. S. levantó y ensalzó esta obediencia, haciendo esta jornada por cumplir la voluntad del Eterno Padre, que había ordenado naciese su Hijo en Belén de Judá, aunque su providencia tomó este edicto del emperador Augusto como medio para conseguir su intento. Y como Cristo N. S. venía al mundo á cumplir, no su voluntad, sino la del que le enviaba, quiso nacer en el lugar donde su Padre había ordenado, y nacer obedeciendo sin excusa alguna, como murió obedeciendo, para que todos aprendamos á obedecer. ¡Oh Jesús mío! Pues mi vida está en hacer tu voluntad, haz que todos mis pasos y cuantas obras yo hiciere sean conformes á ella por siempre jamás.

Considera la jornada de la Virgen santísima,

el modo cómo caminaba y las virtudes que ejercitaba, con deseo de imitarla en ellas; ponderando cómo por ser Ella pobre, el camino largo y el tiempo de invierno riguroso, no le faltaban trabajos; pero todos los llevaba con admirable paciencia y alegría. Iba con gran modestia de sus ojos, y el corazón puesto en Dios y en el Hijo que llevaba en sus entrañas, con quien tenía dulcísimos coloquios y entretenimientos. Si algún rato hablaba con su esposo, todo era de Dios con gran dulzura, y no se cansaba, porque el Hijo que llevaba en su seno no le era pesado, y la esperanza de verle presto nacido le daba celestial y divina alegría. ¡Oh Virgen benditísima, quién pudiera imitar las virtudes que en este camino ejercitasteis, acompañando vuestros pasos con mi espíritu, ya que no me fué concedido hacerlo con el cuerpo!

Punto III

De la entrada en Belén de la santísima Virgen.

Considera la entrada de la Virgen en Belén. Fué ésta en ocasión de tanto concurso de gente, que como eran pobres no halló quien la hospedase; y así, le fué forzoso recogerse á un pobre establo de animales, trazándolo así la divina Providencia para que el Hijo de Dios entrase en el mundo, que desde entonces para siempre había de ser enemigo suyo, mendigando y padeciendo sin haber quien se compadeciese de su trabajo. Sobre este devotísimo y maravilloso paso se ha de ponderar la excelencia del Señor que busca posada para nacer y no la halla; la ceguedad de los hom-

bres que no le conocen ni se la dan; los bienes de que se privan por no dársela, y cómo escoge para sí la peor del mundo, sacando afectos y sentimientos tiernos de todo esto.

Pondera primeramente cómo los hombres del mundo tienen palacios y casas muy acomodadas, y los ricos de Belén estaban muy abrigados y aposentados á su gusto; y el Hijo del Eterno Padre, Señor de todo lo criado, viniendo á buscar posada, y en su propia ciudad, de donde era natural, y entre los de su tribu y familia, no halla quien le hospede y se ve rechazado por todos. ¡Oh Verbo eterno encarnado, cuán presto comienza el mundo á desecharte, habiendo Tú venido á remediarlo! Ya puedes decir que las raposas del campo tienen cuevas, y las aves del cielo nidos donde crían sus hijuelos; pero el Hijo del hombre y su pobre Madre no hallan donde reclinar su cabeza.

De aquí subiré á considerar, cómo la causa de no hallar posada Cristo en Belén, era la ignorancia de aquella gente; porque llegando Dios á sus puertas no le conocían ni sabían el bien que les venía si le admitieran, admitiendo otros huéspedes de quien podían recibir poco ó ningún provecho. ¡Oh, cuán dichoso fuera el que hospedara á este Señor para que naciera en su casa! ¡Qué de riquezas espirituales le daría! ¡Cuán bien le pagara el hospedaje! ¡Oh, cuán dichosa sería mi alma si acertase á hospedar á este Señor y darle lugar para que naciese espiritualmente en ella!

Finalmente, pondera la paciencia con que la Virgen y San José llevaron aquel trabajo y desamparo, viendo en todo aquello la voluntad de Dios, y con cuánta alegría sufrieron los

desvíos de los que los desechaban por ser pobres, y con qué gusto se recogieron al establo, tomando para sí el lugar más desechado de la tierra. Con lo cual, maravillosamente hermanaron humildad y pobreza con paciencia y alegría. A cuya imitación procura desear para ti lo peor y más despreciado del mundo, llevándolo con alegría cuando te cupiere en suerte, pues no la hay mejor que imitar á María y á José como ellos imitaron á Cristo.

Saca de todo lo meditado que para que nazza Jesús en tu corazón es preciso que te abatas y humilles, pues no quiso nacer en Jerusalén, sino en Belén y en un establo, no en un palacio, sino al lado de pobres y humildes y de la más humilde de las criaturas. Es preciso, además, que seas manso, pacífico y humilde, enderezando los caminos torcidos y allanando los escabrosos. Jesucristo es Rey de la paz, vino á traerla al mundo y así nació estando él en paz. Los ángeles cantaron en su nacimiento cántico de paz, y, como dice David, en la paz ha establecido su mansión. Calma y domina tus pasiones; haz penitencia de tus pecados, y el Dios de la paz nacerá por su gracia en tu corazón y en tu alma, y lo que de cierto hubieras hecho á vivir tú en Belén y conocer á Cristo que llamaba á tu puerta, pidiendo albergue donde nacer, ¿no lo puedes hacer ahora dándole entrada en tu corazón adonde quiere hoy nacer por su gracia?

Coloquio.—¡Oh Dios infinito, que rodeas las puertas de mi corazón, llamando con inspiraciones para que te abra, con deseo de entrar en él para enriquecerle con los dones de tu gracia! no permitas que te cierre la puerta por no conocerte, ó te despida por no estimarte. Ven, Señor, ven y llama, que yo te

oiré; toca á mi puerta, que te abriré, y te daré la mejor pieza de mi casa, que es mi corazón, para que descanses á tu voluntad en ella y para que nazcas dentro de mi alma. Yo no quiero desecharte como te desecharon en Belén; quiero, al contrario, darte hospedaje dentro de mí, porque contigo me vendrán todos los bienes del cielo y de la tierra.

Propósitos.—Escoge siempre para ti lo peor en la casa, habitación, comida y vestido; ponte siempre en el último rincón, á imitación de Jesús.

25 DE DICIEMBRE

Del nacimiento de Jesucristo N. S. en el portal de Belén.

Preludios.— Contempla la cueva de Belén, en el humilde pesebre al Niño-Jesús, á uno y otro lado á la Virgen y San José, arrobados en éxtasis de amor, y pide gracia para imitar las virtudes que Jesús nos enseña en este adorable misterio.

Punto I

El Verbo divino encarnado en las entrañas de María.

Considera lo que hizo el Verbo eterno encarnado en las entrañas de su Madre, cuando llegó la hora de nacer para la salud del mundo. Pondera que así como no quiso anticipar el tiempo de su nacimiento, tampoco quiso dilatarle, sino nacer puntualmente, cumplidos los nueve meses, para manifestarse al mundo con un entrañable deseo de comenzar su carrera con gran fervor y alegría de corazón. Porque aunque sabía cuán áspera había de ser su vida desde su nacimiento hasta su muerte, se alegró con fortaleza para comenzarla, saliendo del vientre de la Virgen, que era su cielo, para nacer en el lugar más vil y bajo que había en la tierra. Por todo esto debo de

darle gracias, y suplicarle me dé luz para conocer y sentir lo que pasa en este misterio de humildad y de amor. ¡Oh Niño divinísimo, más fuerte que gigante, pues como nuevo sol resplandeciente queréis salir por el oriente de Belén á correr vuestra carrera hasta el occidente de la cruz! Alumbrad mi entendimiento y encended mi voluntad para que vea y contemple vuestra gloriosa salida, y ame con gran fervor las virtudes que descubrís en ella.

Pondera luego cuán liberal se mostró Jesús entonces con su Madre. Porque á la manera que un hombre poderoso y rico, cuando se ha hospedado en casa de un pobre y le ha hecho éste buen hospedaje, no por interés sino por servirle, suele á la despedida pagárselo muy bien y darle alguna preciosa dádiva por agradecimiento, así también, como la Virgen había aposentado en el purísimo sagrario de su seno virginal á su precioso Hijo, éste, al tiempo que quiso salir de él, le dió dones riquísimos de gracia, una altísima contemplación de aquel misterio y unos júbilos de alegría extraordinarios, en lugar de los dolores que otras mujeres suelen sentir cuando dan á luz: aunque consigo no dispensó en lo que era padecer dolores, quiso que su Madre en este caso no los padeciese. De la misma manera puedo considerar, que cuando entra Cristo N. S. sacramentalmente en nosotros, á la primera entrada nos da la gracia sacramental; y si le hacemos buen hospedaje, antes de la salida nos da ricas joyas de afectos de devoción y contemplación y júbilos de alegría, como quien paga el buen hospedaje que le hacemos. Por tanto, alma mía, mira cómo hospedas á este Huésped soberano,

para que te deje rica y harta con los dones del cielo.

Pondera luego cómo Cristo N. S. por la misma causa quiso salir del vientre de su Madre con un modo milagroso, sin que Ella padeciese detrimento de su virginidad, como el sol por un espejo limpísimo, honrando con esto á su Madre y avisándonos á todos, que por hospedarle y servirle no recibiremos detrimento, haciendo, si fuere menester, para ello, algún milagro, porque quien no le hizo para preservarse á sí de padecer, suele hacerle para preservar de ello á sus escogidos cuando les conviene. ¡Oh Maestro soberano, cuán bien me enseñáis con este ejemplo la condición del verdadero amor, que es riguroso para sí y blando con otros! Ayudadme con vuestra copiosa gracia, para que en ambas cosas imite vuestra encendida caridad.

Punto II

Del misterio inefable del nacimiento del Hijo de Dios.

Lo segundo se ha de considerar lo que hizo la Virgen santísima cuando por aquellos júbilos conoció que era llegado el momento más feliz de los siglos y el que esperaban los cielos y la tierra, cuando se acercó la hora del parto, ponderando sus afectos, sus obras y sus palabras. Era la media noche muy más clara que el mediodía cuando todas las cosas se reparan del trabajo y gozan del silencio y quietud. Estaba la Virgen santísima en altísima contemplación y acabada ésta comenzaron los cielos á destilar miel y dulzura y ella sin un dolor, sin pesadumbre, sin corrupción ni men-

gua de su pureza virginal, recogiéndose á un rincón del portal, puesta en altísima contemplación dió á luz, entre júbilos inefables, á su Hijo unigénito, más limpio y resplandeciente que el mismo sol, y luego le tomó en sus brazos. ¡Oh, qué contento y alegría recibió con aquella primera vista, no parando en la hermosura que miraba por defuera en el cuerpo, sino pasando á la belleza del alma y de la divinidad! Por una parte le abrazaba y besaba con amor, como á su Hijo, y por otra se encogía y retiraba con humildad, mirando que era Dios; porque con estos dos brazos quiere Dios ser abrazado, con caridad y humildad, y lo mismo tengo yo de hacer espiritualmente, tomándole como en mis brazos, amándole y reverenciándole, acercándome con amor y encogiéndome con humildad.

Luego la Virgen envolvió á su Hijo en los pañales y mantillas que tenía preparadas, y reclinóle en un pesebre, é hincadas las rodillas, le adoró como á Dios y Señor suyo, y hablaría con El amorosamente, porque estaba cierta que la entendía. Dióle gracias por la merced que había hecho al género humano en haber venido á redimirle. También le dió gracias por haberla tomado por Madre suya sin sus merecimientos, y allí se ofreció de servirle con todo su cuerpo y alma y fuerzas, empleándolas todas en su servicio. Y todo esto diría con unas palabras y afectos amorosísimos y tiernísimos, los cuales son más para sentir que para poderse explicar. Lo mismo haría el Santo José adorando al Niño, agradeciéndole la merced que le hizo en tomarlo por su ayo y ofreciéndose á servirle muy de veras. Y lo

mismo tengo de hacer yo en compañía de María y de José con entrañable agradecimiento, ofreciéndole mi cuerpo y alma con todas mis potencias y sentidos. ¡Oh dulcísimo y soberanísimo Señor! ¿qué gracias os podré dar por tan gran merced como me habéis hecho en venir á remediarme hecho Niño en tanta pobreza? ¡Oh, quién se hallara presente en aquella hora para serviros en vuestra niñez! Aquí me presento en espíritu delante de vuestra Majestad, y os ofrezco lo que soy, puedo y valgo, para emplearlo todo en vuestro servicio. Aceptad esta buena voluntad y dadme gracia para ponerla por obra.

Punto III

De las grandezas del divino Niño Jesús.

Considera las grandezas milagrosas de aquel divino Niño puesto en el pesebre, ponderando la dignidad de su Persona, las palabras que diría con el corazón, las obras que hacía y las cosas que padecía, y por quién, y cómo, y las heroicas virtudes que allí ejercitaba. Todo esto he de ponderar, como lo ponderaría la Virgen sacratísima.

Lo primero, miraré la Persona de aquel Niño, haciendo comparación de lo que tiene en cuanto Dios, á lo que tiene allí en cuanto Hombre, con un afecto de admiración y amor, el mayor que pudiere. Ponderaré cómo este Niño es aquel Dios de la Majestad cuya silla es el cielo, y cuyo trono son los querubines y cuyos criados son las jerarquías de los ángeles, y que está en medio de ellas como emperador á quien todos adoran y reconocen vasa-

llaje; y por otra parte, está puesto en vil pesebre, en medio de dos torpes animales. Y el que es Verbo y palabra del Eterno Padre, por quien crió todas las cosas y las sustenta con su virtud, está hecho Infante sin hablar, y fajado de pies y manos sin poderse mover, El, que da movimiento y vida á cuanto existe. Y el «que tiene por vestidura la lumbre» infinita de la divinidad, por ser «resplandor de la gloria» de su Padre, y viste de hermosura á sus criaturas y les da mantenimiento con mano larga para conservar su vida, ese está vestido de pobres pañales y mantillas, y tiene necesidad de ser sustentado con la leche de su Madre. ¡Oh Niño excelentísimo y abatidísimo, y en todo adorable y en todo amable; porque «cuanto por mí estás más despreciado, tanto eres más digno de ser amado», porque en los abatimientos muestras las grandezas de tu inmensa caridad! ¡Oh, quién te amase como tú mereces! ¡Oh, si me humillase como yo merezco y como Tú me enseñas! ¿Cómo no te confundes, ¡oh alma mía! de ver esta Persona divina tan abatida y tan humillada, y la tuya tan vil y tan envanecida? Aprende de este Niño á humillarte, porque quien se humillare como El en la tierra, será por El engrandecido en el cielo.

Considera luego las palabras que diría este Niño, no con la lengua, sino con el corazón, no con voces, sino con ejemplos. Con su Eterno Padre hablaría, dándole gracias por haber llegado aquella hora y haber querido que esté reclinado en aquel pesebre, ofreciéndole con grande amor todos los trabajos que había de padecer en el mundo. Pero con los hombres

hablaba también y daba voces con sus ejemplos, diciendo desde aquel pesebre: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Estas y otras palabras he de oir yo con gran devoción, suplicándole abra los oídos de mi corazón para entender este lenguaje y ponerlo por obra. ¡Oh soberano Niño, que desde ese pesebre me estáis convidando á que me haga niño por la humillación! hacedme como Vos, niño en la inocencia, pequeñuelo en la humildad, infante en el silencio y tierno en la caridad y en el amor.

Mira luego las obras que hace, en lo cual hay mil cosas maravillosas que ponderar; porque siendo varón tan perfecto en el juicio, hacía todas las obras como los demás niños. En particular pondera aquel llorar dulcísimo, y las causas de sus lágrimas; llora, no tanto de dolor por lo que padece, cuanto por lo que nosotros padecemos por nuestros pecados. Contempla cómo la Virgen lloraría viendo llorar á su Hijo, y pondera las causas por que lloraba. ¡Oh dulce Jesús! ¿Por qué lloráis tan amargamente mis miserias, olvidado de vuestras penalidades? ¡Oh alma mía! ¿Cómo no lloras viendo llorar á este Niño, que así llora por ti? Llora tú de compasión por verle llorar; porque eres causa de su llanto, y llora por tus pecados, que afligen su corazón; y si no lloras por esto, llora porque eres tan dura, que no sabes llorar, teniendo tanta razón de derramar copiosas lágrimas. ¡Oh Virgen sacratísima! alcanzadme don de lágrimas, siquiera para acompañaros con ellas, por el consuelo de vuestro Hijo.

Ultimamente, mira las cosas que padece este Niño, que son pobreza, desprecio, frío y dolor, con otras mil incomodidades. Todo lo cual padece, no por necesidad, sino de grado, porque como es Dios y varón perfectísimo, El escogió todo lo que padece. Escogió nacer en el tiempo más riguroso del invierno, en la hora más fría de la media noche, en el portal más vil y despreciable del mundo, con la mayor pobreza y desamparo que era posible, y todo con tanta humildad, que siendo voluntario, parecía forzoso, y, por consiguiente, más vil y abatido, escogiendo tal modo de nacer, contrario al mundo, para descubrir con su ejemplo sus engaños, pues evidente cosa es que el mundo yerra, escogiendo por sus compañeros riquezas, honras y regalos, pues Cristo, sabiduría infinita, escoge sus contrarios. Con esta consideración tengo de confundirme en la presencia de ese Niño benditísimo, viendo cuán al revés he vivido de lo que El enseña, y proponer de imitarle de aquí adelante, escogiendo padecer lo que El padece, suplicándole me haga digno de padecer con El y como El, no por necesidad, sino de grado y por amor.

Coloquio.—¡Oh sabiduría de Dios! ¡Oh raíz de Jesé! ¡Oh llave de David! ¡Oh Emmanuel! ¡Oh legislador y reparador del mundo! Haced que participe de la gracia de vuestro nacimiento; venid á libertarme de la esclavitud del demonio y de mis pasiones; venid á sacarme de las tinieblas del pecado en que vivo sepultado tantos años; venid, Sol divino, á ilustrarme con vuestras luces, y á encenderme en vuestro amor. Todos los justos os esperan, todos los pobres pecadores anhelan por Vos, todos los cautivos os piden que vengáis á romper sus cadenas; todos los Profetas os llaman, os desean y claman por Vos todos los siglos; la Iglesia toda nos dice que la

iniquidad desaparecerá de la faz de la tierra, y que reinará en nosotros el Salvador del mundo. Venid, pues, Salvador divino; cumplid la promesa que nos habéis hecho por vuestra santa Iglesia; arrojad vuestros enemigos de mi corazón; borrad todos mis pecados con vuestra gracia, y reinad en mi alma pacíficamente en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Consuela al niño Jesús en su llanto y en sus trabajos con tu fervor y tu devoción en meditar este divino misterio é imitar las virtudes que en El resplandecen.

26 DE DICIEMBRE

Del regocijo de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios, y de la nueva que dieron á los pastores.

Preludios.—Mira la cueva de Belén y escucha en lo alto los ángeles cantando el *Gloria in excelsis Deo*... y pide al Señor que su venida al mundo traiga á tu corazón la paz que anuncian los ángeles á los hombres de buena voluntad

Punto I

Adoran los ángeles del cielo al Niño de Belén.

Considera lo que pasaría en el cielo al tiempo que nació Cristo N. S. en la tierra; porque las jerarquías de los ángeles, como veían claramente la infinita majestad y grandeza de Dios, y por otra parte le miraban tan humillado, arrinconado y desconocido de los hombres, quedaron admirados en extremo de tanta humildad, y con grandes ansias de que fuese honrado y venerado de todos, deseando, si Dios les diere licencia, bajar al mundo á manifestarle y darle á conocer. Entonces el Padre Eterno mandó á todos que le adorasen, que es lo que pondera San Pablo, cuando dice

que apenas entró Jesucristo en el mundo, mandó Dios á todos sus ángeles que lo adorasen, y todos, sin faltar ninguno, desde el cielo le adoraron con suma reverencia, viéndolo Niño, pobre y desconocido en la tierra. Los serafines, encendidos en amor, mirándole se tenían por helados, y con profunda humildad le reconocían por su Dios. Los querubines, llenos de ciencia, en presencia del Niño se tenían por ignorantes, y con grande temblor le adoraban y reverenciaban como á su Señor. Y lo mismo hacían los otros coros angelicales. Gózome, ¡oh Jesús mío! de veros adorado de vuestros ángeles, y pésame grandemente de veros tan olvidado y desconocido de los hombres. Yo, Señor, os adoro juntamente con estos espíritus bienaventurados, y deseo de corazón que todos los hombres os conozcan y adoren; y si valgo para darles noticia de esto, veisme aquí, enviadme; porque si me enviáis, yo volaré con las alas que me diereis, y con los serafines daré voces por el mundo, diciendo: Santo, Santo, Santo eres, Dios de los ejércitos, llena está la tierra de tu gloria, aunque con el humo de la humillación que tienes en este pobre portal, parece que está obscurecida.

Punto II

Anuncian los ángeles á los pastores el nacimiento del Salvador.

Considera cómo el Padre Eterno quiso manifestar el nacimiento de su Hijo á los pastores que estaban en la comarca de Belén velando y guardando su ganado, enviando para esto un ángel, que se cree fué San Gabriel,

vestido de un cuerpo resplandeciente, y rodeándolos con una luz celestial, les dijo: «Mirad que os traigo una nueva de grande gozo para todo el pueblo; porque ha nacido para vosotros el Salvador en la ciudad de David; esto tendréis por señal, que hallaréis al Infante envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Sobre este paso consideraré, lo primero, cómo no quiso Dios manifestar este misterio, ni enviar este ángel á los sabios de Belén, porque eran soberbios; ni á los ricos, porque eran codiciosos; ni á los nobles, porque eran regalados; sino á los pastores, porque eran pobres, humildes, trabajadores, y estaban en vela, atendiendo á su oficio; porque Dios escoge siempre á los que el mundo tiene por ignorantes para confundir á los sabios, y á lo más débil para confundir á los poderosos, y porque tales disposiciones como éstas quiere Dios en aquellos á quien ha de dar parte y conocimiento de sus misterios; y si á mí no me lo da, es porque me faltan la humildad y la sencillez, pues por esto dijo después Jesucristo N. S. que Dios encubre estos secretos á los sabios y prudentes, y los revela á los pequeñuelos y humildes.

Lo segundo, consideraré cómo es materia de sumo gozo saber que el Salvador nace para nosotros. No nace para sí, porque no viene á salvarse á sí mismo; no nace para los ángeles, porque no viene á salvarlos; sino nace para los hombres y para mí, porque viene á salvarme; para mí nace y es circuncidado, y todo cuanto hizo y padeció, para mí es. Y lo que pasa en el pesebre, todo es para perdonar mis pecados, para encenderme en amor de las vir-

tudes y para enriquecerme con aquellos merecimientos. ¡Oh dulce Jesús! lo que para Vos es materia de dolor, es para mí materia de gozo. Gózome de que seáis tan bueno, que abracéis mis dolores por darme vuestros gozos; no sea yo, Señor, tan desdichado, que habiendo nacido Vos para bien de todos los hombres, viva como si no hubiérais nacido para mí, buscando con soberbia la grandeza, olvidado de vuestra pequeñez.

Lo tercero, ponderaré cómo las señales para hallar al Salvador nacido, son infancia, pañales y pesebre. ¡Oh grandeza infinita de Dios! quien tal pensara que cosas tan bajas habían de ser señas para hallar y conocer al Dios de la Majestad! Pero ya sé, Señor, que gustáis de estas bajezas, y que estáis en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome de camino, que las señales para conocer que habéis nacido en mí espiritualmente, son inocencia de niño en la vida, silencio en la lengua, pobreza en el traje, y humildad en escoger para mí lo más vil y desechado de la tierra. Imprimidlas, Salvador mío, en mi alma, para que sea semejante á Vos y gustéis de nacer y morar en ella.

Punto III

«Gloria á Dios en las alturas.»

Estando el ángel diciendo esto á los pastores, «de repente apareció allí la muchedumbre del ejército celestial, bendiciendo y alabando á Dios, diciendo: «Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad».

Considera cómo envió el Padre Eterno á los ángeles para honrar á su Hijo, que tan humillado estaba por su amor, porque siempre tuvo cuidado de ensalzarle cuando El se humillaba, y para que los ángeles enseñasen á los hombres con su ejemplo lo que habían de hacer y cómo debían de alabar al divino Infante recién nacido, al amor de todos los siglos, y al más hermoso de los hijos de los hombres. Escucha el himno que le entonan los ángeles.

Gloria á Dios en las alturas.—Por esta palabra nos enseñan los ángeles que toda esta obra de la Encarnación es gloria de Dios por excelencia; de modo que ninguna de sus obras le da tanta gloria como ésta, por la cual merece ser alabado de todos los que profesan alteza de vida, y en los cielos es por ella especialmente glorificado, y es razón que lo sea en nuestra tierra, pues por esta causa está llena de la gloria de Dios. ¡Oh Rey de la gloria! Levantad mi corazón á las alturas, para que glorifique vuestro nombre en la tierra como le glorifican los ángeles en el cielo.

Y en la tierra paz.—Que es decir: con esta insigne obra de la Encarnación viene la paz á los moradores de la tierra, y no paz limitada, sino muy cumplida; paz con Dios y con los ángeles, paz á cada uno consigo mismo y con los demás hombres; porque este Salvador trae la reconciliación del mundo con su Padre, el perdón de los pecados, la victoria de los demonios, la sujeción de la carne al espíritu, la unión y concordia de las voluntades entre sí y con Dios, de la cual procede la alegría de la conciencia, y la paz que sobrepuja á todos los

sentidos. ¡Oh Rey de la paz! Pues está escrito que en tus días nacería la justicia y la abundancia de la paz, suplícote humildemente quites de mí toda turbación y lucha, y me fortalezcas con la santidad y paz divina.

A los hombres de buena voluntad.—En esta tercera palabra se ha de ponderar que la paz, aunque originalmente nace de la buena voluntad que Dios nos tiene, con la cual la ofrece á todos los hombres, pero con efecto, solamente la gozan los que tienen buena voluntad, bien intencionada, conforme con la de Dios y sujeta á su divina ley. De suerte que no se promete la paz á los hombres por ser de buen entendimiento ó agudo ingenio, ni de grandes fuerzas ó insignes talentos y dones de la naturaleza; porque con todas estas cosas puede haber mucha guerra y discordia y enemistad de Dios; y aunque falten, no me faltará la paz si tengo buena voluntad. Y así, he de hacer más caso de ella que de todo lo demás; porque, como dice San Gregorio: «Ninguna cosa hay más rica, ni más amable, ni más pacífica, que la buena voluntad; así como al contrario, ninguna cosa hay más miserable, ni más turbada, ni más aborrecible, que la mala voluntad. Y por esto con gran fervor he de pedir al Salvador que nace, me libre de la mala y me dé la buena voluntad, pues es dádiva suya. Y así dice otra letra: *A los hombres sea buena voluntad.* ¡Oh Salvador dulcísimo! Dame esta buena voluntad que nos ofreces, para que niegue mi voluntad propia y siga la tuya, buena, agradable y muy perfecta; pues la tuya es principio de todos los bienes, y la mía, dejada á su albedrío, es raíz de todos los males.

Habiendo estado los ángeles un rato con los pastores, volviéronse al cielo; y puédese creer piadosamente que se irían por el portal de Belén sin ruido sensible, y que allí renovarían su cántico, de modo que la Virgen y San José lo oyesen, y adorarían al Niño recién nacido con suma reverencia, como á su Dios y á su Rey.

Coloquio.—¡Oh amado Hijo de María, venid á mis brazos: descansad en mi corazón; bañadme con vuestras lágrimas; bendecidme con vuestras manos divinas. ¡Oh Jesús y Salvador mío! me estremezco cuando os considero en el trono de vuestra gloria; pero cuán penetrado me siento de alegría, de amor y de confianza, cuando os veo fajado en un pesebre! ¿Os habéis hecho niño para que os temam? No, sino para que os amen. Pues yo, Jesús mío, quiero amaros, y ser del todo vuestro para siempre.

Propósitos.—Ve con los pastores á la cueva de Belén y ofrece al Niño Jesús aquel obsequio ó sacrificio que sabes que El desea le ofrezcas para darte la paz de tu alma.

27 DE DICIEMBRE

En el portal de Belén.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La cuna de Belén, cátedra del amor de Jesucristo á los hombres.

Considera que el pesebre adonde pusieron al nacer á N. S. Jesucristo, es el trono de su amor. Y verdaderamente, ¿en dónde se manifestó más el amor infinito de Dios para con los hombres? ¿Dónde puede tener más fuerza para ganar nuestro corazón, si realmente so-

mos agradecidos á las finezas del amor de Dios? Jesucristo se hizo Niño para hacerse amar de los hombres. La distancia que hay entre Dios y el hombre parecía hacer imposible la amistad, que exige siempre cierta igualdad ó semejanza. Porque Dios es un sér invisible y el hombre no conoce nada sino por medio de los sentidos; no podía, por tanto, haber alguna comunicación entre ambos. Pues para que la hubiera, el Verbo de Dios se hizo carne y por un misterio de amor y de humildad que asombró á los cielos, habitó entre nosotros. Además, entre Dios y el hombre hay una distancia infinita, y la amistad pide trato con el amigo. Debe haber, además, una perfecta comunicación de bienes entre los amigos, pero el hombre, tan limitado como es, ¿podía ser capaz de dar nada á Dios? Pues admira las finuras de la amistad y del amor de un Dios enamorado de las criaturas. Jesucristo, naciendo y reclinado en el pesebre, quita todos esos obstáculos que se oponían á la verdadera amistad de Dios con el hombre. Al hacerse niño pequeñito se hace visible á nuestros ojos, se comunica con nosotros con sus lágrimas y sus sufrimientos, se hace en todo, menos en la culpa, semejante á nosotros, y para llenar las leyes todas de la perfecta amistad, se nos da totalmente á nosotros y para nosotros nace, para morir después para nosotros. ¡Oh maravillas del amor divino! ¡Oh santa locura de amor que conviertes en niño pequeñito al Dios de toda la Majestad! Por eso Dios, que en la ley antigua trató á los hombres como esclavos, desde que se hizo Hombre los llama amigos y amigos de corazón. «*Vos*

autem dixi amicos». ¿San Juan, el discípulo amado de Jesús, no se llamaba el amigo de Jesús? ¿No recibió las señales más verdaderas y sólidas de su amistad? Jesucristo le comunicó todos sus secretos, le permitió reposar sobre su pecho y sobre su corazón, le llama desde la cruz hijo y le confía lo más precioso que dejaba en este mundo, que era su Madre; ¿hubo jamás amigo más generoso y más tierno que Jesucristo?

Punto II

La cuna de Belén, cátedra de sabiduría divina.

Considera que el pesebre del portal de Belén, en donde pusieron á nuestro Salvador al nacer, es la cátedra de su sabiduría. Desde allí empezó á hacer el oficio de Maestro, enseñándonos entonces con su ejemplo lo que nos había de enseñar después con su doctrina. Ya desde el pesebre empieza á predicarnos más con sus lágrimas y pobreza que con sus palabras. «Bienaventurados los pobres: Bienaventurados los que lloran: Bienaventurados los que padecen». Aviva tu fe y piensa que ese Niño que tirita de frío, que no tuvo dónde nacer sino una cueva de animales; que ese Niño que está en el pesebre es Dios, que es infinitamente poderoso, infinitamente sabio, que nada le puede poner en tal estado de humildad, de pobreza y de sufrimiento, sino su voluntad; y que siendo la sabiduría eterna, su elección será la más sabia y la única digna de su majestad y de su grandeza. Considera que si Dios, sabiduría infinita, eligió la humildad, la pobreza y los sufrimientos, luego se deben

preferir á las grandezas, á las riquezas y á las delicias del mundo. No lo juzga así el mundo; pero ¿qué juicio haces tú? Piensa que ó Jesucristo ó el mundo se engaña. Pronuncia tu sentencia en favor del uno ó del otro; si consultas tu fe, decide por Jesucristo. Si consultas tu pasión, ó tu modo de vivir, decídete en favor del mundo; pero ¿á quién se ha de creer? ¿A tu fe, ó á tu pasión? ¿Cuál de estas dos reglas parece más razonable? ¿Cuál quisieras haber seguido, cuando el que hoy es tu Maestro será tu juez? Además, se muestra su divina sabiduría porque habiendo venido á curar las tres llagas del corazón humano, ó sean las tres concupiscencias que San Juan llama de la carne, de los ojos y soberbia de la vida, toma para sí la mortificación suma, la suma pobreza y la suma humillación para enseñar al mundo que no hay más caminó que ese para llegar al cielo. ¿Lo piensas tú así? Pues procura que tu vida se parezca á la de tu divino Maestro, pues El ha sido puesto por el Padre en la cuna de Belén como camino, verdad y vida de todos los hombres.

Punto III

La cuna de Belén, tribunal de la justicia de Dios.

Considera que el pesebre de Belén, no solamente es la escuela de la sabiduría de Jesucristo, sino que también es el tribunal de su Justicia. Ciertamente este Niño que llora hace ya el cficio de juez y pronuncia ya con su llanto la sentencia terrible que dará un día contra el mundo. Ya dice con sus lágrimas: «¡Ay del mundo y de aquellos que lo aman y

lo siguen!» Ya echa su maldición á los que siguen al mundo, sus pompas y vanidades, porque sus lágrimas, sus pañales y todo cuanto le rodea en la cueva de Belén, hablan, dice San Bernardo, y ya claman lo que más tarde ha de predicar el divino Maestro: «Infelices de vosotros, ricos! ¡Infelices de vosotros los que estáis en la abundancia! ¡Infelices de vosotros los que nadáis en los regalos!» Por el contrario, Jesús Niño, Jesús pobre, obscurecido en un rincón de la tierra, Jesús careciendo de todo, Jesús yerto de frío, Jesús reclinado en el pesebre, es el consuelo de los pobres de corazón y de los humildes; atemoriza y condena á los grandes, según el mundo, á los ricos y á los regalados; porque su estado es opuesto al estado que tiene Jesucristo en el pesebre; y si la semejanza y conformidad con Jesucristo es la mejor señal y causa infalible de predestinación, ¿qué será una oposición tan grande al espíritu de pobreza, de humildad y de mortificación de nuestro divino Salvador, sino señal y causa de eterna reprobación? Temed, pues, y humillaos, grandes y ricos de la tierra, á vista de Jesucristo en la cueva humilde y pobrísima de Belén; este es el único medio de prevenir las desgracias de que estáis amenazados.

Coloquio.— ¡Oh divino Infante! ¡qué grande sois en el cielo y qué pequeño aparecéis en la tierra! Sois honrado de los ángeles y despreciado de los hombres. En verdad es un prodigio inaudito el ver á un Dios tan humillado; pero aún lo es mayor ver al hombre tan soberbio á la vista de un Dios tan abatido: ¿qué remedio queda, Dios mío, para mi soberbia, si no la enfrena tu humildad? ¿Cómo se puede sufrir que se exalte un gusano de la tierra, habién-

dose bajado tanto la Majestad de un Dios? ¡Ah, no quiero ser ya más soberbio ni amigo de mi regalo y sensualidad, pues que tanto se ha humillado mi Dios! ¡Quiero hacerme pequeño como Vos, para ser también después grande y glorioso en vuestra compañía!

Propósitos.—A la vista de un Dios tan pobre y humillado, empieza á ser tú también pobre de espíritu y humilde de corazón.

28 DE DICIEMBRE

La humildad de Jesús en la cueva de Belén.

Preludios.—Mira al más hermoso de los hijos de los hombres tan humillado y oculto en Belén, que nadie más que Dios y los ángeles saben que en aquel rincón del mundo ha nacido el Rey de la gloria, y pide al Niño Jesús verdadero amor á la virtud de la humildad.

Punto I

Jesús en Belén, modelo de perfecta humildad.

Considera, primeramente, la humildad del Niño Jesús en Belén. ¡Un Dios hecho hombre! Si el Verbo de Dios hubiera tomado la naturaleza angélica, su humillación sería ya infinita; pero ¡descender hasta la naturaleza humana! ¡Oh cristiano! dobla la rodilla ante ese prodigio de humillación infinita; inclina tu entendimiento, al mismo tiempo que tu frente, para someterte á la fe de un misterio tan incomprensible. Dios y hombre. Verbo de Dios y tierno infante. ¿Quién podrá medir semejante distancia? Pero el Hijo de Dios hizo más todavía. Porque hombre es lo mismo el rey que está sobre un trono como el que vive entre las clases más desvalidas de la sociedad, y, por tanto, Dios pudo haber escogido al tomar carne humana una de las condiciones sociales á

las que va unida la autoridad, ó aquellas que por sus riquezas viven vida regalada. Pero considera que pudiendo escoger lo que quisiera, pues era el Rey de reyes y Señor de cuanto existe, escogió la clase de vida más humilde, la más sujeta, la más pobre y la más obscura. ¿Es esta bastante humillación? Todavía no. Después del pecado nada hay tan abyecto como llevar el sello y la semejanza del pecador, y el Hijo de Dios la tomó, pues repugnaba á su infinita santidad el pecado mismo. En la circuncisión, en el bautismo, en todas las circunstancias de su vida, pero sobre todo en su Pasión, parecía menos un pecador que el pecado mismo, como dice el Apóstol. ¡Un Dios oculto en el seno de una madre, y luego un Dios niño que no puede tenerse en pie, que no sabe sino llorar y tiritar de frío; un Dios que sufre y que muere después falto de todo, inspirando compasión á los corazones más duros y asemejándose á los pecadores!... ¿No es esto un Dios anonadado?

Pues si eres discípulo del Niño de Belén debes prometer parecerte á El, seguir al Salvador adondequiera que vaya, y ya ves por dónde va, por el camino de todas las humillaciones. No solamente rehusa la estimación de los hombres, sino que busca su desprecio. ¿Podrás vacilar todavía acerca de lo que debes hacer para seguir á Jesús? Si adoramos á un Dios hecho niño pequeñito, reclinado en un pesebre y anonadado por nosotros, debemos hallar amable todo lo que El ama. Y pues amó tanto las humillaciones, aprendamos en su cuna cuán dignas son sus divinas humillaciones, de nuestro amor y de nuestra imitación.

Punto II

De la excelencia de la humildad en sí misma.

Considera que se ha dicho con razón que la humildad es la verdad y la justicia, y en cierto modo, toda la perfección cristiana. Nunca se estudiará tanto como se merece el sentido de esta sentencia de Santa Teresa: «La humildad es la verdad», no la verdad especulativa, sino la verdad que pasa del entendimiento, que esclarece, al corazón, cuyos afectos santifica y dirige. A la luz de esta verdad el hombre descubre la inmensidad de Dios, la nada de las criaturas y de sí mismo, y da el valor que debe dar á la estimación y al menosprecio de los hombres, á los puestos elevados y á los empleos que el mundo tiene por bajos y despreciables. El ángel pecó por el orgullo, por no haberse mantenido en la verdad de su nada, y por eso cayó bajo el imperio del pecado y de la mentira. Que la verdad reine en nosotros, dice San Bernardo; que la verdad gobierne vuestros pensamientos y que os muestre las cosas como son, y seréis humildes, porque ella os dirá lo que sois, lo que habéis sido y lo que seréis. Pero, desgraciadamente, huimos de la verdad por lo mismo que nos humilla, aunque humillándonos nos salve, y nos refugiamos en la falsedad y en la mentira, porque esto es lo que halaga nuestra vanidad y nuestro amor propio.

Considera, además, que la humildad es la justicia; el hombre humilde da á cada uno lo suyo, y por esta razón, cuando algo le sale bien, ó se ve alabado y ensalzado, atribuye

todo lo bueno á Aquel de quien todo bien desciende, al que da la voluntad y el poder á los hombres de hacer lo bueno que hacen. De sí mismo sólo piensa que no ha hecho sino lo que debía hacer, y que quizá el bien que ha hecho lo ha hecho mal. Sabe, además, lo que merece por tantas faltas como diariamente comete, y no ignora de cuántos pecados sería capaz si la mano del Señor no le sostuviera.

La humildad es, por decirlo así, toda la perfección del cristiano. En efecto, si bien se considera, todos los deberes y todas las virtudes cristianas no parecen ser sino diferentes formas de la humildad. La oración, es el abatimiento del hombre que reconoce su profunda miseria y la grandeza infinita de Aquel á quien adora y dirige sus ruegos. La fe, es la humildad de la razón, que renuncia á sus propias luces y se deja iluminar por la luz de la palabra de Dios y la autoridad de su Iglesia. La obediencia, es la humildad de la voluntad que se sujeta por Dios á una voluntad extraña. La castidad, es la humildad de la carne que se somete por la penitencia al espíritu. La mortificación exterior, es la humildad de los sentidos. Y por último, la penitencia, es la humildad de todas las pasiones. Mira si haces de esta virtud el aprecio que debes, y ante la cueva de Belén avergüénzate de tu soberbia y de tu orgullo.

Punto III

De los frutos de la virtud de la humildad.

Considera que los frutos de esta preciosa virtud, son: la gracia de Dios, la paz del co-

razón y la gloria en el tiempo y en la eternidad. ¿Quieres que tus oraciones lleguen con eficacia al Corazón de Dios, y que las acoja favorablemente y te conceda lo que le pides? Pues ora como el humilde publicano, que brote la oración de un corazón humilde, porque la humildad roba el Corazón de Dios. Como el imán atrae al acero, así la humildad atrae hacia sí la gracia del Señor, que sólo trata con los humildes y sólo á ellos revela los secretos de su corazón. La paz es otro fruto de la humildad. ¿Quieres la paz con Dios á quien has ofendido? Con la humildad la obtendrás, porque esta virtud, según la doctrina de los Santos Padres, tiene el privilegio de repararlo todo, y la cólera del Señor se apaciguará si humillándote de verdad y de corazón, le pides perdón de tus pecados. ¿Quieres la paz con tu prójimo? Con la humildad la conseguirás también, porque tanto como irrita y divide el orgullo, aplaca y une la humildad, hija de la caridad. La paz con nosotros mismos también se consigue con la humildad. Escucha, si no, lo que nos dice á todos Jesucristo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis la paz para vuestras almas»; porque el origen de nuestras turbaciones interiores y de nuestras exteriores rencillas, es y será sólo el orgullo de nuestro corazón.

La humildad, por último, nos conduce á la gloria. A la verdadera y eterna, que es el cielo, no cabe dudar, pues lo dijo formalmente Jesucristo: «Quien se humilla será exaltado»; y ese es el camino que siguió nuestro divino Maestro y el que siguieron todos los santos, porque la humildad es toda virtud, como la

soberbia es todos los vicios. Pero cree que aun en la vida presente nuestra grandeza se mide por nuestra humildad, y que abatirnos ante Dios es efectivamente elevarnos en la misma proporción. Porque, en efecto, la gloria del hombre consiste en cumplir el fin para que fué criado. Este fin es nobilísimo, pues que el hombre sólo existe para glorificar á Dios, y la gloria de Dios es de una dignidad y de una excelencia infinitas. Se sigue de aquí que el hombre más verdaderamente grande es el que glorifica á Dios de manera más perfecta; luego es evidente que la humildad, ó la humillación voluntariamente aceptada y escogida por amor de Dios, es la mejor manera de procurar su gloria. Por eso el Verbo encarnado, la sabiduría eterna, al venir al mundo para glorificar á su Padre, escogió ese medio con preferencia á los demás, y entonces, dice San Juan, vimos su gloria cuando se humilló haciéndose carne. Además, el hombre es más ó menos grande cuanto más ó menos se parece á Jesucristo, que es toda la gloria de nuestra humanidad y en el que, según San Pablo, «la plenitud de la divinidad habita corporalmente». Luego, siendo el amor á la humillación el carácter propio del Verbo encarnado, ningún hombre se le asemejará tanto como aquel que, siguiendo su ejemplo, abrace «la locura de la cruz». Y este camino de la cruz siguieron todos los santos, y sin embargo, aun en la tierra llegaron á una gloria que está sobre toda gloria humana, porque ante ellos, á veces pobres y obscuros en el mundo, doblan hoy la rodilla los grandes y los reyes de la tierra, y su gloria no se obscurece jamás.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Señor mío! ¡cuán profundos son vuestros juicios y cuán admirable vuestra conducta! ¡Quién hubiese creído jamás que este Niño tan pobre y tan humillado fuese vuestro divino Hijo, viendo lo poco que le cuidabais en la apariencia, no deparándole para su nacimiento sino un establo, y haciéndole nacer en tal estado de humillación que espantó á los mismos ángeles del cielo! ¿Qué motivo tengo yo para quejarme de las humillaciones y de las otras miserias de la vida mortal, viendo la conducta que observáis con estas tres personas santísimas que os eran las más amadas en el mundo? ¡Oh Virgen sacratísima, qué sentimiento me causa el veros tan mal tratada de los hombres, y en la precisión de retiraros á un lugar que tan mal conviene á vuestra condición! ¡Oh, si yo hubiera vivido en aquel tiempo, y os hubiera conocido como os conozco ahora, cuánto me hubiese regocijado de recibiros en mi casa! Empero también puedo ahora tener la misma dicha, y prestaros el mismo servicio, recibiendo en mi corazón á vuestro divino Hijo. Venid, pues, Madre mía; traedme ese divino Niño, y pedidle que entre en mi alma. En verdad, es un establo bien pobre y miserable, que es indigno de su majestad y de su grandeza. Pero ya que ha preferido el establo de Belén á los palacios de los reyes, no se desdeñará de entrar en mi corazón si yo imito la humildad del suyo.

Propósitos. — Busca en todo un postrer lugar, pues nunca te pondrán más bajo de lo que mereces.

29 DE DICIEMBRE

La pobreza de Jesús en la cueva de Belén.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La pobreza de la santa cueva.

Considera que la vida toda del Verbo humanado, desde la cueva de Belén hasta el Calvario, fué vida de pobreza. La predilección que

tuvo por esta virtud es quizá la más notable de cuantas ha manifestado el Corazón de Cristo. La amó entre todas las virtudes como á María entre todas las personas y se desposó al nacer, con ella, con un amor que no desmayó durante toda su vida. La consagró, dignificó y elevó de tal manera, que la idea de la riqueza, aun á nuestros ojos, quitaría á la Encarnación algo de su carácter sagrado, y nos cuesta menos trabajo creer que es Dios el Niño pobrísimo de la cueva de Belén, que si hubiera aparecido con los humanos esplendores del lujo y de la riqueza, como lo esperaban los judíos.

Para convencerme de lo que Jesus, riqueza divina de los cielos y tierra, amó la pobreza, no tengo más que abrir los ojos y contemplar á este Dios Niño en el estado en que ha nacido. Un establo es su habitación; un pesebre su cuna; las pajas en que está reclinado son el lecho de su descanso; los pobres pañales en que está envuelto son sus vestidos. Allí no hay ni muebles, ni telas, ni alfombras, ni mucho menos ninguna de las infinitas inutilidades que inventa el lujo ó la fingida necesidad del rico. Allí todo es pobrísimo, aun las mismas personas que rodean al Dios de las riquezas. María, pobre; San José, pobre; los primeros que visitan á Jesús, son pobres pastores; luego vienen los reyes para indicarnos que ante Jesús pobre son preferidos los pobres, si lo son de espíritu, á los mismos grandes de la tierra. Allí la pobreza divina de Jesús en sus tres grados de carecer de lo superfluo, de lo útil y de lo necesario; allí la pobreza con su inestimable cortejo de sufrimientos y de humillaciones

para condenar nuestra ambición, madre de nuestra sensualidad y de nuestro amor al regalo. ¿Y está Jesús tan pobre porque no tuviese necesidad de cosa alguna para defenderse del frío de la noche, del rigor de la estación y de las injurias del tiempo, ó porque no estuviese sujeto, como los demás niños, á las miserias de la infancia y no las sintiese? No, porque Jesús era hombre como nosotros, pasible como nosotros y aun mucho más que nosotros; pero no tiene la pobreza cosa alguna tan áspera y rigurosa que Jesús no haya querido experimentar, como quien vino á la tierra para llevar todo su peso y sufrir todas las consecuencias.

San Bernardo se vuelve á los ricos del mundo, y para su instrucción ó condenación les convida á escuchar la voz de este establo, de este Dios recién nacido, de este pesebre y de estos pañales. Aunque tú tal vez no puedas contarte entre los ricos del mundo, no debes estar menos atento á lo que te dice el Niño de Belén. Su vista y su ejemplo debe confundir tu ambición, tu amor al regalo y á la sensualidad. Compárate con el Rey de la gloria, con Aquel que no quiere ser rico porque se basta á sí propio, con Aquel que es la misma riqueza, y por mucho que Dios te pruebe con la estrechez y la pobreza, la cueva de Belén será tu condenación y tu ejemplo. Represéntate el estado pobre de tu Salvador, y luego reflexiona sobre ti mismo y compárate con El. Aunque sea verdad que vivas una vida pobre, ¿á qué se reduce esta pobreza? ¿Puedes compararla con el establo, con el pesebre, con los pañales y con la desnudez de la cueva de Belén? ¿Pa-

deces las mismas incomodidades? ¿Te has visto alguna vez en ese estado de pobreza? Pues mira cómo te arguye San Bernardo: «O Jesucristo se engañó en la elección que hizo del estado de pobreza, ó el mundo se engaña en el amor que tiene á las riquezas de la tierra. Jesucristo, siendo la Sabiduría increada, es incapaz de engañarse en cosa alguna; luego es forzoso concluir que el mundo yerra y se engaña». A la vista, pues, de la santa cueva de Belén, si tienes el corazón apegado á los bienes de este mundo, si anidan en tu alma la ambición y la avaricia y el amor al lujo y á las falsas apariencias de un mundo tantas veces condenado por las palabras y los ejemplos de Cristo, aprende y sabe que no puedes ser discípulo de quien ni tuvo más que una cueva para nacer, ni más que una cruz para morir.

Punto II

Del apego excesivo á los bienes de la tierra.

Considera que no es pecado el ser ricos porque las riquezas vienen de Dios, que es la riqueza suma; pero sí lo es el tener excesivo apego á las riquezas. Jesucristo, que reprueba á los ricos en el Evangelio, no los condena por ricos, sino porque los ricos ordinariamente son orgullosos, sensuales y avaros, y tienen el corazón puesto en sus tesoros. La posesión de los bienes del mundo no está condenada en la Escritura; sólo lo está el sobrado asimiento con que se poseen ó el sobrado anhelo con que se juntan; está condenada la torpe codicia del oro, de la que, como dice San Pablo, se derivan

como de un envenenado manantial todos los pecados. El afán excesivo de las riquezas es, en efecto, la causa de todos ellos. ¿Qué pecados no ha hecho cometer el ambicioso deseo de adquirirlas? ¿De qué delitos no nos facilitan éstas la ejecución? Un rico puede todo lo que quiere; ¿y qué no querrá un rico sin conciencia, sin Dios, injusto y entregado á sus pasiones? «Los que quieren con excesivo anhelo ser ricos, dice San Pablo, caen en todos los lazos que el demonio les tiende y no hay tentación que no admitan con facilidad». Quien anhela enriquecerse pronto y por cualquier medio, dice el Sabio, no tardará en ser injusto y pecador.

Considera, además, que quien tiene desatentada ansia de las riquezas, se entibiará bien presto en el servicio de Dios; olvídase el hombre de su salvación cuando piensa mucho en arraigarse y acomodarse demasiadamente en la vida. Poquísimo deseo tiene de los bienes eternos el que se entrega y ocupa totalmente en el anhelo de los bienes temporales; y aun es de temer que pierda hasta la fe y no tenga más Dios que el oro, cuando anhela con exceso el ser rico. Muchos, dice San Pablo, por dejarse llevar de esta pasión, pierden la esperanza de los bienes espirituales, esto es, la fe, la esperanza y la caridad, y se hacen idólatras del dinero y de sí mismos. La mayor parte de los ricos pueden decir con aquel hombre de la Escritura: «Yo he hecho de mi dinero mi ídolo; él es el objeto de mi amor y de mi adoración, y en él pongo toda mi confianza». Tú no te atreverás, tal vez, á pronunciar estas palabras ni aun con la boca; pero si tienes sobrado apego á las riquezas, ¿no lo dice tu co-

razón? Si las juntas y aumentas con ansia y con injusticia, ¿no lo dicen tus acciones?

Otras pasiones se enflaquecen con la edad, pero ésta crece con los años; las otras se calman con la posesión de los objetos que desearon; ésta con ellos se irrita. Es un fuego abrasador que cuanto más materia se le aplica, más crece. Un avaro es semejante al hidrópico; el agua que bebe, en lugar de apagar su sed, se la irrita más y más, y cuanto más bebe, más ansia tiene de beber. Las otras pasiones tienen límite en su actividad; pocas hay que se extiendan á todo género de pecados, pero ésta los abraza todos. El que es torpemente avaro, es injusto, es violento, es cruel, es suspicaz, vive sin fe, sin ley, sin caridad y sin religión. La avaricia le hace olvidar las leyes de la naturaleza, de la gratitud y de la piedad. No le queda memoria, ni de parientes, ni de amigos, ni de Dios; el interés es el dios solo que conoce, el dios que adora, y á quien lo sacrifica todo, honra, conciencia y salvación; y por último, esta pasión que causa tantos desórdenes, de tal modo nos ciega, que nos los encubre, valiéndose de la soberbia nos engaña á nosotros mismos, y no suele haber rico, por más avaro y duro de corazón que sea, que no se crea un santo, como lo creía de sí el fariseo del Evangelio. ¿Has incurrido en este torpe vicio alguna vez? Mira si tu ceguedad te lo encubre, imposibilitando con esto que lo remedies. En todo caso, ten cuidado sobre las pasiones de tu corazón, y si alguna vez has deseado con ansia excesiva riquezas, teme, como debes, las consecuencias de este vicio.

Punto III

De las riquezas que se encierran en la cueva de Belén.

A la vista de un Dios que nace en un establo, aprende primeramente á conocer los tesoros riquísimos escondidos en el desprecio de todo lo terreno. Aprende, de una vez para siempre, que sólo merece llamarse rico un corazón que posee á Dios; pero que es más rico aún el que no posee más que á Dios, y que todo es de quien no tiene más propiedad que Dios. Jesucristo se basta á sí propio, y era riquísimo y bienaventurado esencialmente, y los santos, con poseerle á El, han sido dueños de todo, ó ¡mejor, todo lo han despreciado, porque teniendo á Jesús nada necesitaban. Mira, si no, lo que necesitaban María y José teniendo á su lado al Rey de la gloria. Si tú anhelas y echas de menos muchas cosas, es porque tu corazón está vacío de las verdaderas riquezas celestiales.

Saca de ahí, además, que sólo por la pobreza ó por el desprecio de los bienes caducos del mundo podemos ser verdaderamente ricos y grandes. Por mucho que de la tierra poseamos, poseemos muy poco: unos granos de arena son, comparados con la creación, las riquezas de los hombres más opulentos. Lo que sí podemos es despreciarlo todo por Dios, como San Pedro, que dijo al Señor: «He aquí que lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué premio nos darás?» Y seremos ricos por el abandono de todo, y felices, no por lo que tengamos, sino por lo que no necesitemos. ¿Qué hubieran sido los santos si por Dios no lo hubieran abando-

nado todo? Unos hombres vulgares de quienes ya nadie se acordaría; pero, á imitación del Niño de Belén, se desposan, como San Francisco de Asís, con la santa pobreza, lo dejan todo, y Dios los hace riquísimos poniendo á su disposición los tesoros de su providencia, y los asocia, por la pobreza, á la conquista del mundo. Entra, pues, en la cueva de Belén, y aprende allí, en donde todo lo terreno falta y en donde hay una dicha celestial y divina, que el secreto de nuestra felicidad no está en la riqueza, que trae consigo de ordinario tantos abrojos y espinas, sino en contentarnos con poco, con lo necesario para la vida, y sobre todo en poseer á Dios y su gracia.

Coloquio.—¡Dios Criador del cielo y de la tierra, á quien adoro bajo la forma de un niño pobrísimo y escondido á los ojos del muudo, y á quien veo en la miseria de un establo y de un pesebre! Recibid, Señor, gustoso el sacrificio que hago en vuestra presencia de todo cuanto el mundo me da y de todo cuanto puedo esperar. Con el afecto de que me siento movido ahora, me parece que con vuestra gracia estaría dispuesto á sacrificaros un reino si lo poseyese, y que querría ser señor de él para ofrecérosle. ¡Ah, Señor, no me pedís tanto, y esta es la ilusión ordinaria que nos engaña! Formamos, en orden á Vos, deseos que no podemos ejecutar, y lo que depende de nosotros os lo negamos. No se trata, Dios mío, de renunciar reinos ni imperios que no tengo, ni jamás tendré; pero lo que Vos queréis de mí es que con espíritu de verdadera pobreza arranque de mi corazón todos los afectos de ambición, de avaricia, de sensualidad y de regalo; que aparte de mí todo aquello á que está asido mi corazón desordenadamente. Poco es esto; pero si yo fuera fiel en esto poco, ¡cuántas gracias y tesoros espirituales derramaríais sobre mí! Y el no haberlo hecho así, ¡cuánto daño ha causado en mi alma! Esto es, Señor, lo que debo daros, y de lo que debo despojarme; esta es la ofrenda que debo llevar á vuestra pobrísima cuna.

Pero en cambio, Jesús mío, llenadme de las riquezas de vuestro amor y vuestra gracia, que con ellas soy bastante rico, ni pido otra cosa de la tierra.

Propósitos.—Ofrecer al Niño Jesús vivir con la modestia propia de un discípulo suyo, tomando una firme resolución de huir de las falsas pompas y vanidades del mundo.

30 DE DICIEMBRE

Sobre la pérdida del tiempo.

Preludios.—Figúrate que el año que va á terminar es el último de tu vida, que no verás acabar ya otro, que muy pronto te verás en las puertas de la muerte, y pide al Señor aprovecharte del tiempo que te quede de vida.

Punto I

El pecado que en sí encierra la pérdida del tiempo.

Considera que la pérdida del tiempo es sumamente nociva para todas las personas, pero muy especialmente para las que aspiran á la perfección, porque siendo el tiempo en sí muy precioso, lo es más aún cuando lo consagramos al servicio de Dios y á la salvación de nuestra alma. Pondera, ante todo, lo que vale el tiempo por lo que le costó al mismo Jesucristo, y por los bienes que nos puede proporcionar. Para ello pregunta al Calvario lo que valen esas horas, esos días que tú pierdes, tal vez en pasatiempos frívolos y aun indignos de un cristiano. Porque el tiempo no es solamente una gracia, sino que es la primera y la más necesaria de todas las gracias, y el fundamento, por consiguiente, sobre el que todas las demás gracias se asientan. Y si cada una de las que recibimos de la mano de Dios representa un oprobio sufrido por Jesucristo, ó una

gota de su preciosísima sangre, ¿cuánto debemos estimar el tiempo, cuya más pequeña partícula nos trae ó nos puede traer una gracia, una santa inspiración del Señor? ¡Dios mío, la gracia ó la inspiración que en este momento bondadosamente me otorgáis, es el precio de vuestra sangre preciosa; y aun cuando sólo fuera el precio de vuestras lágrimas, ¿acaso las lágrimas de un Dios son de poco valor? David rehusó apagar la sed que le devoraba, con el agua que le trajeron sus soldados exponiendo sus vidas para ello, por creer que en cierto modo bebería la sangre de sus súbditos, y la esparció por el suelo en honra de su Dios. ¡Y yo, cristiano, que aspiro á la perfección, no he de avergonzarme de emplear en los frívolos goces de mi soberbia y de mi sensualidad, de mi gárrula parlería y de mi necia curiosidad, esos momentos de misericordia que son el fruto de las llagas y de la muerte de Jesús! ¡Oh Salvador mío, haced que de aquí en adelante los consagre todos á vuestra gloria y á la salvación de mi alma!

Pondera, después, que la gloria de Dios y la salvación del hombre son los dos frutos inapreciables del tiempo bien empleado. La gloria que Dios recibe de nosotros en el tiempo, le es, en cierto modo, más agradable que la que recibe de sus elegidos en la eternidad. Los homenajes que le ofrezco en la vida presente, puedo negárselos. Me uno á Dios á pesar de las mil tentaciones que me inducen á separarme de El, y la libertad de que hago uso al servir y amar á Dios con todo mi corazón, da á mis actos un olor de suavidad que los realza singularmente á los divinos ojos.

Considerado desde el punto de vista de la salvación del hombre, el tiempo es una moneda cuyo valor sólo se aprecia bien en el cielo y en el infierno. El réprobo paga su deuda en el lugar de los tormentos, y si no la extingue nunca es porque el infierno no se acaba jamás. Esta inmensa deuda pesa sobre mí, si actualmente me hallo en desgracia de Dios. Felizmente puedo pagarla mientras tenga tiempo. Pero si llega á faltarme, mi mal no tiene ya remedio; seré insolvente, y como tal arrojado en la cárcel del fuego de donde no se sale jamás. Hacedme comprender ¡oh Dios mío! que la eternidad desgraciada es una desesperación sin fin, ocasionada por el eterno remordimiento del tiempo perdido.

Por el contrario, si elevándome al cielo, pregunto á los elegidos cuánto les ha costado su corona, todos me responderán que no les ha costado más que un poco de tiempo santamente empleado. Lo cual hace decir á San Bernardino de Sena, que el tiempo vale lo que Dios, porque el tiempo bien empleado se trueca por la eterna posesión de Dios. ¡En cuánto, pues, debo estimar este bien que me proporciona la posesión del Bien Supremo, y cuya pérdida me acarrea la irreparable desdicha de la eterna reprobación!

Si tal es el valor del tiempo en general, preciso es confesar que es mucho mayor el del alma que aspira á la perfección. Dios tiene sobre los que á El se consagran especialmente, derechos mayores que sobre los demás fieles, porque ese tiempo es ya de Dios de un modo más directo, como que le está consagrado de una manera particular. Preguntábase á Santa

Juana Francisca Fremiot por qué era tan avara del tiempo que no quería darse un momento de reposo, y la Santa respondió: «Porque el tiempo no es mío; todo se lo he dedicado al Señor, y no puedo perder un solo minuto sin cometer una injusticia con Aquel á quien pertenece». Este lenguaje es el que conviene á los que aspiran á la perfección; y por eso el santo obispo de Ginebra decía: «Cuando pienso en el empleo que he dado al tiempo de Dios, temo que no quiera darme su eternidad, como no quiere dársela á los que no usan bien del tiempo». ¡Qué prodigio de humildad! ¿Dónde hallar una vida mejor empleada que la de Francisco de Sales? ¿No debo yo temblar cuando considero cómo empleo el tiempo que no es mío, sino de Dios?

Punto II

Los pecados que ocasiona la pérdida del tiempo.

Consideremos los funestos resultados que ocasiona la pérdida del tiempo para aquellas personas que aspiran á una vida de perfección. Si no aman el trabajo, si viven ociosas ó neciamente ocupadas sin escrúpulo alguno, se exponen voluntariamente á todas las tentaciones y su vida se convierte en un desorden continuo. La ociosidad es madre de todos los vicios, y el demonio casi nada tiene que trabajar para hacer víctima de las más vergonzosas pasiones á aquella persona que ya está enervada por la pereza, y cuya alma se halla abierta, por tanto, á toda concupiscencia. El arroyo es puro mientras corre con rapidez por la pendiente de la colina; pero cuando

llega á la llanura, el agua, antes tan cristalina, se enturbia, y si se para mucho tiempo, con seguridad se corrompe, y si entonces la removéis, veréis en el fondo toda suerte de insectos y de suciedades. Así está el corazón del hombre dominado por la indolencia y aletargado por la ociosidad. Pero todavía son más terribles las consecuencias de la ociosidad en las personas que aspiran á la propia perfección y á dar mucha gloria á Dios santificando á sus prójimos. Hay que compararlos con un sol que deja de elevarse en el horizonte privándonos de su luz y de su calor, ó con una atmósfera no agitada por el viento que renueva el aire y lo purifica. Los males que este funesto reposo ocasionaría en el mundo físico, son la imagen de los que la pereza de quien está dedicado á la salvación de las almas, puede causar, y causa á veces, en el mundo moral.

No puede iluminar á las almas de sus semejantes con el buen ejemplo, ni enardecerlas en santo celo por la gloria de Dios, pues carece de celo. Si lo tuviera, ¿dejaría impasiblemente perecer á sus hermanos, por quien Jesucristo murió, pudiendo salvarlos? ¿Consumiría en conversaciones insubstanciales, en distracciones vanas y en idas y venidas sin utilidad de ningún género, y á veces peligrosas, momentos que podría emplear en el bien de sus prójimos? ¿Y no es verdad que de esa vida disipada nacen todos esos escándalos, que acarrean el contagio y la muerte de tantas almas, cuando se dan por personas en las que por la alteza de su profesión busca sus modelos y sus ejemplos la gente humilde y sencilla?

Comprendo ¡oh Dios mío! cuán culpado soy para con Vos, para con la Iglesia, y también para con mis hermanos y para conmigo mismo, por haber malgastado el tiempo, que bien empleado por mí podía haber proporcionado á Vos tanta gloria, tanto bien á mis prójimos y á mí tantos merecimientos. ¡Cuánta ha sido vuestra paciencia al dejar que yo haga un abuso tan criminal del precioso don que habéis puesto en mis manos! ¡Pudiera yo, como los trabajadores de vuestra viña llegados á última hora, compensar la corta duración de mi trabajo con la actividad y el fervor de mi celo! ¡Pudiera también por el buen uso de los días que aún os dignéis concederme, atraer hacia mí una mirada de misericordia y de perdón sobre los demás años de mi vida que tan mal he empleado! Sí, ¡Dios mío! de hoy en adelante propongo meditar en que mis días se deslizan como los ríos que van á la mar, que es la muerte; en pensar que el tiempo no es mío, sino que es vuestro y debo mirarlo como cosa sagrada; que cada minuto vale una eternidad, y así con vuestra gracia, pensando en los días que he perdido y en los años eternos en que bien presto voy á entrar, procuraré en adelante aprovechar mucho mejor los días que me restan de vida.

Punto III

Lo que hay que hacer para evitar la pérdida del tiempo.

Considera que puedes perder el tiempo haciendo el mal, no haciendo nada útil, no haciendo lo que debes hacer y haciendo lo que

Dios quiere, pero no como El quiere que lo hagas. Para no caer en cualquiera de estos escollos, lo primero que debes hacer es distribuir bien el día. Sin una previa y buena distribución del tiempo, casi siempre se hace la propia voluntad, rara vez la de Dios. En una buena distribución del tiempo consiste el secreto para aprovecharlo bien y multiplicarlo. Los que no quieran sujetarse á esta regla se extravían en la vaguedad de sus pensamientos, abandonándose á los caprichos de su condición y dudando de lo que han de hacer, ó no haciendo nada de lo que deben; resulta que al fin del día han transcurrido un gran número de horas, cuyo empleo no pueden justificar ante Dios ni ante su conciencia. Por el contrario, en una vida bien ordenada todo está previsto, todo se comienza y se termina con mayor mérito, pues todo va regulado por la obediencia, que lo dirige y lo bendice todo.

Una vez hecha la distribución del tiempo, medita con frecuencia acerca de la rapidez con que pasa y de lo poco que de él poseemos, y esto te servirá para apreciar el más ligero momento, que vale más que el oro, pues con él se compra el cielo, á Dios y á la eternidad. El pasado no existe ya para nosotros, y el que está por venir no nos pertenece todavía, aparte de que es incierto como todo lo futuro, y mientras no llegue, nos es tan inútil como el pasado. El tiempo presente es el único que nos pertenece; pero este tesoro se funde, por decirlo así, en nuestras manos, porque apenas lo tenemos se nos escapa. Por esto puede decirse que tiene más de nada que de ser, según San Agustín, pues su naturaleza es fugaz é instantáneamen-

te deja de existir. Y, sin embargo, estos momentos tan cortos ¡qué valor tienen! ¡Cuánto vale un día, menos aún, una hora! ¡Qué no daría un réprobo para obtener el tiempo estrictamente necesario para hacer un acto de contrición! ¡Oh locura, oh ceguedad de aquellos que encuentran largos los días y necesitan, para no aburrirse, de pasatiempos vanos, frívolos y aun pecaminosos! Debemos también poner un cuidado particular en purificar y perfeccionar nuestras intenciones. Con esa recta intención, un minuto es un tesoro inestimable para nosotros. Cuando nuestras intenciones son buenas, y, sobre todo, cuando son rectísimas y fervorosas, ¡qué mérito comunican á nuestros más menudos actos! Dios premia siempre y mira, sobre todo, al corazón. Un deseo ardiente de agradarle, un propósito continuo de hacerlo y sufrirlo todo por su amor, es un medio tan eficaz para rescatar la pérdida del tiempo, que por sí sólo puede hacernos ganar años por días. No nos quejemos, pues, de la corta duración de nuestra vida, que siempre es de suyo bastante larga para quien quiere santificarse, y aún lo es demasiado para quien se obstina en malgastar el tiempo y condenarse.

Coloquio.—Recibid, ¡oh Dios mío! lo que me resta de mi miserable vida; que toda ella solamente sea para Vos. Me presento ante vuestros ojos por un ardiente deseo de glorificaros, y para rescatar el tiempo perdido, os ruego que no rechacéis un corazón contrito y humillado. Yo me propongo, con vuestra divina gracia, redimir el tiempo perdido, y, teniendo siempre presente que mis días se deslizan hacia el mar de la muerte con espantosa rapidez, no desperdiciar un momento, ya que con cada uno de los de mi vida, bien empleado, puedo ganar la eternidad.

Propósitos.—Aprovechar como oro precioso todos los instantes, haciendo siempre algo útil para mí ó para mis prójimos.

31 DE DICIEMBRE

De los infinitos beneficios de Dios.

Preludios.—Mira al Señor en lo alto de los cielos derramando gracias y beneficios sobre los hombres, como el sol derrama su luz y las nubes la lluvia, y pide el ser agradecido á sus infinitos favores para contigo.

Punto I

De los infinitos beneficios de Dios N. S.

Considera los innumerables beneficios que has recibido del Señor en toda tu vida, y principalmente en el año que hoy termina. Un año más para ti supone tantos favores de Dios, tantas gracias é inspiraciones interiores, tantos peligros evitados, tantos impulsos para el bien, tantas criaturas de Dios puestas á tu servicio para alimentarte, refrescarte, darte luz, deleite, respiración y vida, que sólo Dios puede contar los beneficios que un año de vida encierra para el hombre. Pues para apreciar en lo que valen estos beneficios del Señor que constituyen un océano infinito que por todas partes te rodea, debes mirar en cada uno de ellos primero la infinita grandeza del bienhechor, que es Dios, discurriendo por sus excelencias y perfecciones infinitas, de modo que cualquier don, por pequeño que parezca, es de grande estima por ser infinitamente grande el Señor que te lo da. Mira luego la infinita grandeza del amor con que Dios te hace el beneficio, el cual por esta causa es de grande estima, porque lo hace con amor tan inmenso,

que con el don se da á sí mismo y se entra en la cosa amada; y de tal manera da cualquier cosa, aunque sea pequeña, que está deseoso de dar otras muy grandes, si con nuestra correspondencia nos hacemos acreedores á ellas. Pondera, además, la grandeza del mismo beneficio, la cual en cierto modo es infinita en el número ó en la excelencia; porque unos beneficios hay que abrazan innumerables bienes, como es el de la creación y conservación del mundo y de la providencia. Otros hay que tienen infinita excelencia, como el de la encarnación, redención, Eucaristía y glorificación. Por todos hemos de dar gracias á Dios, como decía Isaías: «Alabaré al Señor por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de bienes que repartió á la casa de Israel»; y, como dice San Bernardo, ningún don de Dios se ha de quedar sin agradecimiento y alabanza, ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños, porque los pequeños son infinitos en número, purísimos en la intención, continuos en la duración, porque cada palpitación de nuestro pecho y cada momento que vivimos, es como darnos Dios de nuevo el sér, dado que la conservación es una creación continuada, y aunque respecto de otros beneficios sobrenaturales estos beneficios los creamos pequeños, ya ves si son dignos de admiración y agradecimiento.

Considera también la infinita bajeza de la persona á quien se hace el beneficio, que es el hombre miserable, desconocido é ingrato, y verdaderamente indigno de que Dios se acordase de él y le hiciese favor alguno. Y así, dice David: «¿Quién es el hombre para

que te acuerdes de él? ¡Y ¿quién es el hijo del hombre para que le estimes en algo? Todo es vanidad, y sus días pasan como sombra». De donde también sacaré, que comparando mi bajeza con la grandeza de Dios, soy indigno de tomar en mi vil boca sus alabanzas, diciendo con San Agustín: «¿Quién soy yo, Dios mío, para alabarte? Soy polvo y ceniza, gusano y podredumbre; pues, ¿cómo alabarán las tinieblas á la luz, la muerte á la vida y el gusano á su infinito Criador?»

Medita, por último, en la infinita liberalidad de Dios en hacernos el beneficio gratuitamente y de pura gracia y de balde, sin esperar provecho del hombre á quien lo da, y sin merecérselo, antes desmereciéndoselo infinitamente por sus innumerables pecados y desagradecimientos. De modo que con ser tan enemigo suyo, no se cansa de hacerle cada día nuevos beneficios. Estas cinco cosas nos enseñó á ponderar Cristo N. S., trayéndonos á la memoria el beneficio de la Encarnación, diciendo: «Así amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo unigénito». La cual sentencia tiene cinco palabras, y en cada una pondera una de las cosas dichas. El que dió el beneficio es Dios infinito; el modo fué amando; el que le recibió fué el mundo lleno de abominaciones; el beneficio fué su Hijo unigénito, tan infinito como El, y dióle de balde y sin merecimientos nuestros, y por esto dice que dió á su Hijo unigénito. Aplica estas consideraciones á los infinitos favores que constantemente recibes de Dios, cuéntalos, si puedes, y procura corresponder á ellos con gratitud y con amor, que es lo único que Dios pide de ti.

Punto II

Del modo de corresponder á los beneficios de Dios.

Considera que á cada beneficio divino hemos de corresponder con el debido agradecimiento. A este agradecimiento nos obliga, como dice Santo Tomás, en primer lugar la virtud de la gratitud, por ser Dios el primero y supremo bienhechor con quien principalmente hemos de ejercitar los tres actos propios del agradecimiento, que son reconocer y estimar grandemente el beneficio, alabarle por El, publicando su largueza para que todos le alaben y glorifiquen, y hacerle algunos servicios, no por interés, sino de gracia y de balde, aunque no esperáramos de Dios otros nuevos beneficios, pues bastan los recibidos. Y para que nuestro agradecimiento sea cumplido, ha de ser, como dice San Pablo, universal por todos los beneficios, sin dejar ninguno, y no sólo por los que yo recibo, sino por los que reciben de la bondad de Dios todas las demás criaturas.

Advierte que en el mundo hay tres suertes de criaturas. Unas, que pueden y quieren dar gracias á Dios por los beneficios que les hace, pagándole esta deuda conforme á su posibilidad, como son los ángeles, los santos del cielo, las ánimas del purgatorio y los justos de la tierra. Otros hay que pueden, pero no quieren darle gracias, ó por ignorancia, ó por malicia, como son los idólatras que no conocen á Dios, los demás infieles y los perversos cristianos. Otras criaturas hay que ni quieren ni pueden agradecerlos, por no tener entendimiento para

ello, como son los cielos, la tierra, las plantas y los brutos animales. Por todos los beneficios que se hacen á estas criaturas, hemos de dar gracias á Dios, acompañando á las primeras en su gratitud para con Dios, supliendo la ignorancia y malicia de las segundas, y la imposibilidad de las terceras, convidándolas á alabar á Dios, porque de este modo me animo yo á bendecirle y glorificarle, y muestro el deseo de que alaben á Dios todos los que pueden y deben alabarle. Y así en todo lugar y tiempo, como dice el Apóstol, alabaré á Dios con la palabra de que usa El muchas veces, especialmente á los corintios: «Gracias á Dios por su don, que no se puede contar». De esta palabra usa á menudo la Iglesia al fin de la misa y de las horas canónicas para aficionarnos al uso de ella; porque, como dice San Agustín, ¿qué cosa mejor podemos traer en el corazón, y decir con la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra: gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con más brevedad, ni oirse con más alegría, ni sentirse con mayor alteza, ni hacerse con más utilidad».

Huye, pues, de la ingratitud para con Dios. No seas duro de corazón para con El, que la ingratitud es el viento que seca las fuentes de la bondad divina. Ve á Dios en todo, en el aire, en la luz, en el alimento, que todo es favor de Dios, que todo debe llevarte á bendecir á Dios y así aumentará El sus favores cuanto tú aumentes tu agradecimiento.

Punto III

Del beneficio que nos ha hecho Dios dejándonos llegar hasta el fin del año.

Considera, finalmente, el beneficio que te ha hecho el Señor prolongando hasta ahora tu vida. Ya llegaste al fin de este año: ¿será acaso también el fin de tus infidelidades y de tus ingratitudes? ¿Cómo has vivido hasta hoy? ó por mejor decir, ¿has vivido verdaderamente? Porque no vivir para Dios, no se puede llamar propiamente vivir. ¿Puedes decir que hayas dado un día de este año enteramente á Dios, que una sola de tus acciones haya sido únicamente á honra y gloria de Dios? Pues sabe que todo lo que no hayas hecho por Dios, es totalmente perdido. ¡Cuántos medios de salvación no te ha concedido Dios en este año! ¡Cuántas gracias é inspiraciones! Examina cómo las has correspondido y verás cuántas gracias has menospreciado, cuánto tiempo has perdido. ¿Y cómo remediaremos estas pérdidas? Sólo lo podemos lograr renovando nuestro fervor. Un caminante que se distrae, conociendo que le falta todavía mucho que andar y le queda poco tiempo de luz, procura con su diligencia y con su ardor ganar lo perdido. ¿Qué ha sido tu vida hasta ahora, sino un continuo pararte en el camino de la virtud? ¿Pues por qué no doblas el paso? ¿Por qué no sigues la advertencia del Salvador, que nos exhorta á caminar mientras tenemos luz, no sea que la noche, esto es, la muerte, nos sorprenda? Esta puede estar más cerca de lo que

juzgas, pues no puedes asegurarte que verás el principio del año nuevo.

Pero aun cuando estuvieras seguro, ¿quién te asegura que no será el último de tu vida? ¡Cuántos empiezan con menos años y más salud que tú el año nuevo, y no verán el fin! Lo que les sucederá te puede suceder; y ¿cómo sabes que no te sucederá? Si se te dijese de parte de Dios que habías de morir este año, ¿cómo lo pasarías? ¡Qué fervor, qué cuidado tendrías en emplear bien los momentos, en evitar los pecados y las ocasiones de pecar, en corresponder fielmente á todas las gracias, en cumplir todas tus obligaciones, en ocuparte en el ejercicio de todas las obras buenas, en la práctica de la penitencia y en trabajar para adquirir todas las virtudes más necesarias para tu santificación! ¿Pues por qué no haces ahora lo que quisieras haber hecho entonces? ¿Por ventura se puede uno exceder en estas prudentísimas precauciones cuando se trata de una eternidad? Sólo el fervor que tuvieres ahora puede prevenir el remordimiento que te atormentará en la hora de la muerte, si no aprovechas el tiempo mejor que hasta aquí lo has hecho.

Pues mira que no te puede faltar fervor si piensas que tienes un Dios á quien agradar, un alma que salvar, terribles enemigos con quien pelear, un juicio que temer, un infierno que evitar y un paraíso que adquirir. ¡Qué grandes objetos para animarte á luchar como bueno, y qué grandes motivos para aumentar tu fervor! Tienes un Dios á quien amar y servir. Dios te ha dado mucho, te pide poco y debes esperar infinito de El; ¿pues puedes dejar

algo que hacer de lo que sabes que le puede agradar? Tienes un alma que salvar. La salvación de tu alma es lo que te importa; es tu grande y tu único negocio; en esto se trata para ti del *todo y por siempre*, pues ¿qué es lo que no deberás hacer para salvarte? Tienes enemigos terribles y vigilantes con quienes pelear; ¿tienen ellos, acaso, más interés en tu pérdida que tú en tu salvación? ¿Pues de qué procede que ellos sean tan solícitos para que te condenes, y tú tan perezoso ó negligente para salvarte? Tienes un juicio que temer, está ya cerca, será riguroso y terrible, y sus consecuencias duran toda la eternidad; ¿puedes excederte en precauciones para prevenirle? Tienes un infierno que evitar; cualquiera pena, cualquier trabajo, por grande que sea, te debe parecer leve si te libra de tan tremenda desgracia. Tienes un paraíso que ganar; los mayores trabajos te deben parecer dulces cuando una bienaventuranza es el término y el premio de ellos. En vista de estas consideraciones, empieza ahora de veras el camino de la virtud, y vive desde hoy como si el año en que vas á entrar fuera para ti el último de tu vida y el umbral de la eternidad.

Coloquio.— ¡Oh Señor y Dios mío! ¡Oh manantial de bondad infinita! ¡Oh centro de todos los corazones y de todos los amores! ¡Cómo es posible que yo no os haya amado hasta ahora, y que no haya correspondido á vuestros infinitos beneficios sino con extrema ingratitud! ¡Quiero desde ahora comenzar á amaros, Dios mío, fortaleza mía y vida mía! Yo os amaré, Señor mío, porque sois infinitamente bueno; y porque me habéis amado por toda la eternidad; y me habéis colmado de innumerables beneficios; y porque mi felicidad depende de vuestro amor. Yo os amaré con todo el corazón, con toda

el alma y con todas las fuerzas. No amaré nada como á Vos, nada sino á Vos y nada fuera de Vos. Os amaré únicamente, os amaré ardientemente y os amaré constantemente; os amaré en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Resuelve reparar con nuevo fervor el tiempo perdido por tu negligencia, y mirar el año nuevo como el último de tu vida.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS

DE LOS MESES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

FIESTA DEL PATROCINIO

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

(Dominica segunda de Noviembre.)

Sobre el poder sin límites de la santísima Virgen.

Preludios.—Mira á la Virgen María cobijando debajo de su manto á todo el mundo, y pídele sea tu amparo en la vida y en la muerte.

PUNTO I

La Virgen santísima lo puede todo en favor de sus devotos.

Antes de engolfarte en el insondable océano del poder de María, levanta tus ojos al cielo y como protesta de tu fe y de tu amor hacia Dios, autor de toda grandeza, dile desde el fondo de tu corazón: Señor, yo reconozco que todo poder te pertenece y que toda soberanía reside en tus manos y que por tu sér estás infinitamente elevado sobre todas las criaturas. «*Tua est potentia, tuum regnum, Domine, tu es super omnes gentes.*» Las criaturas todas son como polvo en tu presencia, ni tienen más sér

que el que Tú les comunicas, pero es grande honra tuya y lo tienes á gloria, el comunicar tu poder á algunas criaturas, pues Tú, Señor, dijiste en el Evangelio que el que tuviese fe, haría las obras que Tú y aún mayores obras que Tú mismo. Después de esta protesta de tu fe y tu reverencia hacia Dios N. S., autor primero de todo bien, considera que si Dios en alguna de sus obras se ha mostrado admirable, ha sido de seguro en la Virgen santísima, dándole un sér tan noble que supera, sin comparación, á todos los seres creados, pues que nada hay se acerque á la excelencia de la Madre de Dios, y poniendo en sus manos tan absoluto poder, que es el reflejo más vivo del poder de Dios. Pondera que, en efecto, el poder infinito de Dios se revela sobre todo en tres cosas, y en las mismas se refleja el poder de María: en la producción de las Personas divinas, en la creación del mundo y en el perdón de los pecados. Mira, pues, si es verdad que podemos decir que María todo lo puede con poder admirable que le comunica el mismo Dios. La omnipotencia de Dios brilla, en efecto, sobre todo en las comunicaciones interiores y misteriosas de su esencia á la segunda Persona de la divinidad, de modo que es verdad de fe que Dios engendra y produce á Dios, y del seno de la luz eterna no comunicada y sí comunicable, brota la luz comunicada al Verbo eterno, segunda Persona de la Trinidad santísima, «*Deum de Deo, lumen de lumine*». Pues considera que ese poder incomprensible de engendrar á un Dios, lo comunica el Padre á María, porque como el término de la generación es la persona, aunque el Padre engendra

en la eternidad y María en el tiempo, los dos tienen y producen un Hijo de Dios, siendo á nuestro rastrero modo de entender las cosas del cielo, más admirable la generación temporal que la eterna, porque natural es que Dios proceda de Dios, pero sobrenatural y prodigioso que el Eterno nazca de lo transitorio, y el poder infinito, de la debilidad. Y, sin embargo, Dios nació de María en el tiempo y Dios estuvo sometido á María y á José.

Pondera luego, que si la omnipotencia de Dios triunfa sobre la nada, sacando de ella con un *fiat* soberano el universo entero, el poder de María brilla también á nuestros ojos con inefables fulgores, puesto que con otro *fiat* como que sacó y trajo al mundo desde los inagotables abismos de su divinidad al Hombre-Dios. Y dicen los santos que el *fiat* de María fué más fecundo en cierto modo que el de la creación, porque si la palabra divina sacó al mundo del caos del no ser, por la palabra de María tuvo sér en cuanto hombre, un Hombre-Dios. Admira, pues, el poder de la palabra de María y bendice el poder maravilloso é inefable que Dios N. S. le concedió al coronarla con la divina maternidad. Pero la Iglesia nuestra madre, admira más aún el poder de Dios N. S. en que perdona los pecados. «*Deus qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas*». ¿Y quién ignora que María es Madre de misericordia y refugio de pecadores, y que es ley en el orden de la providencia actual de Dios, que ninguna gracia del cielo venga al alma ni del justo ni del pecador sino es por el canal de María?

Cuando Dios creó al primer Adán, formó

luego á Eva de una de sus costillas, y para usar los términos de la Escritura, «en vez del hueso le puso carne». Es decir, según los Santos Padres, Dios le quitó la fuerza y le dió la debilidad. Pues en la formación del segundo Adán, Cristo Jesús, sucedió lo mismo. De la carne débil de la mujer hizo la humanidad santa, y en cambio la fuerza y el poder del Hijo se los comunicó á la Madre. María dió á su Hijo un Corazón humano para que sintiese los efectos de dolor y compasión que no podía tener en el seno del Padre, y El le da en cambio á su Madre la fuerza y el efecto de la misericordia que El ha traído del seno del Padre y quiere que ejerza María en favor de los pecadores. Ella le da la sangre preciosa que Jesús derramará á torrentes por la redención del mundo, y El le da en cambio el poder aplicar este precio infinito y la hace dueña de la distribución de las gracias, que corren de su Corazón, envueltas en los torrentes de su sangre. ¡Oh admirable poder de María, que como el de Dios parece sin límites, ni tiene otros que el haber sido recibido de su divino Hijo! Con cuánta razón exclamas: ¡oh Madre mía! «*Fecit mihi magna qui potens est*». Ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso.

Punto II

María santísima todo lo quiere en favor de sus devotos.

Los teólogos dicen que todo el poder de Dios está en su voluntad, y que basta que quiera alguna cosa para que se haga. «*Omnia quaecumque voluit fecit*» Y es privilegio y propiedad exclusiva de la omnipotencia de Dios radicar

en la voluntad, porque en todos los seres dotados de querer, no sólo nuestro poder no está en nuestra voluntad, pues que no podemos todo lo que queremos, sino que está casi siempre fuera y más allá de nuestra voluntad, pues que el hombre siempre ansía más y quiere más de lo que puede. Sólo la Virgen María ha tenido en esto, como en todo, la gloria de imitar la omnipotencia de Dios, de suerte que se puede decir de ella también que puede todo lo que quiere y que todo lo quiere á favor de sus hijos. Pues esa especie de omnipotencia que Dios ha puesto en ella en favor de los hombres, sólo le sirve y la emplea para nuestro bien. Dios, en efecto, espera su consentimiento para la gran obra de la Redención, y ella no sólo lo da, sino que según graves teólogos, con sus virtudes y oraciones apresuró el momento feliz de que dependía nuestra salvación. Y después de tener en su casto regazo al Niño Dios, ¿en qué empleó ella su poder sino en prepararnos la víctima que debía ser inmolada por la salvación del mundo? Y el celo de su caridad con nosotros la llevó no sólo á prepararnos esa víctima, dando para ella carne de su carne y huesos de sus huesos, sino que la conduce al altar del sacrificio y allí, por amor á los hombres, de los que ha sido constituída Madre en medio de acerbos dolores, se inmola con él sufriendo en su corazón los mismos dolores que Jesús sufría en su cuerpo y muriendo interiormente, como él moría exteriormente, á fin de ofrecer con él un mismo sacrificio por la gloria de Dios y la salvación de los pecadores. El Hijo en la cruz y la Madre al pie de la cruz no tenían más que

una sola voluntad. El uno derramaba la sangre de sus venas, la otra la de su corazón, porque los dos estaban animados de un mismo celo de morir por el mundo. Pregunta á María al pie de la cruz, si quiere en realidad hacer algo por los suyos y emplear su poder en favor de sus devotos, y ella te responderá que el amor, según la palabra eterna, no puede ir más allá que á dar la vida por el amado, y ella por los hombres ha ido más allá, pues que se ha entregado toda en el Calvario y ha entregado al que era vida de su vida, á su hijo Cristo Jesús.

Oh, sí; el celo de los Apóstoles y el ardor de cuantos en el mundo han trabajado en la santificación de las almas, es nieve en comparación del celo de María, porque el celo no es más que el amor que conquista almas para Dios, y todo amor es muy frío comparado con el de María, cuyo corazón es como el eco del corazón divino de su Hijo. Además, la Virgen santísima sabe que si es poderosa no lo es para sí, sino que Dios la ha constituído Madre de todos los hombres para que lo sea en verdad, ¿y qué madre no emplea todo su poder en socorrer á sus hijos, y qué madre lo es tanto como María? El mundo todo da testimonio de esta verdad, y San Bernardo desafía á que deje de alabar y amar á María el que, habiendo acudido á Ella, no haya sido socorrido en sus necesidades.

Considera, además, que Dios es el Padre de las misericordias, pero es también el Dios que mira á la tierra y la hace conmoverse en sus cimientos. «*Qui respicit terram et facit eam tremere.*» Jesucristo ha aparecido al mundo en

toda su benignidad y es el Dios de toda consolación, pero no es menos cierto que todo juicio le ha sido dado, y que dice que El juzgará las mismas justicias. La Virgen santísima no tiene más que pura misericordia, y no viene acompañada ni del terror de la majestad, porque no es Dios, ni del terror del juicio, porque no es nuestro juez. Es sólo Madre y Madre de misericordia, y no tiene más que piedad para compadecer nuestras miserias y poder para socorrerlas. Por eso los Santos Padres la llaman nuestra salvadora y la depositaria de nuestra redención, y San Bernardo la llama el fundamento de toda nuestra esperanza y la escala por la que Dios bajó al pecador y por la que el pecador puede subir hasta Dios. ¡Oh María, oh vida, refugio y esperanza nuestra! Emplead en mi salvación el poder que vuestro divino Hijo os ha concedido. En vos, Señora, sólo confío y en esa dulcísima esperanza quiero vivir y espero morir para veros en la gloria.

Punto III

De nuestra confianza en el patrocinio de María santísima.

Considera que si el hijo pródigo, eterno modelo de pecadores convertidos, hubiese tenido madre, ciertamente que no hubiese tenido tanta dificultad en levantarse del abismo en que yacía para volver cuanto antes á la casa paterna. Y es cierto, porque entre las perplejidades, temores y angustias de su corazón, acordándose de su madre se hubiese dicho á sí mismo: Si mi padre, justamente indignado por

mi ingratitud y deslealtad, no me quiere recibir, acudiré á mi madre, y mi madre me recibirá en sus brazos. Las madres son más tiernas para con sus hijos, y Dios ha puesto en su corazón tesoros de amor y de ternura. Y mi madre es así, es muy madre y siempre me ha amado y perdonado, y ¡cuántas lágrimas le han costado mis extravíos! ¡Oh! Y al verme á mí, al hijo de sus entrañas en este estado tan deplorable, no es posible que no se enternezca su corazón. Voy, pues, primero á mi madre. Ella me reconciliará con mi padre ofendido, y todo, por su intercesión, me saldrá bien.

Así hubiera dicho para sí el hijo pródigo. Pero, más desgraciado que nosotros, no lo puedo decir; el Evangelio no nos dice que tuviera madre, y de su silencio bien se puede sacar que no la tenía. Nosotros, más felices que el hijo pródigo, tenemos madre. Y ¡qué madre tan amable y tan dulce es María! Si, pues, estás oprimido aún por el peso de tus culpas, si no te levantas, acude á María, que Ella al verte aplacará á Dios y desarmará el brazo de su ira. Y para que este sentimiento de esperanza nazca y se acreciente en ti, acuérdate que María es, ante todo, Madre de misericordia, que fué figurada por el Arca de Noé, que contuvo en sí, no sólo la blanca paloma, sino toda clase de fieras; señal y figura de que María acoge en su seno, no sólo á los justos, sino á los pecadores; recuerda que es Iris después del diluvio, del que dice Dios que roba su corazón, no por lo que en sí era, sino porque figuraba á la que detiene el brazo de su justicia. Y si esto fueron las figuras, oye sus palabras y verás que Ella se llama «*Mater pulchrae*

dilectionis», Madre del amor, y que dice de sí misma, que es más dulce que la miel: «*Spiritus enim meus super mel dulcis*».

Además, pondera las razones que tiene María para amar á los pecadores, ya mire á Dios, ya á sí misma ó á los mismos pecadores. Si mira á Dios, ve que El es el Padre de las misericordias, ve que por ellos vistió su divino Hijo en su seno el saco de nuestra mortalidad, y que por ellos murió en la cruz. Con este ejemplo de un Dios, con quien está tan unida en afectos y amor, aprende María á amar á los pecadores. Si se mira á sí, se ve constituída medianera, Madre y corredentora del género humano. Ve que el mundo se perdió por Adán y Eva, y que se ha de salvar por su divino Hijo y por Ella, y que si Jesús muere por redimirnos, ¿cómo no intercederá Ella por salvarnos? Porque como Jesús es mediador para el Eterno Padre, así Ella lo es para con Jesucristo, que ha hecho de su Madre el canal de la gracia, la puerta del cielo y la salvadora de los hombres. Si mira á los pecadores, ve que es nuestra Madre, pues su Hijo la dejó por tal en el ara de la cruz. Conoce nuestro estado, nuestras miserias y desgracias, y ¿qué madre tiene corazón para ver perecer á sus hijos? ¿Qué no hará, pues, María por nosotros los pecadores, cuando sabe que, en cierto modo, les debe su dignidad de Madre de Dios y de corredentora del mundo? ¿Cómo no podremos esperar, pues, teniendo una madre como María? Si tenemos el corazón lleno de pecados, Ella es vida, dulzura y esperanza nuestra, y mayor es su poder que nuestros pecados y miserias.

Coloquio.—¡Oh Virgen y madre mía! ¡Oh Sobera-

na, tesorera y dispensadora de todos los dones de Dios, por cuyas manos se reparten y por cuya intercesión se derivan todas las gracias de aquella fuente perenne de la eterna bondad sobre los hijos de Adán! Yo os suplico, Señora mía, que ya que por mano de la santísima Trinidad fuisteis colocada sobre todos los coros de los celestiales espíritus y santos, que desde ese excelso y sublime trono de gloria volváis vuestros ojos y miréis á este miserable pecador é indigno esclavo vuestro, sumido en el abismo de sus miserias, cercado de trabajos, rodeado de peligros, combatido de tentaciones, cargado de pecados, afligido de su propia conciencia, temeroso de la muerte y dudoso de su fin, y como anegado de las ondas y tempestades de esta miserable vida, si vos, ¡oh estrella divina! ¡oh norte cierto y seguro! ¡oh áncora de nuestra esperanza y prenda de nuestra bienaventuranza! si vos, Señora mía, no me dáis la mano, y por vuestra benignidad no me sacáis á puerto de tranquilidad y de salud. Alcanzadme buena muerte por vuestra preciosa muerte ¡oh Señora! y libradme de cualquier encuentro del enemigo. En vos, Señora, confío; no me abandonéis, que yo sólo deseo ser vuestro en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Pon toda tu esperanza en la Virgen santísima; pero vive de modo que María te reconozca por hijo suyo.

13 DE NOVIEMBRE

Festividad de San Estanislao de Kostka.

Preludios.—Mira á este santo joven peregrinando desde Viena á Roma y pidiendo limosna por seguir la vocación de Dios ó recibiendo la comunión de manos de los ángeles. Pide imitar el amor á Jesús y á María, de este admirable Santo.

Punto I

Su devoción al santísimo Sacramento.

Considera que San Estanislao fué un joven que en poco tiempo adquirió una santidad con-

sumada. Pues mira que enriquecerse en poco tiempo y sin mucho trabajo, es un secreto que todos buscan y muy pocos hallan. Las riquezas del mundo no se allegan sino con fatigas y penas. Quien pronto se hace rico, no suele estar libre de pecado, dice el Sabio; mas se pueden muy bien adquirir en poco tiempo grandes tesoros espirituales, sin ofender á Dios ni la propia conciencia. San Estanislao encontró este secreto que consistió en tres cosas: En su devoción al santísimo Sacramento; en el amor de la santísima Virgen, y en la fidelidad en corresponder á las inspiraciones de Dios.

Respecto de lo primero, considera que la devoción al santísimo Sacramento es la devoción de todos los santos, y por la que ellos han alcanzado todas las gracias y toda su santidad. Es esta fuente de amor es donde se inflama y abrasa el corazón. De esta fuente de salud bebieron con alegría aquellas aguas celestiales que regaron sus almas, y les hicieron producir frutos de vida eterna. En esta escuela divina aprendieron la práctica de todas las virtudes. Finalmente, en este divino convite se han sustentado sus almas, fortificado sus corazones, saciado de celestiales deleites y concebido un gran desvío y aversión á los placeres de la tierra. San Estanislao fué desde su niñez un ángel de amor, de pureza y de piedad, y por eso muy favorecido del cielo. Concibió desde su infancia una devoción tan tierna al santísimo Sacramento, que todo su consuelo era estarse en la iglesia á los pies de los altares; comulgaba con la mayor frecuencia que podía, haciéndolo con tal pureza y tal fervor, que más que un niño en carne hu-

mana parecía un serafín del cielo. Encontrándose un día gravemente enfermo en casa de un hereje, y no teniendo quien le pudiese administrar la sagrada Eucaristía, acudió á la virgen santa Bárbara, la cual le alcanzó la gracia de recibir la comunión de mano de los ángeles. Ni fué esta la única vez que le regaló el cielo con tan extraordinario favor. Deseando en otra ocasión ardentísimamente recibir el cuerpo del Señor, y no habiendo quien le comulgase por estar entre protestantes, hicieron este oficio los celestiales espíritus, y trayéndole el divino pan, calmaron las ardorosas ansias de Estanislao. ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Los ángeles del cielo dando la comunión á un ángel de la tierra! ¡Cuánta devoción tendrías á este divino sacramento si vieses que los ángeles te le traían en sus manos! ¿Por qué, pues, no le tienes la misma recibiéndolo de mano de un sacerdote? ¿Acaso es Jesús menos digno de amor y de respeto, cuando te es administrado por mano de un hombre, que cuando se te da por mano de un ángel?

Punto II

Su devoción á la Virgen santísima.

Jesús es la fuente de todas las gracias; María, empero, es el canal de todas ellas. Su Hijo la dió por Madre, al pie de la cruz, á todos los predestinados, en la persona de San Juan. Si no eres hijo devoto de la Virgen, corres riesgo de no ser predestinado; más si la amas, la honras y la sirves, la Virgen te alcanzará infaliblemente una buena muerte, y llegarás á ser del número de los elegidos. Por esto la

santa Iglesia la llama raíz de los predestinados; porque á la manera que la raíz suministra la savia á las ramas del árbol, así también la santísima Virgen dispensa á todos los santos las gracias que les obtiene de su Hijo, que es la fuente de ellas. No debemos, pues, maravillarnos de que San Estanislao se hiciese santo en tan poco tiempo; amaba tiernamente á la santísima Virgen; inspiraba á todos su amor; todo su gusto era el hablar de ella, dirigirle oraciones y honrarla con amor entrañable. Cuando le preguntaban si amaba á María, repentinamente se le encendía el semblante, y arrancando del corazón un profundo suspiro, decía: «¿Y cómo no la he de amar, si es mi Madre?» Y en efecto, esta Reina de los cielos lo miraba como á hijo suyo queridísimo, y le dispensaba gracias extraordinarias. Lo visitó estando un día enfermo, y le puso entre sus brazos al Niño Jesús, dándole con esto la salud y la vida. ¡Bienaventurados aquellos que son hijos de María! La Virgen los visitará en la hora de la muerte, recibirá sus almas en su maternal regazo, los pondrá en los brazos de su divino Hijo, alcanzando para ellos la vida eterna.

Punto III

Su correspondencia á las inspiraciones de la gracia.

Considera que los verdaderos hijos de Jesús y de María, si reciben gracias grandes de Dios, también son fieles en cooperar á ellas. Esto es lo que realmente los hace grandes santos, porque Dios, que nos ha criado sin nosotros, no nos justificará sin nosotros. De aquí es que la fidelidad es la señal, y casi la única

causa de la santidad. San Estanislao recibió grandes gracias de Dios, y este fué el principio de su santificación. Mas no llegó á la última perfección, sino por la fidelidad con que correspondió y cooperó á la gracia divina. Tenía un hermano que le trataba muy mal, mas Estanislao sufría con suma paciencia todos sus malos tratamientos. Apenas le inspiró Dios entrar en la Compañía de Jesús, cuando, renunciando á todos sus honores y bienes de la tierra, después de vencer gloriosamente en toda clase de luchas con el demonio, y sobre todo con la carne y sangre, emprende un viaje larguísimo por seguir la inspiración de Dios, y, vestido pobremente, camina á pie de provincia en provincia y de reino en reino para ser recibido en la religión; y habiendo obtenido esta gracia, llegó en diez meses de noviciado á una perfección consumada y á una extraordinaria santidad, que Dios ha confirmado con repetidos milagros.

Muchos caminos hay para llegar á la perfección, pero el más corto es el de la fidelidad á la gracia. Aquel que coopera fielmente á la primera gracia, recibe en seguida otras mayores y más abundantes, y con ellas va formando en su corazón nuevos grados para subir á la perfección. ¡Qué feliz es el que puede decir con San Pablo que ha sido fiel á la gracia de Dios! Encontrarás, sí, muchos hombres de oración, de mortificación, mas no encontrarás muchos tan fieles á la gracia como lo fué San Estanislao. Si no eres santo, de nadie tienes que quejarte, en ti sólo está la falta; porque no es la gracia la que á ti te ha faltado, sino tú á la gracia. Si fueses fiel en cosas pequeñas, Dios

te ayudaría para que practicases cosas mayores, y en poco tiempo llegarías á la perfección que Dios pide de ti. Comienza, pues, á hacer aquello que sabes, y Dios te enseñará aquello que no sabes. Comienza á practicar lo que puedes con su gracia, y Dios te las dará mayores, á fin de que adelantes siempre más y más en el camino de la virtud.

Coloquio.—¡Oh santo joven Estanislao, modelo de todas las virtudes é hijo predilecto de María, á la que amaste con amor y pureza de un ángel humanado! Enséñame el secreto de tu santidad, dame una chispa de tu amor á Jesús y á María, para que sepa como tú correr como gigante por los caminos de la santidad.

Propósitos.—Correspondencia á las gracias de Dios, en lo que está el secreto de nuestra perfección.

30 DE NOVIEMBRE

San Andrés, apóstol.

Preludios.—Contempla á este santo Apóstol crucificado y predicando desde la cruz el amor á Jesucristo, y pide tú saber amar también la cruz que el Señor te envíe y desde ella predicar al menos con tu buen ejemplo el amor de Jesucristo.

Punto I

Amor de San Andrés á la cruz.

Caminando el Salvador á orillas del mar de Galilea y habiendo visto á los dos hermanos, Pedro y Andrés, los invitó á seguirle, lo cual era lo mismo que llamarles á la cruz. Ambos murieron en ella, efectivamente; pero si Pedro se resignó con amor, Andrés la deseó con ardor. Después de las fatigas y pruebas de todo género, necesariamente unidas á un apostola-

do ejercitado entre los pueblos bárbaros de la Scytia y de la Tracia, su deseo de sufrir se hallaba muy distante de verse satisfecho y no lo fué hasta que dió su último suspiro en una cruz. En Patras fué condenado á este suplicio, objeto de todos sus anhelos. Jamás ningún mundano apasionado mostróse más solícito para el placer que Andrés lo fué para los tormentos. Hallábase gastado por los trabajos y rendido por la vejez, y no obstante esto corrió presuroso al lugar de su suplicio. Su corazón se dilató en presencia de la cruz, la saludó y la bendijo y no satisfecho todavía, la abrazó con inefable cariño. Todo le parecía poco para manifestar su amor hacia ella. «¡Oh cruz buena, exclamaba, oh cruz, instrumento de felicidad más que de sufrimiento, cuánto tardas en satisfacer mis deseos! ¿Puede alguien conocerte y no amarte ni suspirar por ti? ¿A quién he buscado siempre sin descanso sino á ti? Por fin te poseo, y todos mis deseos están ya cumplidos.» Y tal fué el delirio de su amor, que quiso que la cruz se extremeciera á impulsos del júbilo que él sentía para que entre ella y él la alegría fuera común. «¿Cómo, pregunta San Bernardo, es tan grande el sentimiento que le pone fuera de sí, que puede comunicarse á un leño?» Mírale ya suspendido y amarrado á su patíbulo; en él permanece dos días enteros y durante este tiempo, instruye y exhorta á una numerosa multitud que no se cansa ni de verle ni de escucharle; tan feliz parece en aquella situación tan horrible para la humana naturaleza. Desde lo alto de su cruz, predica en favor de la cruz y hace amar la misma cruz. Hubo un instante, es cierto, en que su semblante se

obscureció tomando la expresión de la tristeza. Más aún, llegó á quejarse. ¿Pero de que? De que alguien quería separarle de su querida cruz. El juez, conmovido por los gritos de la multitud, consiente en revocar la sentencia; pero el mártir rechaza con toda la energía de su alma una compasión que le parece cruel, y si el pueblo pone empeño en librarle, él recurre al cielo para que lo impida. «¡Dios mío! exclama, yo me entrego á Vos, pero no me neguéis una gracia; la única que os pido, es morir en esta cruz. No, Señor, no permitáis que me bajen de ella, ni que se me devuelva una vida que ya os he dado». ¡Qué grandeza de alma! ¡Cuánta perseverancia en el amor á la cruz! ¿La amo yo á imitación de este glorioso Apóstol ó soy su enemigo, como la mayor parte de los mundanos y de los tibios en el servicio de Dios?

Punto II

¿Qué motivos tenía San Andrés para este amor?

El mismo nos lo va á decir. Miraba á la cruz desde tres puntos de vista, y cada uno de ellos le hacía amarla con incomparable ternura. La miraba con relación á Jesucristo que la había amado, por razón del tesoro que en sí encierra y por el fin á que nos conduce. Para lo primero, considera que los Apóstoles tuvieron frecuentes ocasiones de notar el asombroso afecto que el Salvador manifestaba á la cruz. Hablaba de ella en todas partes, y aun en medio de las santas delicias del Tabor, y entonces su voz se animaba, como cuando se habla de una cosa muy querida. ¿Por qué

la última Pascua que celebró con sus discípulos era el objeto de sus más vehementes deseos? Porque á ella habría de seguir inmediatamente su Pasión. Llamaba á sus sufrimientos bautismo apetecible, en el que estaba impaciente por sumergirse para la salvación del mundo. Y á tal extremo llevó su amor á los tormentos que le esperaban, que quiso que el Espíritu Santo llamase al día de su muerte día de sus bodas, pues al morir se desposaba con la Iglesia. San Andrés copió su amor á la cruz del amor de Jesucristo. ¡Oh cruz, exclamaba, que has sostenido los miembros sangrientos de mi Salvador, con qué resplandores brillas ante mi vista! Por ti tendrá mi muerte alguna semejanza con la suya; á ti vengo, recíbeme, pues tengo la gloria de llevar el título de discípulo de Aquel á quien hemos adorado entre tus brazos.

En segundo lugar, San Andrés amaba la cruz por el valor infinito que en sí encierra. El valor de la cruz, los tesoros que contiene son para el santo Apóstol otros tantos motivos para unirse á ella con todo su corazón. Por la cruz se derrama la gracia en el mundo, San Andrés no lo ignora, y por eso confía, cuando esté suspendido en ella, en recibir los auxilios eficacísimos del cielo para salir triunfante de la pelea y la fuerza invencible que de la cruz se deriva. «Cruz preciosísima, exclama, nada hay que yo no espere de ti, ni nada que yo no pueda por ti. Tú curas al herir, honras al humillar; recibir de ti la muerte, es ser vivificado. Por esto te he dedicado todo mi afecto desde hace mucho tiempo, y he deseado con tantas ansias morir en ti».

Ve, por último, el santo Apóstol el feliz término á que la cruz va á conducirle, el cielo al que camina por la cruz. La cruz llevada con paciencia, ¿no es, acaso, el carácter que distingue á los elegidos? Ser despreciado, sufrir y morir por Cristo y como Cristo, es un camino seguro para pasar del destierro á la patria. ¡Oh sagrado leño! Por ti me recibirá Aquel que me ha rescatado por medio de ti.

Considerada la cruz desde estos tres puntos de vista, no debe ser menos amable para nosotros que lo fué para San Andrés. Jesús es nuestro modelo como fué el suyo, tenemos necesidad de las mismas gracias, y la cruz es el canal por donde hemos de recibirlas; aspiramos á la misma bienaventuranza, y únicamente la cruz puede darnos derecho á ella. Y, sin embargo, ¿podemos decir con verdad que amamos la cruz de Cristo?

Punto III

Frutos maravillosos que obtuvo San Andrés de su amor á la cruz.

Los obtuvo, en primer lugar, para sí mismo, pues aquel amor á la cruz quitó á sus sufrimientos toda su terrible amargura y convirtió en alegrías sus acerbísimos dolores. Y ¡cosa extraordinaria! á la sola idea de su Pasión, Jesucristo N. S. tiembla y conjura á su Padre para que aparte de El aquel cáliz; Andrés, en medio de sus tormentos, viendo que se trata de librarle de ellos, se aflige y exclama: «No lo permitas, Señor, no lo permitas». Consideremos aquí la gran caridad de nuestro dulcísimo Salvador. Para consolar á los débiles toma

nuestras enfermedades; para honrar á sus mártires les comunica su fuerza. ¡Cuántas penas me podía haber ahorrado, y qué de consuelos he podido procurarme, si en lugar de arrastrar mis cruces las hubiera llevado con amor! De la cruz se desprenden suavidad, fortaleza y gracia para sobrellevar cuantos trabajos el Señor quiera enviarnos. Ella es quien da vigor al alma y alegría al espíritu.

Pero lo que un Apóstol estima más que todos los consuelos es la salvación de las almas, y, predicando á Cristo desde la cruz, San Andrés hace prodigios de conversión. Millares de infieles abjuran sus errores y abrazan el Evangelio; el hermano mismo del procónsul se somete á Jesucristo. De la ciudad de Patras, donde el Apóstol sufrió el martirio, la luz se extiende á las comarcas vecinas, y muy pronto aquellas iglesias nacientes se convierten en las más numerosas y fervientes. Tales son los frutos que produce el amor á la cruz y la predicación de un hombre crucificado y que predica desde la cruz.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Concédenos ese amor por la intercesión del bienaventurado Andrés, á fin de que caminemos por las vías de la verdadera santidad, y hagamos que por ellas caminen también nuestros prójimos. ¡Oh gloriosísimo Apóstol, que mereciste ser el primero entre todos los Apóstoles que conoció por Mesías al Señor, y diste noticia de él á tu hermano San Pedro y le llevaste á El, y juntamente con él le seguiste con tan grande prontitud y obediencia en vida y en muerte, porque enamorado de la cruz en que murió el Señor deseaste morir en cruz por El, y cuando la viste aparejada sentiste tan extraña dulzura en tu alma que se te hizo dulce la misma muerte, y no con lengua de carne, sino con lengua de fuego arrojaste llamas de amor, magnificando por una parte las excelencias de la cruz y la

inmensa caridad del Salvador, y por otra manifestando el regocijo y júbilo de tu corazón por ver la merced que te hacía en recibirte por cruz el que por cruz te redimió; y así, rodeado de una desacostumbrada y divina luz, diste tu espíritu á tu Maestro y Señor, y de tu cuerpo manó y mana un licor suavísimo para salud de los enfermos! Vuelve, pues, tus ojos piadosos á nos, ¡oh Apóstol bienaventurado! llévanos á Cristo; impétranos su gracia para que le imitemos y le sigamos, y por la mortificación de nuestras pasiones merezcamos llevar nuestra cruz y dar la vida por el que con tan grande piedad dió la suya por nosotros, y á ti te hizo compañero en su Pasión y en su gloria, en las peleas y en las coronas.

Propósitos.—Abrazarte con resignación, y aun alegría, á la cruz que el Señor quiera enviarte.

3 DE DICIEMBRE

Fiesta de San Francisco Javier.

Preludios.—Contempla á este admirable santo ó predicando con incansable celo á los indios ó arrebatado en éxtasis de altísima contemplación, y pídele te dé una chispa del fuego del amor de Dios y del prójimo que abrasó siempre su corazón.

Punto I

Javier fué todo para Dios y para la gloria de Dios.

Contempla á ese santo maravilloso después de su conversión. Empieza por llorar los años, por lo menos estériles, que precedieron al día en que sus ojos se abrieron á la claridad de la luz del Evangelio. Los ejercicios que hizo bajo la dirección de San Ignacio acabaron de disipar sus ilusiones y obraron en él tal mudanza, que nada terreno ocupó para nada en adelante su corazón. Reconoció la vanidad de todo lo que no es Dios y sólo tuvo un solo deseo:

amar á Dios y ganar para El muchas almas. ¡Con qué valor se le vió inmediatamente atacar y destruir en él lo que se oponía al reinado perfecto del amor divino! Tan delicado como había sido, tan noble y tan altivo, no vaciló en mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan; en los hospitales prestó á los enfermos los auxilios más abyectos; ¡él, antes tan orgulloso y tan ávido de distinciones quedó tan muerto á la carne y á la sangre, que al alejarse de su patria, á la que no debía volver, pasando cerca del castillo de Javier, se negó el consuelo de ir á despedirse de su madre!

Un corazón tan desprendido de las criaturas, era materia muy dispuesta para arder en el amor divino, y en él se abrasó por completo. El rostro de Javier aparecía con frecuencia inflamado y sus ojos bañados en lágrimas y de sus labios se escapaban ardientes palabras que eran como destellos de la llama interior que le consumía. «¡Oh santísima Trinidad! ¡Oh Jesús mío! ¡Oh Jesús, amor de mis amores!» Hubiera querido verter su sangre para evitar una ofensa á la divina Majestad. «Algunas veces tengo horror á la vida, escribía á un amigo, y mejor quisiera morir que ver tantos ultrajes hechos á Jesucristo sin poderlos impedir ni reparar.» ¡Cuántos sufrimientos experimentó para llevar á lejanas tierras y á todas partes, si hubiera podido hacerlo, el conocimiento y el amor de Dios!... Y después de tantas fatigas, tras haberse inmolado tantas veces y de tantas maneras, ¡todavía creía no haber hecho nada! Poco antes de su muerte declaró que su intención era, después de haber sometido á Dios el

vasto imperio de la China, penetrar en la Tartaria, para luego volver á Europa á combatir la heregía y la corrupción de costumbres, ir en seguida al Africa y repasar, por último, el Asia, para buscar y conquistar allí nuevos reinos á Jesucristo. Corazón verdaderamente de Apóstol, sin más amor que el de Dios y el de las almas por Dios.

Pero si así es el verdadero amor, ¿qué debo pensar del mio? Javier murió á los cuarenta y seis años y sólo diez le bastaron para realizar inmensas conquistas á la mayor gloria del Señor. ¿Qué he hecho yo, en cambio, durante toda mi vida para servir á nuestro Señor? Y sin embargo, úrgeme tomar pronto un partido: ó glorificar á Dios el tiempo que me resta de vida, amándole y haciéndole amar, ó en la otra y por toda una eternidad, ¡estar separado de Dios!

Punto II

Javier fué todo para el prójimo y para la santificación de las almas.

Su caridad para con el prójimo á todo se extendía; al cuerpo y al alma, al tiempo y á la eternidad. Parecía no haber nacido sino para el alivio de los que sufrían, y en servirles cifraba todas sus delicias. Pero su amor al prójimo se señalaba singularmente por su celo por la salvación de sus prójimos. Puede decirse de él lo que San Juan Crisóstomo dijo de San Pablo: que su celo le dió alas para volar por todo el universo á la conquista de las almas. Causa verdadero asombro considerar el número de sus viajes por tierra y por mar, con los difíci-

les medios de comunicación que en su tiempo existían, y pasma y maravilla ver que en tan poco tiempo como duró su apostolado, pudiera trabajar y derramar sus sudores en tantas y tan apartadas comarcas; y no obstante, no sólo las recorrió, sino que en todas ellas predicó, bautizó, administró los demás sacramentos, desarraigó la idolatría, reformó las costumbres y estableció la fe y la piedad cristianas.

Tantos rigores y tan inmensos trabajos le acompañaron en este apostolado, que sólo por milagro pudo trabajar así por espacio de diez años. Arrancar al infierno y dar al cielo almas inmortales, creadas á imagen de Dios y rescatadas con la sangre de Jesucristo, era su ambición, su sostén y su vida. Para tan noble objeto, el trabajo le parecía descanso, el sufrimiento un placer, y los peligros y las dificultades, lejos de espantarle, le enardecían. ¿Se quiere que renuncie al designio de convertir á los habitantes de una isla salvaje? La terrible pintura que de ella se le hace inflama sus deseos. A todo lo que se le opone, se contenta con responder que si aquella isla abundase en riquezas, más de un mercader habría ya penetrado en ella, y pregunta con indignación si el amor á las almas habría de ser menos intrépido que el amor al dinero. «El más temible peligro, decía, es no tener confianza en Dios en medio de los más graves riesgos». Avergüénzate de tu indolencia y falta de celo á vista de tan maravilloso apostolado. Mira si haces cuanto debes y puedes por la salvación de tu alma, y lo que más te importa aún, por tu propia perfección.

Punto III

Javier fué todo para sí mismo y para su propia santificación.

Uno de los escollos de la vida apostólica, es entregarse sin reserva á las ocupaciones exteriores, olvidándose uno de sí mismo para atenderá los demás. Jesucristo, en el *Apocalipsis*, reconviene por esta falta al obispo de Efeso. Javier supo evitar este escollo. Jamás hubo misionero más aplicado á su propia santificación, mientras trabajaba con un celo devorador en la santificación de sus hermanos. Tenía invariablemente señalado el tiempo que había de dar á tratar con Dios, y en aquellos momentos olvidaba al prójimo en interés del prójimo mismo. Estando en Goa, se retiraba al más oculto rincón de la iglesia, para no ser interrumpido en las dos horas que dedicaba á la oración. Durante sus viajes por mar, oraba regularmente desde la media noche á la salida del sol. Con la misma fidelidad se entregaba á las demás prácticas de su ardiente devoción, como examen de conciencia, visitas al santísimo Sacramento, retiros espirituales, todo ello con la exactitud y fervor de un escrupuloso novicio. Y de este modo, alimentando y perfeccionando constantemente su unión con Dios, estaba siempre pronto para secundar las vías de su misericordia para la salvación de las almas. ¡Santa alianza de la acción y de la contemplación que se admira en todos los hombres verdaderamente apostólicos y que tan lejos estoy de poseer!

Coloquio.—¡Oh Javier! El celo no se extingue en

el cielo, pues es el efecto del amor. Por el contrario, es más ardiente allí donde la caridad recibe su suprema perfección. Por vuestro celo, pues, y por vuestro doble amor á Dios y al prójimo, os pedimos que dirijáis una mirada á los herederos de vuestro apostolado. La gloria de Dios y la dicha del mundo está en las manos de los sacerdotes y ministros de Dios: pedid para ellos la gracia de comprender la alteza de su vocación, á fin de que sean capaces de llenar sus grandes destinos. Obtened para ellos y para mí que seamos como vos, todo para Dios, todo para el prójimo y todo para nosotros mismos.

Propósitos.—Mira si según tu estado y las condiciones en que el Señor te ha puesto, haces lo que puedes por la salvación de las almas.

21 DE DICIEMBRE

FIESTA DE SANTO TOMÁS APÓSTOL

Misericordia de Dios con este Apóstol incrédulo.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. reprendiendo la poca fe de este Apóstol y pide no ser nunca duro de corazón á los llamamientos de la gracia divina.

PUNTO 1

Paciencia de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.

Considera que el pecado de la incredulidad de Tomás era gravísimo. Después de tantas palabras de Jesucristo, su divino Maestro, de tantos y tan estupendos milagros que lo habían convencido de la divinidad del Salvador, después de haberle oído muchas veces anunciar su resurrección para el tercer día después de su muerte, la nueva de haber resucitado Jesús que le llevaban las santas mujeres, no debió sorprenderle, sino causarle una extraordinaria alegría. Pues no obstante esto, calificó la resurrección del Señor de sueño de

mujeres. Igualmente rechazó el testimonio de los discípulos que habían visto al Salvador resucitado y que habían conversado y comido con El. A creerle, Pedro, Juan y los demás Apóstoles, eran unos visionarios, espíritus flacos é ilusos, entre los cuales él era el único razonable. ¡Qué orgullo! ¡Cuánta presunción! Pretende nada menos que dar la ley al Salvador y le impone las condiciones á las que habrá de someterse para obtener su fe. «Si no veo en sus manos las llagas hechas por los clavos y las toco con el dedo y meto mi mano en su costado, no creeré.» ¡Qué audaz y sacrílega exigencia! Con ella declara que aunque vea y oiga al Salvador, no se rendirá á sus palabras, es preciso que le toque á su capricho. Pero si la vista y el oído pueden engañarle, ¿por qué el tacto, sentido más material y más grosero que los otros dos, no cree que le engañe? ¿No se diría que ha perdido la razón al poner esa condición para creer? Pero si no cree, su pérdida es segura, y ¿puede aventurar nadie con más temeridad su salvación? Su pecado, además, no fué como el de Pedro, un error de corta duración; en él persevera durante muchos días, á pesar de todas las instancias que se le hacen y de las pruebas que se le dan. En semejante conducta había una obstinación intolerable é injuriosa para Jesucristo y escandalosa para los débiles; porque ¿cuántos ánimos vacilantes podían ser pervertidos por tan mal ejemplo? No obstante todo esto, su buen Maestro le soportó con maravillosa paciencia.

Era, además, motivo de grande aflicción para María, para el colegio apostólico y para

la Iglesia de los fieles, cuya alegría se veía turbada por aquella criminal obstinación. Pero ya que rehusaba escuchar á la Iglesia, ¿no era razonable que se le excluyera de ella? Así procedía, pero Jesucristo no permitió que esto sucediera, y para ello inspiró á todos su paciencia y esperó un momento favorable para vencer aquella incredulidad, dando una prueba irrefragable de lo que le cuesta abandonar á un alma á quien ha amado y colmado de sus gracias, y de los esfuerzos que hace para sacarla del abismo en que ha caído apartándose de El.

Punto II

Bondad de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.

Ocho días habían transcurrido de paz y de felicidad para los fieles discípulos y de agitación y remordimientos para el Apóstol incrédulo, cuando Jesús se les apareció de nuevo y esta vez expresamente para que le viera el incrédulo, otorgándole por un exceso de caridad lo que Tomás sólo pudo pedir por un exceso de temeridad. Mira ya al Salvador en medio de sus discípulos como un pastor en medio de su rebaño. A la vista de su Maestro toda la reunión se estremece de júbilo, y Jesús se dirige hacia Tomás. ¿Pero era éste el primero que debía llamar su atención? Pedro y Juan estaban allí, y también se cree que estaba la santísima Virgen; y sin embargo, á ninguno de ellos se dirige, y es que tiene en menos la dignidad y el mérito de muchos que la necesidad de uno solo. Así es el Corazón de Jesús y así se le vió entonces tal y como le

pintan las parábolas del hijo pródigo y del Buen Pastor. «Aproxímate, Apóstol mío, le dice, te quiero demasiado para consentir en tu pérdida. Antes que eso prefiero prestarme á lo que exiges de mí y emplear para convencerte el medio que me pides. Sí; he aquí las manos que han curado á tantos enfermos y dado tantas bendiciones; mira los pies que han corrido tras la oveja extraviada; mira este costado abierto por el hierro de la lanza. Y ya que no te contentas con ver, toca; pon tu dedo en estas llagas, mete tu mano en este costado; entra tú mismo en este corazón que te ama todavía; pero cesa de ser incrédulo, sino sé ya fiel.» ¡Oh santa compasión! ¡Oh dulce indulgencia! ¡Oh conmovedora bondad! Aprende á conocer al divino Corazón de Jesús. Mira lo infinito de su bondad para con los pecadores, y á vista de ella crezca tu confianza en El y tu amor para con El á medida de tus miserias pasadas y de tu grandísima indigencia.

Punto III

Triunfo de Jescristo sobre el Apóstol incrédulo.

El Salvador se sirvió del resplandor de su rostro para iluminar á la Magdalena, y para atravesar su corazón, de una flecha de amor, según el canto litúrgico. Con una mirada le bastó para anegar en lágrimas al Apóstol que le había negado, y se sirvió de su nombre para hacer un Apóstol de Saulo, derribado en el camino de Damasco; mas para convertir Jesús á Tomás, al incrédulo, se sirve de sus llagas. Apenas el orgulloso Apóstol toca aquellas divinas heridas, recobra la fe y exclama:

«¡Señor mío y Dios mío!» Su dolor y su amor no le permiten decir más; su dolor, porque ve su pecado; su amor, porque está vencido por la bondad de aquel Maestro adorable, que indignamente ofendido, se venga colmándole de favores. Por otra parte, todo cuanto pudiera decir queda dicho en tan pocas palabras. Con ellas reconoce á Jesús por su Señor, y de allí en adelante quiere servirle y temerle. Le reconoce por su Dios, y no vivirá sino para amarle y ganarle corazones. Mírale, pues, curado y colocado otra vez entre los que serán la luz del mundo. Las tinieblas de su infidelidad nos serán tan útiles como la luz ardentísima de su fe. ¡Con qué celo fué á predicar aquella resurrección, que no había querido creer sino después de haberse visto forzado á ello, en cierto modo, por un milagro de la caridad de Jesucristo! A los Partos, á los Medos, á los Persas, á los Scytas, á los Hircanos, llevó la luz del Evangelio, hasta que en las Indias, en Calamina, halló el cumplimiento de sus más ardientes votos, la gloria de coronar con el martirio un apostolado que tantos pueblos había sometido á Jesucristo. Un rey bárbaro le hizo perecer á lanzadas. ¡Y con qué amor porclamó al expirar que Jesús era su Señor y su Dios!

Coloquio.—¡Oh Tomás, apostól de Jesucristo! ¡Oh sol del mundo! al cual con la claridad de tu celestial doctrina y con los resplandores del Evangelio alumbraste, y por tantas y tan diversas y extendidas provincias propagaste el nombre de tu dulcísimo Maestro y Señor. Tocando sus preciosas llagas sanaste las de nuestra infidelidad, y en la carne inmortal reconociste y adoraste á nuestro Dios. Tú con inmensos trabajos cultivaste la viña de la santa Iglesia, y como conquistador del mundo domesticaste innumerables gentes fieras y bár-

baras y las sujetaste al suave yugo de Cristo, amansándolas con tus ejemplos, enseñándolas con tus palabras, espantándolas con tus milagros, y alcanzándoles con tu muerte perdón y la bendición del Señor. Los que ahora con oficio y predicación apóstólica se emplean en las Indias en quitar el cetro y trono á Satanás, todos siguen tus pisadas, y por medio de tus oraciones recogen en los trojes del Señor lo que tú con lágrimas y sangre sembraste. Ayúdalos, ¡oh Tomás glorioso! esfuérzalos, pon tu mano sobre el arco que ellos flechan, para que sus saetas sean penetrantes y eficaces, y muriendo venzan, y cayendo se levanten, y aquellas ovejas su junten con las de este rebaño, y reconozcan, adoren y obedezcan á solo Dios trino y uno verdadero y á Jesucristo por su único y sumo Pastor.

Propósitos.—Entra constantemente dentro del corazón y de las llagas de Cristo, vive allí como en celestial morada y jamás se extinguirá tu fe ni se resfriará tu caridad.

27 DE DICIEMBRE

Festividad de San Juan, apóstol y evangelista.

Preludios.—Contempla al discípulo amante y amado de Jesús en la última cena, recostado sobre el divino Corazón de su Maestro, pide participar de su pureza y de su amor para saborear en la sagrada comunión las delicias celestiales que inundaron el alma del dichoso y fiel discípulo del Señor.

Punto I

Amor mutuo de Jesús y del discípulo amado.

San Juan amó á Jesús con amor purísimo y ardentísimo, y Jesús amaba á San Juan con amor de predilección. El amor que le tuvo Jesús fué su dicha; y el amor que él tuvo á Jesús constituyó su grandeza y todo su mérito. El amor recíproco con que se amaron, hizo á San Juan el amigo y confidente de Jesucristo;

porque la amistad pide correspondencia de amor.

¿Puedes dudar de que Jesucristo te ama, teniendo pruebas tan incontestables en las gracias generales y particulares que te está dispensando? Mírale en un establo, contémplale en la cruz, considérale en nuestros altares y observa con admiración lo que el amor le ha obligado á hacer por nosotros. ¿Cuántas veces te ha hecho como á Juan comer á su mesa? ¿Cuántas veces te ha dejado como á él descansar sobre su seno, y El ha reposado en el tuyo, después de la sagrada comunión? ¿Y después de esto aún dudarás de su amor? Repasa en tu memoria todos los beneficios particulares que te ha hecho desde que estás en el mundo, y confesarás que eres el discípulo amado de Jesús. ¿Mas eres tú también el discípulo amante de Jesús? ¿Qué muestra le has dado hasta ahora de tu amor? ¿Cómo has correspondido á tantas caricias, gracias y favores suyos? Si te preguntase como á San Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» ¿Podrías decir en verdad que lo amabas? ¿Estás pronto á dejarlo todo por El, tú que no sabes privarte de una satisfacción ilícita por su amor? ¿Protestas que estás dispuesto á morir por El, y no puedes sufrir con paciencia una ligera palabra, ni menos una leve injuria que te hagan?

Punto II

Efectos del amor de Jesucristo al apóstol San Juan.

Los efectos del amor de Jesucristo á San Juan, fueron el profundo conocimiento que le comunicó de los misterios incomprensibles de

nuestra fe, principalmente de su divinidad y de su encarnación, y que expresó San Juan con estas admirables palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios; y el Verbo era Dios». El segundo efecto del amor de Jesús, fué haberle hecho descansar suavísimamente sobre su pecho la noche postrera de la cena. El tercero fué haberle dado á su santísima Madre al pie de la cruz, sustituyéndole en su lugar.

Reconoce, pues, si no eres el más ciego y el más ingrato de todos los hombres, que tú también eres el discípulo amado de Jesús. Recuerda si no, todas las verdades que por medio de la fe te ha revelado; observa también con que amor ha entrado mil veces en tu corazón en la sagrada comunión, y te ha hecho descansar en el suyo, en cuanto de El ha dependido, con igual regalo y dulzura que al evangelista del amor. ¡Oh divino banquete! ¡Oh tálamo delicioso, en donde descansa el corazón amante de Jesús en su pecho sacratísimo, bebiendo allí á torrentes celestiales delicias. Además, ¿no te ha dado Jesús á su Madre por madre tuya como á San Juan? ¿Cuando estás en aflicción, y al pie de la cruz, no te dice: «Hijo mío, ahí tienes á tu Madre?» ¿Por qué no acudes á ella? ¿Por qué no la invocas? ¿Y de dónde viene que no pones en ella toda tu confianza?

Punto III

Pruebas del amor del apóstol San Juan á su divino Maestro.

San Juan mostró recíprocamente su amor á Jesucristo con la pureza de su corazón, con la

fidelidad de su alma, con la adhesión inquebrantable á su divina Persona, habiéndole seguido hasta la cruz; con el aborrecimiento que tuvo al mundo, su enemigo; con el amor con que amaba al prójimo, y que nos rocomendó con tanta eficacia; finalmente, con la ternura y respeto que siempre tuvo á la Santísima Virgen, y el obsequio con que la veneró siempre. ¿Qué, no es amar al Hijo el amar á su Madre? ¿Y no es honrar al Hijo el honrar también á su Madre?

¿Amas de esta manera á Jesús? ¿Tienes esta misma pureza de cuerpo y de alma? ¿Eres fiel en llenar las obligaciones del amor? ¿Sigues por todas partes las huellas de Jesús? ¿Le acompañas con el mismo gusto al Calvario que al Tabor? ¿No le abandonas cuando le ultrajan los impíos, y le ponen en la cruz? ¿Aborreces al mundo? ¿Amas á tu prójimo? ¿Eres devoto de la santísima Virgen? ¿La amas y la honras como á tu madre? Si no haces eso, no mereces llamarte discípulo de Jesús ni hijo de María santísima.

Coloquio.—¡Oh Jesús, Salvador mío, qué consuelo siento yo cuando pienso en que Vos me amáis! ¡Pero qué confusión es la mía, cuando me reprendo á mi mismo de que no os amo! ¿Qué habéis encontrado en mí que sea digno de vuestro amor? ¿Y qué he visto yo en Vos, que no sea digno de mi afecto y gratitud? ¡Y no obstante os he aborrecido hasta ahora en lugar de amaros! He correspondido á vuestros beneficios con ingratitudes, y he hecho menos caso de vuestra amistad, que de la del mundo, y de una miserable criatura. Ah, Señor mío, yo os amaré en lo venidero con un amor puro, fiel, desinteresado, constante y generoso; y os amaré toda mi vida para que pueda amaros aun después de la muerte. Y Vos ¡oh amantísimo Apóstol Juan! ¡oh discípulo querido de Cristo, y con particular

privilegio hijo de María! ¡oh príncipe de los doctores, maestro de la sabiduría divina, sol del Evangelio, sagrario de la santísima Trinidad, hijo del trueno, águila real, amigo del Esposo, divino secretario del Verbo Eterno y depositario de sus tesoros y riquezas! miradnos con ojos amorosos, y pues tanto amasteis y fuisteis amado del Señor, alcanzadnos gracia de vuestro buen Maestro, para serle fiel siempre, y sobre todo al pie de la cruz, y merecer así como Vos, ser contado entre los discípulos amantes y amados de su corazón.

Propósitos.—Imitar la pureza de alma y de cuerpo del apóstol San Juan. Así podrás llamarte devoto del sagrado Corazón é hijo verdadero de la santísima Virgen.

FIN DEL TOMO SEXTO

A. M. D. G.

ÍNDICE

NOVIEMBRE

1 *Festividad de todos los Santos.* 5

I. De la gloria eterna del paraíso de los santos.—II. De la posesión de Dios, gloria esencial de los santos.—III. El ejemplo de los santos.

NOVENA

EN HONOR DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

2 *Meditación para el día de difuntos.* 13

I. Visita al cementerio. — II. En el cementerio. — III.—Consideraciones y propósitos.

3 *Sobre la devoción á las almas del purgatorio.* . 23

I. Las almas del purgatorio son dignísimas de nuestra compasión.—II. La devoción á las almas del purgatorio es muy agradable á Dios N. S.—III. La devoción á las almas del purgatorio es muy ventajosa para nosotros.

4 *Sobre el dogma del purgatorio.* 30

I. Existencia del purgatorio.—II. El dogma del purgatorio es sumamente consolador.—III. Del lugar destinado por Dios para purgatorio de las almas.

5 *Sobre las terribles penas del purgatorio.* . . . 40

I. Pena de daño.—II. Pena de sentido.—III. La pena del gusano de la conciencia, ó sea del remordimiento.

6 *Sobre otros tres motivos de pena de las benditas almas del purgatorio.* 47

I. La vista de sus pecados.—II. El olvido en que se las deja, segundo motivo de pena.—III. Incapacidad de merecer, en las almas del purgatorio.

7 *De tres lecciones que nos dan desde el purgatorio las almas benditas.* 54

I. Primera lección: el amor á la pureza de conciencia.—II. Segunda lección: la enmienda de las faltas ordinarias.—III. Lección tercera: la gravedad del pecado venial.

8 *De tres medios eficacísimos para aliviar á las almas del purgatorio.* 61

I. Del primer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el ayuno.—II. Del segundo medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la limosna.—III. Del tercer medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es la oración.

9 *De otros tres medios de ayudar á las almas benditas del purgatorio.* 71

I. Cuarto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que es el santo sacrificio de la misa.—II. Quinto medio de socorrer á las almas del purgatorio, que son las indulgencias.—III. De otro medio excelente para socorrer á las almas del purgatorio, muy fácil á todo el mundo.

10 *Del pecado venial como materia y pábulo del fuego del purgatorio.* 81

I. Qué es el pecado venial según los principios de la fe.—II. Efectos del pecado venial.—III. Los castigos del pecado venial.

MEDITACIONES

PARA EL SANTO TIEMPO DE ADVIENTO

(Primera semana de adviento.)

11 *Del fin para que fué criado el hombre, y las demás cosas que le sirven.* 88

I. Del fin del hombre.—II. Del fin de las criaturas.—III. Conclusión práctica de los puntos anteriores.

12 *De la grandeza y excelencia del fin del hombre.* 95

I. Que sólo Dios puede ser el fin del hombre.—II. De la excelencia y necesidad de ese fin.—III. De los medios infinitos para conseguir ese fin.

13 *Del fin del cristiano.* 103

I. El fin del cristiano es vivir según la ley y el espíritu de Cristo.—II. La perfección del cristiano es vivir de la vida de Jesucristo.—III. Debemos adquirir la perfección cristiana por los medios que nos enseñó Jesucristo.

14 *De la gravedad del pecado por ejemplos del pecado de los ángeles, de Adán y otros particulares.* 109

I. Del pecado de los ángeles.—II. Del pecado de Adán y Eva.—III. Castigo de un alma que se condena por un solo pecado mortal.

15 *De la muchedumbre de los pecados y de su gravedad por ser muchos y contrarios á la razón.* 118

I. De la muchedumbre de los pecados.—II. De la gravedad de estos pecados por su muchedumbre.—III. De la fealdad del pecado en cuanto contrario á la razón.

16 *De la gravedad del pecado, por la vileza del hombre que ofende á Dios N. S.* 124

I. De la vileza del hombre en cuanto al cuerpo.—II. De la vileza del hombre en cuanto al alma.—III. De la nada del hombre en comparación de Dios.

17 *De la gravedad de los pecados por la grandeza de la infinita majestad de Dios, contra quien se cometen.* 128

I. De las infinitas perfecciones de Dios.—II. De los infinitos beneficios de Dios N. S.—III. Gravedad del pecado por la vileza de sus motivos.

(Segunda semana de adviento.)

18 *De la gravedad del pecado por comparación á las penas temporales y eternas con que es castigado.* 136

I. De la gravedad del pecado por las penas y miserias de esta vida.—II. De la gravedad del pecado por ser mal mayor que todos los males temporales.—III. De la gravedad del pecado por comparación á las penas eternas.

19 *De las propiedades de la muerte.* 144

I. De la certeza de la muerte.—II. Que la muerte es incierta en todas sus circunstancias.—III. La muerte es única.

20 *Sobre la muerte del pecador y del justo.* 151

I. Sobre la idea de la muerte.—II. Muerte del pecador.—III. La muerte de los justos.

21 *Festividad de la presentación de María santísima en el templo.* 159

I. La presentación de María santísima en el templo.—II. Vida de María en el templo.—III. El voto de perpetua virginidad de María en el templo.

22 *De la memoria de la muerte como medio de santificación.* 165

I. El recuerdo habitual de la muerte asegura la inocencia de la vida.—II. El recuerdo de la muerte nos despega de todas las cosas perecederas.—III. El recuerdo habitual de la muerte hace morir con el corazón lleno de las más dulces esperanzas.

23 *Sobre la preparación á la muerte.* 170

I. Debemos prepararnos á la muerte haciendo ahora lo que quizá no podamos hacer entonces.—II. Debemos prepararnos á la muerte haciendo ahora lo que forzosamente tendremos que hacer en nuestra última hora.—III. Debemos prepararnos para la muer-

te haciendo ahora lo que quisiéramos haber hecho cuando llegue el momento de morir.

24 *La meditación de la muerte debe estimularnos á morir á nosotros mismos y á nuestras pasiones.* 177

I. La idea de la muerte debe animarme á abrazarme por completo con el espíritu de mortificación.—II. La meditación de la muerte debe animarme á abrazar la pobreza espiritual.—III. La meditación de la muerte debe animarme á despreciar las honras vanas de la vida.

(Tercera semana de adviento.)

25 *Sobre el juicio particular.* 185

I. Personas que asisten en este juicio.—II. Sobre el tiempo y lugar en que se hace este juicio.—III. Sobre el orden de este juicio y examen riguroso que se ha de hacer.

26 *Sobre la sentencia que se dará al alma en el juicio particular.* 192

I. Despoja Cristo N. S. al alma del pecador de las gracias que le quedaban después del pecado.—II. La sentencia de Cristo N. S. en el juicio particular.—III. Aplicaciones y propósitos.

27 *Del juicio universal.* 199

I. Razón de este supremo juicio.—II. De la resurrección de los muertos y venida del Juez.—III. De la separación de los buenos y de los malos.

28 *Del proceso del juicio universal.* 207

I. Manifestación de las conciencias de todos los hombres.—II. De las terribles acusaciones en contra de los malos.—III. De la vergüenza y confusión de los malos el día del juicio.

29 *De las sentencias del juicio universal.* 214

I. De la sentencia en favor de los buenos.—II. De la sentencia en contra de los malos.—III. Ejecución de la sentencia.

NOVENA

EN HONOR DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

30 *Sobre la predestinación de María santísima.* . . 224

I. La Virgen santísima fué predestinada antes que todas las criaturas.—II. Que la predestinación de María es superior á la de todas las criaturas.—III. La predestinación de María, causa con Jesucristo de la predestinación de las criaturas.

DICIEMBRE

1 *Sobre la abundancia de gracia con que Dios enriqueció á María santísima.* 235

I. Qué cosa sea la gracia.—II. La gracia en María santísima desde su concepción inmaculada.—III. Del sumo cuidado que debemos tener en acrecentar la gracia á imitación de María.

2 *De la pureza sin mancha de María santísima.* . 244

I. De cuán sublime y excelente es la virtud de la pureza.—II. De la pureza y virginidad de nuestra Señora.—III. Del sumo cuidado que debemos poner en conservar la pureza.

3 *De la incomparable hermosura de María Santísima.* 252

I. De las diferentes clases de belleza, y cuál de ellas sea la más excelente.—II. Hermosura del alma de María.—III. De cuánto hemos de procurar la hermosura del alma.

4 *Del amor de María santísima á Dios y á los hombres.* 259

I. De la dulzura y excelencia del amor divino.—II. Del amor recíproco entre Jesús y María, y del que nos tiene á nosotros nuestra dulcísima Madre.—III. De cuán suave y dulce es el amor de María, y del amor y gratitud que nosotros le debemos.

5 *De la incomparable santidad de la Virgen santísima.* 268

I. En qué consiste la santidad de las criaturas.—II. De la inmensa santidad de la santísima Virgen.—III. De la santidad del cristiano.

6 *De la dignidad y grandeza de la santísima Virgen.* 275

I. De la falsa idea que el mundo tiene de la dignidad y de la grandeza.—II. De cuán sublime y excelsa es la dignidad de la santísima Virgen.—III. La imitación de la humildad de María es el mejor medio para llegar á la verdadera grandeza.

7 *De las singulares gracias y privilegios que Dios N. S. concedió á nuestra Señora en el instante de su concepción.* 283

I. Del primer privilegio, que fué preservarla de la culpa original.—II. Del segundo privilegio, que fué confirmarla en gracia.—III. Del tercer privilegio, que fué llenarla de gracia y de todas las virtudes.

8 *Festividad de la inmaculada Concepción de la santísima Virgen.* 289

I. María santísima inmaculada en el plan divino.—II. María santísima inmaculada, por ser Madre de Dios.—III. María santísima inmaculada, como corredentora del linaje humano.

(Prosiguen las meditaciones de la tercera semana de adviento.)

9 *Sobre las penas del infierno.* 299

I. Qué cosa es el infierno.—II. De los males del infierno.—III. Del fuego del infierno.

10 *De las penas del infierno meditadas por aplicación de sentidos.* 306

11 *Del infierno del alma.* 314

I. Suplicio de las potencias del alma.—II. Suplicio de la pena de daño.—III. Suplicio de la eternidad.

12 *Sobre la eternidad de las penas del infierno.* . . 321

I. La eternidad de las penas la reclama Dios.—II. La eternidad de las penas la exige la naturaleza de la vida.—III. La eternidad de las penas la exige la naturaleza del pecado mortal.

(Cuarta semana de adviento.)

13 *Sobre la tibieza espiritual.* 331

I. De la esencia de la tibieza.—II. De los males y peligros de la tibieza.—III. De las causas y remedios de la tibieza.

14 *De las señales de la tibieza.* 338

I. Señales de la tibieza.—II. De otras señales de la tibieza.—III. De la infelicidad del alma tibia.

15. *Del pecado venial* 345

I. De la gravedad del pecado venial en sí mismo.—II. De la multitud de los pecados veniales.—III. De las consecuencias del pecado venial.

16 *Sobre no diferir la conversión.* 352

I. De los que difieren la conversión.—II. Por qué no debemos diferir la conversión.—III. Que los que dilatan su conversión no desean de veras convertirse.

17 *De la penitencia por nuestros pecados.* 358

I. De la necesidad de la penitencia.—II. Del espíritu de penitencia. — III. De las condiciones de la penitencia.

18. *Sobre los frutos de la penitencia cristiana.* . . . 366

I. De los frutos de la penitencia.—II. De los medios de conocer que nuestra penitencia es verdadera.— III. De la felicidad y dulzura de la penitencia.

19. *Sobre la misericordia de Dios en recibir al pecador arrepentido.* 373

I. El hijo pródigo arrepentido. — II. El hijo pródigo volviendo á casa de su padre.— III. El hijo pródigo perdonado por su padre.

20. *Sobre el amor de Dios*, ... 382

I. Debemos amar á Dios porque es infinitamente amable.— II. Debemos amar á Dios por ser infinitamente amante y benéfico.—III. Debemos amar á Dios porque desea sumamente ser amado de nosotros.

(Meditaciones preparatorias á la fiesta del nacimiento de N. S. Jesucristo.)

21 *Del decreto admirable de la Encarnación del Hijo de Dios*. 389

I. Sobre el decreto de Dios para remediar el género humano. — II. Del decreto divino de la Encarnación del Hijo de Dios.—III. De las infinitas perfecciones que nos demostró el Señor en este decreto de la Encarnación.

22 *De la infinita caridad de Dios en el misterio de la Encarnación*. 396

I. De la infinita grandeza de la persona que nos hizo el beneficio de la Encarnación. — II. De la infinita grandeza del don que Dios dió al mundo en la Encarnación.— III. Del fin para que Dios dió al mundo á su Hijo unigénito.

23 *De la ejecución del misterio admirable de la Encarnación*. 401

I. Del misterio de la Encarnación. — II. De las circunstancias de la Encarnación en cuanto al cuerpo de Cristo N. S.—III. De las excelencias del alma santísima de Cristo N. S.

24 *De la jornada de la Virgen nuestra Señora desde Nazaret á Belén*.. 409

I. Del camino de Nazaret á Belén.—II. De la ocasión que tuvo Cristo N. S. para hacer esta jornada.— III. De la entrada en Belén de la Santísima Virgen.

25 *Del nacimiento de Jesucristo N. S. en el portal de Belén*.. 415

I. El Verbo divino encarnado en las entrañas de Ma-

ría.—II. Del misterio inefable del nacimiento del Hijo de Dios.— III. De las grandezas del divino Niño Jesús.

26 *Del regocijo de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios, y de la nueva que dieron á los pastores.* 423

I. Adoran los ángeles del cielo al Niño de Belén.— II. Anuncian los ángeles á los pastores el nacimiento del Salvador. — III. "Gloria á Dios en las alturas „

27 *En el portal de Belén.* 429

I. La cuna de Belén, cátedra del amor de Jesucristo á los hombres.—II. La cuna de Belén, cátedra de sabiduría divina.—III. La cuna de Belén, tribunal de la justicia de Dios.

28 *La humildad de Jesús en la cueva de Belén.* . . . 434

I. Jesús en Belén, modelo de perfecta humildad.—II. De la excelencia de la humildad en sí misma.—III. De los frutos de la virtud de la humildad.

29 *La pobreza de Jesús en la cueva de Belén.* 440

I. La pobreza de la santa cueva.—II. Del apego excesivo á los bienes de la tierra.—III. De las riquezas que se encierran en la cueva de Belén.

30 *Sobre la pérdida del tiempo.* 448

I. El pecado que en sí encierra la pérdida del tiempo.—II. Los pecados que ocasiona la pérdida del tiempo.—III. Lo que hay que hacer para evitar la pérdida del tiempo.

31 *De los infinitos beneficios de Dios.* 456

I. De los infinitos beneficios de Dios N. S.—II. Del modo de corresponder á los beneficios de Dios.— III. Del beneficio que nos ha hecho Dios dejándonos llegar hasta el fin del año.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DE LOS MESES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE.

(Dominica segunda de Noviembre.)

FIESTA DEL PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN. — *Sobre el poder sin límites de la santísima Virgen.* 465

I. La Virgen santísima lo puede todo en favor de sus devotos.—II. María santísima todo lo quiere en favor de sus devotos.—III. De nuestra confianza en el patrocinio de María santísima

13 *Festividad de San Estanislao de Kostka.* 474

I. Su devoción al santísimo Sacramento.—II. Su devoción á la Virgen santísima.—III. Su correspondencia á las inspiraciones de la gracia.

30 *Fiesta de San Andrés, apóstol.* 479

I. Amor de San Andrés á la cruz.—II. ¿Qué motivos tenía San Andrés para este amor?—III. Frutos maravillosos que obtuvo San Andrés de su amor á la cruz.

DICIEMBRE

3. *Fiesta de San Francisco Javier.* 485

I. Javier fué todo para Dios y para la gloria de Dios.—II. Javier fué todo para el prójimo y para la santificación de las almas. — III. Javier fué todo para sí mismo y para su propia santificación.

21. FIESTA DE SANTO TOMÁS, APÓSTOL.— *Misericordia de Dios con el Apóstol incrédulo.* 490

I. Paciencia de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.—II. Bondad de Jesucristo con el Apóstol incrédulo.—III. Triunfo de Jesucristo sobre el Apóstol incrédulo.

27. *Festividad de San Juan, apóstol y evangelista.* 495

I. Amor mutuo de Jesús y del discípulo amado.—II. Efectos del amor de Jesucristo al apóstol San Juan.—III. Pruebas del amor del apóstol San Juan á su divino Maestro.

246.71
G199
44975
GARZÓN, S. J., FRANCISCO DE P.
AUTHOR
Meditaciones Espirituales.
TITLE
Segunda Edición. Tomo VI.
DATE DUE
BORROWER'S NAME
STORAGE - CBPL
44975
NO
PRINTED IN U. S A